

ZAHARA
C. ORDÓÑEZ

EL
LOBO
Y LA
ROSA

Destinos en la Tormenta 1

Selecta





ZAHARA
C. ORDÓÑEZ

EL
LOBO
Y LA
ROSA

Destinos en la Tormenta 1

Selecta 

El lobo y la rosa
Serie Destinos en la tormenta 1

Zahara C. Ordóñez

Selecta

A mi hermana Chelo, que siempre creyó en el amor a pesar de la tormenta; que ha amado con pasión más allá de cualquier obstáculo.

Capítulo 1

Málaga, agosto de 1845

Todo empezó con una tormenta.

El cielo era una plañidera llorando una muerte y los truenos eran gritos de su garganta anunciando desgracia. Aún no lo sabía, pero era la mía.

La lluvia parecía clamar el fin del mundo y desde la seguridad de mi dormitorio la observaba, ajena a una realidad que pronto me encontraría y de la que no podría escapar. De pie junto al ventanal observaba los barcos allá en el puerto vapuleados por olas furiosas. Eran todo un símbolo de resistencia pues, aunque sus cascarones fueran embestidos una y otra vez, siempre se mantenían a flote. Me gustaba imaginarme tan fuerte, tan brava, tan resistente a las tempestades como ellos y fantaseaba a veces con que me subía a bordo de uno de esos fastuosos navíos y lo comandaba hasta los confines de la Tierra. La culpa de tal fantasía, decía mi madre, la tenía Espronceda, y pronto me disuadía de mis ensoñaciones contándome historias atroces de terribles y despiadados piratas. Ella de eso sabía mucho, pues sus antepasados levantaron su fortuna con barcos mercantes, así que escuchaba sus relatos olvidando durante un tiempo mis pretensiones de darme a la piratería hasta que mis ojos volvían a mirar el puerto y una sensación de fuerza y libertad sin igual me embargaba.

La voz de mi madre me sacó de mis pensamientos.

—Apártate de la ventana, Victoria.

En su tono autoritario había un deje tembloroso, pues temía a las tormentas más que a la propia muerte. En aquel instante un relámpago, que se me antojó que dibujaba la guadaña de la Parca, cruzó el cielo y ella dio un respingo. El trueno pronto lo siguió con un bramido inmisericorde que retumbó en la estancia y que la hizo persignarse y advertirme de nuevo que me alejase de allí.

Obedecí y mi madre llegó al punto, corriendo los cortinajes de seda en color crema que había estrenado unos meses atrás con la llegada del verano. El fulgor de los quinqués que habíamos tenido que encender desde primera hora en aquel día gris iluminó la estancia oscura con sus tonos dorados.

—¿Todavía no estás vestida? —se quejó tras mirarme de arriba abajo y comprobar que seguía envuelta en mi cómodo batín de organza.

Mi madre fue hacia mi mesita de noche y agitó la campanilla que reposaba sobre esta mientras yo fruncía el ceño, algo desconcertada.

—¿Vestida? ¿Para qué?

—Hoy es el entierro de don Agustín de Herrera.

Don Agustín era amigo de la familia desde que yo tenía memoria. Tanto él como mi padre eran propietarios de una ferrería y habían acabado trabando amistad más allá del ámbito comercial, pues compartían sus tribulaciones por las idas y venidas del comercio de hulla y otros asuntos del negocio. Pasaban los días hablando de proyectos que habrían de encumbrarlos en lo más alto de la sociedad industrial. Algunos llegaban a buen puerto y otros quedaban varados, pero nunca les faltó ilusión. Don Agustín tenía familia en Bath, una ciudad inglesa, y a menudo expresaba su deseo de equiparar España a la isla en cuanto a avances industriales se refería, y ya hablaba de ferrocarriles y otras hazañas. Pronto se dio cuenta de que, aun habiendo dado algunos pasos hacia adelante, aquí las cosas iban a un ritmo distinto al del resto de Europa. Cuando a mi padre se lo llevaron

las fiebres, Agustín se hizo todavía más presente en nuestra familia. Ayudó a mi madre en los asuntos legales, acompañó a mi hermano en sus primeros pasos en solitario al frente de la ferrería y pronto se habló de que colmaba a mi madre de atenciones poco propias para una mera relación de amistad. Las malas lenguas tuvieron trabajo de sobra con ellos, pues él estaba casado. Todo el mundo pensaba que su esposa, de mal carácter y peor salud, lo dejaría viudo y él se desposaría con mi madre; sin embargo, para sorpresa de todos, el pobre Agustín, de cabellos aún oscuros y rostro lozano, se fue antes que la macilenta señora de Herrera.

Tras el velatorio, al que la viuda prohibió la entrada a mi madre, iban a enterrarlo en el Cementerio de San Miguel, en una tumba sobre la que algún día se alzaría el panteón que había ordenado construir. La muerte, así de caprichosa, gusta de llevar la contraria llevándose a quien menos lo espera. Yo sabía lo mucho que don Agustín significaba para ella, pero si de por sí acudir a un entierro era del todo inapropiado, ir al suyo transgredía todos los límites, y así se lo hice saber.

—No necesito el permiso de nadie para ir a despedir a un amigo —respondió mi madre con gesto resuelto.

—Madre... Ya sabe lo que dice la gente —insistí, recordándole las habladurías.

—Iré a decirle adiós a Agustín les guste o no —zanjó.

—Como quiera —suspiré—. Mas el tiempo tampoco acompaña. Parece mentira que estemos en agosto.

—Nunca llueve para siempre, Victoria. Y menos en Málaga. Si de algo sabemos aquí es de sol.

Guillermina, mi doncella, a quien yo llamaba «Mina» de forma cariñosa, llegó en ese instante y mi madre le dio órdenes de que preparase un vestido adecuado para las circunstancias. La muchacha, de apenas veinte años, cabello dorado y rostro dulce, se quedó por unos segundos petrificada. Logró sobreponerse y hacer lo que le pedía. La observé mientras abría

cajones y roperos y sacaba de ellos varias prendas que creyó convenientes, dejándolas estiradas sobre la cama, hasta que mi madre señaló al poco un vestido de raso negro con volantes de blonda y guarnecidos en azabache. Eligió también un echarpe de cachemira a rayas, un sombrero de capota a juego, cerrado con un lazo de raso violeta, y unos guantes de encaje.

—Lástima que no haga día para lucir sombrilla. La última que te regaló tu hermano habría sido perfecta para ese vestido —observó mi madre, que sentía pasión por los adornos—. Escogeremos un paraguas apropiado.

Mina guardó el resto para después ayudarme a vestirme.

—¿Qué opina...? —Dejé la pregunta a medias, pues me apretó con tanto brío el corsé que me quedé sin aliento. Era inglés, de raso, de los que todavía necesitaba ayuda para poder anudarlos por detrás. Mi madre había comprado algunos más nuevos, con unos enganches delanteros que facilitaban la tarea de vestirlos, mas ese día me puse aquel porque su tejido era muy fresco.

—Afloja, Guillermina, que Victoria tiene la costumbre de respirar.

—Perdón, señora —se disculpó, y me liberó un poco de la presión.

—Endiablados corsés. Cada vez los hacen más rígidos —me quejé.

—¿Por qué crees que Napoleón lo llamaba «el asesino de la raza humana»? —apuntó mi madre.

—Ni que hubiera tenido que llevar uno —le recordé.

—Igual le habría ido mejor en Rusia de haber sido mujer —dijo ella—. Somos más precavidas y siempre llevamos un chal por si refresca.

—No creo que podamos llamar «refrescar» al frío de aquellos lares, madre.

En medio del semblante enturbiado que lucía aquella mañana, emergió una breve aunque animada sonrisa. Mina soltó una disimulada risita por aquel comentario y terminó de ponerme el vestido. Después me senté en el tocador para que me peinase.

—Un recogido sencillo bastará —le indicó mi madre, observándome en

el espejo. Me miraba con ternura y quise pensar que se sentía orgullosa de la hija que había criado—. Es una pena que tu padre no esté aquí para verte. Te habría dicho lo mucho que te pareces a mí cuando tenía tu edad: mi mismo pelo, mis mismos ojos negros... —Me gustaba mucho parecerme a ella, pues su belleza me resultaba ejemplar. La miré con cariño, notando en su voz la nostalgia—. Él siempre decía que terminaríamos por casarte bien.

Hacía tiempo que había aprendido que la decisión sobre cuándo y con quién me desposaría estaba en sus manos, o en cualquier caso en las de mi hermano, y no en las mías. A ella le había ocurrido lo mismo, a pesar de que había quedado claro que sus sentimientos nunca habían pertenecido a mi padre y que si lo había querido era a causa de la costumbre y no del corazón. Mi madre decía que el amor y el matrimonio eran cosas distintas, y que en contadas ocasiones confluían ambas, como si hablase de dos astros que se alinean y no de algo tan humano como los sentimientos. Por lo que de existir un enamoramiento por mi parte que no conviniese a sus prioridades, que eran su posición social y económica, sería fuertemente reprobado.

—¿Y eso cuando será? Usted se casó con dieciséis y yo ya tengo diecinueve. A su lado soy casi una solterona —dije, fingiendo un gesto amargo.

—Sabes de sobra que no podría consentir que te casases con el primero que pasara a pedir tu mano. Hallar al esposo adecuado para ti lleva su tiempo.

—Y supongo que vive en la luna, dado que no lo ha encontrado aún.

—No digas tonterías —me regañó—. Tu hermano y yo solo queremos lo mejor para ti.

—Hablando de mi hermano —comencé a decir con intención de formular la pregunta que había rondado antes por mi cabeza—, ¿qué opina él de que vayamos al entierro?

—Rafael ha salido temprano para Sevilla a tratar asuntos de negocios. No

tiene por qué enterarse de nada —ordenó, dirigiéndonos una mirada severa a Mina y a mí.

Ella asintió de forma diligente y yo alcé una ceja.

—Pues tendrá que sellar con cera los labios de media Málaga, porque como aparezcamos por el cementerio vamos a ir de murmuración en murmuración.

—En ese caso ya me las sabré yo arreglar.

—Se enfadará.

—Victoria, puede que tu hermano, al ser hombre, sea el jefe de la familia por disposición divina y humana, pero yo soy su madre, y sabe Dios que lo que una madre dice va a misa.

Suspiré, rezando porque, de darse conflicto, lo resolvieran entre ellos.

Cuando Mina terminó, pronto abandonamos la casa y llegamos en carruaje hasta la explanada previa al cementerio. Don Agustín era muy querido, así que el lugar estaba abarrotado. Los carruajes se agolpaban unos junto a otros, con sus ocupantes en el interior esperando que la tormenta amainase. A resguardo de la lluvia, bajo algunos árboles cercanos, se agrupaban gentes de aspecto humilde. Supuse que serían sus trabajadores, o quizá solo curiosos que no perderían la oportunidad de asistir a un evento de tales características.

De entre la espesa lluvia, al final del paseo que conducía al cementerio, emergió un carruaje oscuro que pareció invocado de la nada. Era negro como la brea y estaba tirado por seis caballos de idéntico color, que en su testuz presumían de grandes plumas de igual tono. De entre las nubes grises surgió un repentino rayo de sol que iluminó el asombroso carruaje. Percibí entonces sus muchos detalles: ángeles para guiar su alma, relojes de arena alados, flores de adormidera, letras griegas que simbolizaban el principio y el fin de los tiempos, así como búhos y antorchas. Todo él estaba lleno de simbología en referencia a la vida y la muerte.

—Nunca he visto nada igual —murmuré, estremecida. Era hermoso,

aunque lúgubre a la vez, dado su cometido.

—Al parecer su viuda se opuso. No le parecía bien que a Agustín le llevaran el féretro animales en lugar de personas, como se ha hecho toda la vida —relató mi madre—. Aunque como ves ha prevalecido su voluntad, pues lo dejó todo por escrito. He oído que su sobrino lo ha hecho traer de Barcelona.

—¿Su sobrino? —pregunté extrañada, pues desconocía de su existencia.

—Julián Withmore —indicó mi madre—. ¿No lo recuerdas? Agustín no suele hablar mucho de él, quiero decir... solía —se corrigió—, pero estuvo en su casa por Pascua, hace unos diez años. Tu padre vivía aún.

A pesar de que intenté rebuscar en mi memoria aquel recuerdo, no lo hallé, así que negué con la cabeza.

—Es normal. Eras muy pequeña. Fue antes de que sus padres lo mandaran a colegios de prestigio para... —se interrumpió, como si estuviera buscando las palabras concretas—, para suavizar su carácter. Estudió en Madrid, mas tuvieron que sacarlo de allí cuando tenía veintitrés años por asuntos de romances, contaba su tío. Volvió a Bath con sus padres hasta que murieron la primavera pasada —comentó ella, sin dejar de atisbar el exterior.

—¿Los dos?

—Los dos —afirmó—. Don Agustín era la única familia que le quedaba.

«Qué destino tan trágico quedarse solo en el mundo», pensé.

—Creo que ahora está instalado otra vez en Madrid y he oído que va a hacerse cargo de buena parte de su fortuna, así que tendremos que llevarnos bien con él.

Las palabras de mi madre se perdieron bajo el sonido de los cascos de los seis ejemplares que tiraban del carruaje de don Agustín. Llegó hasta las puertas del camposanto y, a pesar de la lluvia, bajaron el féretro entre varios hombres ataviados con elegante levita oscura y lo portaron sobre sus hombros, echando a andar solemnemente. La gente comenzó a abandonar

su transporte, clavando los pies en el barro para seguirlo. Toda la burguesía malagueña se había reunido allí para despedir a Agustín; grandes magnates del comercio, poseedores de navieras, fábricas o negocios en Ultramar. Ni uno solo faltaba, pues todos lo consideraban un gran amigo. La tormenta, que pareció apiadarse de nosotros, dio tregua, quedando apenas una llovizna que, aunque molesta, permitía estar al aire libre. Mi madre y yo descendimos de nuestro transporte, cuidando de no meter los pies en algún charco y resbalar; y aunque nos quedamos más atrás intentando no llamar en demasía la atención, pronto todas las miradas se clavaron en nosotras.

Al sentirme observada agaché la cabeza, algo abrumada. Mi madre, sin embargo, alzó el mentón y continuó caminando con paso decidido. Nadie le dijo nada, pero todos murmuraron. Y en sus ojos estaba el reproche que anidaba en sus labios. Algunos, muy pocos, los más allegados a nuestra familia, se acercaron y nos saludaron de forma cortés, aunque parca.

Por fin llegamos hasta una de las callejas del cementerio, entre las que comenzaban a perfilarse las parcelas que un día ocuparían fastuosos panteones. La muchedumbre se agolpó frente a la que sería la tumba familiar de los Herrera y, mientras el féretro ocupaba su lugar, el sacerdote que asistía al entierro pronunció su sermón con gran aplomo. Observé a mi madre y supe que estaba conteniendo las lágrimas, así que la tomé de la mano, buscando reconfortarla.

Cuando por fin el sepelio terminó y la gente comenzó a caminar hacia la salida, hice amago de echar a andar, pero mi madre se quedó parada mirando fijamente el lugar de reposo de Agustín.

Miré hacia allí también y vi junto a este a un hombre joven, alto y robusto, que dejó caer en la tumba un ramo de camelias blancas. Quien quiera que fuese debía tener en gran estima a don Agustín. Me fijé en él detenidamente. Era apuesto, más que ningún otro que hubieran visto mis ojos. Tenía el rostro alargado, de facciones angulosas, y un semblante serio, aunque amable; sus cejas eran rectas y bajo su sombrero de copa baja pude

advertir que tenía el cabello negro. Llevaba la barba y el bigote bien recortados, del mismo tono que su pelo, y vestía una levita oscura de cuidada manufactura y elegante abotonadura. Y aunque cualquier detalle en él era digno de admirar, de todas sus cualidades la más hermosa sin duda era su mirada, de un color azul que evocaba al de las aguas más profundas. Lo observé, sin esperar que, de un momento a otro, dirigiese su mirada hacia mí y nuestros ojos se encontrasen de forma súbita. Aquella mirada duró un segundo, mas provocó en mí una sensación inusitada; una especie de calor repentino envolvió todo mi ser. Azorada, retiré la vista y la clavé en el suelo.

—Tengo casi por seguro que ese joven es Julián Withmore. Ha crecido, pero su rostro apenas ha cambiado. Se parece tanto a Agustín cuando tenía su edad... —murmuró mi madre, melancólica.

Alcé la vista de nuevo y lo vi hablando con un caballero de su misma edad. Juntos abandonaron aquel espacio y tomaron dirección hacia la salida, pasando por nuestro lado. Al hacerlo, él se tocó el sombrero y nos dirigió una breve inclinación de cabeza a modo de saludo, que fue correspondida. Los seguí con la mirada mientras se alejaban y el joven giró la cabeza por encima de su hombro. Una vez más sus ojos hallaron los míos y sonrió. Su gesto hizo ascender de nuevo, desde mi estómago, aquel calor, mas esa vez no fui capaz de apartar la vista. Sentía que sus ojos eran como imanes. Mirarlos era como estar en un sueño del que no quería despertar.

—¿Estás bien? —Escuché la voz turbada de mi madre—. Tienes las mejillas arreboladas.

A decir verdad, las sentía arder. Todo mi cuerpo quemaba como si estuviera sentada cerca del fuego. Me sentí mareada por unos instantes y hube de apoyar la espalda en uno de los nichos, para recuperar el aliento.

—¿Qué te ocurre, hija?

—Nada, madre. Será este lugar —mentí. Lo que sentía en nada tenía que ver con el camposanto. Mi cuerpo había reaccionado de una forma

desconocida para mí al ver a aquel hombre—. ¿Nos marchamos?

—Me gustaría estar a solas un momento con él —dijo, y echó una mirada furtiva a la tumba—. Pero si no te encuentras bien, nos iremos de inmediato.

Negué con la cabeza. Sabía lo importante que era para ella estar allí y no iba a alejarla de su propósito.

—Buscaré un lugar cerca de la puerta donde sentarme y la esperaré allí.

Ella me miró poco convencida.

—Madre, estamos en un cementerio, ¿qué podría pasarme? —Cogí sus manos entre las mías y sonreí para tranquilizarla—. No se preocupe. Despídase de él.

Cuando conseguí que accediera, besé su mejilla y me alejé. Caminé en dirección a la entrada hasta dar con un banco tallado en piedra, apostado entre dos árboles. Las ramas lo habían protegido de la lluvia y estaba casi seco, así que me senté, cerré el paraguas y lo apoyé a mi lado. Empezaba a encontrarme mejor, aunque la sensación de soledad del lugar me hacía sentir extraña. La brisa fresca que había dejado la lluvia se colaba entre los nichos, creando un lamento fantasmagórico a su paso. Cuando el gris de las nubes se abrió dejando paso a algún rayo de sol, este arrancaba a los charcos reflejos dorados muy hermosos.

Me entretuve en observar las lápidas y encontré algo que llamó mi atención. La hiedra nacida en el entorno de una de ellas trazaba un camino hasta otra tumba y terminaba por abrazarla. En la piedra pulida que las adornaba estaban los nombres de un varón de veinte años y una mujer de su misma edad. Los dos fallecidos en 1831 con pocos días de diferencia. El hecho de que estuvieran unidas por aquel brazo vegetal me resultó curioso y me quedé ensimismada mirándolas durante un rato.

Una voz masculina, grave y profunda, irrumpió en mis pensamientos, al tiempo que una nube cruzaba el cielo, ennegreciéndolo de nuevo.

—Se los llevó la muerte antes de que pudieran casarse.

Aparté la mirada de las lápidas y, al alzarla poco a poco, descubrí ante mí al joven de las camelias. Sus zapatos, a pesar de la lluvia y el barro, estaban bastante limpios, y asimismo su traje. El corbatín que anudaba a su cuello resaltaba las líneas de su mentón y, sin quererlo, mis ojos se detuvieron en sus labios, carnosos, que se estiraban en aquel momento hasta volver a formar una sonrisa como la de antes. El calor me embargó de nuevo y hube de controlar mis impulsos para no levantarme de un salto y salir de allí a toda prisa.

—¿Disculpe? —acerté a decir.

—He visto que las observaba. —Se quitó el sombrero y pude ver que llevaba el cabello recortado y perfectamente peinado. Lo sostuvo con una mano mientras que dirigía la otra, en la que portaba un elegante bastón de ébano con la empuñadura curva y de plata, hacia las tumbas—. Mi madre me contó su historia. Él era un liberal al que fusilaron y a ella la mató la pena días después por haberlo perdido. Fíjese en cómo la hiedra recorre el espacio esquivando cualquier otra lápida. Son los brazos de él que van en busca de su amor tras la muerte. —Seguí con la mirada los gestos de su mano, que dibujaban el mismo trayecto que la hiedra. Mientras hablaba, abría sus ojos azules con desmesura, como fascinado por tal historia, aunque ya la conociera de antemano—. No pudieron estar juntos en vida y ahora, tras la muerte, se unen con un manto vegetal en el que las hojas son los besos que no pudieron darse.

Aunque lo que dijo fue hermoso, me entristecí al saber de tan aciago destino. Pensé en si algún día conocería esa clase de amor tan profundo, capaz incluso de superar a la propia muerte. No imaginé peor desazón que la de ella al saber que le habían arrebatado al amor de su vida. Sin poder evitarlo, mis ojos se tonaron vidriosos.

—Disculpe si la he incomodado —dijo con apremio.

—No, es solo que la historia es algo triste.

Sacó del interior de su levita un pañuelo blanco, de algodón, y me lo

tendió. Lo recibí agradecida y, al cogerlo, mis manos enguantadas rozaron las suyas, envueltas en unos guantes oscuros, muy cuidados y brillantes, de piel. Tuve por seguro que mis mejillas se sonrojaron una vez más. Me miraba atentamente, así que tras pasarlo por el lacrimal me centré en observar el pañuelo para esquivar su mirada. En él estaban bordadas dos iniciales: «J.W.». Olía a una esencia cálida y melosa, algo picante.

—Soy un completo desastre, señorita. Por algún motivo he actuado como si nos conociéramos de toda la vida. —Una sonrisa divertida a la par que culpable se dibujó en su rostro—. Me llamo Julián Withmore, soy el sobrino de don Agustín —dijo, y se inclinó para tomar mi mano—. La he visto antes junto a la viuda de Vergara. Usted debe de ser su hija Victoria.

Me sentí halagada porque recordase mi nombre.

—Así es, señor Withmore.

Posó levemente sus labios sobre el guante. Al hacerlo alzó sus ojos hacia mí y el calor de mis mejillas se acrecentó. Cuando soltó mi mano, despacio, yo la apoyé sobre el regazo, cubriéndola con la otra; como si quisiera apresar su beso en ella para siempre.

—Tiene un nombre hermoso, señorita Vergara.

—Gracias —fui capaz de decir, con el calor alojado ya en mis mejillas y en mi pecho.

—Nos vimos una vez hace muchos años. Aunque usted era muy pequeña, dudo que me recuerde.

—No, lo siento. No lo recuerdo.

Sonrió de forma cálida.

—¿Puedo preguntar qué hace aquí a solas? —inquirió entonces.

—Necesitaba tomar un poco de aire. Su tío era tan querido que han venido a despedirlo todos sus buenos amigos —dije para salir del paso—. Y no estoy acostumbrada a las multitudes.

—La comprendo perfectamente. Yo también me he sentido algo azorado. —Advertí cierto gesto cómplice en su rostro—. Aunque no tanto como

cuando estuve en el entierro de Larra. Ahí sí que no cabía un alfiler.

Mi madre me había contado que Julián había estudiado en Madrid, por lo que me pareció normal su presencia en un evento tan importante. Siete años habían pasado y todavía se hablaba de ello. La forma en la que recitó a continuación los versos que Zorrilla le dedicara a Larra hizo que mi corazón se encogiese.

—«Ese vago clamor que rasga el viento es la voz funeral de una campana: vano remedo del postrer lamento, de un cadáver sombrío y macilento, que en sucio polvo dormiré mañana».[1]

Su voz profunda le daba a la narración un aire solemne, alejado de cualquier atisbo de banalidad.

—¿Lee a don José Zorrilla? —pregunté cuando me repuse de la emoción.

—Estuve en el Teatro de la Cruz viendo el estreno de su *Don Juan*. Aunque la elección de la actriz que interpretó a doña Inés no fue muy acertada y hubo algunos fallos más que achacar a la ejecución de la obra, reconozco que me resultó llamativa.

—No he tenido la oportunidad de verla.

—¿Pero le gusta el teatro?

—Mucho —contesté.

—Me encantaría poder acompañarla algún día, entonces.

Habló con tal familiaridad que mi ceño se frunció levemente y lo miré, dispuesta a decirle que se había excedido, mas por alguna razón callé y no pude sino rendirme a su profunda mirada. La sensación que me había embargado se hizo aún más intensa. Escuché entonces el repiqueteo de unos pasos que se acercaban. Julián apartó su vista de mí y sonrió.

—Su madre se acerca —dijo.

Me levanté del banco y estiré el vestido, con apremio. Crucé las manos sobre mi regazo, tomé aire y esperé, con postura firme, la llegada de mi madre. Tenía la seguridad de que me regañaría por estar a solas con él, y saberlo me daba la ventaja de prepararme mentalmente.

—Buenos días, señor Withmore —saludó, a su llegada, con gesto amable, para dedicarme después a mí uno severo, aunque breve. Tenía los ojos enrojecidos, señal inequívoca de que había llorado.

—Me alegra que me recuerde, señora Vergara. —Él inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Nos conocimos hace algunos años, pero apenas ha cambiado. Su semblante cada día se parece más al de su tío, que en paz descansa —observó ella, volviendo su atención hacia Julián.

—He tenido esa fortuna —dijo, y mostró una espléndida sonrisa, a la que mi madre respondió de igual forma.

—Don Agustín era un hombre de grandes virtudes.

—Lo sé —concedió él—. La muerte, rival envidiosa del poder de la vida, siempre nos arrebató a los mejores.

Mi madre guardó un suspiro para sí y miró al cielo.

—Si nos disculpa, ya es hora de que nos marchemos. Ha sido un placer volver a verlo, señor Withmore. Venga a merendar un día de estos. Las puertas de mi casa están abiertas para usted.

Me descubrí esperando ansiosa la respuesta de Julián, y cuando lo vi asentir de forma diligente, no pude evitar sonreír.

—Gracias, señora Vergara. No dude en que las visitaré.

Mi madre me tomó del brazo y, tras una leve inclinación de cabeza, echó a andar. Giré el rostro hacia él conforme nos separábamos y volví a caer en su mirada. Se colocó el sombrero y no apartó la vista de mí en todo el tiempo. Caminé con la certeza de que seguía mirándome, y sonreí.

—¿Por qué esa cara? —preguntó mi madre.

—N-nada... —Mi semblante se tornó serio de golpe.

—¿Qué hacías hablando a solas con él?

—Estaba sentada en el banco y se acercó. Ruego me disculpe, madre —pedí—. No supe cómo reaccionar.

Ella me miró, pensativa, por unos instantes, y terminó por mostrar un

gesto comprensivo.

—No creo que esté hoy en posición de regañarte por nada —dijo—. Yo misma he excedido todos los límites. Aunque debo decirte que él no debió acercarse al verte sola.

—Aun así, lo ha invitado a merendar —comenté.

—Como ya te he dicho, ha heredado los negocios de su tío y es menester que tengamos buenas relaciones con él. No obstante, espero que no se repita lo de hoy.

—Si eso la preocupa, pierda cuidado, no es mi intención volver a estar a solas con él. —En cuanto dije aquellas palabras tuve la sensación de que pronto se convertirían en mentira.

Ella asintió complacida, zanjando aquel asunto.

Subimos al carruaje y pasamos el resto del trayecto en silencio. Por la expresión melancólica de su rostro parecía perdida en los recuerdos y en el dolor de la muerte de Agustín. Por mi parte, me sumí en los pensamientos acerca del encuentro con Julián. Su voz volvía a resonar en mi cabeza y sus ojos parecían seguir mirando a los míos. Cualquier intento por alejarlo de mi mente fue en vano. Acababa de conocerlo, pero ya ocupaba más tiempo en mi memoria del que me habría gustado. Sentía la necesidad de saber más cosas sobre él y a punto estuve de preguntar a mi madre en un par de ocasiones, o más bien de interrogarla, esperando que me contase algo que no supiera. Sin embargo, me retuve. Tras aquel encuentro poco oportuno, dar muestras de mi interés hacia él la habría puesto en guardia. Era mejor callar y no decir nada hasta pasado un tiempo.

Llegamos por fin a casa, y como si hubiera sido una señal, el cielo comenzó de nuevo a tronar. Nos cambiamos la ropa y bajamos al comedor a tomar el almuerzo. Algo frugal, dada la ausencia de mi hermano. Él gustaba de grandes platos, pero mi madre y yo éramos más sencillas en el día a día, así que tomamos sopa de pescado, patatas al horno y verduras asadas; y de postre, fruta almibarada. Una conversación trivial sobre un cambio de

decoración en el salón llenó la mayor parte del tiempo. Cuando terminamos de comer, mi madre subió a descansar y yo resolví pasar la tarde con alguna tarea que me mantuviera ocupada en cuerpo y mente.

La tormenta había cesado de nuevo y el día estaba fresco, así que me senté a bordar junto a la fuente del patio. Aunque intenté concentrarme en mis labores, arrullada por el murmullo de la fuente, me pinché tres veces con la aguja. Dejé la costura y me senté al piano, pero entre nota y nota la voz de Julián volvía a colarse en mis pensamientos y yo, en contra de reprobar sus constantes intrusiones, acababa sonriendo como una boba. Abandoné la música y probé con la lectura, siendo incapaz de centrarme también. Al final acabé por buscar a Mina. Me gustaba mucho su compañía y esperaba que pudiera contarme alguna noticia de la ciudad, de esas que callaba cuando aparecía mi madre. La encontré en las cocinas, que a esas horas de la tarde estaban solitarias; ya se habían terminado las tareas de mediodía y aún no era momento de tomar la merienda. Ella sujetaba una plancha de hierro y la pasaba sobre una de las camisas de mi hermano, con gran decisión.

—Hola, Mina —saludé de forma cariñosa.

Dejó la plancha a un lado, junto a las brasas de la lumbre, y estiró la camisa para después cambiarla de posición.

—Hola, señorita Vergara. —Por más que había insistido en que me llamase por mi nombre cuando estábamos a solas, no hubo forma de hacerla cambiar tal costumbre—. ¿Qué hace aquí? ¿Quiere que le prepare algo? — Mina posó la mano sobre la plancha, sin llegar a cogerla.

—No, gracias. Solo venía buscando un poco de compañía. ¿Por qué estás planchando? No es una de tus tareas.

—Doña Eulalia está en casa con fiebres y a mí no me importa planchar. Es una de las cosas más agradecidas que hay.

Me senté en la mesa, a pocos metros de ella, y la observé por unos segundos.

—Y más tediosas, por lo que se me antoja.

—Bueno. Nada que deba preocuparla, señorita. Usted no ha venido al mundo a planchar.

—No. He venido a bordar, a cantar y a tocar el piano.

—¿Y le parece poco?

—Me parece insuficiente y siendo que me obligan a ello, hasta insustancial. Ojalá pudiera hacer algo más, Mina. Hablar en tertulias, dar a conocer mis pensamientos...

—Usted es afortunada en ese aspecto, señorita Vergara. Su madre y su hermano permiten que sea abierta de mente y leída. No a todas las damas de su posición se les consiente eso.

—¿Tengo que conformarme entonces? —pregunté, con gesto divertido.

—Algún día tendrá un marido de buena posición y traerá al mundo hijos sanos y fuertes. Será el ángel de su hogar al igual que su madre lo es de este y ya nada le parecerá insustancial.

—Al marido no lo busco yo, ya lo sabes.

—Mucho mejor para usted, porque debe ser una labor más tediosa que planchar. Me temo que no será fácil encontrar a alguien adecuado a su clase. —Sonrió, divertida.

—Desde luego que no. Entre otras muchas aptitudes debe ser rico, de buen parecido y de excelente familia —enumeré, recordando las muchas veces que se lo había oído decir a mi madre.

—Y poseer como mínimo dos carruajes —añadió Mina.

—¿Solo dos? —Reí—. No me casaré con nadie que no tenga al menos tres. Y una calesa para los días de sol.

Mina secundó mi risa y también mi juego.

—¿Ni siquiera si es muy bien parecido?

—Sobre todo si es muy bien parecido. En calesa nos verían más y sería la envidia de la ciudad. —Le guiñé un ojo.

—Qué ocurrencia. —Rio.

—¿Y tú? ¿No te busca marido tu madre?

—Mi madre quiere ennoviarme con uno que trabaja en su ferrería, señorita. Dice que es honrado y tiene buen porvenir.

—No mereces menos, desde luego.

—Ya le digo yo que miras bajas no tiene. Un día me vio andar con un zagal en el puerto, un porteador que era más guapo que dos soles, y me tuvo limpiando los suelos de la casa dos semanas. Mi espalda todavía se acuerda de aquello.

—Así que fue por eso.

—Sí, por eso fue —dijo, y nos echamos a reír—. En cualquier caso... ni usted ni yo podremos casarnos con quien nos venga en gana. —Eché una mirada a la camisa recién planchada y se quedó absorta contemplándola durante unos segundos. Pareció darse cuenta de que estaba ensimismada y sacudió la cabeza—. Y no es que estuviera pensando en alguien en concreto.

Aunque sabía que mentía, no quise decirle nada. Ella nunca lo había declarado en voz alta, mas sus gestos hablaban solos: admiraba a mi hermano desde que había entrado a trabajar en la casa, con apenas quince años. Cada vez que se refería a él lo hacía sonriendo, y siempre tenía una buena palabra que decir al respecto de sus acciones. Le parecía el hombre más listo, más prudente y más apuesto de la Tierra. Y Rafael lo era, desde luego, pero más que en su físico, su atractivo residía en su carácter. Amable y de buen temperamento, gustaba de tener muchos amigos y siempre se rodeaba de gente. No obstante, era algo serio cuando se trataba de los asuntos de familia o de los negocios.

Teniendo en cuenta su carácter, me parecía natural que Mina se prendase de él. Yo solo esperaba que fuera consciente de las diferencias entre ambos y su enamoramiento tocase fin tarde o temprano. Si ese encaprichamiento era recíproco, yo no lo sabía. Rafael era muy reservado en el ámbito privado. A mi padre le sucedía lo mismo, así que imagino que era

característica común de los hombres de negocios. Los sentimientos y las transacciones comerciales eran incompatibles, solían decir. Y su matrimonio y el mío no eran otra cosa que eso: una cuestión de negocios. Él tenía ya veintiséis años, por lo que pronto se casaría, y Mina no era la clase de esposa de la que los Vergara pudieran obtener rendimiento alguno.

—¿Y cómo fue la primera vez que lo viste? —pregunté.

Ella se puso algo nerviosa.

—¿A quién?

—Al muchacho del puerto —indicé, sacándola del apuro.

Ella tardó unos segundos en contestar, pero cuando lo hizo fue con determinación, mirando fijamente la camisa.

—Pareció como si tuviera fuego en las entrañas.

Fruncí el ceño y la miré con gesto grave.

—No lo dirás en serio.

Mina la dobló con mimo y suspiró, cogiendo otra del montón de prendas que se acumulaban sobre una silla. La colocó sobre la mesa y se dispuso a plancharla.

—Claro que lo digo en serio. Era como si me estuviera quemando por dentro. Me acuerdo de que cuando su... —Se detuvo, rectificando sus palabras—. Cuando el muchacho me miró, me habría quedado perdida en sus ojos castaños de por vida. Sin respirar ni nada. Solo mirándolo.

Me removí incómoda al reconocerme a mí misma en aquellas sensaciones. Tragué saliva y fijé la vista en las brasas de la lumbre, sin saber qué decir.

—¿Por qué lo pregunta?

—Es que... esta mañana... —comencé a decir, sin atreverme a alzar la mirada.

Mina y yo gozábamos de una relación de confianza mutua, pero jamás le había hablado de algo así; de sentimientos que acababa de descubrir y que ni yo misma sabía lo que significaban.

Carlota, otra de las criadas, irrumpió entonces en las cocinas.

—La señora ha despertado de la siesta y quiere tomar la merienda en el patio.

—Pues date brío y pon a calentar el té —le contestó Mina, mirándola de reojo.

—Porque quiero, no porque lo mandas —replicó Carlota. Se llevaban muy mal, y es que Carlota tenía un carácter algo fuerte en comparación al sosegado de Mina. Pareció darse cuenta de mi presencia y miró a Mina como si le echase la culpa. Después se excusó—: Discúlpeme, señorita Vergara. No sabía que estaba aquí. ¿Usted va a tomar la merienda?

Asentí, y a toda prisa, Carlota se metió en faena.

—Os dejo para que sigáis con lo vuestro.

Carlota y Mina me despidieron con una inclinación de cabeza y dejé las cocinas al tiempo en que empezaba a inundarlas el fino aroma del té. Regresé al patio para esperar a mi madre y observé el cielo despejado sobre mi cabeza. Parecía mentira que aquella misma mañana hubiera estado negro cual crespón. Suspiré, sabiendo que la tarde sería larga y que del mismo modo que le había ocurrido al día, se avecinaba tormenta en mi cabeza. Los ojos de Julián volvían a rondarme y con ellos ese calor que ascendía de mi estómago y que amenazaba con hacerse perpetuo. Rememoré nuestro encuentro y fue entonces cuando caí en la cuenta de que había dejado allí olvidado el paraguas. Ni siquiera me había percatado de ello hasta ahora. Ese hombre había obnubilado mis sentidos en demasía. Aunque una mirada suya bien valía aquel paraguas... y cientos como ese.

Capítulo 2

Cinco días después de conocer al señor Withmore, volvimos a encontrarnos.

Fue paseando por la Alameda, conocida también como Salón Bilbao, en la mañana de un día malagueño, de los de mar en calma y un calor que se pegaba al cuerpo y apenas dejaba respirar. Me había puesto uno de mis vestidos favoritos de verano, de muselina de algodón con estampado de flores, y sombrilla a juego; un sombrero de capota de color rosa, adornado con encaje y flores menudas, y unos pendientes de plata que mi madre había hecho traer de Córdoba, donde, solía decir, estaban los mejores orfebres. Iba junto a Mina a llevar huevos al Convento de Santa Clara, una costumbre semanal que mi madre me demandaba ejercer y que se sumaba a muchas otras de carácter piadoso.

Disfrutaba del paseo cuando nos topamos con Julián de improviso, pues él salía con paso ligero de una de las bocacalles que desembocaban en la Alameda. Ambos tuvimos que detenernos en seco para no tropezar. Mina soltó un suspiro de asombro, pensando que el encontronazo terminaría en accidente y que todos los huevos acabarían en el suelo. Por suerte la muchacha se recompuso a tiempo y no hubo nada que lamentar.

—Señorita Vergara —saludó Julián, con la voz agitada, mientras se

quitaba el sombrero.

Su frente estaba perlada de sudor y una gota recorrió su rostro hasta colarse por el corbatín. La seguí con la mirada, deteniéndome en su cuello, y ese maldito calor volvió a ascender por mi estómago hasta habitar en mis mejillas. Cuando alcé la vista, sus ojos miraban mis labios.

A pesar de que estábamos muy cerca el uno del otro y que lo correcto habría sido dejar más espacio entre ambos, ninguno de los dos se movió. Tuve la certeza de que, aunque se lo hubiera ordenado a mis piernas, estas habrían desobedecido.

—Señor Withmore —musité, y nuestras miradas se encontraron una vez más.

—Disculpe, casi la hago tropezar. Llego tarde a reunirme con un amigo y estaba con la cabeza en otra parte —se excusó—. ¿Cómo se encuentra hoy?

—Bien.

—Me temo que no puedo decir lo mismo. —Sacó un pañuelo y se secó la frente, para guardarlo doblado después en su bolsillo—. Estoy acostumbrado al clima de Bath y hace demasiado calor para mí.

—Su pañuelo... —Lo recordé guardado en uno de mis joyeros, pues como tal lo atesoraba—. Debo devolvérselo.

—No es necesario —dijo—. Me agrada saber que hay algo mío con usted.

Aunque no supe qué responder, mis mejillas al parecer sí, porque debieron ponerse del color de las amapolas. Percibí que se había dado cuenta de que sus palabras habían calado en mí.

—Sepa que yo también tengo algo suyo.

No comprendía a qué se refería, mas podía asegurar que en parte ya tenía mi corazón.

—¿El qué?

—Su paraguas. Lo rescaté del olvido al que usted lo arrojó.

Me alegró saber que podría recuperarlo y que además tenía una excusa

para volver a verlo.

—¿Y piensa quedárselo mucho tiempo? Mire que me es muy querido.

—¿El paraguas?

Capté el doble sentido de sus palabras y le dediqué una sonrisa melosa.

—¿Qué otra cosa iba a ser?

Se hizo un silencio breve, en el que sus ojos y los míos hablaron por nosotros. Pensé que ninguno se atrevería a decir nada más, y él entonces terció la conversación, pues sospeché que lo que anhelaba decirme no era propio para pronunciarlo allí en voz alta.

—¿Iban a dar un paseo? —Eché una mirada furtiva hacia Mina y la canasta.

—Vamos a llevar huevos a las Claras —le dije.

Por un instante su rostro se tornó preocupado.

—¿Es que se casa usted? —preguntó, pues era tradición llevar huevos al convento antes de la boda para que no lloviera aquel día.

—No —respondí con apremio, sintiendo que, sobre todas las cosas, él debía saber que no era así—. Es que mi madre tiene costumbre.

—Me alegro entonces —dijo con gesto aliviado.

Sonreí, y él posó de nuevo sus ojos en mis labios.

—No quiero demorarlo más, señor Withmore —dije, nerviosa—. Su amigo lo estará esperando.

Él asintió alzando la mirada, aunque me dio la impresión de que sus piernas tampoco querían obedecerlo.

—Señorita Vergara... —comenzó a hablar para después carraspear nervioso.

—¿Sí? —Esperé sus palabras como campo que espera agua de mayo.

—Ha sido un placer volver a verla —diciendo esto, tocó su sombrero con una leve inclinación de cabeza para despedirse. Echó a andar, no sin antes sonreír de forma amable también a Mina.

Lo observé mientras se marchaba y ella, que no había dicho una palabra

en todo el tiempo, silbó asombrada.

—¿Es el sobrino del señor Herrera? Que en paz descanse. —Se santiguó.

—Don Julián Withmore.

—Juro que no he visto en mi vida unos ojos así.

—Tampoco yo —musité, recreándolos en mi mente—. Deben de ser obra de los ángeles.

—O del diablo, señorita. Que a veces disfraza de hermosura las cosas para llevar a cabo sus engaños.

—Ay, Mina. No digas esas cosas de él —la regañé.

La muchacha selló sus labios con un gesto y tiró aquella llave imaginaria al suelo.

—No diré más, señorita Victoria. Pero ándese con ojo, que cuando una cae en una mirada así, ya no hay quien la rescate.

Suspiré y eché a andar, con ella a la zaga, sintiendo que mis pies, más que caminar, volaban. El trayecto hacia el convento lo hice con la cabeza en otra parte, pues no podía dejar de pensar en Julián. En mi corazón los sentimientos latían de forma desenfrenada por las ganas de verlo una vez más.

Terminé los recados más a prisa que de costumbre y, cuando llegamos a casa, Mina se marchó a hacer sus tareas y yo busqué a mi madre para encontrar remedio a mi ansiedad, pasando un rato de charla con ella. La hallé sentada en el patio, tomando una copa de jerez. Cerca ya del mediodía, el calor empezaba a acusarse, pero los naranjos que ofrecían su sombra y el arrullo de la fuente mitigaban las inclemencias del estío. El patio, cubierto por toldos de lino en los días de mucho sol, era uno de los lugares que más me gustaban de la casa, sobre todo de noche, cuando esta despertaba el olor del galán y los jazmines, y hacía que el llamativo color de las buganvillas restallara con los faroles que lo alumbraban.

Sobre la mesa había una nota cuidadosamente doblada. La expresión de mi madre era seria, meditabunda, y por unos instantes temí que se trataran

de malas noticias.

—Buenos días, madre —saludé, sacándola de sus pensamientos.

Alzó la mirada y su semblante se tornó animado.

—Victoria, ven. Siéntate un rato conmigo.

Tomé asiento y miré la nota de reojo, esperando saber de qué se trataba.

—¿Ha recibido malas noticias?

—¿Por qué lo preguntas?

—La encuentro demasiado seria.

—Solo estaba pensando en Agustín. El jerez era uno de sus vinos favoritos —dijo, tomando la copa entre sus manos y bebiendo un sorbo, para después mirarla con expresión soñadora—. Decía que cuando era joven temía que Napoleón ganase la guerra por si lo obligaban a beber Chambertin. Lo detestaba. Creo que por eso se alistó en su regimiento, para que no le quitasen el jerez.

Sonrió con cierta amargura y, tras dejar la copa en la mesa, señaló la misiva.

—La carta la envía su sobrino. Pregunta si puede venir esta tarde a merendar.

Al saber aquello me sentí ansiosa.

—¿Y qué le ha dicho?

Esperé, con el estómago encogido, a que me diera una respuesta. Mi madre debió de notar la inquietud en mi voz, pues me miró extrañada.

—Que puede venir cuando guste, Victoria. ¿Qué voy a decirle? Siendo quien es, estamos en la obligación de atenderlo.

Mi madre hablaba, mas yo apenas la escuchaba. Había llenado mi pecho de aire, aliviada al saber que vendría. Ahora que la perspectiva de estar de nuevo ante él se hacía real, me sentía aún más ansiosa.

—Hija, ¿estás bien?

«No lo sé», habría querido responder, pues ni yo misma entendía la marea de sensaciones que me asaltaban desde que había mirado por primera

vez los ojos de Julián.

—Es este calor. —Se me ocurrió contestar.

—Ve a tu habitación a descansar, te sentirás mejor.

Asentí y, tras besarla en la mejilla, subí a mi dormitorio, aunque en mis planes no entraba dormir, tenía que buscar un atuendo para la tarde. Quería que él me viera radiante. Mina llegó poco después y me encontró yendo y viniendo por la habitación, sacando mis mejores vestidos, mis lazos más hermosos y murmurando sobre qué recogido sería más apropiado.

—Señorita Victoria. Es solo una merienda —observó—. No puede vestir como si viniera la reina Isabel.

—Por supuesto que no. Ella no es un apuesto caballero de mirada hermosa —dije.

Mina se echó a reír y me ayudó a escoger el vestido: uno de tafetán de Italia en color rosa con guarniciones de tul que dijo me favorecía sobremanera. Dejé el atuendo sobre la cama a la espera de que se acercase el momento de vestirme. Tras la comida, me sentía tan ansiosa que tuve que pedirle a Mina que me subiera una tisana para calmar mis nervios. La muchacha intentó darme conversación, para hacerme pasar el tiempo.

—¿No está deseando que regrese su hermano? —Los finos labios de Mina se estiraron hasta formar una sonrisa cuando dijo aquello—. Cuando no está, la casa luce diferente, ¿no cree?

Asentí, haciéndole saber que estaba de acuerdo. Nuestro hogar parecía más frío sin él.

—¿Piensa que traerá algo esta vez? —preguntó, sabiendo de su costumbre de volver con regalos para mi madre y para mí, y con dulces para el servicio. Daba igual dónde o por cuánto tiempo se marchase, siempre tenía aquellos detalles.

—Espero que traiga unos cortadillos de cidra de Écija, o unos mostachones de Utrera —dije.

Se mordió el labio inferior, recordando el sabor de tales dulces.

—Luego nos quejaremos de que nos aprieta el corsé —dijo, y nos echamos a reír.

Entre esta y otras charlas el tiempo pasó tan rápido como yo pretendía. Cuando por fin dieron las cuatro me vestí. Mina me hizo un bonito recogido, y a las cinco menos cuarto estaba ya sentada en el salón, mientras observaba el gran reloj de péndulo que presidía una de sus paredes. Mi padre lo había encargado a un maestro relojero en París y era uno de sus recuerdos favoritos. Lo observé como si pudiera controlar el tiempo, como si pudiera hacer que la aguja avanzase de forma más rápida. Me habría gustado hablar con Dios para pedirle que lo hiciera por mí.

A las cinco menos diez entró mi madre en el salón, sobresaltándome.

—¿No crees que ese vestido es demasiado? —observó.

—Es... muy fresco —dije.

No pareció muy convencida, mas tomó asiento a mi lado y no dijo nada al respecto. La noté algo adormilada.

—¿Se siente bien?

—Cada vez encuentro más dificultoso salir de la cama tras la siesta.

A decir verdad, en los últimos meses dormía más horas de las habituales.

—Será el calor, madre —pensé.

Sin embargo, el ambiente de la estancia era fresco, pues daba al patio interior y quedaba resguardada del calor de la tarde. Los rayos de sol golpeaban en el agua de la fuente y se reflejaban en el techo del salón a través de los cortinajes. De él llegaba el murmullo de sus caños y el canto de algún pájaro.

Ella asintió como respuesta y miró el reloj, cerca ya de las cinco.

—Espero que el señor Withmore sea puntual.

Yo anhelaba lo mismo, porque las ganas de verlo me tenían el estómago atenazado y cuanto más pasaba el tiempo, más acusaba esa sensación. Por suerte, a la hora en punto sonó la aldaba de la puerta principal. Contuve el aliento hasta que lo vi entrar al salón. Mi corazón dio un vuelco al verlo,

pues al parecer no era la única que se había arreglado como si quisiera recibir a la reina. Julián lucía muy apuesto, con un redingote de corte impecable, de un azul que resaltaba el de sus ojos, con botones dorados; su chaleco era marfil y sus pantalones, oscuros. Se quitó el sombrero y el bastón; se los tendió a la criada y, tras estirarse las mangas, le vi tomar aire mientras se frotaba las manos, nervioso.

—Señora Vergara. Me alegro de verla —saludó con una inclinación de cabeza.

—Buenas tardes, señor Withmore. Pase, por favor. —Mi madre lo recibió con gesto amable, y le pidió que tomara asiento.

Julián me miró de forma breve, aunque significativa. Habría sido difícil no apreciar en sus ojos que lo que veía le agradaba.

—Señorita Vergara.

—Señor Withmore. —No pude evitar sonreír y agachar la mirada.

—He dejado su paraguas en la entrada.

Mi madre me miró extrañada, pues no le había referido su pérdida.

—Lo dejé olvidado en San Miguel —indiqué.

—Málaga está muy tranquila a estas horas —comentó él, antes de que ella dijera nada, sentándose.

—La gente gusta de recogerse cuando hace calor y dormir una siesta —dijo mi madre.

—En una ocasión escuché decir a un médico que tal práctica era mejor que beber de la fuente de la juventud —observó él.

—Me alegra saber eso. Gozaré entonces del don de la inmortalidad.

—Desde luego se conserva usted tan lozana que su hija y usted podrían pasar por hermanas.

Su atención no pasó desapercibida a mi madre, que sonrió agradecida. Al punto se nos anunció que la merienda estaba servida y nos sentamos en torno a una mesa preparada con gusto. Tomamos chocolate y algunos hojaldres, así como bocadillos salados. En otra ocasión los habría comido

sin pensar, pero estaba tan nerviosa que no probé bocado. Julián y mi madre sí lo hicieron, y bebieron además sendas copas de vino dulce.

—¿Cómo se encuentra su tía? —preguntó ella, degustando su bebida.

—Su salud se ha resentido mucho desde la marcha de mi tío.

—La comprendo perfectamente. Dependía en mucho de él. —Entendí que mi madre, más que hablar de la viuda, estaba hablando de sí misma—. ¿Y piensa quedarse mucho tiempo en Málaga?

Julián me miró de forma intensa.

—Ciertamente no depende de mí —dijo, y después volvió a mirar a mi madre—. Como sabrá, he heredado parte de los bienes de mi querido tío y he de tratar con los abogados.

—¿Se hospedaré con su tía en el palacete?

—Es uno de los bienes que me han sido legados, aunque con la condición de que ella resida en él hasta su muerte —explicó—. Sin embargo, ha decidido trasladarse a la finca que mi tío tenía en Vélez. Cree que allí podría superar mejor el trance. No tiene tantos recuerdos como aquí, sabe usted.

—Estuve allí alguna vez —dijo mi madre—. Es una hacienda hermosa, y da muy buen vino.

Julián aprovechó aquello para apreciar el que habíamos servido con la merienda, y mi madre refirió que lo encargaba expresamente a los Scholtz, una de las bodegas más importantes de la ciudad.

—Quisiera convencer a mi tía para aumentar la inversión —comentó él, tras tomar un trago—. Tengo buenas relaciones con algunos comerciantes de Inglaterra, allí la uva de moscatel es muy demandada.

—El único consejo que puedo darle es que sea prudente. A su tío le costó mucho levantar su fortuna, y los jóvenes de hoy día a menudo os arrojáis a empresas poco fructíferas, empujados por vuestras pasiones e ideales.

—Pierda cuidado, señora Vergara. Lo seré.

—Mi hijo podría asesorarlo si así lo desea —repuso ella—. Es quien

lleva los negocios de nuestra familia. Ahora está en Sevilla, pero puede concertar una cita cuando regrese.

—Sería un honor contar con su apoyo.

Mi madre y Julián continuaron con su conversación, a medida que apuraban sus vinos y comían los dulces. Hablaron de asuntos comerciales e intercambiaron los recuerdos que guardaban de don Agustín. Intervine pocas veces, pues andaba preocupada en no aparentar excesiva cercanía con él y despertar algún tipo de recelo por parte de mi madre. Me gustaba oírlo hablar y su voz profunda me hacía querer imaginarlo lejos de aquel salón, susurrándome a solas en algún lugar. Él, de repente, se dirigió a mí para formularme una pregunta del todo inesperada.

—¿Toca usted el piano?

—Y qué joven no —dijo mi madre—. Victoria es una gran intérprete, y habría progresado más si no estuviera más inclinada a la lectura que a la música.

—¿Gusta usted de leer? —me preguntó entonces él.

—Siempre que puedo —contesté.

—Por suerte soy de la opinión de que la lectura refuerza su intelecto. Los círculos en los que nos movemos son cada vez más cerrados y la literatura nos ayuda a ver más allá.

—Sin duda —concedió él e hizo amago de dirigirse a mí de nuevo, mas mi madre habló y mencionó algunas de sus últimas lecturas. Hábilmente, él buscó el momento adecuado para preguntarme cuáles eran las mías.

—Temo que se sorprenda si le digo que han sido escritas por una mujer y no un hombre.

—¿Por qué iba a sorprenderme?

—A muchas mujeres se las ha considerado en peor grado por dedicarse a la pluma. Si lo hace un hombre es un gran literato, mas si lo hace una mujer deberían encerrarla. Nuestra creatividad es a menudo denostada —le expliqué—. Incluso he leído que no poseemos la misma fuerza de la

invención que los hombres, que estamos faltas de creaciones originales y de ideas profundas.

Él me miró con interés. Mi madre intervino en la conversación, intentando reconducirme hacia la prudencia, sin éxito.

—La escritura ha sido siempre cosa de hombres, Victoria. Como la guerra.

—¿Acaso no ha habido damas guerreras?

—Desde luego, mas no podemos pretender igualarnos en fuerza y destreza a los hombres. Estamos hechos para cosas distintas. Escribir es un ejercicio que ha de hacerse con la razón, y las mujeres nos vemos más influenciadas por nuestras emociones, ¿no cree, señor Withmore?

Él miró a un lado y a otro, y se lo pensó antes de contestar.

—No sabría decirle, señora Vergara. Lo que sí puedo aseverar es que existen ya reputadas escritoras. Algunas dignas de competir con los grandes autores —dijo. Me agradó que saliera en nuestra defensa, y sonreí. Mi madre, por el contrario, lo miró con recelo—. Hace años que en Bath alcanzaron gran fama las obras de una dama llamada Jane Austen. Ha sido alabada por su ingenio y mordacidad.

—¿Mordaz? ¿Una dama? —replicó mi madre.

Él asintió.

—Nadie se priva de su lectura en Europa.

—Una vez más nos aventajan con una nueva revolución —comenté.

En su rostro se dibujó media sonrisa y en sus ojos, cierto brillo avispado.

—¿Es una revolución que las mujeres escriban?

—Con todas las obligaciones que llevamos asociadas, el milagro es que podamos hacer algo más allá de estas —contesté.

—Supongo que se refiere al matrimonio —observó.

Asentí.

—Sin duda esa es la más exigente de todas.

—Los hombres también se casan y escriben —apuntó él.

—Y pueden votar. ¿Se les permite a las mujeres hacer lo mismo? —
rebatí—. Me temo que no jugamos con las mismas cartas.

Mi observación impactó en él con la precisión de una flecha bien lanzada. Casi tuve la impresión de que no sería capaz de decir nada más. Sin embargo, sonrió ampliamente. Mi madre, por el contrario, me censuró con la mirada, aunque empleó un tono amable.

—Disculpe a mi hija, señor Withmore. Me temo que a veces peca de impetuosa. Yo era similar a ella en mis años de juventud, mas el tiempo, al igual que el matrimonio, amansa el carácter.

Recibí su comentario como si me hubiera barrido un viento huracanado. Aún me sorprendía que la misma persona que rompía cualquier norma presentándose en el entierro de quien era su amante reconocido dijera cosas como aquellas. Cada día se me antojaba más claro que había vivido toda su vida luchando contra sí misma; contra lo que de verdad quería hacer y lo que se esperaba de ella; forzada a encajar en una sociedad que en mucho se había quedado obsoleta. Sabía que la mitad de las veces fingía defender ideas que en realidad la disgustaban.

—No se preocupe, señora Vergara. Un carácter apasionado a menudo encierra otras virtudes —me disculpó, y no pude evitar sonreír. Mi madre se sintió algo contrariada y bebió para disimularlo—. En cuanto a la autora que le he referido, puedo hacerle llegar un ejemplar si quiere. Lamentablemente sus obras no han sido traducidas al castellano aún; sin embargo, podría encargarse algún volumen en inglés —informó—. ¿Habla usted el idioma?

—Mi hija maneja a la perfección el francés, el inglés y el alemán, como toda dama de su categoría que se precie. El latín tampoco encierra secretos para ella —indicó mi madre.

Él nos dirigió un gesto de aprobación.

—Me gustaría leerlas, desde luego —afirmé, intrigada.

—Entonces no se hable más —convino él—. Aunque si prefiere los

lugares llenos de peligros, las aventuras y los ambientes lóbregos, no debe perderse los textos de Radcliffe. Inspiró al mismísimo Lord Byron.

—Se dice que fue un libertino —comentó mi madre, con cierto recelo.

—Y un gran poeta —apuntó él.

—No sería la primera vez que ambos hechos sean compatibles —observó mi madre—. Los hombres dados al cortejo a menudo excusan sus vilezas en la belleza de la poesía.

—No conozco a ningún hombre así, señora Vergara, por lo que no puedo contestar a eso.

Se sonrieron, y me pareció que lo hicieron de forma fingida.

Cuando terminamos la merienda, llegó la hora de despedirnos, aunque de haber sido por mí lo habría retenido toda la tarde. Cuando se marchó, tras haberle dado las gracias a mi madre por su hospitalidad, me quedé mirando a la puerta que se había cerrado a sus espaldas, por unos segundos, con una extraña sensación recorriéndome el cuerpo. Era como si se hubiese llevado parte de mí con él. Mi madre carraspeó para llamar mi atención y giré el rostro hacia ella. En sus ojos había cierto reproche.

—¿Por qué me mira así? —le pregunté.

—Siempre has tenido buen color, pero es que tus mejillas ardían cada vez que el señor Withmore te miraba. Habría de ser ciega para no darse cuenta de que ha llamado tu atención.

Agaché la mirada algo cohibida. Me sentía violenta al saber que había expuesto de forma tan clara aquellas sensaciones que me abrumaban y que ni yo misma comprendía aún.

—Madre, no sé de qué me está hablando.

Ella cogió mis manos entre las suyas y me dedicó un gesto cálido.

—Victoria, te sería más fácil engañar a la muerte antes que a tu propia madre, créeme. Mas debes dejarlo pasar. Como si fuera una borrasca. El señor Withmore no es apropiado para ti.

Asentí, pues me hallaba confusa como para hacer otra cosa, ya que

consideré que cuestionarla al respecto era demasiado precipitado. Antes de hablar con ella, debía hablar conmigo misma.

Aquella noche intenté hacerlo, aunque más que respuestas hallé nuevas incógnitas. Julián despertaba en mí sensaciones que no sabía que existían. Ese calor repentino que me asaltaba recorría cada parte de mi cuerpo, llegando a rincones que ni me atrevía a pronunciar en voz alta. «¿De dónde venía?», me pregunté. Mina me había contado que sintió lo mismo cuando se enamoró. ¿Estaría cayendo en tal sentimiento con Julián? Pero ¿cómo era posible? Solo nos habíamos visto tres veces y, aunque se me antojaba poco tiempo, a la par sentía que lo conocía de toda la vida; que lo había estado esperando y que, si lo veía una cuarta vez y me miraba con esos ojos, terminaría por caer irrevocablemente en sus brazos.

Capítulo 3

A la mañana siguiente, tras una noche de sueño agitado, acuciada por la necesidad de un nuevo encuentro con Julián, Mina me despertó de muy buen humor. En contraposición, el mío estaba bastante sombrío.

—Buenos días, señorita Victoria —saludó con voz risueña, descorriendo los cortinajes. El sol de la mañana entró a raudales y supe que debía de estar bien entrada la mañana.

Me incorporé en la cama hasta quedarme sentada y miré a Mina con interés.

—¿Por qué estás de tan buen humor? ¿Acaso es fiesta?

—De buena mañana llegó carta de vuestro hermano. Ha pasado la noche en Antequera con unos amigos y estará aquí para la hora de cenar —dijo mientras abría el armario y sacaba de él uno de mis vestidos de paseo, extendiéndolo a los pies de la cama.

Me alegró mucho saber que vería pronto a Rafael y me estiré, sonriendo por primera vez aquel día.

—¿Qué hora es?

—Casi las diez, señorita.

—¿Tan tarde? —Me dejé caer de nuevo en la cama y me estiré.

—Ha dormido usted más de la cuenta. Aunque por su rostro no lo diría,

¿se encuentra bien?

—No he tenido buena noche.

—Debió de haberme avisado y le habría preparado una tisana.

—No creo que lo mío se arregle con una tisana —murmuré.

Ella me miró algo confundida.

—¿Es grave?

«Me temo que sí», dije para mí, negando con la cabeza mientras lo pensaba.

Ella se mostró más tranquila y se ofreció a prepararme un baño.

—Le pondré agua de rosas. De seguro la reconstituirá. Si su hermano la ve con esas ojeras se va a pensar que no la tratamos bien cuando él no está —convino—. Por cierto, su madre ha ido de visita a casa de los señores Arango. No ha querido despertarla.

Los Arango presumían de tener una alta posición social y económica. Eran los acreedores de media Málaga, y en buena parte de los testamentos aparecía su nombre cuando las deudas pasaban de una generación a otra. Participaban también en algunas sociedades de seguros y en diversos negocios mercantiles, así que se decía que, saliese el sol por donde saliese, siempre tendrían llena la bolsa. Tenían dos hijos, Isabel, de mi misma edad; y Esteban, de veinticinco años. A excepción de las conversaciones triviales que se daban en los bailes y las reuniones de sociedad, no mantenía trato con ninguno de los dos, pues eran opuestos a mí en todo.

—¿Y qué ha ido a hacer allí?

Mina esquivó mi mirada inquisitiva y supe que ocultaba algo.

—Cuéntamelo, Mina.

Ella se mostró reticente, mas, cuando insistí, terminó por decírmelo.

—Creo que su madre y la señora de Arango están tratando asuntos de un matrimonio entre usted y su hijo.

Aquello me hizo fruncir el ceño por la sorpresa.

—¿Quiere casarme con Esteban? Ese joven y yo no tenemos nada que

ver.

Mina me miró apurada.

—Por favor, no le diga a la señora que yo le he dicho palabra de esto, o se enfadará.

Suspiré con gesto cansado y le prometí que mantendría en secreto tal revelación, hasta que mi madre me dijera algo al respecto. Quizá solo eran suposiciones de Mina, o un intento de acuerdo que terminaría por quedar en nada. Tratando de no pensar en tales asuntos, tomé el baño y, tras el desayuno, me hallaba bordando cuando Mina llegó para anunciarme algo que casi provocó que me pinchase un dedo.

—El señor Withmore ha venido a verla.

Mis ojos se abrieron con desmesura.

—¿Cómo dices?

—Está en el salón —indicó ella.

La miré como si hubiera perdido el juicio.

—¿Lo has hecho pasar?

Mina respondió con gesto inocente.

—Ha sido Carlota.

—Pero mi madre no está.

—Ha insistido —informó—. Al parecer trae algo para usted.

Tomé aire y dejé la costura a un lado. Antes de ir al salón comprobé mi aspecto en el espejo y me retoqué un poco el peinado. Por suerte aquel día llevaba uno de mis vestidos favoritos de mañana; blanco y verde, de muselina. Tenía el escote despejado y la manga corta, para sobrellevar el calor del día. Nerviosa, abrí las puertas y pasé, conteniendo el aliento.

Julián se hallaba observando el patio a través del ventanal, con las manos en la espalda. Llevaba una levita verde y estaba mucho más guapo, si cabe, que el día anterior. O quizá eran mis ojos, que ya empezaban a tomar la costumbre de embelesarse con él. Cuando me escuchó entrar se giró, y en su rostro se dibujó una hermosa y amplia sonrisa. Caminamos el uno hacia

el otro hasta encontrarnos en el centro del salón. Él extendió su mano, enguantada, y tomó la mía, que se hallaba desnuda. Entonces se inclinó para besarla, y al notar sus labios cálidos sobre mi piel me estremecí. Aún no los había retirado cuando sus ojos se alzaron y encontraron los míos. Aquel calor volvió a recorrerme y retiré la mano, pensando que si seguía en contacto con él me quemaría. Se irguió y volvió a sonreír.

—Disculpe tal intrusión. Sé que es del todo inapropiado, pero pasaba por aquí y... bueno, no quería perder la ocasión de darle esto. —Me fijé en que su otra mano estaba tras su espalda y al sacarla había en ella un paquete cuadrado, envuelto con cuidado en seda dorada y cerrado con un lazo rojo, que me tendió—. Es un regalo para usted.

Lo observé en mis manos, por unos segundos, y al final reaccioné y le pedí que tomara asiento, mientras yo ocupaba uno de los sillones. Él se sentó frente a mí, en una de las sillas, y me miró con interés mientras desanudaba el lazo con mimo y retiraba la envoltura, dejándola a un lado sobre el asiento. Al hacerlo descubrí un libro de cubierta color teja, sin letras significativas en ella. Cuando lo abrí vi que se trataba del *Don Juan Tenorio* de Zorrilla. Alcé la vista y le dediqué una mirada curiosa, pues no esperaba tal detalle.

—¿*Don Juan*?

—Dijo que le gustaba el teatro. Además, quiero conocer su opinión sobre la obra.

—Por lo pronto le diré que no he leído a este *Don Juan*, pero sí al de Tirso y al de Espronceda, y ninguno deja bien parado al bribón.

De sus labios escapó una risa divertida.

—No sea usted tan severa en juzgarlo sin antes conocerlo. Le recomiendo que tenga a bien darle una oportunidad. Don Juan es un personaje con grandes matices.

—Si yo soy severa, usted se excede en benevolencia. Pocos matices ha de tener un hombre que embauca a las damas del mismo modo que él.

—Habla de esas damas como si fueran un sujeto ajeno a la historia, señorita Vergara, pero el amor siempre es asunto de dos —dijo, y añadió después en un tono de voz cercano al susurro—: Son dos labios los que se besan y dos los ojos que se miran.

Me sentí terriblemente azorada y hube de apartar la mirada.

—Veo que tiene empeño en hacerme cambiar de opinión.

—Mi único empeño es conocerla mejor. Desde que la vi no he dejado de preguntarme cuál sería su opinión hasta del más nimio de los detalles con los que me cruzo. ¿Llueve? ¿Qué pensará la señorita Vergara de eso? ¿Hace sol? ¿Le agrada o preferirá los días grises?

Me sentí halagada y sonreí, mirándolo de nuevo.

—A decir verdad, prefiero eso último. Aquí luce el sol todos los días y, como se suele decir, lo poco agrada y lo mucho cansa.

—Hay cosas de las que nadie podría cansarse jamás.

La comisura de sus labios se estiró hasta formar una sonrisa enigmática. Aunque estos callaron por unos segundos, nuestras miradas hablaron de las ganas de decirnos algo más, de descubrirnos el uno al otro en aquel encuentro.

—Si le gustan los días lluviosos debería visitar conmigo Inglaterra.

—Ni dos días hace que nos conocemos y ya me ha invitado al teatro e incluso a un viaje —comenté, con media sonrisa divertida—. ¿Siempre es usted así de directo?

—El tiempo vuela, señorita Vergara. Nos conocimos en un cementerio, ¿recuerda? ¿Cree que quienes nos rodeaban no dejaron cosas por decir?

—¿Y usted pretende decirlas todas hoy, por si mañana se lo lleva la Parca?

—No todas. Algunas tendré que esperar a estar más cerca de usted para expresarlas.

Su mirada fue directa, arrolladora. Noté que la boca se me secaba y agaché la mirada. Apreté el libro entre mis manos, intentando alejar mi

nerviosismo, sintiendo de nuevo ese fuego que ardía ascendiendo desde mi estómago a mis mejillas.

—Recuerdo que el otro día me dijo que estaba leyendo a una escritora, mas no me dijo a quién —comentó él, terciando la conversación.

—Gertrudis Gómez de Avellaneda.

—He oído hablar de ella.

Aquello me entusiasmó.

—¿Ha leído su obra?

Negó con la cabeza.

—No, mas he oído que habla del amor.

—¿Solo del amor? Sí, Gertrudis habla de este por encima de los límites de la razón y la sociedad, pero también de la desgarradora historia de la esclavitud. Es un acto de denuncia contra ese terrible crimen que hace tiempo que debió de haberse erradicado.

—Hay muchas formas de esclavitud, señorita Vergara; algunas, como las de ese libro, otras no.

Lo miré con interés.

—¿A qué se refiere?

—A que todos somos deudores de algunas cadenas, de un modo u otro. Usted, por ejemplo, se debe a los intereses de su familia; y yo, a los de la sociedad. Nunca seremos libres del todo.

—¿Acaso lo azotan hasta hacerlo sangrar, señor Withmore?

—No, en absoluto.

—Pues no compare una situación con la otra porque no podré darle la razón.

Hubo de nuevo un silencio en el que nuestras miradas volvieron a atarse, amenazando con no soltarse jamás. Quizá sí que era cierto ese asunto de las cadenas; y de alguna manera él me había apresado con las suyas.

—Me sorprende gratamente saber que es usted una mujer preocupada por tales asuntos —dijo al fin.

—Lo soy, mas de poco sirve si mi voz nunca tendrá validez para ser oída.

—Yo siempre estaré encantado de escucharla, señorita Vergara —dijo, haciendo que centrara de nuevo mi atención en su rostro.

Sonreí, gratamente.

—Cuando usted me traiga a la señorita Austen, yo le prestaré a doña Gertrudis. Aunque no sé si le gustan las historias de amor —pregunté con curiosidad.

—¿Acaso no le acabo de regalar una?

—Aún debo discernir si esta obra habla del amor o del pillaje —dije, tomando el ejemplar de nuevo entre mis manos y hojeándolo—. Porque muy bien tendrá que hacerlo este don Juan para convencerme de que no es un pirata.

Él se echó a reír y miró entonces el reloj.

—Debo marcharme ya, pero... ¿puedo volver a verla otro día?

«Siempre que quiera», quise decir. Aunque me obligué a mí misma a mostrar mi interés con un leve asentimiento de cabeza.

Él se levantó y lo acompañé a la salida. Allí volvió a besar mi mano y después se marchó, con la promesa de que nos veríamos pronto. Una vez más, sentí que el cuerpo entero me ardía.

Desde que se marchó hasta la hora de la comida, pasé el tiempo tocando el piano, intentando concentrarme en algo que alejase de mi mente aquella mirada que tantas sensaciones despertaba en mí. Fue en vano. Mis dedos tocaban las teclas soñando que eran las manos de Julián.

Ya en el comedor, referí a mi madre la visita del señor Withmore, porque sabía que de un modo u otro terminaría por enterarse. Como era de esperar, la reprobó de forma rotunda. Intenté cambiar de tema y preguntarle por su visita. Un jarro de agua fría me habría sentado mejor.

—Los Arango y su hijo vendrán a cenar mañana. Sé amable y elige tu mejor vestido. Es posible que hablemos en firme de tu compromiso con él.

«Así que Mina tenía razón», pensé. Haber estado prevenida sobre ello no lo hacía menos amargo. A partir de ese momento dejé de comer. Tal noticia cercenó mi apetito y también las ilusiones que había empezando a forjarme. Sabía de sobra que no estaba en mis manos elegir quién sería mi esposo, pero esperaba que mi madre tuviera en cuenta mis sentimientos, y estos empezaban a tener el nombre de Julián.

—Aunque Esteban es un joven respetable, bien sabe que no tenemos nada en común.

—¿Qué habríais de tener en común más que el consentimiento de vuestras familias y una buena posición?

—El carácter, madre —respondí nerviosa—. La forma de ver el mundo.

—Ya tendréis tiempo de poneros de acuerdo sobre tales asuntos, Victoria.

Su gesto severo no admitía lugar a más discusión, así que me retiré a mi dormitorio fingiendo estar indispuesta. No salí de él hasta que mi hermano llegó a media tarde, cargado de regalos y de historias que contar.

Iba vestido de forma elegante, como siempre, y aquel año los colores sobrios predominaban en su atuendo. Estrenaba sombrero de copa, lo que embellecía aún más el conjunto. Era un hombre de complexión fuerte y hombros anchos. Tenía el cabello muy negro y ensortijado, y el rostro afeitado, pues no gustaba de lucir barba o bigote. Sus labios eran finos y sus ojos color avellana. Los negocios que había ido a tratar a Sevilla le habían salido bien, y vino contento. Me alegré muchísimo de verlo y nos dimos un abrazo que prolongamos cuanto pudimos.

—Siempre que regreso de algún viaje me da la impresión de que has cambiado. ¿Es que haces algo en mi ausencia para estar cada vez más radiante? —observó.

—Es la alegría de volver a verte —le dije.

Y era verdad que mi hermano siempre encontraba la forma de hacerme feliz. Hasta ese asunto del joven de los Arango se me olvidó con su compañía.

Aquella noche tuvimos una cena íntima y animada, en la que solo estábamos nosotros tres. Después de la velada, y hallándome algo cansada, pedí que me excusasen y me fui a mi habitación buscando descansar. Al menos esa era mi intención, hasta que recordé el libro que me había traído Julián y me sentí en la necesidad de iniciar su lectura. Pronto me hallé absorta en esta a través de un acto y otro. Cuanto más leía, menos entendía que se pudiera considerar a don Juan de un modo distinto al de pendenciero y villano. Allá por donde pasaba presumía de las damas que había deshonrado, de sus agravios y sus cuitas. Terminé por quedarme dormida, agotada por tantas emociones, sin terminar de hallar esos matices de los que Julián hablaba.

Capítulo 4

Aquella noche soñé con rufianes y duelos a muerte en la Sevilla del siglo XVI. La mala costumbre de mi imaginación de recrear las escenas que había leído me tuvo dando vueltas hasta la amanecida. Maldije al Tenorio por haber cometido tales fechorías y deseé poder quedarme en la cama el resto del día. Algo imposible, teniendo en cuenta los planes que había hecho Rafael. Quería dar un paseo, y después nos había comprometido para una comida en casa de los Heredia, una de las familias más respetadas e influyentes de la ciudad, con quienes deseaba cerrar unos negocios. Yo adoraba a mi hermano, pero su energía y sus ganas de sociedad aquel día no casaban demasiado con mi agotamiento. Empeorando las cosas, estaba esa maldita cena con los Arango, en la que yo me temía que las pretensiones de mi madre de casarme con Esteban se reafirmasen.

Tratando de no darle muchas vueltas al asunto, desayuné frugalmente y después me vestí con uno de mis más bonitos conjuntos de paseo, de muselina estampada, con un sombrero de capota con un gran lazo azul del que me gustaba presumir y salí a pasear con Rafael y con mi madre por la Alameda, deteniéndonos a cada poco para hablar con nuestras amistades. A menudo oteaba entre la multitud por si veía a Julián, y cuando pasaba algún caballero que se le asemejase, sentía que mi corazón daba un salto y me

costaba disimular mi emoción. Antes de mediodía nos cambiamos el atuendo y acudimos a la cita con los Heredia. La comida estuvo entretenida y bien servida, pues era notable el carácter afable y atento de la familia. Cuando volvimos a casa, apenas pude descansar un rato antes de la cena. Mi madre escogió para mí un vestido de tafetán italiano azul claro, de cuerpo escotado y falda adornada con blonda y encaje. Para ensalzar mi recogido optó por una corona de rosas y espigas de plata. Cuando me vi con él, deseé que Julián estuviera allí para admirarlo y, sin demasiada gana, bajé a recibir a los invitados.

Los Arango mantuvieron una conversación cortés y formal con mi madre. En cuanto a sus hijos, Isabel, cabizbaja, y me atrevería a decir que melancólica, apenas levantó la vista del plato y casi no habló en toda la cena; Esteban, en contraposición a su silencio, lo hizo hasta por los codos. Puede que poseyera todas las cualidades que un joven debe tener y la premisa de que heredaría una fortuna, pero su conversación carecía de cualquier aliciente que me inspirase a creer que podríamos pasar una vida juntos sin que yo pereziese de aburrimiento. Entre plato y plato, lo miraba deseándole un arranque de tos que lo obligase a callar de una vez. Cuando la cena terminó me habría retirado gustosa, pero mi madre insistió en que tocase a dúo con Isabel alguna pieza al piano. Ella se sentó a mi lado y me dirigió una breve mirada. En ese entonces pude asegurar que adolecía de algún sentimiento que ocultaba. Estando tan cerca su dolor era casi palpable.

Tocamos varias piezas y el joven de los Arango aplaudió mis habilidades, mas dijo que él a menudo sufría de terribles dolores de cabeza y que tener un piano en su casa sería algo impensable. Su hermana, al parecer, había tomado clases en el salón de una familia allegada. En cuanto a la lectura, nadie lo sacaba de los periódicos mercantiles o políticos. Si eso no era una señal divina de que no debíamos estar juntos, no sabía qué lo sería. Esperé que con tales datos a mi madre se le terminase pasando la idea de

desposarnos; sin embargo, cuando los despedimos, me miró orgullosa y pronunció las más terribles palabras que le había escuchado jamás.

—La boda será para San Miguel.

—Apenas falta un mes para esa fecha. ¿Por qué tan pronto?

—¿Para qué esperar? Cuanto antes estéis casados, mejor.

Aquello sonaba a sentencia y no estaba dispuesta a acatarla.

—No me casaré con él.

—¿Cómo dices? —Me miró desairada.

—Me ha oído perfectamente, madre.

Mi hermano llegó en aquel momento y nos miró con extrañeza.

—¿Por qué discuten mis dos flores? —preguntó, con las mejillas arboladas a causa del exceso de vino de la cena.

—Tu hermana se ha propuesto enturbiar los ánimos de tan espléndida noche. Dice que no se casará con Esteban Arango.

Mi hermano tomó mis manos entre las suyas y me miró de forma entregada.

—Victoria, son una familia importante y vuestra unión nos traerá grandes satisfacciones.

—Os traerá, querrás decir. Porque poca satisfacción tendré yo en la vida si me casáis con él —mascullé—. Si tan importante es que los Vergara y los Arango se unan, ¿por qué no te casas con su hermana?

Mi madre intervino antes de que él pudiera hablar.

—En cuanto a lo primero, el matrimonio no está para pensar en una misma. Y en cuanto a lo segundo, la señorita Arango ya está prometida con otro joven. Te casarás con Esteban y no se hable más.

—No puede estar hablando en serio. —Tomé aire, intentando contener mi ira, y miré a mi hermano con dureza—. Y tú, Rafael, ¿es esto lo mucho que quieres a tu hermana? —Él apartó la vista. Supe que no haría nada por cambiarlo y eso me enfureció aún más, llevándome a decir cosas terribles—. Ojalá hubieras nacido tú mujer y yo hombre. Te obligaría a casarte con

Fernando VII si saliera de su tumba. Teniendo las ideas que tienes, te mandarían fusilar.

Subí entonces las escaleras a toda prisa, mientras mi madre me llamaba, alterada.

—Déjela. —Oí decir a mi hermano—. Ya se le pasará.

«¿Cómo se me iba a pasar una enfermedad a la querían arrojarme para toda la vida?».

Entre gruñidos, me quité la ropa yo misma, pues no quería tampoco ver a Mina, y me puse el camisón. Hacía un calor de mil demonios y abrí las ventanas de par en par, por si el mar era benevolente y traía algo de brisa. Los faroles del puerto estaban quietos y no se mecía ni una sola de las hojas de algunos de los árboles que embellecían las calles. Mi deseo no sería escuchado y preveía que me esperaba una noche toledana, donde el calor sería espada y la falta de sueño, su venganza. Me tumbé en el lecho e intenté dormir en vano. Desesperada, terminé por avivar la llama del quinqué y sentarme junto a la ventana, con el *Don Juan* de Zorrilla en mano, dispuesta a retomarlo por donde lo había dejado.

«Acto Tercero, profanación», leí, y ante la perspectiva que ofrecía tal título no pude sino sentirme inquieta. El malhadado de don Juan iba a materializar sus pretensiones de buscar a doña Inés en el convento. Pobre de ella. Leí entonces que Brígida, su sirvienta, traía un libro de parte de él y que de entre las hojas de este se deslizaba una nota. Si era de don Juan o no, Inés todavía no lo sabía, pero ya se hallaba confundida por los sentimientos que había despertado en ella. Y Brígida, como serpiente del paraíso, la azuzaba a morder la manzana.

«No sé qué fascinación a mis sentidos ejerce, que siempre hacia él se me tuerce la mente y el corazón», decía la pobre de Inés.

«Según lo vais diciendo, tentaciones me van dando de creer que es amor», decía la otra.

—¿Amor has dicho? —exclamamos Inés y yo casi al unísono.

Y aunque ni ella ni yo queríamos, al final terminamos por leer la dichosa carta.

«Doña Inés del alma mía. Luz de donde el sol la toma, hermosísima paloma privada de libertad, si os dignáis por estas letras pasar vuestros lindos ojos, no los tornéis con enojos sin concluir, acabad».[2]

—Mejor que no, Inés —la advertí, como si pudiera oírme—. Que si la acabas caerás en sus garras y nada podrá hacerse para salvarte.

Pero no me hizo caso. Y siguió leyendo, y yo también, y con cada palabra que leía más caíamos doña Inés y yo en brazos de don Juan. Él se aferraba a ella como si fuera una tabla en medio de las aguas embravecidas; y ella parecía tener el poder de transformarlo, de convertirlo en un ser distinto, casi por inspiración divina. ¿Ese era el papel de doña Inés en la historia? ¿La redentora de un villano? Se encerró la pobre en un convento para huir de un mal casorio, y ahora don Juan la sacaba de allí y le prometía amor eterno para después matar a su padre y dejarla morir en soledad.

Ya saludaba la amanecida cuando terminé el libro de mala gana, sabiendo que no quería leer más y que tenía muchas cosas que decirle a Julián acerca de ese villano de Tenorio. Aparté el libro de mí, del mismo modo que habría alejado al demonio, y este terminó por caer de la cama. Lo recogí y, al hacerlo, de entre sus páginas cayó una nota que debía estar emplazada entre las últimas y por ello me había pasado desapercibida. Dejé el libro sobre la mesita y me senté al filo de la cama, con la nota entre mis manos trémulas. La desdoblé a toda prisa para ver su contenido y encontré una carta de Julián.

De entre mis labios se escapó un: «Ay de mí», como el de doña Inés, y como ella, cuanto más la miraba menos me atrevía a leer. Turbada, dejé la carta a un lado y me aparté, como si pudiera contagiarme algo. Di vueltas por la habitación, echándole miradas furtivas. Temía que le salieran piernas y viniera hacia mí, suplicando ser leída. Pero ¿por qué mi imaginación había volado hasta el punto de creer que sería una declaración de amor

como la de don Juan a doña Inés?

«Amor. Demonio. Había dicho “amor”».

¿Era eso acaso lo que quería? Maldita palabra y maldito todo cuanto evocaba.

—Ay, doña Inés —suspiré—. Ahora te entiendo. Julián también ha robado la dulce calma de mi corazón; también me ha arrastrado como viento que sopla desde Levante.

Decidida a descubrir si lo que había en esa carta era amor o no, la tomé de nuevo entre mis manos y, sentada en la cama, leí:

Mi querida Victoria:

¿Me permite llamarla así? Si es que un simple mortal como yo puede tener el privilegio de pronunciar su nombre. Ojalá diga que sí porque se ha grabado en mi corazón como el fuego que siento cada vez que estoy junto a usted. Escribo esta carta cuando apenas nos hemos visto y ni yo mismo me reconozco. He luchado contra los dictados de la razón desde que nos cruzamos por primera vez; he peleado contra cuanto creía de esta vida y del amor, y ha sido en vano. La calidez de su mirada y la dulce melodía que encierra su voz me han vencido y me he descubierto pensando en usted a cada segundo. No puedo negar que la siento ya como una parte de mí. Le parecerá una locura, a mí desde luego eso se me antoja, mas prefiero el juicio severo de su mirada tachándome de loco por esto que ausencia alguna de ella. He mirado en sus ojos y no quiero mirar más en ningún otro lugar. Ha sido usted y siempre será usted, pues suyo es mi corazón desde el momento en que la vi. Suyo será por siempre si así lo desea. Solo dígame que no soy el único que ha sentido que hemos nacido para estar el uno junto al otro; que el aire que respiramos ha de ser el mismo; que sus deseos han de ser los míos y juro que nunca me separaré de usted. Mas dígame pronto. No soportaré un día más sin usted. Si de lo contrario la he ofendido, ruego sea benevolente conmigo. Es el profundo sentimiento que usted despierta en mí quien ha guiado esta pluma.

Eternamente suyo.

Julián Withmore

Terminé la lectura, con el corazón desbocado por las emociones y cientos de dudas asaltando mi mente. Apreté la carta contra mi pecho, embargada por una sensación terrible y extraña. Algo me quemaba por dentro y no sabía ya si era la rabia por mi desazón y su atrevimiento, o las ganas de decirle a Julián que me sucedía lo mismo que a él. ¿Realmente lo sentía? Jamás había experimentado sensaciones así y quizá no eran lo que yo creía.

Me enfadé conmigo misma por no ser capaz de aclararme y sentí la necesidad de abandonar el lecho y de ir hacia el balcón en busca de algo de aire fresco. Abrí la puerta de par en par y miré al horizonte, donde un amanecer de tonos rosados se perfilaba sobre el mar. Suspiré, y mi nombre me llegó en un susurro. Extrañada miré a mis espaldas, pensando que alguien habría entrado en la habitación, pero no era así. Mi nombre volvió a escucharse y pude entonces reconocer la voz de Julián. El corazón me dio un vuelco al verlo en la calle, bajo mi balcón. Me miraba con una sonrisa en el rostro capaz de avivar un fuego del que apenas quedan rescoldos. Supe entonces que quería ser suya y que al igual que él, habiendo mirado en sus ojos, no querría mirar en los de nadie más.

Señaló con un gesto hacia un punto concreto de la fachada del palacete, en el que yo sabía que estaba la puerta del servicio. Me costó entender que quería que nos viéramos allí, pero una vez que lo hice sentí que el corazón me latía con fuerza y tomé aire antes de decidirme a hacerlo. Me coloqué un batín y salí de mi dormitorio de puntillas, conteniendo la respiración. Caminé por la casa, que sumida en la quietud de la noche tardía se hallaba silenciosa y en penumbra. Avancé despacio por los corredores hasta llegar a las escaleras que comunicaban la zona de los dormitorios con la planta inferior y, atenta a cualquier movimiento a mi alrededor, las descendí. Por fin llegué hasta la puerta de las cocinas y recé porque no hubiera nadie en ellas todavía, aunque el servicio comenzaba siempre su jornada muy temprano. Hallándolas a solas, me escurrí entre mesas, sacos, cajas con avíos y fogones, y llegué por fin a la entrada de servicio. Desde que años atrás se originase un incendio en las cocinas que casi lleva al palacete a la ruina, las puertas siempre quedaban cerradas pero con la llave puesta, por si una emergencia requería salir corriendo en mitad de la noche. Giré la pesada llave de hierro, y el sonido del cerrojo al descorrerse retumbó en el corredor de entrada. Chasquéé la lengua y esperé en silencio por si alguien aparecía alertado por el sonido, mas no fue así y pude abrir al fin. Lo hice

despacio, asomando la cabeza con prudencia. Afuera esperaba Julián, mirándome con su gran sonrisa. Su levita estaba entreabierta, no llevaba sombrero y tenía el cabello algo revuelto. Tuve la impresión de que tampoco había dormido mucho aquella noche.

—Señorita Vergara —saludó con la voz algo ronca.

—Señor Withmore.

—¿Puedo pasar?

Oteé a un lado y a otro de la calle y no vi a nadie. Miré también a mis espaldas y, al hallar el corredor desierto, asentí. Julián entró y empujó la puerta hasta dejarla casi cerrada. Nos quedamos a oscuras, con la poca luz que venía del exterior colándose por la rendija. Cerré el batín sobre mi pecho y me crucé de brazos, nerviosa. Sentía el corazón latir con más fuerza que nunca. La emoción de nuestro encuentro mezclada con la perspectiva de que alguien nos hallase allí a solas me aterraba, mas no quería perder la ocasión de tenerlo cerca. No tras encontrarme a mí misma en las palabras de su carta.

—¿Qué hace aquí a estas horas? —pregunté.

—No podía dormir. Solo pensaba en si habría leído mi nota.

—La he leído.

—¿Y no va a decirme nada?

Tardé unos segundos en contestar; unos segundos en los que su respiración se notó más agitada, como si estuviera ansioso.

—Que puede llamarme Victoria.

Julián me tomó de la cintura y me atrajo hacia sí hasta abrazarme. Me dejé llevar y apoyé mi cabeza en su pecho. Olía a una mezcla de vino dulce, jazmín y rosas. Estar por primera vez entre sus brazos fue como ver los rayos de sol tras el más largo de los inviernos. Entonces me separó un poco de él y tomó mi rostro entre sus manos. Aquel día no llevaba guantes y pude sentir, al fin, la tersura de sus manos. Quise tocarlas y alcé las mías para cubrirlas. En aquella penumbra pude advertir una sonrisa y un gesto

esperanzado en sus ojos.

—¿Me llamará por mi nombre también? Oírlo de sus labios debe ser como oír cantar a los ángeles. —Tomó mis manos y las besó.

Me reí, bobalicona, ante su lisonja. Escuché entonces golpes procedentes de la cocina, parecidos a unos pasos. Me pareció que venían hacia nosotros y tenía tanto miedo de moverme y que nos descubriesen que me quedé petrificada. Cuando el ruido cesó, su rostro y el mío estaban tan cerca que podía sentir su aliento, cálido y dulce, en mis mejillas. Julián y yo nos miramos, sin hacer nada más que eso, y en sus ojos vi tal deseo, tantas ganas de mí, que me sentí abrumada. Miré sus labios, que se entreabrían anhelantes, y tragué saliva para mojar me los labios después. Pensé que me besaría. A decir verdad lo deseé, pero entonces solo besó mi frente con cariño. Sentí la suavidad de sus labios y me estremecí.

—¿Cuándo podré verla otra vez? Mañana es viernes. ¿Llevará huevos a las Claras? —preguntó de forma atropellada.

—Dirá hoy.

—Pues hoy. Que el tiempo se confunde cuando estoy con usted. ¿Podremos vernos entonces?

Suspiré.

—Ojalá.

—La esperaré a las once. En la catedral.

—¿En la catedral? Pero... —Puso un dedo en mis labios.

—Por favor, solo diga que sí.

Pensé en la posibilidad de un encuentro con él, y sobre mí sobrevoló la maldita nube negra de mi compromiso. Se lo habría referido, mas no me atreví, pues temía que al escucharlo no quisiera verme más, así que le respondí con un «sí» que salió directamente de mi corazón.

Él besó de nuevo mi frente y aquello me arrancó otro suspiro que fue interrumpido por un nuevo ruido de la cocina. Me aparté de él a toda prisa, empujándolo hacia la puerta. La abrí despacio y supliqué con un gesto que

saliera. Él obedeció y fui a cerrarla. Antes de que pudiera hacerlo me sujetó del brazo, hasta deslizar su mano y coger la mía. Posó mi mano sobre sus labios y la besó. Escuché otro ruido y le pedí con apremio que se fuera.

—Tiene que marcharse, Julián. Si nos ven aquí será nuestra ruina.

—Julián... —repitió él—. Qué hermoso suena cuando lo pronuncian sus labios. Hasta mañana, entonces.

No pude evitar sonreír una vez más.

—Hasta pronto, dirá.

Dando un segundo beso a mi mano la soltó después y salió corriendo calle abajo con el jolgorio y la presteza de un chiquillo que acaba de vivir una aventura. No pude sino observarlo durante unos segundos, pensando en lo mucho que me hacía sentir. Otro ruido me alertó de nuevo. Cerré la puerta despacio y fui de puntillas hacia allí. Carlota y otro par de de sirvientas andaban enredando en la lumbre, poniendo agua a calentar y algo de achicoria, a juzgar por el olor.

Las otras dos dejaron al punto sus quehaceres y me miraron con gesto interrogante, extrañadas al verme allí, mas no aparentaba que a Carlota se lo pareciera también.

—¿Qué hacéis aquí, señorita? ¿Necesitáis algo? —preguntó con media sonrisa.

—Tenía sed y he bajado a por agua —me excusé.

Al momento de decirlo supe que era una tontería. De haberla necesitado la habría pedido al servicio. Las chicas se dedicaron una mirada cómplice, aguantando la risa. A todas leguas se notaba que no me habían creído. Carlota cogió un vaso y lo llenó de agua fresca de una jarra, para tendérmelo después. Lo tomé, bebí ávidamente y lo dejé sobre una de las mesas cuando terminé.

—Gracias —dije y me marché con paso ligero.

Apenas había abandonado la cocina y enfilado el corredor adyacente, cuando escuché a Carlota murmurar:

—Ya os digo yo lo que hacía. La he visto con el señorito Julián. Y no la culpo, ese hombre sabe cómo tratar a una mujer.

Me detuve en seco. Las otras dos soltaron risotadas divertidas tras sus palabras.

—¿Tú te has visto con él? —preguntó una de ellas.

—Más de dos veces.

—Ay, Carlota. Que no se puede una mezclar con los señoritos —le advirtió la otra—. Que luego acabamos en las Arrecogidas y con el niño en la Casa de los Expósitos.

—Anda ya, que les teméis a los hombres más que a un nublado. Hay remedios para no preñarse. Un día os los cuento todo, si me convidáis a unos pasteles. Pero no mañana, que tengo una cita con don Julián —dijo, y se echó a reír, secundada por las otras dos.

A punto estuve de darme la vuelta para reprenderlas por descaradas y malhabladas cuando me encontré con mi hermano en el pasillo de forma abrupta. Salía de una de las estancias del servicio, con Mina tras él.

—Buenos días, Rafael.

—Buenos días, Victoria —saludó nervioso.

—Buenos días, señorita —dijo Mina, acomodándose el delantal.

Tras una exigua reverencia, nos sobrepasó y fue hacia las cocinas. Al hacerlo miró de reojo a mi hermano y en su rostro había una sonrisa un tanto cómplice que él devolvió sin dudar.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó él, volviendo su mirada hacia mí.

—Y-yo —titubeé—. Bajé a por agua fresca. Ha hecho mucho calor esta noche —dije. Antes de que mi hermano me hiciera más preguntas, se las hice yo a él—. ¿Y tú?

—Yo también he pasado calor. —Carraspeó—. Vamos, te acompañaré a tu cuarto.

De camino al dormitorio me pareció que estaba raro, como ausente. Tenía las mejillas algo arboladas y el cabello despeinado, y llevaba la camisa

entreabierta y el chaleco abotonado de mala forma. Entonces vi que volvía a mirar hacia las cocinas y que cuando lo hacía se le perfilaba una sonrisa en los labios.

—Estabas con Mina, ¿verdad? —pregunté al pie de las escaleras.

Se puso muy serio de repente.

—No digas tonterías.

—Si me obligas a casarme con Esteban Arango le diré a madre que te estás encamando con ella.

—¿Y qué crees que hará si se lo cuentas? ¿Anular tu compromiso? —dijo, airado—. No. La echará a la calle. ¿Quieres eso para Mina?

Tomé aire, alterada. Nunca en mi vida me había sentido así de traicionada.

—Esto es tremendamente injusto, Rafael.

—¿Acaso crees que yo podré casarme con ella por más que la quiera?

—Si no lo haces será porque no lo deseas. Eres un hombre, puedes hacer lo que te plazca.

—Me temo que en eso te equivocas. Yo también estoy atado a unas normas.

—No me hagas reír. Sabes que no es así —repliqué—. Y aunque no te casases con ella, siempre podría ser tu amante, y tu esposa tendría que aceptarlo y mirar a otro lado. Pero ¿yo qué?, ¿qué me queda a mí?

Él negó con la cabeza, entristecido.

—No puedo anular tu compromiso, Victoria, por más que me duela.

—A ti lo único que te duelen son los reales, Rafael. Eres un hipócrita.

Diciendo eso tomé las escaleras a toda prisa y me marché, pues no quería verlo más ni hablar con él. Una vez en el dormitorio, me tumbé en la cama y lloré, pero hasta las lágrimas me sabían amargas. Intenté consolarme con el recuerdo de Julián y la promesa de nuestro nuevo encuentro, y mientras la ciudad se despertaba, me dormí con su nombre en mis labios.

Debían ser ya las nueve cuando llegó Mina a buscarme para nuestra salida al convento. Traté de ser amable con ella, pues al fin y al cabo no tenía culpa de lo que me estaba pasando. Por más que me doliese, era otra víctima como yo. O sería su amante de por vida, o se cansaría de ella y la acabaría dejando. Eso si no la dejaba encinta y había más víctimas que lamentar. Mas, aunque yo habría dejado el asunto correr, ella lo sacó a colación.

—Señorita, no esté usted enfadada con su hermano —dijo—. Él la quiere.

—Mi madre también quería a mi padre y ya ve, lo estuvo engañando toda su vida. El amor en esta casa adopta definiciones muy extrañas —murmuré, adolecida.

—Lo siento.

Me pareció sincera al decirlo.

—No lo sientas, Mina, mas ten cuidado. Mi hermano será mi hermano, pero no deja de ser un hombre.

—Lo tengo por el más honorable de los caballeros, señorita Victoria —dijo, y me pareció que habría puesto la mano en el fuego por ello.

—Ojalá siempre lo veas de la misma forma. Y ahora, ayúdame a peinarme, por favor, no quiero salir tarde —zanjé.

Asintió con gesto alicaído y se enfrascó en peinarme como si se le fuera la vida en ello. Si era por la falta de sueño o de ganas, no lo sé, mas no habló más en todo el rato.

Tras el desayuno, salimos a llevar los huevos, y enfilábamos ya las calles de vuelta cuando le dije que quería entrar a la catedral a dejar algo de limosna y a rezar por don Agustín. Aunque salía de nuestro recorrido habitual, Mina me siguió contenta. Le gustaba la quietud de las iglesias. Decía que le daban paz para pensar en sus cosas, y con la de tareas que tenía que cumplir, agradecía un rato en soledad consigo misma. Dejando atrás las callejuelas estrechas que conducían a la catedral, llegamos al

templo, hallándolo tranquilo a aquella hora de la mañana. La intensa luz del sol y el calor de la calle quedaron atrás, así como el bullicio. Mina era muy devota de San Rafael, así que se fue directa a su capilla. Yo no había acordado con Julián punto alguno concreto, así que caminé por las naves, deteniéndome a cada poco en una de las capillas. Me hallaba observando uno de sus preciosos retablos, en el que se encontraba la talla de Santa Bárbara, cuando escuché una voz a mis espaldas, para mí ya inconfundible.

—Dejaría en manos de Dios toda mi fortuna a cambio de uno solo de sus pensamientos.

La alegría me inundó al saberlo cerca. Julián se hallaba a pocos pasos de mí, fingiendo que se había detenido a contemplar la talla. Lo miré por unos segundos, sin apenas girar el rostro, y lo vi sonreír también, con cierto gesto adulator.

—No obtendría mucho a cambio, me temo —dije.

—¿No pensaba en nada?

—En nada concreto —afirmé, burlona.

—Me rompe el corazón. Creí que la encontraría pensando en mí.

—Lo siento, pero solo admiraba la talla, señor Withmore —respondí, divertida.

Él se acercó hasta situarse a mi lado y alzó la vista hacia el retablo.

—Ya ni siquiera me llama Julián. Se ha propuesto arrojarme a la desesperación. Tendré que encomendarme a Santa Bárbara.

—¿Es usted de los que se encomienda a ella solo cuando truena? —pregunté, mas Julián no contestó, pues una mujer devota llegó hasta la capilla y se situó cerca de nosotros, entregándose al rezo.

Él se acercó un poco más y su mano rozó la mía como si no hubiera intención en ello, mas se notó a la legua que lo había hecho adrede. Sentí un hormigueo en el estómago que me hizo tomar aire y sonreír. En aquel silencio obligado, nuestras miradas se buscaron. En los ojos de Julián había una chispa divertida y en sus labios una sonrisa dulce que hizo la mía más

pronunciada. La mujer debió percibir nuestra cercanía y carraspeó, antes de persignarse y salir de allí a toda prisa. A los dos se nos escapó una risa que retumbó en la capilla. De algún lugar se escuchó un pronunciado «shhh» y él, con un guiño cómplice, se llevó un dedo a los labios.

—Habremos de estar serios. Me temo que reírse es pecado —dijo, separándose un paso de mí, con el fin de no levantar murmuraciones.

Me aguanté la risa aquella vez y volví a dirigir la mirada hacia la talla.

—Conocí a una dama en Bath que tuvo el placer de visitar esta catedral y las consideró carentes de la elegancia de un buen cuadro o una estatua. Dijo que se le asemejaban enormes juguetes puestos aquí con la mera pretensión del adorno —comentó Julián.

—Me temo que no estoy de acuerdo. ¿A usted no le parece que tienen vida? Fíjese en sus ojos, casi parece que nos observan.

—Es difícil mirar otros ojos que no sean los de usted, Victoria. Podría ponerlos en el cielo como si fueran estrellas y nadie se daría cuenta del cambio.

Azorada, clavé la mirada en el suelo. Mis mejillas ardieron una vez más al calor de sus palabras. Y aunque quería rendirme a estas, había algo rondándome la cabeza desde aquella mañana. Eso que había dicho Carlota sobre él.

—Hay algo que quiero preguntarle —dije, con todo el valor que fui capaz de reunir.

—Pregunte, por favor.

—¿Conoce usted a Carlota? Sirve en mi casa. —Alcé los ojos hacia él, buscando en los suyos una respuesta. Noté que dudaba—. Dígame la verdad, que estamos en la casa de Dios.

—Sí. La conozco.

Mi corazón dio un vuelco y fruncí el ceño, disgustada.

—¿Esta encamándose con ella?

—¿Encamándose? —Se mostró ofendido—. Por favor, Victoria, es una

sirvienta.

—Dice que usted la pretende.

Julián negó con la cabeza.

—¿Cómo podría pretenderla habiéndola conocido a usted? Solo he sido amable con la muchacha. Quería tener una aliada en la casa para poder llegar a usted. Perdóneme si la he agraviado de algún modo y, por favor, no se enfade conmigo.

Sus ojos azules brillaban mientras me miraban esperanzados. Me habría sido imposible negarle cualquier cosa que me hubiera pedido.

—No estoy enfadada. No se preocupe.

Sonrió con la felicidad llenando su rostro.

—¿Ha leído ya mi *Don Juan*? —terció.

—Sí, mas no pienso hablar de ese rufián en suelo sagrado.

—¿Así que le sigue pareciendo un villano?

—Lo es. —Asentí convencida.

—A doña Inés le pareció que tenía redención.

—A doña Inés le pareció que encerrarse en un convento era buena idea.

—Qué mal la juzga a ella también.

—Son tal para cual.

—¿Como usted y yo? —dijo, y volvió a acercarse, para rozar de nuevo mi mano.

Sin embargo, aquella vez no se quedó en un simple roce. Julián la tomó hasta entrelazar nuestros dedos y la llevó después a sus labios. Miré a nuestro alrededor, nerviosa, y al no ver a nadie, se lo permití. Pensé que a Santa Bárbara no le importaría. Ella era patrona de las tormentas y a Julián lo había conocido en un día lluvioso.

—Como usted y yo —me atreví a decir.

Julián besó mi mano y la apretó contra su pecho.

—Mi dulce Victoria —susurró—. Diga que puedo tener esperanzas.

—¿Esperanzas? ¿En qué?

—En que algún día se casará conmigo —dijo.

Su repentina proposición me cogió de sorpresa y mis ojos se abrieron de par en par. Supe que anhelaba decirle que sí en aquel preciso instante y lugar, sin mayor necesidad de pensar en ello, pues sentía que lo amaba con todo mi corazón. Mas de forma repentina me embargó una tristeza profunda, pues recordé mi compromiso y, habiéndolo acordado ya, mi madre y mi hermano jamás se desdecirían de sus palabras por miedo a que eso repercutiera en sus negocios. Nunca accederían a que me casara con Julián. Agaché la mirada, compungida. Julián puso sus dedos en mi mentón y me pidió que lo mirase.

—¿Qué le sucede? —preguntó.

—Que no puedo casarme con usted, porque... me han prometido con otro.

—¿Con otro? —Su rostro se crispó—. ¿Quién es ese villano?

Aquello me robó una sonrisa.

—Habla usted como el don Juan.

—Y me batiré en duelo con él si es preciso.

No pude evitar que mi imaginación volase recreando tal encuentro, mas hube de poner de nuevo los pies en la Tierra.

—Lo detendrían.

—No me importan las leyes, Victoria. Solo me importa usted. Y si es su deseo que nos casemos, vive Dios que lo haremos.

Iba a contestar cuando Mina llegó de repente, como si fuera una aparición. No percibí en qué momento se acercó, ni de dónde vino. Se quedó de pie, tras nosotros, mirándonos desconcertada. Julián se apartó de mí al instante, no sin antes besar mi mano una vez más.

—Ha sido un placer volver a verla, señorita Vergara —dijo, con una gran sonrisa, para alejarse después. Lo observé absorta, mientras Mina llegaba a mi lado y se interponía entre él y yo. Me incliné un poco para poderlo ver, pero se perdió tras una de las columnas.

—¿Ha perdido el juicio, señorita? —susurró Mina con el semblante turbado.

Sonreí, extraviada aún en las cálidas sensaciones que había despertado en mí aquel encuentro.

—Es posible.

—No es motivo para sonreír. Si su madre se entera nos crucifica a las dos. ¿Para eso quería que viniéramos a la catedral? ¿Se había citado con él?

—No le dirás nada, ¿verdad?

—Me pone en un compromiso —dijo con gesto dubitativo.

—Yo no voy a hablarle de lo tuyo con mi hermano. Creo que es justo que guardes silencio.

—Si no es porque usted vea a un hombre, señorita Vergara. Es que es... ese hombre —Mina enfatizó el «ese».

Le dediqué una mirada curiosa a la par que preocupada.

—¿Qué sucede?

—Que mejor le irá si lo tiene lejos.

El rostro se me ensombreció.

—¿Alejarme? ¿Por qué?

—Porque el señor Withmore y ese don Juan al que sé que anda usted leyendo van a la zaga —dijo, y acto seguido pareció arrepentirse de ello.

—¿Por qué dices eso?

—Por nada, señorita Vergara.

—Mina... —insistí.

Ella tomó aire y terminó por claudicar.

—Se lo cuento fuera, que no voy a decir palabras impropias de un sitio como este.

Lo mismo le había dicho yo a Julián al preguntarme por el don Juan.

—Me estás asustando.

—Y todavía no he hablado.

Salí con Mina de la catedral, con toda la ligereza que permitía el decoro,

y una vez estuvimos fuera, le pedí que hablase. Debía ser ya mediodía porque el calor era casi insoportable y yo no sabía si era la inquietud o el sol inmisericorde, pero me sentía angustiada.

—Lo ven todas las noches despachando en la Casa de Guardia hasta las tantas. Dicen que solo hay una cosa que le guste más que las mujeres: el vino dulce.

Recordé el olor de Julián la noche anterior: vino, jazmín y rosas. Quizá solo era una coincidencia, quizá solo había estado despachando con sus amigos. «¿Qué hombre no lo hace? Hasta mi madre bebe jerez cuando se le antoja», pensé.

—Ha de ser un malentendido —murmuré, intentando convencerme a mí misma.

—Ya, y de esa podría salvarle, pero de lo otro que he oído...

—¿Qué otro?

Ella miró a ambos lados por si había alguien lo suficientemente cerca como para escucharnos, y al ver que no era así, y que la gente paseaba por la calle a sus asuntos, me miró muy seria.

—Ay, Mina, no te andes con tanto teatro y habla de una vez —me quejé.

—Al señor Withmore ya le han visto más de una vez en compañía de mujeres de poca fortuna.

Mina utilizaba aquella expresión para referirse a las pobres muchachas que vendían su cuerpo en la calle Camas. Descorazonada ante tal noticia, palidecí al instante. Había sentido a Julián de un modo cercano y había compartido con él mis pensamientos de forma abierta. Se me antojaba alguien instruido y amable, y jamás lo habría imaginado como un hombre de bajos instintos.

—Le juro por la Virgen del Carmen que quienes me lo han referido no son de contar mentiras —continuó diciendo ella—. Me preocupa que pueda caer usted en los brazos de un indeseable.

—Un... indeseable —repetí.

Me sentí tan mareada que tuve que agarrarme a Mina para no caer.

—¿Está bien?

No. No lo estaba. En mi cabeza se mezclaban las malas nuevas de Mina con las palabras de Julián: con sus ojos, sus labios, sus promesas, su carta... El hombre que había escrito aquello no podía ser el mismo del que Mina había hablado. ¿Acaso alguien que pronuncia tan bellas palabras y que abre así su corazón puede ser ruin y despreciable a la par? No, de ninguna de las maneras. Mina debía de estar equivocada. Quizá era alguien que se le parecía y no el propio Julián. O quizá... quizá era como ese maldito don Juan, pendenciero y mujeriego, y pretendía hacer de mí su doña Inés.

—¿Quiere que demos un paseo por el puerto? Allí hará más fresco y he oído que hoy llegan barcos de Ultramar. Así se despeja un poco —dijo entonces Mina, sujetándome.

—No me encuentro bien. —No mentía. Aquella noticia me había revuelto las tripas. Perdida entre los cientos de dudas que asaltaban mi mente, cerré los ojos esperando que aquello fuera un mal sueño—. Volvamos a casa.

Mina asintió, aunque desconcertada y vigilando a cada paso que no me desplomase. Regresamos en silencio y, agotada por tantas emociones, me excusé diciendo que no me encontraba bien y me tumbé en la cama. Aunque las preocupaciones me asaltaban y no pude conciliar sueño alguno, al menos conseguí que mi cuerpo se asentase. Me hallaba en un duermevela cuando sentí que la puerta de mi dormitorio se abría de forma abrupta. Por ella apareció mi madre, que tocó mi hombro de forma insistente, haciendo que me despertase de golpe.

—Victoria. Levántate ahora mismo y baja al salón. Tu hermano y yo tenemos que hablar contigo.

La miré, adormilada. Vi que Mina estaba tras ella. Tenía el rostro congestionado y expresión preocupada. Aquello me puso en alerta.

—¿Por qué?

—Obedece, por favor. Mina, haz que se levante y que baje cuanto antes. La muchacha asintió, y mi madre salió de allí cerrando la puerta tras de sí.

—¿Les has dicho algo de lo que ha pasado esta mañana?

—No, señorita. No he hablado con nadie.

—Si descubro que mientes juro que no te volveré a hablar en la vida.

Ella agachó la mirada, compungida, y fue a decir algo, mas se vio interrumpida por la brusquedad con la que llamaron a la puerta. Cuando di paso, apareció Carlota.

—Señorita Vergara, su madre insiste en que baje ya.

Resoplé, angustiada, y dejé la habitación sin mediar una palabra más con Mina. Cuando llegué al salón encontré a mi madre y a mi hermano, con el semblante serio y en silencio. Ella se sentaba en el sillón; mi hermano se hallaba de pie junto a la chimenea, apoyando uno de los codos en esta.

—Toma asiento, Victoria, por favor —pidió mi madre.

Me senté frente a ellos y, colocando las manos sobre mi regazo, esperé a que dijeran algo. Mi madre llevó una mano tras su espalda y sacó el pañuelo y la carta de Julián. Abrí los ojos, sorprendida. Una sensación apabullante se alojó en mi pecho, cortándome la respiración.

—Esto estaba en tu dormitorio. Espero que no niegues que es tuyo.

No tuve más remedio que asentir. Me pregunté cómo había llegado a sus manos y solo esperaba que no hubiera sido cosa de Mina.

—Lo es —dije, y agaché la cabeza a causa de la vergüenza.

Mi madre observó ambas cosas por un instante y después las dejó a un lado, sobre el asiento.

—Me habría gustado tener la oportunidad de preguntarte si el señor Withmore ha recibido respuesta alguna de esta carta. Tener la oportunidad de oírte decir que no. Mas tus acciones han hablado por ti. —Hizo un silencio en el que me miró con gesto severo—. Te han visto hablando con él a solas en la catedral. Y no me digas que no, Victoria. No añadas la mentira

a tu lista de agravios.

Quería creer que Mina había sido leal y no era la responsable de que mi madre se hubiera enterado. Quizá alguien de la ciudad nos había visto. Habíamos sido tan osados que desde luego era posible.

—Estoy segura de que ya conoce la respuesta —le dije.

—Quiero oírla de tus labios. Pues si eres valiente como para mantener encuentros a solas con caballeros indeseables, has de serlo como para decirle las cosas a tu madre a la cara.

—Él no es un indeseable. Y lo amo, madre. Lo amo de verdad.

—¿Amor? —Mi madre negó con la cabeza—. Hija, no sabes de lo que hablas. Hace dos días que lo conoces.

—A Esteban Arango no lo conozco mucho más de lo que podría conocer al señor Withmore y queréis casarme con él.

—¡No los compares!

—Y usted no juzgue el amor que siento.

Mi madre tomó aire despacio y volvió a expulsarlo de igual forma.

—Veo que te ha consumido por completo. Y no es de extrañar, conoce las palabras correctas para engatusar a las jóvenes como tú. Desde luego se expresa con una prosa admirable —dijo tomando la carta y agitándola con desdén ante ella.

—Dime que sientes un mínimo de compasión por mí, Rafael. —Me levanté y miré a mi hermano, implorante—. Dime que has cambiado de idea y que no estás de acuerdo con madre.

—Tu hermano no será tu cómplice, te lo advierto —dijo ella, más severa si cabe. Él ni siquiera me miró—. Entiende tan bien como yo las necesidades de esta familia y no consentirá que te desposes con un derrochador.

—¿Un derrochador? —mascullé.

Rafael se apartó de la chimenea y vino junto a mí.

—Victoria, quiero me escuches. —Puso una mano en mi hombro—. Por

favor. ¿Puedes sentarte?

Accedí y me senté de nuevo. Acercó una silla y la situó a mi lado. Se sentó en ella y tomó una de mis manos entre las suyas.

—Sé que no quieres creerme y que estás enfadada por tu compromiso con el joven de los Arango, pero el señor Withmore no es trigo limpio. No hace ni un mes que murió don Agustín y ya ha quemado buena parte de su fortuna. Se lo ha visto en compañía de mujeres de mala vida.

—¿Te lo ha dicho Mina? ¿Por qué ibas a creer las habladurías de las sirvientas?

—Si su palabra no te es bastante, has de saber que lo vi con mis propios ojos. Y eso no es todo. Ha apostado el palacio en una partida de cartas y lo ha perdido. En cuanto falte la viuda de Herrera, no verá un real de esa propiedad.

—Y eso lo sabes de primera mano, ¿no? —espeté—. Estabas allí, apostando con él.

Mi madre volvió a mirar a mi hermano, desconcertada. No le gustaba que jugase a las cartas; de todas las debilidades humanas, esa era una de las que más detestaba.

—¿Rafael?

—Como ve, me achaca faltas a mí, pero su hijo no es perfecto.

Él me dirigió una mirada resentida.

—Puedes obviar que tienes un problema lanzándome cuantos ataques quieras, Victoria, mas el problema seguirá ahí. Ese hombre se está quedando sin reales y eso es lo único que le interesa de ti —dijo—. ¿Crees que eres la única a la que corteja? La joven Isabel Arango ha sufrido también de su imprudencia. Sus padres han tenido que prohibirle cualquier salida para evitar que se vean y ahora temen hasta por su salud. ¿Acaso no te diste cuenta en la cena de que su actitud no era propia de una muchacha joven?

—Sobre todo teniendo en cuenta lo animada que siempre ha sido —anotó

mi madre.

Aquello me dejó helada. ¿Y si era ese el motivo de la tristeza de la muchacha? ¿Y si yo había percibido su dolor porque en cierto modo se asemejaba al mío?

—No es verdad —repliqué, negándome a creerlos—. Lo estáis haciendo parecer un monstruo y él no es así. Julián jamás haría esas cosas que decís.

—¿Julián? —intervino mi madre—. ¿Lo llamas por su nombre? ¿Con qué potestad?

—Con la que me otorga ser su futura esposa.

—¿Su... su qué? —Mi madre palideció y se llevó una de las manos a la frente, con gesto consternado—. ¿Te estás escuchando? Ese hombre ni siquiera ha venido formalmente a pedir tu mano en matrimonio. Ni se ha pronunciado ante mí o ante tu hermano.

—¿Acaso me permitiríais darle un sí? Aun teniendo su desprecio podría contar con la aprobación de Rafael, sin embargo usted se ha ocupado de envenenarlo en su contra.

—Vigila tus palabras, Victoria —me regañó él—. Has de tener nublado el juicio para hablarle así a tu madre.

—No sé si volveré a llamarla «madre». ¡La odio! Profundamente.

En su rostro se dibujó tal gesto de dolor que por unos instantes sentí que no debía seguir hablando; que la había herido de forma irrevocable y si decía una palabra más abriría entre nosotras un profundo abismo. Sin embargo, la rabia que ardía en mí guio mis labios con desesperación y dureza.

—Me aparta del amor de mi vida de forma injusta. Usted amó a don Agustín aun exponiéndose a la censura de la gente, ¿por qué me castiga a mí ahora a reprimir mis sentimientos? ¿Le ha dicho ya a Rafael que fue a su entierro? —expuse con la firme intención de abrir más su herida.

Mi hermano se levantó de la silla y caminó de nuevo hacia la chimenea. Aunque lo vi frotarse la frente, abrumado, y mirar a mi madre de reojo, no

le dijo nada al respecto.

—Si ese rufián del que te has encaprichado fuera una décima parte de lo que fue don Agustín, yo misma te bordaría el vestido de novia hasta que me sangrasen los dedos. Mas no es otra cosa que un bribón que se ha aprovechado de tu juventud y tu falta de juicio.

—Moriré si no me dejáis estar con él.

—No te morirás, Victoria. —Me miró muy serio—. Nadie se muere de amor.

—¿Y tú qué sabes del amor? Solo te importan los negocios —le espeté, clavando con dureza mis ojos en los suyos. Él pareció dolido por mis palabras, pues agachó la mirada—. Aunque amaras a alguien nunca tendrías los arrestos suficientes como para atreverte a ser feliz. Solo te importa la ferrería. Podría estar ahogándome en San Andrés y te preocuparía menos que si tu fortuna se fuera a pique.

—No estás siendo justa con nosotros, Victoria —dijo Rafael—. Solo queremos tu bien.

—¿Queréis mi bien? —dije con gesto suplicante—. Pues dejad que me case con Julián.

—Antes muerta que permitir que arruines tu vida. Te alejarás de ese hombre de ahora en adelante —sentenció, rompiendo la carta en pedazos.

Mientras los veía caer a sus pies, supe que mi corazón también se había quebrado. Caí de rodillas al suelo y recogí los trozos. Mi madre pasó junto a mí y se marchó. Rafael llegó y me cogió del brazo, ayudándome a levantarme. Yo abrí las palmas de mis manos y observé los pedazos de la carta en ellas, rompiendo a llorar. Me sentía desolada, rota. Como si estuviera conformada de piedras y cada una de ellas se hubiera desmoronado, convirtiéndome en un montón de ruinas polvorientas. Mi hermano me abrazó y apreté los puños con los resquicios de la carta entre mis manos, mientras algunos escapaban entre mis dedos. No podría recomponerla aunque quisiera; como tampoco podría recomponerme tras

aquello. Nada de esperanza quedaba ya en mí.

—Victoria, por favor, no llores más —me dijo, con voz suave, acariciando mis cabellos.

—¿Por qué no puedo estar con él?

—Porque el señor Withmore no te merece.

—Eso es lo que vosotros habéis decidido.

—No, Victoria, eso es lo que él ha decidido con su comportamiento. No puedes culparnos de sus faltas. Son estas las que os impiden estar juntos, no nuestra voluntad.

—No me conoces, Rafael. No sabes nada de mí. Siempre estás fuera, ocupado con tus viajes y tus negocios.

—¿Crees que me gusta estar alejado de madre y de ti? No conoces nada del mundo y de los obstáculos que tengo que sortear para mantener esta familia a flote. En los tiempos que corren, además de la quiebra, tengo que esquivar las balas. Ni un año hace que se gritaba «Libertad o Muerte» por estas calles, y se abrían fosos y cerraban postigos —dijo, y señaló hacia el exterior—. Ni un año hace que no sabíamos si íbamos a morir o a matar. Así que perdóname si no encuentro importante tu encaprichamiento y si considero que yerras de forma constante al juzgarnos a todos con el cristal que te conviene.

—No parece que aprecies mi compañía, desde luego, cuando solo vienes aquí a echarme a los lobos. No soy ya una niña a la que puedas reprender y censurar.

—¡Eres una Vergara! —clamó él perdiendo los nervios—. Te guste o no te debes a tu apellido.

—¡Maldito sea entonces!

Nos miramos desafiantes. Él apretó los puños y tomó aire, visiblemente ofendido por mis palabras. Yo hice lo mismo. Por suerte para ambos, él pareció recobrar la calma y me habló de un modo más pausado.

—No tengo intención de prolongar esta conversación que solo nos traerá

desdicha a ambos. Hablaremos cuando entres en razón porque a todas luces has perdido el juicio.

—No tengo nada más que hablar contigo. Ni tampoco con madre. Me casaré con Julián Withmore. Ve a decírselo a los Arango.

Él suspiró, cansado.

—No puedo hacer eso y lo sabes —zanjó—. Solo espero que puedas abrir los ojos por tu propia voluntad antes de que el mundo lo haga por ti, porque entonces no solo te habrás herido a ti misma, también a nosotros, y será demasiado tarde para reconocer que te equivocaste.

Tras decir esto salió de la estancia, dejándome a solas con mi llanto. Sus palabras no hicieron sino abrir más mi herida. Tomé el pañuelo del sillón y lo apreté contra mi rostro, ahogando las lágrimas en él. Todas las demandas y faltas que se me achacaban me hacían sentir como si una mano me apretase el cuello impidiéndome respirar, y la perspectiva de estar sin Julián no hacía más que empeorar tal estado. ¿Cómo iban a separarnos? No lo harían. Viviría junto a él o no viviría.

Capítulo 5

Tres días después de aquello, y sin noticias de Julián ni posibilidad alguna de verlo, mi madre subió a mi dormitorio. Había estado allí encerrada por voluntad propia desde entonces, rehusando cualquier contacto con nadie y negándome a comer. Solo salía de noche, y lo hacía con el propósito de caminar por el patio, buscando calmar mi ansiedad con algo de aire fresco. Padecí su ausencia como si de una enfermedad se tratase, preguntándome dónde estaba hasta llegar a creer que había muerto, pues esa me parecía la única justificación plausible de la falta de noticias suyas. Y el único momento en el que hallé alivio fue cuando bordé mis iniciales junto a las de Julián en su pañuelo. Como si el hilo fueran nuestras almas y pudiera coserlas juntas para siempre.

—Tu hermano se marcha a Madrid. ¿No vas a bajar a despedirlo? —dijo, sentándose al borde de la cama y poniendo una mano sobre mi hombro—. Ha prometido que te traerá un regalo de los Guantes Azules. Pídele que te traiga unos de seda, los hacen muy hermosos.

Negué con la cabeza, no tenía interés alguno en guantes, y mucho menos en hablar con él después de su indiferencia hacia mi sufrimiento y de las duras palabras que me había dedicado. Si para él era una caprichosa, no era mi intención molestarlo con mi presencia.

—Victoria, tienes que arreglarte con Rafael; solo quiere tu bien y está muy preocupado por ti. Ha subido a verte, pero estabas dormida.

A decir verdad, había fingido estarlo, y me arrepentía de no haber hecho lo mismo con mi madre. Me giré, dándole la espalda, e hice un gesto brusco para que dejara de tocarme.

—Ahórrese el esfuerzo, madre —dije—. No tengo nada que hablar con él.

—De acuerdo. —Su voz se tornó algo hosca—. Aunque tendrás que levantarte te guste o no. La viuda de Herrera ha fallecido y hemos de ir a su velatorio a hacer los rezos.

Aquella noticia me pilló por sorpresa y por unos instantes me sentí inquieta. La muerte había visitado de nuevo a los Herrera, y aunque la salud de esa mujer era frágil, no dejaba de ser una tragedia. No obstante, pronto volvió a mí la sensación de que el mundo había dejado de importarme, y me encogí de hombros con desdén.

—La viuda de Herrera se moriría otra vez si supiera que has aparecido por su casa —observé.

Mi madre chasqueó la lengua y después suspiró, cansada.

—Su prima me ha pedido personalmente que vaya. Toda la familia está muy consternada y necesitan apoyo. Su muerte ha sido muy trágica. Asaltaron su carruaje de camino a Vélez.

No contesté.

—Hija mía, no te reconozco —habló de nuevo—. Deambulas por la casa como un espectro, apenas si comes y no me diriges la palabra.

Me giré entonces para mirarla.

—Usted la ha emprendido contra Julián, y salvo que comprenda que él y yo somos ahora la misma persona, no tengo nada de lo que hablarle —lancé, con gesto severo—. Le dije que me moriré si no me deja estar con él y pienso cumplirlo.

—No digas sandeces, Victoria. Te repondrás porque eres una Vergara.

Estamos hechas de acero. Si yo sigo caminando después de la muerte del amor de mi vida, tú lo harás también.

—¿El amor de su vida? Cada vez que habla así de Agustín siento que se burla de mi padre. ¿No significó nada para usted?

Mi madre me miró ceñuda durante unos instantes y pareció que diría algo más al respecto. Sin embargo, terminó por dirigirme una advertencia acompañada de un gesto inflexible.

—Te vestirás de inmediato y me acompañarás al velatorio. Es tu obligación. Y no quiero oír hablar ni una sola palabra del señor Withmore o la semana que viene irás al convento y no será para llevar los huevos.

Al tiempo que ella abandonaba la habitación cerrando la puerta tras de sí, escondí la cara entre la almohada y ahogué en ella el llanto y el nombre de Julián que salía de mis labios como una letanía. Poco después llegó Mina y se sentó también junto a mí, mirándome con gesto preocupado.

—¿Voy a tener que cavar un foso y echar dragones en él para que me dejéis en paz? —le dije.

—Vuestra madre insiste en que la acompañe. Entre en razón, por favor. No puede estar en esa cama eternamente.

—Entonces metedme ya en un ataúd.

—Señorita Victoria. —Sentí por su tono de voz que estaba sacando cuanta paciencia poseía—. Comprendo sus sentimientos. Sé lo que es amar a alguien a quien jamás podré tener, pero cada día me levanto con la esperanza de que las cosas cambien. De que ocurra un milagro. Y los milagros no suceden cuando estamos en la cama. ¿O es que ha oído usted hablar alguna vez de que a los santos se les apareciera Dios mientras estaban en el lecho?

—Los santos elegían morir antes que renegar de su fe. Y mi fe es Julián, Mina. Además, seguro que alguno habrá.

—No sea tan testaruda. Piense que a lo mejor lo ve.

Aquello encendió en mí cierta chispa que creía perdida.

—¿En el velatorio?

—La viuda de Herrera es su tía, ¿no? —me dijo Mina con gesto cómplice. Yo fruncí el ceño, extrañada.

—¿Por qué me has dicho esto? A ti no te gusta Julián. Por tu culpa llegaron la carta y el pañuelo a manos de mi madre.

—No, señorita. No fui yo quien se los dio.

—¿Entonces?

Mina dudó antes de decírmelo, pero al final habló.

—Carlota se encargó de su habitación aquel día. Es posible que ella las cogiera.

—Maldita sea. Le diré un par de cosas.

—No pierda el tiempo peleando con ella. La vida le dará lo que se merece.

—A ti tampoco te gusta, ¿verdad?

Me miró pensativa por unos instantes antes de contestar.

—Pues no, para que la voy a engañar —dijo con franqueza—. Es de esas personas que siempre quieren lo de los demás. De las que si tú dices «blanco», ellas «blanco y medio». Debieron haberle puesto «Envidia» por nombre, en vez de Carlota.

Mientras Mina decía aquello, me levanté de la cama empujada por la posibilidad de ver a Julián. Ella me ayudó a vestirme y bajé al vestíbulo a toda prisa para esperar a mi madre. Se halló sorprendida al verme allí, mas no hizo observación alguna y pronto salimos de casa en dirección a la de los Herrera.

El palacete, en cuestiones de arquitectura, se parecía mucho al nuestro. Había sido erigido casi tres siglos atrás por orden de un capitán de renombre y fortuna, que luchó en Lepanto bajo las órdenes de don Juan de Austria. Poseía una fachada barroca y su portada estaba decorada con un frontón curvo sobre el que se asentaban los escudos de la familia y enmarcada por un friso que recordaba al de los templos griegos. Decían que

antaoño podían verse en toda la fachada frescos de igual inspiración, pero que las plagas de principios de siglo habían obligado a encalar las fachadas por motivos de higiene. Ahora lucía un impecable color ocre, muy similar al de la piedra de los dinteles de puertas y ventanas. La forja de sus cierres no era tan antigua, pues los Herrera, al igual que muchas otras ilustres familias, incluida la mía, habían mandado fundir cuanto hierro disponían para las armas que sirvieron para la guerra contra los franceses.

Las puertas se hallaban abiertas, como era costumbre en los velorios, así que franqueamos el zaguán principal hasta llegar a un patio formado por arcos que partían de robustas columnas de mármol. Había bastante gente, sobre todo hombres conversando entre ellos. Quedaron en silencio por unos segundos, en los que nos saludaron con una leve inclinación de cabeza. Tal mutismo propició que llegase a nuestros oídos un murmullo constante que casi parecía el zumbido de un avispero, proveniente de una de las estancias que daban al patio. Caminé junto a mi madre hacia allí y entramos en ella, hallándola llena de damas que ocupaban diversos asientos. Como era costumbre, se entregaban a la oración constante que garantizaría al alma de la viuda el acceso al cielo.

Alzaron la mirada por unos instantes y eso debía contentarnos como saludo, pues habría sido de mala educación armar revuelo alguno o sacarlas de su murmurante rezo en un momento así. Localizamos dos asientos vacíos, cerca de la puerta, y nos dispusimos a cumplir con la tradición. La atmósfera, cargada por el exceso de personas en una sala de pequeñas proporciones y la escasa iluminación, agravaba aún más la falta de aire que llevaba acusando desde días atrás. Intenté centrarme en el acto mecánico de la oración, no solo para controlar la angustia que me embargaba, sino para mantener la cabeza ocupada; mas no podía dejar de preguntarme si Julián estaría en algún lugar de ese palacete que era su residencia, y me imaginé transitando por sus pasillos y abriendo puerta por puerta hasta hallarlo. Tenía los ojos, por tanto, fijos en la puerta, y cada vez que alguien entraba

por ella o cruzaba por la galería del patio, mi corazón daba un vuelco anhelando que fuera él. Mas las horas se sucedieron y no hubo rastro alguno de Julián. Tenía el cuerpo ya entumecido y, sintiendo que el peso de la incertidumbre era del todo insoportable, pregunté a mi madre, en un susurro, si pensaba que nos quedaríamos mucho más. Ella señaló la puerta con un gesto y me indicó que podía salir a tomar el aire un poco, si así lo deseaba. Me sentí agradecida por tal liberación y abandoné la estancia.

En el patio se había formado un corro de hombres que debatían sobre asuntos políticos. Hablaban con gran preocupación de los cambios de gobierno y de los días de revueltas. Escucharlos tratar tales temas me recordó las palabras de mi hermano y mi supuesta despreocupación por lo que sucedía en el mundo. En mi fuero interior sabía que no era así, que había muchas cosas que me removían desde las entrañas, pero como mujer sentía que no servía de nada gritar sobre ellas pues nadie me escucharía. Quizá por eso mi hermano me había tachado de poco considerada; quizá por eso Julián había calado tan hondo en mi corazón pues me había prometido escuchar mi voz, a pesar de que yo no era una de esos hombres de levita y sombrero, y de que ni la naturaleza ni la sociedad me habían situado en tal privilegio.

Mientras los observaba me pregunté qué pasaría si me atreviera de repente a dar un paso e irrumpir en su círculo; qué dirían si hablase como ellos; si diese de repente mi opinión sobre el telégrafo o la Constitución. Querría haberles dicho que lo primero me parecía un gran invento y que en la última faltaba un lugar para las mujeres. Entonces, por algún motivo, empujada por una fuerza que ni yo misma reconocía, di ese paso y después otro, y a punto estaba de alcanzarlos cuando algunos de los que me daban la espalda se despidieron de los demás y se marcharon, abriendo el círculo. Así fue como mis ojos se encontraron una vez más con los de Julián. Él estaba allí, frente a mí, y esperé que sonriera al verme; que en su rostro se dibujase una sonrisa limpia y profunda, llena de sentimiento. Sin embargo,

no fue así. En su mirada había indolencia. Quienes estaban junto a él advirtieron su gesto y me miraron por unos segundos, para después retomar su conversación como si nada. Una aguda punzada de dolor restalló en mi corazón y me quedé quieta, incapaz de mover un músculo, pues sentía que si lo hacía caería al suelo desplomada. Esperé que me mirase, pero no lo hizo. Fue como si no existiera para él.

Tragué saliva y, cuando conseguí echar a andar, lo hice evitando pasar por el centro del patio. Caminé por el corredor que dibujaban las columnas, mientras las piernas me temblaban y mis ojos eran barcos en la niebla. Consternada, llegué hasta una de las escalinatas que ascendían al piso superior y subí algunos escalones hasta apoyarme en la pared, sabiéndome lejos del patio y de la posible vergüenza de volver a mirar a Julián y que no me correspondiese. Intenté contener el llanto, mas no pude evitar sollozar y entonces, en medio de mi desesperación, apareció él por el recodo de la escalinata. Antes de que pusiera un pie en ella me aparté de la pared y subí un escalón más, haciéndolo de espaldas y sin dejar de mirarlo, indicándole así que no quería que se acercase.

—Victoria —llamó deteniéndose en seco.

—¿Qué quiere? —pregunté mirándolo con dureza.

—Hablar con usted —dijo, y subió un escalón.

Yo imité su gesto.

—Por favor —pidió con tono suplicante.

—¿Por qué no lo ha hecho antes?

—Porque no quería exponerla a más rumores. —Julián ascendió un escalón y yo, aquella vez, no di paso atrás alguno.

—¿Rumores? ¿De qué rumores habla?

—No finja que no sabe nada. Me han juzgado por actos que no he cometido y sé que han llegado a sus oídos. Lo sé porque he sido reprendido con dureza por su hermano y su madre, y me han pedido que me aleje de usted.

—Y les ha obedecido, diligentemente, al parecer.

—La sola idea de agravar su sufrimiento me ha obligado.

Descendí hasta estar dos escalones por encima de él y encaré sus excusas mirándolo de frente.

—¿Mi sufrimiento? ¡Qué sabe usted de mi sufrimiento! —espeté—. Lo he padecido en soledad, preguntándome dónde estaba hasta llegar a creer que había muerto, pues me parecía la única justificación para tan prolongada ausencia.

—Me dijeron que no quería saber de mí. Que había roto mi carta en cien pedazos. Que estaba resuelta a desposarse con el hijo de los Arango.

—¿Y les creyó?

Agachó la mirada durante unos segundos, y cuando volvió a alzarla, sus ojos estaban dominados por la tristeza.

—Les creí.

—No puede hablar en serio. ¿Tan voluble le parezco?

—Yo... —murmuró. Tomó aire, apretando después el mentón y mirándome con firmeza—. Estaba confuso. Sé que no soy bueno para usted. Me enfadé al oírlo decir aquello.

—¿Qué está diciendo?

—Lo que todos dicen. Me tachan de pendenciero y derrochador. Y no puedo sentir mayor vergüenza que pensar que llegase a creerlo también.

—Dijo que siempre escucharía mi voz, mas ahora no deja de hablar por mí. Yo no creo en nada más que en nosotros; porque su alma y la mía son una sola, y lo conozco.

—Victoria, la gente...

—No me importa exponerme a la censura de todo Málaga si está a mi lado. Me da igual lo que murmuren —interrumpí—. Ni siquiera eso de que usted ha pretendido a Isabel Arango.

Julián frunció el ceño.

—Eso no es cierto. Conocí a Isabel en una velada y desde entonces no ha

dejado de hostigarme con un encaprichamiento que no es correspondido. La rechacé, Victoria, se lo juro. Mi corazón solo le pertenece a usted.

Aquello me alivió y, por unos segundos, dibujó una leve sonrisa en mi rostro, que él borró con lo que dijo a continuación.

—Sin embargo, no puedo quedarme a su lado. La amo demasiado como para comprometerla de tal modo. Me marcharé de aquí y habremos de hacer como si nunca nos hubiéramos conocido.

Lo miré del todo desconcertada.

—¿Marcharse? —Me sentí profundamente herida por sus palabras y por la perspectiva de que se alejase de mí—. ¿A dónde?

—A Madrid.

—Usted me dijo en su carta que nada lo separaría de mí —reprendí, cerca de la rabia.

Julián dio un paso más y quedamos entonces a la misma altura. Estuve tan cerca de sus ojos, tan cerca de su boca, que sentí vértigo.

—Lo sé. Sé lo que dije. Sé lo que escribí. Y no me arrepiento. La amo como nunca he amado a nadie y por eso me voy. Pronto estaré lo suficientemente lejos de usted como para que pueda empezar a olvidarme.

Su pecho y el mío respiraban al compás, agitados. Mis ojos miraban sus labios; los suyos, los míos. Inclino su rostro hacia mí y hubo un instante en el que pensé que me besaría. Un instante en el que creí que aquellas palabras perderían su importancia cuando nuestros labios por fin se tocasen, cuando todos nuestros anhelos revivieran con un beso y nuestras preocupaciones murieran con él. Mas no sucedió. Julián terminó por dar un paso atrás y alejarse sin decir una sola palabra.

Miré el vacío que había dejado, sintiendo que el mundo se había detenido a mis pies. Que la Tierra había dejado de girar y que, de volver a hacerlo, cambiaría su rumbo pues ya nada sería igual. Hube de apoyarme en la pared de nuevo para no caer. Estaba dolida y frustrada; enfadada con mi madre y mi hermano; enfadada con Julián, pues entre todos habían destruido mis

esperanzas. A punto estaba de rendirme a las lágrimas y a la desesperación cuando mi madre apareció al pie de las escaleras.

—¿Qué haces ahí? Te he buscado por doquier —me preguntó.

Tenía tal nudo en la garganta que no pude ni responder.

—¿Quieres que nos marchemos ya?

Asentí. Ella me miró preocupada.

—¿Qué te sucede, Victoria?

—No pregunte lo que ya sabe —dije.

—¿Otra vez con el asunto del señor Withmore? Lo he visto en el patio. Dime que no has hablado con él.

—¿Qué le han dicho usted y mi hermano a Julián? Mentir es pecado mortal, madre.

Ella miró a un lado y otro, supongo que preocupada por si alguien aparecía y nos veía discutir. A mí, guardar las apariencias me daba lo mismo.

—No tengo por qué justificarme, hija. No obstante, te daré las explicaciones que demandas: tu hermano le pidió a Julián que no volviera a verte, eso es todo.

—Le habéis dicho que no siento nada por él y que he roto su carta en pedazos. Que he decidido casarme con Esteban Arango. ¡Yo! Antes me mataría que casarme con ese petimetre carente de cualquier emoción. Y sobre lo de que sedujo a su hermana, sepa que es mentira. Ella se encaprichó de él aun cuando Julián la rechazó.

Mi madre fue a hablar, mas decidí que no quería escuchar nada más de sus labios y bajé las escaleras, echando a andar a toda prisa hacia la salida. Ella vino tras de mí y, al cruzar el patio, vi de nuevo a Julián. Lo miré por un instante, pensando que sería la última vez que vería sus hermosos ojos. Quería grabarlos en mi memoria para así no tener que separarme de ellos jamás. Después aparté la mirada y caminé hacia la salida, sin echar la vista atrás. Si me hubieran clavado un puñal en el vientre, no habría sentido tanto

dolor como entonces.

Capítulo 6

Una semana después todavía perduraba en mí la más amarga de las sensaciones.

Sentía que mi vida se había hecho pedazos y que, por más que me esforzase, no sería capaz de recomponerme. Los días y las noches se mezclaban pues todo se me antojaba igual; carente de sentido. Lloré tanto que mis ojos quedaron yermos y apenas me salían ya las lágrimas. La comida me sabía a tierra y el agua no me saciaba. Tenía la garganta rota de tanto dolor. Hubiera querido encerrarme de nuevo en mi habitación y rehusar contacto alguno con el mundo, mas me vi forzada a cumplir con mis obligaciones y a asistir a varios eventos junto a los Arango y su hijo. Este, como era costumbre habiéndose acordado nuestro compromiso, enviaba ramilletes de flores, guantes y otros regalos que yo recibía sin el menor interés. Las veladas a su lado me resultaban tediosas; los bailes, aburridos; y las conversaciones, estériles. Lo único que mantenía mi interés era la posibilidad de que Julián también estuviera allí; de verlo una vez más, aunque nos hubiéramos separado entre espinos y escarcha. Sin embargo, por más que lo buscaba entre las multitudes nunca lo hallaba. Y desesperé más aún, creyendo que tendría que habituarme a estar sin él, del mismo modo que mi cuerpo estaba habituado a respirar, convirtiéndolo en un acto

inconsciente. Y es que sabía que, solo de aquella manera, podría aceptarlo. Cuando el tiempo sanara la herida y ya solo quedase la cicatriz.

En aquellos días seguí hallando consuelo saliendo al patio cada noche, cuando estaba ya solitario, para encontrar algo de calma y aire. Me sentaba junto a la fuente con el libro que me había regalado entre las manos, como si fueran las tuyas, y lanzaba un deseo a las estrellas que un día se cumplió. En la madrugada de una noche oscura, con la humedad del mar calando cada recodo de Málaga y preñando sus biznagas de rocío, volví a ver a Julián.

Hube de parpadear repetidamente pues me pareció que fuera una ensoñación; un espectro de mi imaginación que gustaba de atormentarme. Mas cuando estuvo cerca y reconocí sus rasgos, todo mi ser tembló. Tal fue la impresión que el libro cayó de mis manos. Él se acercó despacio y se agachó para recogerlo, tendiéndomelo después. Nuestros ojos se hallaron una vez más y jugaron a amarse. Sus manos y las mías se rozaron con aquel gesto y una sensación cálida recorrió mi espalda hasta anidar en mi cuello.

—¿Julián? —musité, dejando el libro en el pretil de la fuente—. ¿Qué hace aquí?

Él clavó una rodilla en el suelo, ante mí, y me tomó de las manos, besándolas y llevándolas después hacia su pecho. Estaban frías, y sus labios cálidos las reconfortaron.

—Nuestro encuentro del otro día me ha dado esperanzas para creer que no estaba todo perdido.

—Nunca lo estuvo, pero usted dio por hecho que sí.

—Perdóneme, por favor. He sido un necio.

Tomé aire, no sabía si estaba preparada para perdonarlo.

—¿Cómo ha entrado? —pregunté, nerviosa, miraba a un lado y a otro temiendo que nos descubrieran.

—Carlota me ha dejado pasar.

—Debe saber que ella fue quien le entregó a mi madre... —Se escuchó

un ruido que me hizo callar de golpe, alertada.

—¿Podemos hablar en un lugar más privado? —susurró él.

—No. Tiene que irse. —Me levanté desembarazándome de sus manos y eché a caminar dispuesta a abandonar el patio—. No puede estar en mi casa.

Se puso en pie y vino tras de mí, me tomó por la cintura y me atrajo hacia él. Mi espalda quedó apoyada en su pecho, y sentí su aliento en mi cuello cuando susurró en mi oído:

—Pero hay tanto que quiero decirle... Me duele el corazón de guardarlo dentro de mí.

Me giré, atrapada aún en su abrazo.

—Entonces no se vaya a Madrid. —Puse mis manos en su pecho y lo miré, sedienta. Mis ojos casi suplicaban—. Quédese en Málaga.

—¿Qué esperanza tengo si me quedo?

No pude decir nada. Las circunstancias me forzaban a callar.

—Ninguna, ¿verdad? Mas no se atreve a decirlo. Le temblaría la voz —dijo él—. Lo sé. A mí también, Victoria. Por eso, si he de marcharme mañana sin esperanza alguna, le pido que me deje pasar esta noche junto a usted. Arrójeme después a la oscuridad si quiere, pero permítame estar a su lado una última vez.

Tome aire, armándome de valor. Una parte de mí habría subido a mi habitación corriendo junto a él; la otra, sin embargo, me obligaba a clavar los pies en el suelo. No sabía qué hacer.

Entonces Julián besó mi rostro con suavidad y sentí su tacto terso, y ese olor tan dulce que desprendía, y no pude sino obedecer a esa parte de mí que anhelaba estar a solas a su lado. Cogí su mano y salimos del patio hasta llegar a las escaleras que ascendían al dormitorio. Las subí y él me siguió de cerca, sin soltarme. Abrí la puerta de mi dormitorio con el corazón latiéndome a toda prisa y el estómago ardiendo más que nunca. Todo mi ser hervía con aquel encuentro. Entré en la habitación y Julián cerró la puerta tras de sí.

—Si alguien entrara... —dije, mirándola con recelo.

Él llegó junto a mí y, olvidando ya la puerta, me perdí en el océano de sus iris una vez más.

—No piense ahora en eso. Imagine que estamos solos en el mundo.

Quise creer que así era, que no habría más cuitas, ni faltas; que no habría nadie para separarnos. Se hizo un silencio en el que nuestras respiraciones, agitadas, hablaban por nosotros. Julián se acercó un paso más a mí, y una de sus manos se posó en mi cintura, mientras la otra acariciaba mi rostro. Descendió con ella por la mejilla hasta el cuello, perdiéndose en la curva de mis hombros y recorriendo mi espalda hasta su parte más baja. Sentí aquella primera caricia como si la hubiera esperado toda la vida. Me aferró con ambas manos y me atrajo hacia él con vehemencia. Su cuerpo y el mío moraban en el mismo espacio y anhelé que así fuera por toda la eternidad. Noté cada una de sus formas: la curva de su pecho y de su estómago, que descendían hacia lugares prohibidos que no me atrevía a imaginar; la fortaleza de sus piernas, que eran columnas del templo de su cuerpo al que habría de adorar. Aun con la ropa, nos supe desnudos, pues así nos mirábamos, como si no hubiera nada entre nosotros.

Mis manos buscaron también su cuerpo y las posé sobre sus muñecas, ascendiendo por sus brazos firmes hasta anudarme en su cuello. Acaricié su nuca y enredé los dedos en su pelo negro. Me detuve a admirar sus labios, que se entreabrían exhalando calidez. Se me antojó que sus besos sabrían a zarzamora; intensos pero suaves; dulces y ácidos. Y quise probarlos. Acerqué mi rostro al de Julián y él, con suavidad, posó sus labios sobre los míos. Y entonces sentí de verdad que estábamos solos en la Tierra; que habíamos nacido como seres únicos; como almas hechas a la par y creadas para amarse. Lo atraje hacia mí, queriendo más de él. La suavidad de aquel primer beso se tornó en deseo y me dio a probar la humedad de su lengua sin reservas. Había oído hablar de aquellos besos y nunca me había atrevido a soñarlos porque decían que eran pecado; pero ahora que mi boca y la suya

se encontraban enlazadas supe que aquello era el cielo, y no necesitaba nada más.

Julián me tomó en brazos y me llevó hasta la cama, posándome con suavidad sobre ella. Como si fuera una obra de arte me admiró; sus ojos me recorrieron ávidos y el deseo restalló en ellos. Tendí una mano hacia él para que se tumbara sobre mí. Yo debía de haber perdido el juicio y mi cabeza gritaba por aquella locura, mas mi alma se resistía a pedirle que parase. Separé ambas piernas para que alojase su cuerpo entre ellas y, cuando lo hizo, nos miramos por unos segundos que fueron eternos. Su boca volvió a la mía, y después se posó en mi cuello y lo besó, arrancándome los primeros gemidos. Una de sus manos se coló bajo mi camión y ascendió por mis piernas, acariciando mis rodillas, y después mis muslos; sus dedos se clavaron en mí y lo oí gemir. Susurró mi nombre con voz ronca y ansiosa. Nunca había estado con un hombre, pero sentí que aquello era deseo. Su mano halló mi entrepierna. Tragué saliva y cerré los ojos unos segundos, nerviosa por abandonarme a su tacto. Cuando los abrí Julián me miraba con dedicación, deteniendo sus movimientos.

—Te amo, Victoria —susurró, y sus dedos siguieron a sus palabras y me acariciaron con ternura.

Una sensación de calor intensa me sobrevino. Me aferré a las sábanas por miedo a tocarlo, temiendo que, de hacerlo, desapareciera, pues aquello se me antojaba un sueño. Mi respiración era más agitada que nunca y quizá por eso me costó percibir los sonidos procedentes de la puerta hasta que no llamaron de forma insistente. Julián y yo nos quedamos quietos al instante y escuché la voz de Mina.

—Señorita Victoria —llamaba al otro lado de la puerta—. ¿Se encuentra bien?

—S-sí —pronuncié, como pude.

Supe que Mina entraría, así que insté a Julián a moverse. Él abandonó la cama de un salto y corrió a meterse bajo esta. De no haber estado tan

nerviosa me habría reído por tan extraña situación. Mina abrió la puerta despacio y asomó la cabeza. Portaba un quinqué y este iluminaba su rostro de forma fantasmagórica.

—La he oído jadear y me había preocupado —dijo—. ¿Está usted bien? La noto agitada.

Y lo estaba. Tenía el camisón deslavazado, el cabello revuelto y las mejillas arreboladas.

—Es... estaba teniendo una pesadilla —se me ocurrió decir.

Casi podía imaginarme a Julián riéndose bajo la cama por la excusa.

—Válgame el cielo. Qué desagradable, yo las odio. ¿Sobre qué era? —preguntó, y después negó con la cabeza de forma abrupta—. No, mejor no me la cuente, que hacerlo en ayunas trae mala suerte. Voy a traer unas tijeras y se las pongo debajo de la cama.

Mina era muy supersticiosa y creía que así se cortaban los malos sueños. Lo había hecho otras veces y desde luego había funcionado, pero por razones obvias no podía permitir que lo hiciera aquella vez.

—¡No! —pedí, o más bien ordené, saltando de la cama.

Mina me miró extrañada.

—Señorita, si ya lo he hecho otras veces y le ha ido bien.

—Ya, pero... No hace falta, de verdad. Me encuentro perfectamente.

Ella no pareció convencida y dudó antes de decir nada más.

—De acuerdo —concedió al fin—. Pero voy a subirle una tisana. Eso no me lo negará.

—Está bien, Mina.

—Mientras tanto rece una oración a San Miguel Arcángel —insistió.

Asentí decidida y esperé a que se fuera, con el corazón en un puño. Cuando la puerta se cerró, me senté al borde de la cama y exhalé una bocanada de aire. Julián salió de debajo de esta, sacudiéndose la ropa, entre risas.

—No se ría. He pasado un mal trago. Y es mejor que se vaya. Mina está

al volver.

Él se puso de rodillas ante mí y me tomó por las manos.

—No sin que antes me conteste a la pregunta que le hice ante Santa Bárbara.

—Sabe que no puedo casarme con usted. Mi familia no lo permite.

—¿Es su familia lo único que se interpone entre usted y yo? ¿Nada más? Asentí.

—Nada más.

—Entonces no veo por qué no puede usted darme un «sí» como respuesta.

—No sé a dónde quiere llegar.

—Vayámonos juntos. A algún lugar donde poder amarnos sin que nadie nos diga cómo hacerlo. No me diga que no lo desea.

—¿Me está pidiendo que lo deje todo y me marche con usted? —pregunté, temerosa.

Él asintió al instante.

—Moriré si no está conmigo.

Aunque me reconocí en sus palabras, la sola idea de hacer algo así me aterraba. Si bien no podía soportar pensar en la distancia entre nosotros, la idea de fugarme con él hacia un futuro incierto, cargando a mi familia con tal mácula... Era demasiado.

—Es una locura.

—Una locura sería no vivir esta vida como usted desea, Victoria. Solo tenemos una. ¿Recuerda a los jóvenes de la hiedra? Seguro que lo darían todo por tener la oportunidad de una vida juntos. Nosotros la tenemos. No me pida que la desperdicie —dijo con pasión—. Venga conmigo a Madrid. La llevaré de la mano a la Iglesia de San Sebastián y la haré mi esposa. Allí se casaron Larra y Pepita; allí está la tumba de Lope y delante de ella le diré: «¿Cuándo pensé, señora, mereceros, ni llegar a más bien que desearos?».[3]

Apenas tenía palabras para contestar. Todas se me agolpaban en la garganta, con el nudo que estaban formando mis deseos y mis sentimientos.

—Entonces, ¿vendrá conmigo a Madrid?

—Julián, yo... —titubeé, presa de mis propios miedos, pues aunque sentía que me estaba pidiendo demasiado, por otra parte, temía que si nos separábamos jamás podríamos volvernos a ver, y eso me arrojaba a la muerte en vida. Él me miraba con atención, buscando respuestas en mí que pareció hallar.

—No dice nada, pero sus ojos hablan por usted. Vendrá conmigo —aseveró—. Lo sé porque sin mí no puede vivir, como yo no puedo vivir sin usted.

Tomé aire antes de responder. Cualquier fortaleza en mí parecía ausente. Las piernas me temblaban y la voz, también.

—Iré con usted.

Por unos instantes sentí que no podía respirar, mas no habría sabido diferenciar si era por la emoción o por el miedo. Julián tomó mi rostro entre sus manos y lo prodigó de cálidos besos. Cerré los ojos y atesoré ese momento, sabiendo que podía aferrarme a él cuando estuviera sola de nuevo.

—Nunca había sido tan feliz —dijo, con el rostro lleno de alegría.

—¿Cuándo se marcha?

—El Día de la Victoria.

Apenas quedaba una semana para la fiesta.

—La esperaré con el carruaje en Puerta del Mar, a mediodía.

Asentí. Él me besó de nuevo, con ímpetu, y después abandonó la habitación. Recé porque encontrase la forma de salir sin que nadie lo viera. Me dejé caer en la cama con la sensación de que volaba. A pesar de que era una locura, me habría arrojado a las puertas del Infierno por él. Habría bajado al Hades como Orfeo si él hubiera sido mi Eurídice. Habría nadado en las aguas más turbias si él me lo hubiera pedido.

Capítulo 7

El Día de la Virgen de la Victoria, patrona de la ciudad, era uno de los eventos más importantes del año. A ella le agradecieron los Reyes Católicos su victoria y a ella le agradecían los malagueños más de un milagro. Por ella, toda la ciudad se engalanaba y salía a celebrar, y en sus calles se mezclaban ricos y pobres, sin distinciones, en un día que los acercaba y los invitaba a brindar juntos. El tiempo, además, era propicio. El sol brillaba en el cielo y una brisa suave alejaba el calor, haciendo que pasear, incluso estando cerca el mediodía, fuera una delicia. La gente se había echado a las calles, y las más cercanas al barrio de la Victoria eran una fiesta. En la principal, más ancha y bulliciosa, se apostaban tenderetes donde se vendían dulces y juguetes, en torno a los cuales se arremolinaban los más pequeños, soñando lo que quiera que sueñen los niños, ajenos a las tribulaciones de los más adultos. Los grupos de amigos paseaban sin quitar ojo de las muchachas que tenían a bien escuchar sus lisonjas, siendo algunas mejor recibidas que otras. Ellas se habían puesto flores y lazos en el pelo; ellos llevaban sombrero calañés sevillano. No faltaba año en el que alguien se hubiera ennoviado en día tan señalado, porque el ambiente que se respiraba era tan feliz, que el amor también se engalanaba para hacer acto de presencia.

Ya cerca de la plaza de la Victoria, donde se emplazaba la iglesia en la que se rendía culto a tan adorada patrona, se amontonaban los puestos de buñuelos y el olor era irresistible. Había mesas con viandas repartidas por todas partes, llenas de gente que reía y cantaba y que, por un día, alejaba las preocupaciones o al menos las ahogaba en vino o en horchata, porque era común ver a heladeros vendiendo lo suyo por un real el vaso. Cualquiera otro año le habría dicho a mi madre que me comprase uno; cualquiera otro año me habría parado a comer buñuelos; a escuchar los cantes de las rondeñas y el sonido del tamboril, pero ese año solo podía pensar en llegar a la iglesia de la Victoria y en separarme de mi madre para reunirme con Julián, aprovechando el tumulto. Aquella semana había sido la más dura de toda mi vida y me había debatido en un mar de dudas que me había tenido sin dormir la mayor parte de las noches. La relación con mi madre seguía siendo tirante, aunque al menos ya no discutíamos. Bien porque al no haber intentado alguno por mi parte de ver a Julián ella había creído que lo había olvidado; bien porque yo tampoco mostraba interés en entablar mayor conversación para algo que no fuera tratar sobre el tiempo y otros asuntos triviales.

Aquella mañana, después de que Mina me ayudase a vestirme, intenté actuar con normalidad durante el desayuno, a pesar de que el corazón me daba un vuelco ante la perspectiva del viaje. Le habría pedido ayuda a la doncella con lo que iba a hacer, pero no lo creí conveniente. No solo porque no confiaba del todo en que no se lo dijera a mi madre o a mi hermano; tampoco quería comprometerla.

Aunque no podía llevar equipaje ni peso alguno, cogí mis joyas para ayudarnos a empezar nuestra nueva vida. Ahora que las tenía escondidas bajo la ropa, como si viniera de robarlas, me hallaba nerviosa pensando que se me caerían o que alguien se daría cuenta de que las llevaba y mi madre terminaría por descubrirme. Sin embargo, nada extraño sucedió. Solo nos costó llegar a la iglesia de tanta gente que había. Yo sabía que mi madre

gustaba de hacer sus rezos en soledad, así que como de costumbre le dije que la esperaría algo apartada. La vi entregarse a la oración y cerré los ojos atesorando aquella imagen, pues quizá fuera la última que tendría de ella. Para cuando se diera cuenta de mi ausencia sería ya demasiado tarde. No sabía si podría perdonarme alguna vez por lo que estaba a punto de hacer, pero al menos esperaba que me comprendiera. Que ella, que había amado con intensidad a dos hombres y los había perdido a los dos, entendiera que prefería exponerme a la censura del mundo que vivir sin Julián. No había querido escribirle carta alguna, por si Mina u otra de las muchachas la encontraban antes de que marchase y mi plan de fuga se fuera al traste, por lo que había resuelto escribírsela una vez que estuviera ya lejos.

Abandoné el templo y desanduve las calles a toda prisa, con la sensación de que huía de la muerte. Los pies me dolían de andar tan rápido y el corazón me latía desbocado. Llegué por fin hasta Puerta del Mar y en las inmediaciones vi un carruaje esperando y a Julián junto a este. En comparación con la zona que había dejado atrás, aquella estaba tranquila, pero habría sido inocente pensar que nadie se fijaría en nosotros y que, de alguna manera, terminaría por saberse que habíamos subido a un transporte.

Cuando llegué, sonreía con la alegría de un chiquillo y abrió los brazos esperándome. Me fundí en ellos y se fueron todas mis dudas. El calor de su cuerpo derretía el hielo de mis tribulaciones. Como no llevaba equipaje no hubo que entretenerse más y por fin emprendimos camino. Al vernos a solas me extrañé, mas él dijo que había alquilado aquel transporte y que iríamos los dos nada más hasta Écija, desde donde cogeríamos una diligencia que nos llevaría a Madrid. Yo no sabía mucho de viajes, pero cuando mi hermano iba a la capital, solía hacerlo por Granada. Me había hecho ilusiones de ver la Alhambra una vez más, aunque fuera de lejos, pues desde que mi padre me leyera los cuentos del ilustre Washington Irving me había enamorado de la fortaleza y sus historias. La sola visión de su figura recortándose en el paisaje con las cumbres de Sierra Nevada a su

espalda era algo que todo el mundo debía ver al menos una vez en la vida.

—Cuando estemos instalados, te llevaré a ver un atardecer desde la Alhambra —prometió Julián al saber de mis esperanzas.

Tras esta promesa llegaron muchas otras, pues ideábamos ya una vida juntos y él parecía feliz hablándome de sus planes. Decía que había alquilado una casa cerca del Parque del Retiro, y que me llevaría de la mano a pasear cada tarde. Lo besé, con los labios llenos de amor y el corazón lleno de esperanza. A cada idea que le daba, a cada aventura que le decía de vivir juntos, aunque él me llamaba «caprichosa» con cariño, luego me aseguraba que haría lo que fuera por complacerme. Estaba entregándole cuanto era y poniendo mi vida en sus manos. Y aunque el miedo me atenazaba de vez en cuando las entrañas, era mirarlo y creer que todo iría bien; como si fuera un bálsamo para mis heridas.

Dejamos atrás Málaga, y pude respirar tranquila sabiéndome lejos de la ciudad. Me había despedido del mar desde mi ventana, segura de que lo echaría de menos; me había despedido de todos, aunque ellos no lo supieran. Y pensé en mi hermano, dolida todavía por nuestra última discusión y más aún sabiendo que era la última vez que nos íbamos a ver. Me pregunté si nos cruzaríamos alguna vez en Madrid, en una de tantas reuniones de sociedad. Esperé también que pudiera perdonarme y que fuera feliz en su vida.

Agotada por tantas emociones y con el cuerpo anhelando descansar, reposé la cabeza en el hombro de Julián, intentando relajarme a pesar del incesante y molesto traqueteo. Sin embargo, el viaje no fue en absoluto tranquilo. Cerca de Antequera estuvimos a punto de perder una rueda y hubo que parar para hacer algunas revisiones. Él y el cochero, que parecían ser amigos, entablaron conversación; y mientras tanto yo paseé por los alrededores para estirar las piernas.

Cuando llegamos a la posada de Écija ya estaba entrada la noche.

Lo primero que hizo Julián fue preguntar si había algún mensaje para él.

Le inquirí acerca de tal interés y me dijo que esperaba respuesta de ciertos negocios. Sabiendo que ese era asunto de hombres no me entrometí y me preocupé de asegurarme un buen aseo antes de ir a la cama. Estaba sudorosa tras el viaje y, para colmo, hacía más calor que si estuviéramos en una olla de caldo. Era asfixiante, nada que ver con el de Málaga. Julián, sabiendo que yo no podría llevar equipaje alguno, se había hecho cargo de prepararme una bolsa con algunos enseres femeninos: entre otras cosas una pastilla de jabón de jazmín, un cepillo, una peineta de nácar, un camisón, y un vestido de muaré azul, muy hermoso, aunque sencillo. Apropiado para el viaje. Le agradecí aquel gesto y me lo imaginé comprando aquellas cosas la semana anterior y diciendo que eran para su esposa. Me ruboricé solo de pensarlo.

La posada era sencilla, sin adornos o detalles ostentosos, mas estaba limpia y disponía de todas las comodidades necesarias para descansar tras el viaje. Después del aseo y la cena, opípara, con cubiertos de plata y mantel fino, subí al dormitorio. Julián se excusó diciendo que despacharía con un grupo de hombres que estaban jugando a las cartas, animados, y que subiría más tarde. No me importó, así tendría tiempo de prepararme. Me hallaba nerviosa ante la perspectiva de estar a solas con él en una habitación, pues en la posada había dicho que éramos marido y mujer y dormiríamos juntos. La habitación tenía una cama grande, con estructura de bronce, y a ambos lados de esta se disponían dos mesillas con sus quinqués. Además, contaba con un ropero y un escritorio al que se hallaba arrimada una silla tapizada con el mismo patrón que las cortinas: verde con motivos florales.

Me tumbé en el lecho, no sin antes abrir la ventana buscando algo de fresco, mas el aire que entraba era abrasador. No sé cuántas horas debieron pasar, pero de seguro ya estaba entrada la noche, y ni Julián había vuelto ni yo había podido conciliar el sueño. En la soledad de aquel lugar extraño añoré mi hogar y la realidad de lo que había hecho me golpeó de forma brusca. Mi madre ya me habría echado en falta, y de seguro habría puesto a

todo el mundo alerta buscándome por Málaga. La idea de verla desesperada me partió el corazón. Mi decisión de no avisarla hasta que estuviéramos lejos había sido cruel y egoísta, y supe que debía de hacerle llegar una nota cuanto antes, explicándole que me había marchado por propia voluntad. Aunque estuviera disgustada con ella y con su decisión de apartarme de mi amado, no estaba siendo justa con sus sentimientos. La incertidumbre de mi paradero de seguro que sería más dolorosa que la certeza de mi traición. Sabiendo que sería imposible dormir con el calor y la ausencia de Julián, me levanté y rebusqué por la habitación algo con lo que poder escribir la carta. En las posadas solían dejar un pliego de papel y una pluma, por si surgía la necesidad. Busqué por los cajones de una cómoda, sin hallar nada más que algunas sábanas; y pensando que no habría nada, hallé por fin lo que buscaba. Lo coloqué sobre la pequeña mesa y escribí:

Mi muy queridísima madre. Mi querido hermano:

Habrán acusado ya mi ausencia y adivinado los motivos de ella. Si es así, sepan que no les escribo esta carta con el propósito de molestarlos. No es mi intención que comprendan mi causa, ni tampoco quiero excusarme por lo que he hecho. Mi decisión ha sido tomada de forma consciente y con el corazón, que es quien debe guiarnos en esta vida, y no el dinero, la sociedad o los prejuicios. He de buscar mi propia felicidad y por ello he decidido marcharme a Madrid con el señor Withmore. Seré su esposa, aunque ustedes no quieran, porque lo amo con todo mi ser. Lamento si mi decisión les causa dolor. Lamento cualquiera de los inconvenientes que de ella deriven. Espero que el amor que alguna vez han sentido por mí los lleve a perdonarme, mas no tengo esperanzas. Comprenderé como justo que destierren mi nombre y mi recuerdo para siempre de sus labios y su casa. Sepan que yo, a pesar de las circunstancias en las que nos separamos, no les guardo rencor alguno. Siempre los añoraré y serán parte de mí. Por ello rezaré cada noche a Dios para que los cuide. Yo estaré bien. No se preocupen por mí.

Siempre suya,

Victoria

Den recuerdos a Mina. Díganle que la echaré de menos. Que no quise decirle nada de mi partida para no comprometerla.

Releí la carta, con el corazón encogido y las lágrimas en los ojos. Mientras la doblaba, tras comprobar que la tinta ya se había secado, escuché

ruidos procedentes de la calle. Unas risotadas y una conversación que no alcancé a comprender. Dejé la carta sobre la mesa y me acerqué a la ventana. Abajo vi a Julián y al cochero, despidiendo a dos damas. Una de ellas se agarraba al cuello de Julián como si le fuera la vida en ello, y él la correspondía con las manos en su cintura y los labios cerca de su oído. El estómago me dio un vuelco y dejé de mirar al instante. Fui a sentarme al borde de la cama y procuré tomar aire, inquieta. Intentar convencerme de que era un sueño sería engañarme. Había visto aquello, me gustase o no.

Con los nervios a flor de piel regresé a la ventana, mas no vi a nadie abajo. La puerta del dormitorio se abrió entonces de forma abrupta y la figura de Julián se recortó con la luz de los quinqués que alumbraban el pasillo, dándome un susto terrible. Di un respingo y me quedé quieta. Él, como si no me hubiera visto, cerró de un golpe y dio unos pasos hacia la cama, tambaleándose. Desde donde estaba, podía oler el hedor a alcohol que desprendía. Se dejó caer en esta, de bruces, y en apenas unos segundos lo escuché resoplar, dormido. Lo observé confundida.

«¿Acaso la bebida le había nublado la vista y el entendimiento, y ni se había dado cuenta de que estaba allí?».

Me tumbé en la cama junto a él, sin saber qué decir o qué hacer. Entre las preocupaciones de la cabeza, y que Julián se pasó el rato moviéndose inquieto cada dos por tres, terminé por dormirme cuando despuntó el alba.

Cuando abrí los ojos lo vi sentado a mi lado, observándome.

—Buenos días, mi amor —saludó.

Parecía otra persona. Estaba aseado y elegantemente vestido. Se había puesto el mismo redingote azul con el que había ido a visitarme a casa la primera vez. Eché de menos no tener mi ropa para ir tan elegante como él.

—Buenos días, Julián.

—Espero que me disculpes. Anoche me entretuve más de la cuenta. El cochero y yo hicimos amistad con unos muchachos de Carmona y la partida se alargó. Quería celebrar que al fin vamos a estar juntos —se excusó—. He

estado muy nervioso estos días, con esto de nuestro viaje. No te enfadas, ¿no?

Las ganas por referirle el episodio de esa mujer y el exceso de alcohol me ardían en las entrañas, mas hacerlo habría sido del todo impropio. Debía respetar su espacio y agradecer que lo compartiera conmigo y no agobiarlo con mis exigencias, así que callé. Quizá solo había sido una noche, como él decía. Por los nervios y la expectación; por las ganas de celebrarlo.

—No importa —dije, y sonreí.

Él me devolvió el gesto y acarició mi rostro, para después besarme la frente.

—Levántate, por favor. Hemos de bajar a desayunar, el transporte sale en una hora. Tenemos billetes en la Compañía de Diligencias Generales, así que viajaremos con todas las comodidades.

Me sentí agradecida por ello. A Madrid quedaban aún más de setenta leguas, y no era trayecto corto, precisamente. Cuando fui a buscar mi vestido, reparé en que la carta no estaba sobre la mesa.

—¿Dónde está?

Julián me miró con gesto interrogante.

—La carta —indiqué—. Quería enviarla esta misma mañana.

—Ah, sí. Ya he pedido que la incluyan en el correo, no te preocupes.

—Gracias. —Fui junto a él de nuevo y lo abracé—. Eres muy amable.

Él besó mis labios con suavidad, tomándome el rostro por el mentón, y después anunció que me esperaría abajo. Cuando se marchó me aseé, me vestí y bajé a toda prisa. Lo hallé sentado a solas en una mesa. Había terminado ya su desayuno y leía el periódico con gesto atento. Me recordó a mi hermano. Era algo que hacía cada mañana cuando estaba en casa. Algo que nunca volvería a verlo hacer. El corazón me dolió y tomé aire intentando disipar aquella desagradable punzada.

Llegué a la mesa y me senté a su lado. Él alzó la vista por unos instantes y siguió pendiente de la lectura, algo ceñudo. Le pregunté si todo iba bien y

me contestó con un parco «asunto de negocios», sin referir palabra alguna más durante el desayuno. El ambiente en el comedor estaba animado, así que me entretuve en observar el ir y venir de los viajeros que, con mayor o menor prisa, apuraban sus viandas a la espera de tomar la diligencia. Sirvieron unas tostadas, un café y unos huevos que tomé, aunque sin demasiada gana. La cena ya había sido excesiva y no quería viajar con el estómago muy lleno.

Eran cerca de las nueve cuando llamaron a tomar la diligencia y abandonamos la posada para ir al carruaje. La mañana estaba algo más fresca que la noche y fue reconfortante salir a la calle. Mientras Julián se aseguraba de que cargaban el equipaje, yo entré en la diligencia. Era amplia, con acolchados mullidos y tapizados en borgoña, muy coloridos. Julián no tardó en subir, y el resto de asientos libres, trece, fueron todos ocupados. De entre todos los viajeros me enfrasqué en una amena conversación con un matrimonio de ancianos bien avenidos, de apellido Moralejo, residentes en Sevilla aunque de origen argentino. Al parecer eran dueños de una hacienda y viajaban a Andújar con ocasión del nacimiento de su nieto. Tenían aspecto aseado y elegante, y parloteaban hasta por los codos de sus planes e ilusiones con el pequeño.

—Algún día lo enviaremos al extranjero a estudiar. Falta mucho, claro, pero tenemos las miras puestas en un colegio inglés.

—Julián ha residido en Bath —les dije, y nada más hacerlo noté que él se removía incómodo.

—¿Y qué tal es la ciudad? —preguntó ella.

—Muy pintoresca —contestó él, sin mayor interés.

Los Moralejo entendieron que Julián no era muy dado a palabras, pues además de lo referido, apenas si se pronunció para presentarnos como los señores Withmore y para decir que éramos recién casados en viaje de novios, así que hablaron mayormente conmigo. Nuestra conversación hizo el trayecto a Córdoba muy ameno. Hallamos el día plomizo, desasosegado,

aunque aun así caluroso, a pesar de las nubes que se arremolinaban en torno al sol conjurando tormenta. Desde la posada se veía Córdoba en todo su esplendor, surcada por el Guadalquivir, y con los tejados de la catedral y de sus más renombradas iglesias coronando el horizonte.

Julián se excusó con resolver algunos asuntos y lo perdí de vista mientras iba junto a los Moralejo al comedor para compartir mesa con ellos. Empezaron a servirnos y aún no había regresado, y cuando lo hizo, estaba ausente y taciturno. Algo le sucedía que no me contaría delante de ellos, así que esperé a que llegáramos a Andújar, aprovechando que pasaríamos allí la noche a solas.

Retomamos el camino y los campos empezaron a oler a lluvia, señal de que, en algún lugar cercano, la tormenta que ya se anunciara en Córdoba había comenzado a descargar. Solo esperaba que no nos pillase en pleno trayecto. Entrada la tarde arribamos a Andújar, habiendo parado en alguna que otra población intermedia. Cayeron algunas gotas, que arrancaron el calor al suelo ardiente haciendo la atmósfera casi irrespirable. Nos despedimos de los Moralejo, que partieron a casa de su hija. Si bien nos invitaron a pernoctar con ellos, Julián rehusó y subimos a la habitación que nos habían designado a esperar la hora de la cena. La posada era sencilla, aunque bien abastecida de enseres y muy limpia. Nuestro dormitorio estaba provisto de una decoración cuidada y tenía una amplia cama en la que cabíamos de sobra los dos. Esperaba que aquella noche por fin pudiéramos estar juntos, con todas las letras.

Julián se quitó la chaqueta y la dejó en el respaldo de una silla, y después se acercó a la ventana, descorriendo las cortinas y mirando hacia la calle con interés. Lo observé, nerviosa, sin saber cómo hacerle pregunta alguna por miedo a importunarlo. Me acerqué a él y lo abracé, reposando mi rostro en su espalda. Mis manos recorrieron su pecho y esperé que las tomara, que hiciera algún gesto o dijera algo, pero se quedó inmóvil, como si no estuviera allí. Me aparté de él, con un nudo en la garganta, y fui a sentarme

al borde de la cama pues me sentí tan alterada que pensé que las piernas no me sostendrían por mucho tiempo.

—¿Qué te ocurre? —pregunté con voz queda.

Él giró la cabeza sobre su hombro y me miró de reojo por unos segundos.

—Nada que deba preocuparte.

—¿Cómo puedes decir eso? Estás... estás distinto.

—No digas tonterías, Victoria. —Dirigió la vista de nuevo hacia abajo, casi sin prestarme atención.

—¿Tonterías? No te reconozco, la verdad. Pareces otro hombre. Apenas si has hablado en el viaje.

Él me miró entonces con gesto molesto.

—Ya has hablado tú por los dos. En exceso, debería decir —me recriminó—. ¿Qué les importa a los señores Moralejo si he estado en Bath o en Londres?

—¿Qué problema hay porque lo sepan?

—No me gusta que aires mis asuntos con la gente.

—Solo intentaba ser amable.

Fue a contestarme cuando algo atrajo su atención en la calle, pues noté que miraba fijamente hacia abajo. Se apartó de la ventana a toda prisa y comenzó a ponerse la chaqueta.

—¿Dónde vas?

—Tengo que salir. He... he olvidado una de las maletas.

Miré al equipaje, amontonado en una esquina, y supe que mentía.

—No es cierto.

Él chasqueó la lengua en señal de fastidio y fue hacia la puerta.

—¿Vas a ver a esa mujer?

—¿Qué mujer? —preguntó, deteniéndose en seco y mirándome con gesto severo.

Agaché la mirada y contesté.

—Con la que estabas anoche en Écija.

Escuché a Julián reírse, mas no parecía divertido. Su risa era sarcástica, hasta el punto de hacerme sentir ofendida. Alcé la mirada a la par que fruncía el ceño.

—¿Por qué te ríes así?

—No llevamos ni dos días juntos y ya vas a andar con asuntos de celos. No me gustan las mujeres celosas, Victoria.

—Ni a mí...

Quise decirle que no me gustaban los borrachos y los pendencieros, mas me interrumpí, pues me faltó valor.

—¿Ni a ti qué? Habla. Si eres tan brava como para achacarme faltas, no calles ahora.

—Da igual, Julián. No quiero regañar contigo.

Me levanté de la cama y fui hacia la ventana. La abrí de par en par, buscando un poco de aire fresco. La tormenta no había terminado de descargar y las nubes se habían dispersado. El atardecer pintaba ya sombras púrpuras en el horizonte y de algún lado llegaba el aroma de la huerta siendo regada y el sonido de las ranas al croar en una alberca cercana. Habría sido hermoso poder disfrutar de aquello con Julián, de no ser porque alguna especie de ser diabólico lo había poseído. Caminó hacia mí dando grandes zancadas. Lo hizo de forma tan brusca que me giré sobresaltada, apoyando las manos y el cuerpo en el alféizar, dando la espalda al vacío.

—Si no quieres regañar, no me cuestiones más. Haré lo que me venga en gana, y si quieres estar conmigo será mejor que te lo metas en la cabeza.

Me habló con dureza, alzando su dedo índice ante mi rostro, como si estuviera aleccionándome. Eché el cuerpo hacia atrás, abrumada, y tuve que pugnar para mantener el equilibrio.

—¿Queda claro?

Asentí con vehemencia, sin ser capaz de decir palabra alguna y con las lágrimas alojadas ya en mis ojos.

—Me marchó. Ya te veré en la cena. O no. Mejor no me esperes

despierta.

Me quedé paralizada mientras él abandonaba la habitación y cerraba la puerta tras de sí de un brusco portazo. ¿Cómo había podido hablarme así? Aquel no era mi Julián. Lo había perdido en alguna parte del camino. Con el susto metido en el cuerpo, y la cabeza a punto de explotarme entre tantas preguntas, escuché una voz procedente del exterior, abajo, en la calle.

—¡Señora, por favor! —exclamó alguien con vehemencia—. ¡Bájese de la ventana!

Era la voz de un hombre, impetuosa aunque dulce, con cierto matiz rasgado. Giré la cabeza sobre mi hombro y miré abajo. Con la tenue luz que quedaba del día y los fulgurantes destellos de los faroles recién prendidos, distinguí a un muchacho joven, quizá de la edad de mi hermano. Sus ojos me parecieron azules, aunque a aquella distancia bien podían ser verdes. Llevaba el rostro limpio de barba o bigote, y tenía un bonito mentón que se perfilaba resaltando un cuello ancho y vigoroso. Sus labios, finos, debían de dibujar una sonrisa bella si se lo proponían. Me miraba preocupado, pero aun así su rostro parecía amable. Vestía uniforme de chaqueta azul oscuro, rojo en mangas y cuello, con un listón en su derecha del mismo color y doble abotonadura dorada en el pecho; este se hallaba cruzado por una banda de cuero, del mismo tono ocre que el cinturón. En su cabeza había un sombrero a juego con el uniforme, con ribete blanco y un rosetón bermejo. Botas altas de montar y pantalones del tono de la chaqueta, con listón rojo en el lateral, componían el resto de su atuendo. A su hombro derecho colgaba un fusil con bayoneta; y al cinto, un sable. Con la mano izquierda sujetaba las riendas de un caballo alazán, bien equipado de montura y de brillante pelaje.

—¿Es que no me ha oído? —repitió.

No me había dado cuenta, pero había acabado casi sentada en el alféizar. Si me tambaleaba un poco hacia atrás me caería.

—Sí, disculpe —contesté, y al ir a moverme, escuché el sonido de la ropa

al rasgarse y sentí el aire rozar mi piel desnuda, a la altura de las nalgas.

El rostro se me debió poner del color de los tomates porque me quemaba. Intenté ver dónde se me había enganchado, sin éxito. Lo único que tenía claro en ese momento era que, si me movía más, el vestido terminaría por rajarse y acabaría por enseñarle mis partes más íntimas a aquel joven.

—Haga usted caso, por favor.

—E-Es que no me puedo mover —atiné a decir.

Lo vi fruncir el ceño.

—¿Cómo que no se puede mover?

—Se me ha enganchado el vestido a algo en la ventana.

El muchacho se quedó en silencio, mirando de forma alterna al suelo y a mí.

—¿No se lo puede soltar sola? —preguntó al fin.

—No.

—¿Y no hay nadie con usted?

—Mi... Mi esposo está abajo. Se llama Julián Withmore.

—Iré a buscarlo y subiremos a ayudarla. No se mueva, por favor.

Tras decir aquello, rezongó en voz baja, quizá porque se había dado cuenta de lo absurdo que sonaba. Claro que no iba a moverme. ¡No podía! Esperé pacientemente, rezando a Dios porque las fuerzas no me fallaran y acabase, o bien desnuda, o bien descalabrada, y al final la puerta se abrió. Aunque esperé ver a Julián, solo estaba aquel joven.

—No he dado con su esposo, señora —informó—. ¿Prefiere esperarlo o la ayudo yo? Me llamo Elías Marín. Cabo primero de la Guardia Civil.

Entendí entonces el porqué de su uniforme. El Cuerpo se había fundado un año atrás y él debía de ser uno de los muchos jóvenes que lo componían.

—Yo me llamo Victoria.

—Bien. No se mueva, me acercaré a usted para ayudarla.

—¿Otra vez con que no me mueva? —repliqué—. ¿Cree que estoy en posición de ponerme a bailar una rondeña?

Por un instante pareció que iba a reírse con aquella apreciación, mas se mantuvo serio.

—No se altere, por favor. Los nervios no son buenos compañeros en su situación. ¿Da usted permiso para entrar?

Tomé aire y lo solté despacio.

—Por supuesto que sí; ayúdeme, por favor —supliqué.

—No se preocupe. Estoy con usted.

Él se acercó, y a medida que lo hacía pude distinguir mejor sus rasgos, más bellos aún que vistos de lejos. De rostro alargado y mentón perfilado, tenía los labios rosados y finos, y la nariz delgada. Sus ojos rasgados eran de un verde acuoso, y aunque creí que no habría otros más bellos que los de Julián, me equivocaba. Los del cabo los superaban en hermosura. Había en ellos, además, un brillo especial, como el de un espejo en el que fuera capaz de ver mi alma si los miraba detenidamente. Era, sin dudar, terriblemente apuesto.

Se detuvo ante mí y examinó la situación a conciencia. Se inclinó hacia fuera, a mi derecha y luego a mi izquierda. Después se apartó de nuevo y frunció los labios. Parecía algo azorado.

—Necesito... —comenzó a decir, parado frente a mí.

—¿El qué? —pregunté con timidez.

—El vestido se ha enganchado en uno de los remaches de la ventana y... no puedo ayudarla si no me acerco... más.

—¿Más?

—Voy a tener que tocarla. ¿Da su permiso?

Sus ojos y los míos se quedaron fijos unos a otros durante unos segundos. Ni él ni yo parecíamos saber qué decir.

—Está bien —concedí, tomando aire y esperando que aquel momento tan embarazoso pasase lo antes posible.

Él se acercó más y pasó sus brazos bajo los míos. Nuestros rostros quedaron enfrentados por unos segundos. Después se inclinó despacio y sus

labios quedaron a la altura de mi cuello; sentí sus manos trastear con la tela a la altura de mi vestido y tragué saliva, abrumada. Sus dedos, inevitablemente, terminaron por rozar mis nalgas. Bajé la mirada. Lo tenía tan cerca que podía sentir el calor que desprendía su cuerpo y el aliento de su respiración.

—Esté tranquila. No tardaré mucho —me dijo, con voz suave, alzando la vista hacia mí. Volvimos a detenernos en una mirada. Ese algo que había visto en sus ojos volvió a llamarme. Quizá era su color, que me recordaba al agua clara de la bahía en un día de calma, transportándome a días felices; quizá su brillo o tal vez sus pestañas, largas y espesas. En cualquier caso, me habría quedado admirándolos para siempre.

—Estoy tranquila —le aseguré, aunque mi pecho subía y bajaba agitado, ya no tanto por estar en la ventana, sino por su cercanía.

Él retiró la mirada y noté de nuevo que sus manos se movían. Con una maniobra ágil, desenganchó el vestido y se incorporó, con gesto triunfal.

—Ya está, señora Withmore. Puede moverse.

Le hice caso, con la firme intención de separarme del alféizar, pero entonces me escurrí y mi cuerpo se precipitó hacia atrás. El muchacho me agarró por la cintura con rapidez y me atrajo hacia él, impidiendo que me cayera. Lo sujeté con fuerza, aferrándome a su cuello y cerré los ojos porque si me caía, no quería ver cómo lo hacía. Al abrirlos, él estaba inclinado sobre mí, mientras que mi cuerpo se hallaba arqueado hacia el exterior. El movimiento brusco debía de haber hecho que el sombrero se le cayese, y pude ver que tenía un bonito cabello castaño dorado que llevaba corto y bien peinado.

—¿Está usted bien? —preguntó.

—S-sí —murmuré.

Y a pesar de que ya no había necesidad alguna de estar así de cerca, ninguno de los dos se movió. Noté la dureza de los músculos de sus brazos, mientras me sujetaba, y tragué saliva, sintiendo que mis latidos,

desbocados, terminarían por retumbar en la habitación. Sin embargo, lo único que retumbó fue la voz de Julián, desde la puerta.

—¡Victoria! —clamó. Su voz rezumaba ira.

En un abrir y cerrar de ojos, el chico se incorporó y nos separamos. Carraspeé, recomponiendo mis ropas, y él se acercó a Julián, con paso determinado.

—Cabo Elías Marín, señor. Su esposa...

Julián lo interrumpió con brusquedad.

—Apártese —dijo, empujándolo para echarlo a un lado y viniendo hacia mí, con el rostro enrojecido—. ¿Qué hacías con este hombre? —espetó.

—Ha venido a ayudarme. Me he enganchado el vestido en la ventana —le expliqué, y aunque me mostré entera, sentía que todo el cuerpo me temblaba.

Julián se me encaró.

—Me voy unos minutos y te encuentro abrazada a otro como una vulgar fulana.

Palidecí. Aquello había sido un malentendido y no tenía razón para hablarme así.

—Te estás excediendo, Julián —contesté con determinación y gesto severo.

Entonces hizo algo que jamás esperé que hiciera. Levantó la mano y vi en sus ojos un brillo péfido. Apenas fue un segundo, menos incluso, mas en ese momento en el que creí que se propasaría conmigo, sentí que el mundo entero se derrumbaba a mi alrededor. Para mayor sorpresa, el cabo se acercó a toda prisa y agarró su muñeca, deteniendo sus intenciones.

—¡Señor! —bramó, con la mirada ruda y el mentón apretado—. No voy a consentir que se sobrepase con ella. Si tiene algo de dignidad, compórtese como un caballero.

Aunque Julián hizo amago de zafarse, el otro lo agarraba con tanto ímpetu que no pudo hacerlo. Al final, lo obligó a bajar la mano, empleando

su propia fuerza, mientras se miraban desafiantes.

—¿Y usted quién se ha creído que es para decirme cómo tengo que tratarla? —espetó Julián.

—Se lo advierto. Si se propasa con ella tomaré represalias.

—¿Es una amenaza? —Julián soltó una risotada.

—Tómelo como quiera.

Yo los miraba, abrumada. Para mí aquella escena seguía siendo parte del mal sueño del que despertaría tarde o temprano.

—Es mi mujer —declaró Julián, como si aquellas palabras implicasen que podía hacer lo que quisiera conmigo.

—Razón de más para no comportarse como un bárbaro —apuntó el joven guardia—. Si es su mujer, sea usted un hombre y trátela como es debido.

Volviéron a encararse el uno al otro, midiendo fuerzas con la mirada.

—Marín. —Una voz distinta irrumpió en la habitación. Perteneecía a otro joven uniformado, alto y delgado; de cabello corto y muy oscuro, y ojos del mismo color. Su rostro era algo redondeado y su nariz alargada y llevaba a un bigote ralo que asomaba sobre unos labios finos—. Te estaba buscando. Ya he reunido a toda la gente en el comedor —dijo, y señaló con la cabeza hacia la puerta. Después se detuvo a mirarnos y nos escudriñó unos segundos—. Los señores que bajen también.

—¿Bajar? ¿Con qué motivo? —replicó Julián.

—Tenemos que hablar con todos los hospedados, señor. Le ruego que bajen inmediatamente y no nos hagan esperar. Marín, vamos.

El otro asintió y salió de allí tras él, no sin antes coger su arma y dirigir una dura mirada de advertencia a Julián. Este masculló una maldición y apretó los puños, mirándome con gesto severo.

—Ya hablaremos después de esto —dijo, cogiéndome del brazo y obligándome a caminar hacia la puerta.

Cuando me soltó, ya en el pasillo, lo seguí a regañadientes, aunque de haber sido por mí me habría dado media vuelta y habría atrancado la puerta

de la habitación con la cama, para que no pudiera volver a entrar. En esos momentos solo pensaba en tenerlo lejos y no perdonarlo jamás. Sin embargo, quería saber qué había pasado y por qué la Guardia Civil nos habría reunido a todos en el comedor. Peleé con el agujero del vestido, haciéndole un nudo apenas disimulado como remedio temporal. Abajo la sala estaba llena de viajeros; algunos ocupaban ya las mesas del comedor y habían terminado su cena o estaban con ella a medio comer.

—Hemos de informarles de que estamos buscando a un grupo de bandoleros. Hemos tenido noticias de que ha habido un intento de asalto a una diligencia a la altura del Barranco de la Niebla, en el Paso de Despeñaperros. Rogamos su colaboración si son testigos de algo sospechoso.

Hubo un murmullo general y ciertas muestras de espanto. Algunos de los presentes se santiguaron. Todo el mundo contaba historias de ese lugar. Decían que era un nido de bandidos y lobos, y que ni aun con todas las molestias que se habían tomado en construir una nueva carretera se libraba de ser un lugar inhóspito y peligroso. Y aunque la Guardia Civil ya había puesto algo de orden, no se salvaba del todo de sus fantasmas.

—Por favor, cálmense —pidió Marín con gesto tranquilizador—. No pretendemos alarmarlos. Solo pedirles que tomen las precauciones pertinentes. El grupo al que intentaron asaltar era numeroso, y el cochero y su mozo llevaban fusil, lo que los desalentó de sus intenciones.

—¿Precauciones? ¿Qué quiere que hagamos? —dijo Julián con voz hosca—. No puedo retrasar el viaje, tengo que estar en Madrid cuanto antes.

Lo miré, lamentando su forma de dirigirse al guardia.

—Deberían ustedes de escoltarnos por el Paso —intervino otro. A su petición se sumaron muchas muestras de asentimiento.

—Hay patrullas vigilando los caminos —informó el otro guardia—. No obstante, viajen en grupos numerosos y, en la medida de lo posible, lleven algo con lo que defenderse.

—¿De qué nos sirve ir armados si la diligencia es atacada? Será más fácil que acabe uno herido a que hiera al bandido —se quejó un hombre, que por su vestimenta debía de ser de buena posición.

—A menudo los disuade —explicó Marín—. Aunque recuerden que no pueden portar armas de fuego sin licencia, bajo pena de un mes de prisión y cien ducados de multa.

Un nuevo murmullo se levantó, llenando la sala. Era casi imposible que pudiera hablar sin que alguien lo interrumpiera con algún ataque o muestra de miedo. Tampoco faltaron los envalentonados. Los guardias se armaron de paciencia y escucharon todos sus comentarios.

—De toda la vida este ha sido un país de delincuentes —dijo uno—. Ahora no nos vamos a arredrar por un puñado más.

—Ustedes no han viajado del Puerto de Santa María a Sevilla, eso sí que era para tenerle miedo, y mi padre se lo hacía con la única compañía de una porra. Setenta años vivió —comentó otro.

—Sigán nuestros consejos, por favor. Y en caso de que se encuentren en peligro, denles lo que les pidan y los dejarán continuar —indicó Marín—. Los dejamos que cenén tranquilos —y diciendo esto, ambos salieron del comedor.

—¡Como para cenar tranquilos está la cosa! —soltó una señora con cara de fastidio.

A su comentario le siguieron animados murmullos de aprobación, y durante un buen rato hubo un gran revuelo, pues todos comentaban el tema. Al parecer, ese asunto de los bandoleros era bastante normal para las gentes del lugar. A veces no sabía distinguir si los tenían por rufianes o por gentes de admirar. Mi padre me había contado algunas historias que conocía sobre ellos, e incluso las que la leyenda había revestido de un sentido de la justicia seguían pareciéndome espantosas y llenas de tropelías.

Menos mal que el ambiente estaba animado, pues entre Julián y yo la cena transcurrió silenciosa. Lo que había pasado en la habitación no se me

olvidaba, y de vez en cuando lo miraba intentando adivinar si a él tampoco. Su gesto estaba serio y quise pensar que era porque le rondaba la misma preocupación que a mí. En cualquier caso, al menos la comida estaba bien, en contraste con mis ánimos. En cuanto terminé la cena le dije que subía a acostarme y él se excusó diciendo que subiría más tarde. Supe que, una vez más, dormiría sola hasta bien entrada la noche y me resigné a ello. Dejé a Julián en el comedor, y cuando enfilé el pasillo de las habitaciones distinguí una figura caminar hacia mí, en dirección contraria. La luz de los quinqués era tenue y me costó reconocer a quien se acercaba. Me alivió saber que se trataba del cabo Marín.

—Señora Withmore —saludó, deteniéndose frente a mí—. ¿Se marcha usted a dormir?

—Sí. ¿Y usted?

—No. Todavía no he cenado.

—La sopa estaba bien condimentada —informé.

—Gracias. Cenaré sopa entonces.

Aquella conversación se me antojaba tan insustancial que me sentí extraña. Era como si no fuera propia de nosotros; como si deberíamos de tratar temas más profundos. Pero ¿cómo podía pensar así si apenas lo conocía? Nos miramos sin decir nada, sumidos en una especie de trance en el que solo estaban nuestros ojos, hasta que él habló de nuevo.

—Si necesita algo hágamelo saber, por favor. Nos hospedamos por esta noche en esa habitación. —Señaló a una de las puertas contiguas a la mía—. El río ha saltado el puente y no podemos volver a la casa cuartel. Estaré cerca si me necesita —diciendo aquello, se puso nervioso y carraspeó, con las mejillas algo enrojecidas—. A la Guardia Civil, quiero decir, señorita.

Saber que iba a dormir allí me dio cierta tranquilidad, mas me resistí a creer que pudiera requerirlo; que la persona por la que lo había dejado todo fuera capaz de herirme de tal manera.

Negué con la cabeza, convencida de lo contrario.

—Ha sido un malentendido. Julián no es así.

—No es la primera vez que oigo eso, créame —dijo, con gesto preocupado—. Por más amor que usted sienta por él, nada justifica lo que ha intentado hacer.

Tenía razón, aunque me doliera. Agaché la mirada y asentí, algo compungida.

—No se ponga usted triste. —Colocó su mano sobre mi brazo y alcé la vista. Aunque debería de haberme importunado aquel contacto, lo recibí como algo natural. Él, sin embargo, la retiró al instante, pensando que de seguro se había excedido, mas yo le sonreí. Era mi forma de decirle que no. Me correspondió, y en sus mejillas se dibujaron dos hoyuelos, ciertamente hermosos—. Cuídese, por favor.

—Usted también, señor Marín —respondí.

Inclinando la cabeza en señal de respeto, se colocó el sombrero y se echó a un lado, para que pudiera pasar. Fui hacia la puerta y, una vez allí, me detuve para observarlo mientras caminaba.

De forma inesperada giró la cabeza sobre su hombro para mirarme. En sus labios se dibujó otra preciosa sonrisa y yo solo fui capaz de seguir contemplándolo como si estuviera alunada. Aunque no entendía por qué, me gustaba. La sensación. O él. O ambas cosas. De nuevo algo estaba pasando conmigo que ni yo misma comprendía. Y me sentí culpable por dedicar mi mirada a ese joven, pues amaba a Julián. ¿Cómo si no lo habría dejado todo por él? Mas no era ya el de siempre. Sus palabras, antes dulces, se habían convertido en hiel, y en la boca me amargaban ya sus besos. Creí que iría al cielo con él, de su mano, y en apenas dos días me estaba arrastrando al Infierno.

Entré en la habitación sintiendo que cargaba con el peso del mundo sobre mis hombros y me dejé caer en la cama. Habría pagado una fortuna por poder dejar la mente en blanco; por alejar todos los pensamientos que me asaltaban sin cesar y que desgarraban mi corazón hasta hacerlo jirones. Sin

embargo, cada vez que cerraba los ojos, el rostro de Julián en los días en los que nos vimos en Málaga volvía a mí, como si los reviviera. Su sonrisa amable, sus conversaciones, esas ganas de escuchar mis inquietudes; sus besos, cálidos y apasionados; sus manos en mis muslos y en lo más íntimo de mi ser. Y cada vez que uno de esos pensamientos me asaltaba, una lágrima caía de mis ojos. Habría pensado que él las recogería todas y me equivoqué. Y por más que intentaba comprenderlo, entender qué había pasado, no era capaz de advertir el porqué de su cambio de actitud. Saber que estaba lejos aunque lo tuviera cerca era, al fin y al cabo, lo que más me dolía. Le había abierto mi alma sin reservas, y por más que me esforzaba, no llegaba a atisbar lo que había en la suya. Él me apartaba, y cuando regresaba a mí lo hacía furioso, como si fuéramos enemigos; como si fuéramos dos contendientes en un campo de batalla. Recordé, más que nunca, a mi madre y a mi hermano y todas las cosas que ella había visto de él y que yo no supe ver. ¿Tenían razón? ¿De verdad había sido tan ilusa? Escondí la cara en la almohada y dejé que las lágrimas cayeran. No quería pensar en nada.

Me sumí en un duermevela del que Julián me despertó, entrando en la habitación de forma abrupta. Una vez más olía a vino dulce y a perfume. Se tumbó en la cama, a mi lado, y me dio la espalda, como si no existiera. No hubo una palabra, no hubo una sola caricia. Solo silencio. Y el silencio, para un corazón resentido, es un arma peligrosa, pues donde no queda nada que decir, no queda nada que sentir.

Capítulo 8

Me desperté temprano a causa de unos ruidos procedentes de algún lugar de la habitación que me costó ubicar. Al principio me pareció que fuera algún ratón royendo algo; o un animal revolviendo entre las ropas. La noche ya estaba clareando y el amanecer se colaba por la ventana. Con su luz algo grisácea, distinguí a Julián inclinado sobre una silla, rebuscando algo entre mis prendas. Lo observé unos segundos en silencio, extrañada, hasta que lo vi alzar en sus manos el saquito donde guardaba mis joyas.

—¿Julián? —llamé—. ¿Qué haces?

Él dio un respingo y la bolsa se le cayó de las manos, desparramándose parte del contenido. Lo oí gruñir mientras se agachaba a recogerlo.

—Me has dado un susto de muerte.

—¿Qué estabas haciendo?

—Yo... —dijo, metiendo las joyas de nuevo en el saquito y cerrándolo—. Había pensado en guardártelas, por eso de los bandoleros.

—Podrías haber esperado a que me despertase y preguntarme antes.

—¿Es que no te parece bien? —En la penumbra distinguí que su rostro se crispaba—. ¿No te fías de mí?

—No es eso, Julián.

—Lo hago por tu seguridad, Victoria. Si asaltan la diligencia es mejor

que no lleves nada encima. No quiero exponerte a un peligro innecesario.

Pensé en aquello y me pareció que su decisión era bastante lógica, así que terminé por asentir. Dejó las joyas sobre la silla y caminó hacia la cama, para sentarse después en el borde, a mi lado. Llevó la mano hacia mi rostro y yo me aparté, recordando lo sucedido aquella misma noche.

—¿Ahora me tienes miedo? —preguntó, ceñudo.

—¿Es que no te acuerdas de lo que ha pasado?

—Ha sido un malentendido.

Me recordé a mí misma diciéndole aquellas palabras al joven guardia. Y también recordé su respuesta.

—No. No lo ha sido, Julián. Y no vuelvas a intentar nada parecido.

—¿Vas a llamar a tu amigo el guardia?

—¿Es que no te basta con que te lo diga yo? —repliqué.

—No discutamos, Victoria —dijo, acercándose más a mí, con intenciones de besarme.

Aunque en los primeros días juntos había anhelado sentir su tacto de nuevo, deseando que me tocara de la misma forma en la que lo había hecho la noche en la que estuvimos a solas en mi dormitorio, ahora, después de todo, no podía pensar en la idea de que volviera a acariciarme. En ese momento no quería nada de él. Algo desde lo más profundo de mis entrañas me empujaba a negarme.

—Déjame, por favor —pedí, con el cuerpo en tensión.

Él alzó la mirada y se separó de mí.

—Dices que yo no soy el de antes, pero tú te has vuelto fría conmigo.

Lo miré boquiabierto. Sus palabras no pudieron ofenderme más.

—¿Qué esperabas de mí? Vas y vienes cuando se te antoja. Me tratas con malos modos, y ¿quieres que ahora reciba tus caricias como si nada? Ya no sé qué pensar de ti. No eras el hombre que yo creía.

Su rostro, por un instante, se crispó, y pensé que me replicaría. Sin embargo, tras mirarme detenidamente, reaccionó de forma calmada.

—No seas tan dura conmigo. Comprende que esta situación me tiene inquieto. —Tomó mis manos entre las tuyas y las besó, y por un instante se me antojó que el Julián que conocí había vuelto—. Te quiero.

A la par que ese «te quiero», se escuchó el rugido de un trueno desde la lejanía, como si alguien hubiera conjurado a la tormenta. El silbido del viento se coló por las rendijas de la ventana, como el llanto lúgubre de un alma en pena. Una de las hojas tembló y se abrió de par en par, y una ráfaga de aire helado penetró en la habitación, agitando todo a su paso. El cabello se me arremolinó en la cara y a punto estuve de gritar del susto. Pegué la espalda contra el cabecero y miré al pedazo de cielo que veía desde la cama: estaba negro como la brea. De seguro que Mina, con sus muchas supersticiones, le habría encontrado algún sentido a aquello.

Julián se levantó de la cama y cerró la ventana, peleando contra el viento para echarlo de allí. Antes de que cumpliera su propósito, un relámpago restalló en el horizonte, iluminando la estancia como si fuera de día.

—¿Vamos a viajar con este tiempo? —pregunté temerosa.

—Si no cortan los caminos, sí. —Julián corrió las cortinas y la habitación recuperó la calma, a la par que se tornaba repentinamente oscura.

—¿Puedes encender el quinqué?

—¿Te da miedo la oscuridad? —Le escuché decir. Su voz sonó amable, casi divertida—. ¿O las tormentas?

Me acordé de mi madre. A ella sí que la espantaban. Sentí un pellizco en el estómago al hacerlo. Por un instante sentí deseos de salir de allí corriendo y volver a casa a su lado, casi como si una fuerza invisible me empujase a hacerlo. Venciéndola, miré a Julián, molesta por su tono.

—No te burles de mí. Estoy nerviosa. No querría tener que viajar con este tiempo.

—No podemos perder un día de camino. Tenemos que arreglar nuestra situación cuanto antes.

—¿Nuestra situación? —pregunté, mas no contestó. Salió al pasillo y

regresó con el quinqué encendido, poniéndolo de nuevo sobre la mesita.

—¿Mejor?

Asentí.

—¿A qué te referías con nuestra situación? —insistí.

—A que por mucho que finja que eres mi esposa, no lo eres. Si tu madre nos encontrase, yo no podría hacer nada por retenerte junto a mí. Te llevaría de vuelta a Málaga y no quiero que eso pase.

Sus palabras me descolocaron. No lo comprendía. Era como si tuviera dos caras. Como un espejo que reflejase a ratos una luz brillante y a otras se tornase opaco. A ratos tiraba de mí y a ratos contra mí. Me quedé callada, pensativa, y él me besó en la frente.

—Duerme un poco más o estarás muy cansada.

Me tumbé de nuevo en la cama, arrebujándome en las sábanas, esperando poder dormir. Sentí entonces su peso en el colchón. Se había recostado junto a mí y me abrazaba. Cualquiera que fuera la batalla que estuviera librando, había bajado las armas. Sin embargo, yo ya había alzado mis defensas. No iba a ser como la vieja Troya y dejar que atravesase mis muros simulando buenas palabras y ofrendas. No olvidaría en dos días lo que había pasado; si es que lo hacía. Después de su rudeza, mi resistencia sería numantina. Aquel contacto que tanto había anhelado me supo amargo. Me escapé de su abrazo y me acurruqué al filo de la cama. Sin duda, habría preferido estar sola.

Cuando abrí los ojos, Julián ya no estaba en la cama; en su lugar, había dejado una nota sobre la mesita en la que me avisaba de que había salido al pueblo para resolver unos asuntos y que estaría de regreso antes de que partiese la diligencia. Suspiré, mirándola durante unos segundos, como si pudiera decirme algo más. Pero por más que la observase no iba a darme las respuestas que quería, así que la dejé en la mesita de nuevo.

Me levanté y fui hacia la ventana, esperando que al descorrer los pesados

cortinajes la luz de la mañana inundase la estancia. Mas no había rastro alguno del sol. Si estuvo en el cielo alguna vez, las nubes hambrientas lo habían devorado. Arrugué la nariz disgustada y meforcé a aceptar la perspectiva de viajar con aquel tiempo tan desapacible. Eché de menos mi chal y me froté los brazos, sintiendo algo de frío.

Tras mi aseo, me vestí y decidí ponerme la ropa que llevaba el día que salimos de Málaga. El vestido que me había dado Julián tenía un agujero y no me fiaba de que no se hiciera más grande por el camino. Ya tendría ocasión de mandarlo arreglar cuando llegásemos a Madrid.

Cuando bajé a desayunar, me dio la impresión de que, o era muy temprano, o era muy tarde, porque el comedor estaba casi vacío. Ocupé una de las mesas junto al ventanal para estar pendiente del regreso de Julián, y después de que me sirvieran el desayuno, me entretuve en observar el trajín del exterior mientras tomaba a pequeños sorbos mi café. Humeaba, y el líquido caliente reconfortó mi estómago. El tono del día era invernal y casi parecía mentira que días antes hubiera estado bajo un calor asfixiante. Me hallaba absorta en observar a los mozos cargar equipajes en las diligencias, o cambiar los caballos que tiraban de ellas, cuando escuché la voz cálida del joven guardia civil.

—Buenos días, señora Withmore. ¿Puedo sentarme?

Giré la cabeza y lo vi de pie al otro lado de la mesa. Tenía el sombrero en las manos y una sonrisa amable en el rostro, algo que de buena mañana era de agradecer.

—Buenos días. —Sonreí—. Por supuesto.

Él retiró la silla frente a mí y tomó asiento. Dejó el sombrero sobre la mesa y, durante unos segundos, observó el exterior también, para después volver a mirarme.

—Un día desapacible, ¿no? —comentó.

Asentí, dejando la taza de café sobre el platillo.

—Como pocos.

—¿Ha pasado buena noche?

—Sí. Hasta que se han abierto los cielos. ¿Y usted?

—He... —Hubo duda en sus ojos. Las palabras se le atascaron antes de poderlas soltar—. He estado preocupado por usted.

Sonreí por unos segundos, halagada, hasta que recordé sus motivos. No se fiaba de Julián.

—Lamento haberle quitado el sueño, pero ya le dije que no tenía de qué preocuparse.

Él me miró en silencio. Parecía pensativo, como si estuviera recordando algo.

—Antes de estar en el Cuerpo, trabajaba en una hacienda de por aquí cerca. La señora era joven, como usted —dijo—. Sus padres murieron muy pronto y ella se tuvo que casar para no estar sola. Y no lo hizo bien. Al lado de ese hombre se marchitó como se marchitan las rosas. Usted me recuerda a ella.

—No sé a dónde quiere llegar. Ni tampoco por qué me cuenta algo tan íntimo —le dije, abrumada—. Apenas nos conocemos.

—Porque si le hubiera dicho a ella lo que pensaba, quizá todavía estaría viva —confesó.

Me extrañaron sus palabras.

—¿Qué quiere decir?

—Que ese malnacido se cobró su vida, señora.

Me sentí contrariada. Ya no sabía si era porque insinuase tales cosas de Julián o porque se atreviese a hablarme de forma tan directa.

—Usted no conoce a mi esposo.

—No pretendo importunarla, pero usted tampoco lo conoce. Espero que sepa verlo antes de que se lo haga ver él.

En su rostro hubo un gesto compasivo; no era lástima, había algo más. Una preocupación que me pareció real y que emergía de sus ojos de agua clara. Y aunque quise enfadarme con él por entrometerse en mi vida, supe

que jamás podría hacerlo. Ese joven estaba leyendo en mi propia alma; en mis propios miedos. Tomé aire y dirigí la vista hacia el ventanal, tragando saliva. Tenía tanto miedo como él a que Julián se tornase en oscuridad, y en mi garganta se había formado un nudo que me costaría deshacer.

—Lo siento. Me he excedido. —Le escuché decir. Su voz sonaba sincera.

Giré el rostro para mirarlo y negué con la cabeza.

—No importa. Es su trabajo, ¿no? Proteger a la gente.

—Así es. —Sonrió.

El posadero llegó hasta la mesa en aquel momento y trajo su desayuno: un café muy oscuro y una manzana. Echó un poco de azúcar a la bebida y lo removió a conciencia. Poco, a mi parecer, para lo cargado que parecía estar. Lo observé y él pareció darse cuenta.

—¿Qué ocurre?

—Me preguntaba si no estaba amargo. Lo toma usted oscuro.

—Tengo que estar despierto. Sospecho que hoy será un día complicado.

—¿Le gusta su trabajo?

—Sí. Creo que formaba parte de mi destino.

Sus ojos se clavaron en los míos como si fuera a decir algo más.

—Qué curiosa forma de decirlo —observé—. Tengo entendido que hace poco más de un año que el Cuerpo se fundó.

—Veo que está bien informada. —Sonrió y después miró mi taza—. Su café ya se habrá quedado frío.

—Y usted no ha tocado la manzana.

—No es para mí —indicó—. Es para Lucero.

Lo miré con curiosidad.

—¿Lucero?

—Mi caballo.

Recordé haberlo visto el día anterior con él.

—Es muy bonito.

—¿Ya conoce al truhan? —dijo, con gesto divertido.

Me reí porque lo llamara así.

—Ayer los vi juntos... —Casi me daba vergüenza recordar en voz alta el incidente del día anterior—. La ventana..., ya sabe.

Él rio al recordarlo y aquel gesto marcó sus hoyuelos. Al tenerlo frente a mí y poder mirarlo con detenimiento, percibí con mayor detalle su atractivo y me quedé un tanto absorta. Cogí su frase a medias.

—... es más exigente que un patrón.

—¿Perdón? —dije, volviendo en mí.

—Le decía que Lucero tiene buen carácter y mucha nobleza, pero que es más exigente que un patrón. Si no le llevo una manzana cada mañana, no mueve una pata.

—Me gusta. Tiene principios.

El volvió a reír.

—Se lo diré.

—¿Y su compañero? —pregunté con curiosidad.

—Le gusta dormir más que a un gato. Lo dejo hasta después del desayuno —me explicó—. Por cierto, ¿a qué hora sale su diligencia?

—Creo que a las diez.

Él miró hacia un punto del comedor y yo seguí su mirada. Había un reloj colgado en la pared que me había pasado desapercibido hasta entonces.

—Pues son las nueve y cincuenta.

Palidecí.

—¿Tan tarde? Pero Julián... Y el equipaje... —Me atropellé.

Estaba tan nerviosa que me levanté de forma abrupta. Él lo hizo a la par. Puso su mano sobre mi brazo y me pidió calma.

—No se preocupe, señora Withmore. Vaya a buscar a su esposo. Yo avisaré a la diligencia para que esperen.

—Mi esposo no... No está aquí. Salió al pueblo a hacer recados.

—De seguro regresará a tiempo. ¿Cuál es su transporte?

—Viajamos a Madrid en la Compañía de Diligencias Generales.

—¿A Madrid? —Su rostro se tornó preocupado—. No es el mejor día para cruzar Despeñaperros.

—Eso pienso yo. Pero tenemos que llegar cuanto antes.

—Intenten no entretenerse con nada y salvarlo antes de que anochezca. Hoy hay luna llena.

Me sentí curiosa ante aquella indicación.

—¿Por qué lo dice?

—La luna llena tiene efectos nocivos sobre los caracteres más perversos —dijo, y presentí que hablaba de Julián. Me quedé algo consternada ante su afirmación, mas no supe qué decir al respecto—. ¿Me dejará una nota en la venta de Cárdenas para que sepa que lo pasó usted sana y salva?

Una fuerza en mi interior me impulsó a asentir. Si ese joven se estaba preocupando por mí, qué menos que responder a su petición.

—¿Cuál dijo que era su nombre? —pregunté. Entre tanto lío se me había olvidado.

—Elías.

—Yo me llamo Victoria —dije, deseando que él no lo olvidase.

—Lo sé. Lo recuerdo.

Hubo una sonrisa entre nosotros, cálida y cercana. Él tomó su sombrero, se lo colocó sobre la cabeza y salió de allí a toda prisa. Yo le pedí al posadero que enviase a uno de los mozos a buscar nuestro equipaje y salí fuera. No llevaba ropa adecuada para un día como aquel y pronto sentí el frío. El cielo seguía gris y, aunque no llovía, traía humedad de algún lugar cercano. Vi a Elías junto a la diligencia. Llevaba a Lucero de las riendas y me hizo una seña para que me acercase.

—Esperarán hasta las diez y quince, señora Withmore —indicó—. Puede volver a entrar mientras tanto. Yo la avisaré.

—Prefiero aguardar aquí. No falta mucho —dije.

—Entonces me quedaré con usted hasta que se vaya.

Asentí mostrándome conforme y me froté los brazos, aterida. El aire

soplaba helado.

—¿No lleva nada de más abrigo en el equipaje?

Le dije que no y él, al momento, tomó una manta que llevaba enrollada en la montura y me la echó sobre los hombros. Mi cuerpo entró en calor y me sentí mejor.

—¿Es parte de su trabajo escoltar a las damas a las diligencias? Temo ponerlo en un compromiso.

—No me importa. —Sonrió ampliamente—. No voy a dejarla sola.

Y así fue, pues esperó a mi lado los quince minutos más largos de mi vida. Cuanto más avanzaba el tiempo, más nerviosa me ponía. La sola perspectiva de no ver a Julián aparecer por algún lugar hacía que las piernas me temblasen y que el aliento se me cortase. A la diligencia fueron subiendo un par de viajeros, pocos para los que me esperaba, y así se lo comenté al cabo.

—Me ha dicho el cochero que serán ustedes dos hasta Valdepeñas —me informó—. La gente no irá más allá de La Carolina hoy.

Tras aquellas noticias tan alentadoras, uno de los mozos se acercó y dijo que no podían esperar más. Yo ya había perdido toda la esperanza y, entonces, de detrás de otra diligencia apareció Julián. Venía andando tranquilo, como si no tuviera todo el tiempo en su contra. Lo llamé agitada.

—¿Por qué has tardado tanto? —le pregunté cuando llegó junto a nosotros.

Él miró a Elías de mala manera y después carraspeó incómodo.

—Tranquilízate, ya estoy aquí.

—¿No cree que deberían esperar a que mejorase el tiempo? —le dijo Elías.

—¿Y usted no tiene nada mejor que hacer que hostigarnos a mí y a mi esposa?

—Él solo quiere ayudar —lo excusé.

—Sí. Como ayer. —Julián lo miró entrecerrando los ojos, con

desconfianza. Elías se mantuvo firme, con el semblante impertérrito.

Un mozo llegó junto a nosotros, interrumpiendo la escena. Casi me dieron ganas de darle las gracias.

—¿Es el señor Withmore? —preguntó, dirigiéndose a Julián—. Llegó esta carta para usted. Urgente, al parecer —dijo cuando él respondió que sí.

Julián la cogió y se apartó unos metros, no sin antes pedirme, o más bien exigirme, que subiera a la diligencia. Tomé aire, armándome de paciencia, y fui a devolverle la manta a Elías, pero él negó con la cabeza.

—Quédesela para el viaje. Y cuídese mucho, por favor. Si necesita algo, no importa dónde esté, iré en su ayuda. Si por algún motivo no llegara a cruzar el Paso... —dijo, y miró de reojo a Julián, antes de volver a centrar de nuevo su atención en mí—. Puede enviarme correo a esta misma posada. Me lo harán llegar.

—¿Es de Andújar? —pregunté, interesada—. Me habría gustado conocerlo. He oído que es pueblo de buenas gentes.

—Y lo es. Aunque yo soy de Cádiz, esto es ya como mi segundo hogar. Quédese unos días a la vuelta y se lo enseñaré encantado.

Habría aceptado dichosa su ofrecimiento, mas no sabía si regresaría jamás al sur.

—A la vuelta... —murmuré, nostálgica.

—¿No regresará a Málaga?

—¿Cómo sabe de dónde soy? —pregunté, con curiosidad.

—Por su acento. Tengo familia en la ciudad. Aunque no los conocerá. Son gente humilde y a todas leguas se ve que usted es una dama de posición.

Suspiré. Eso poco importaba ya. Había perdido cualquier derecho de pertenencia a mi familia haciendo lo que había hecho. Un acto que cada vez me empezaba a parecer más terrible. Elías abrió la portezuela de la diligencia y me tendió su mano para ayudarme a subir. Me costó soltarla.

—Adiós, señor Marín.

—No diga adiós, Victoria. Los amigos nunca se dicen adiós.

Tras sus palabras sonrió y cerró la puerta. Me quedé pensando por unos instantes en el hecho de que me hubiera llamado así, y no señora Withmore. ¿Lo habría hecho adrede? Lo observé alejarse con una sensación muy extraña en el estómago. Era como si este me quisiera decir algo, como si me impeliese a bajar de la diligencia y correr hacia él. Estaba ya junto a Lucero, acariciando su testuz, y giró el rostro por unos momentos para sonreírme. Le devolví la sonrisa, y entretanto salió de la posada su compañero y caminó hacia ellos. Aún me hallaba con la vista puesta en el cabo cuando Julián se situó en medio, subiendo al carruaje y, cuando se apartó, ellos ya no estaban allí. Oteé a un lado y a otro, mas no pude verlos más. Julián se sentó a mi lado, de forma brusca, con la carta que había recibido en sus manos, completamente arrugada. Aquel exabrupto llamó mi atención.

—¿Ha sucedido algo? —le pregunté, en voz baja.

—No. —Su voz era hosca. Lo que quiera que dijese esa carta lo había enfadado.

—Por un momento pensé que algo te habría ocurrido y no vendrías — dije, poniendo mi mano sobre la suya. Él la retiró y se removió incómodo. Cerré los ojos, apesadumbrada.

De los quince asientos de los que disponía solo estaban ocupados dos, por unos muchachos muy jóvenes que imaginé que serían los que se bajarían antes del Paso. La mayoría de los viajeros había retrasado la partida dadas las inclemencias, y deseé que nosotros hubiéramos sido unos de ellos. Los saludé cortésmente, y después me arrebujé en la manta de Elías e intenté descansar un poco, esperando que cuando parásemos me diera una explicación.

A grandes rasgos, el viaje fue un infierno. Tardamos más de lo previsto en llegar a La Carolina pues cayó tal chaparrón que no se veía siquiera el camino y tuvimos que parar hasta que escampase. Los dos jóvenes se

bajaron, comimos algo en la venta y continuamos el camino cerca de las cinco de la tarde. El cochero no estaba muy convencido, pero Julián lo persuadió; tal vez con algún pago extra de por medio. Entendía que tuviera prisa por llegar a Madrid, mas no que se le fuera la vida en ello. Retomamos la marcha y, nada más entrar en el Paso, el agua bajaba de la montaña cruzando la calzada; dibujando surcos en los que las ruedas estaban cada vez más cerca de encallarse. Cada charco era un suplicio y pensé que jamás saldríamos de allí. El cielo se puso negro como si fuera de noche y la lluvia se hizo tan espesa que hasta las ramas de los árboles crujían. El cochero tuvo que parar en un recodo, pegado a una abrupta pared de tierra preñada de torrentes. El mozo vino a avisarnos de que esperaríamos hasta que el grueso de la tormenta pasase antes de avanzar. Nos dijo que había una pequeña venta muy cerca y que tendríamos que pasar la noche allí, aunque fuera durmiendo en el comedor, si la situación no se arreglaba.

Julián asintió, aunque disgustado. Tenía la carta en el puño, aplastándola como si fuera un insecto. Aproveché aquel momento a solas para hablar con él.

—¿Vas a decirme ya qué sucede?

—Nada.

—¿De quién es esa carta?

—¡Victoria! —Giró la cabeza abruptamente hacia mí y me miró severo

—. ¡Deja de entrometerte en mis asuntos!

Di un respingo a causa de su rudeza.

—¿Por qué eres así conmigo? ¿Qué te he hecho? —Me sentí desesperada

—. No entiendo nada. Hace unos días...

—¿Puedes dejar de recordar lo que pasaba hace unos días? —cortó de forma brusca—. Las cosas eran distintas entonces.

—¿Qué ha cambiado?

No dijo nada. Insistí, cansada de sus desmanes.

—¿Por qué me tratas así? Contéstame. ¿Acaso te he hecho algo?

Él volvió a apretar el puño en torno a la carta.

—No puede ser.

—¿El qué no puede ser?

—Lo nuestro, Victoria.

Me quedé helada. Fue como si me echaran un jarro de agua fría sobre la cabeza en un día de mucho calor. El cuerpo se me cortó. Sentí incluso que había dejado de respirar.

—Lo he estado pensando y... es una locura —continuó diciendo él—. No podemos casarnos. No podemos hacer nada de esto. Mi reputación...

—¿Tu reputación? —interrumpí, airada—. ¿Y qué hay de la mía? ¿Qué hay de mí? ¿Crees que puedo regresar a Málaga sin más?

—Vas a tener que hacerlo.

—No puedo creerte —murmuré, perpleja, mirándolo como si se hubiera vuelto loco—. Esta mañana me dijiste que me querías.

—Esta mañana no... —Calló, y esquivó mi mirada.

—Qué —increpé.

No terminó la frase. En su lugar señaló al exterior hacia un punto en el que se advertían unas luces, más adelante en el camino.

—Por favor. Bájate —pidió—. Esa es la venta de la que ha hablado el mozo. Duerme esta noche ahí y mañana te vuelves a Málaga.

Lo miré sin poder creer que hubiera dicho eso.

—Te has vuelto loco, Julián Withmore.

—O te bajas tú sola o lo haces con mi ayuda.

Su amenaza me sonó terrible, desproporcionada.

—Si no te viera respirar pensaría que no tienes sangre en las venas. ¡Está diluviando!

—No quiero verte más, Victoria.

—¿De verdad?

Asintió, cruel.

—No te comprendo, Julián.

—No te estoy pidiendo que me comprendas, te estoy pidiendo que desaparezcas de mi vida. Esto no ha sido buena idea. Debí de estar loco cuando me enamoré de ti.

—¿Enamorarte? No te atrevas a hablarme de amor. Tú solo te quieres a ti mismo. Mi madre no se equivocó contigo. Tienes la negrura en tus entrañas. Él me dedicó un gesto condescendiente.

—¿Tienes algo más que añadir?

Lo miré con el odio bullendo en mis ojos.

—Ojalá no te hubiera conocido nunca —le dije, pues así lo sentía.

—En algo estamos de acuerdo —dijo, y abrió la portezuela.

El sonido de la lluvia se coló con mayor intensidad en el interior. Me armé de valor para enfrentar aquello. Solo tenía que correr bajo la lluvia un pequeño tramo y llegaría a la venta. Puede que Julián me lo hubiera quitado todo, pero aún quedaba orgullo dentro de mí. Un orgullo que me tendió la mano para ayudarme a bajar del carruaje. Sin embargo, antes de que pudiera hacerlo, una figura negra se recortó ante la puerta. Parecía dos veces del tamaño de un hombre.

Cuando pude fijarme en él, vi que a pesar de todo no era más que eso: un hombre, aunque de aspecto sombrío. Vestía ropajes pobres, con calza marrón, faja negra a la cintura, y una blusa abullonada que había visto tiempos mejores y que, a causa de la lluvia, se pegaba a su cuerpo fornido. En su cabeza llevaba anudado un pañuelo bajo el que asomaban mechones de pelo que me pareció claro, y sobre este un sombrero viejo, de tipo chambergo, que debía tener más años que él, por el que se resbalaban las gotas de agua. Hedía a orín, tabaco y vino. Levantó entonces su mano derecha y vi que llevaba una daga que puso en mi cuello. Me llamó la atención, pues era demasiado refinada para alguien como él, con algunas incrustaciones de joyas en el puño. De seguro la habría robado. No era la única arma que portaba, pues en su cinto tenía una pistola. Eso me hizo tragar saliva.

—Buenas noches, señorita —dijo—. Baje del carruaje, por favor.

A pesar de sus palabras amables, no me lo estaba pidiendo. Su voz, rasgada y cavernosa, encerraba una orden de las de vida o muerte. El corazón me dio un vuelco y miré a Julián. Él no parecía tan asustado como yo; o quizá es que era de esa clase de persona capaz de mantenerse entera ante el peligro. Lamenté, mil veces, que hubiera tomado la decisión de atravesar Despeñaperros solos, con tal amenaza y con aquella lluvia. Supe que lo pagaríamos caro.

—¿Tengo que bajarla yo? Mire que, mujer que cojo en brazos, mujer que no suelto —dijo, jocoso.

Escuché unas cuantas risas procedentes del exterior y supe que eran más. Obedecí, temiendo por mi vida, y cuando puse los pies en el suelo, se hundieron en el barro y sentí el frío. Me cubrí los hombros con la manta de Elías, aun sabiendo que la lluvia no tardaría en calarla.

—La señorita parece que tiene amigos en la Guardia Civil.

Un segundo hombre habló, supuse que haciendo referencia a la manta, que debía ser de algún modo especial. Estaba apuntando al cochero y al mozo, y un tercero, que alzaba un farolillo ante él para alumbrarse, le contestó:

—Entonces nos quedamos con la pajarita, ¿no? Lo que sea por hacer rabiar a uno de esos miserables. —Se echó a reír y el farol se agitó.

El olor a cera quemada se mezcló con el hedor a perro mojado que desprendía. Los tres iban a pie. Observé detenidamente al que me amenazaba. Era tan fornido como me había parecido, y al fijarme en su mano creí que podría cavar con ella una zanja sin apenas esfuerzo. Tal y como pensé en primera instancia, era rubio; su cabello, sus cejas y hasta el vello que poblaba su pecho y que se atisbaba por el cuello de la camisa, pegada a su cuerpo por la lluvia, lo eran. En contrapunto tenía los ojos oscuros como carbón. Y de su rostro de mentón cuadrado y frente ceñuda, emergía una nariz pronunciada de aletas amplias. Viendo de cerca sus

facciones me pareció que no debía de tener más de treinta años. El tipo me hizo un gesto para que me apartase de la puerta y después pidió a Julián que bajase. Este obedeció al instante y se quedó de pie, a mi lado.

—Ya vais soltando los cuartos —exigió.

Giré la cabeza y miré con gesto implorante a Julián, esperando que hiciera o dijera algo al respecto, mas solo miraba al frente, serio, sin abrir la boca. Decidí hacer caso a Elías y darles lo que pidieran sin rechistar. No tenía nada más de valor que lo poco que llevaba en mi bolso: un pañuelo, un abanico, un frasco de perfume y un pequeño espejo. Se lo entregué y el tipo miró los pendientes de plata que me habían acompañado todo el viaje. Las únicas joyas que quedaban conmigo. Sufriendo por ello me los quité y se los tendí al rufián. Julián les dio su reloj. Sabía que sacarían un buen pellizco de él.

—¿Esto es todo? —Nos miró con gesto incrédulo—. Regístralos —ordenó al del farol.

Este se acercó a mí y solo de pensar que me pondría una mano encima sentí deseos de vomitar.

—Julián, por favor, dales mis joyas y que se vayan —dije, esperando librarme de eso.

Este carraspeó, mirándome de reojo, molesto.

—Las dejé en Andújar con alguien de confianza, por si esto pasaba —me dijo.

—¿Cómo has podido hacer eso? —le espeté—. Eran mías. No tenías ningún derecho.

Él apretó el mentón, desairado.

—Me encantan las riñas de enamorados —dijo el rubio, jocosamente—. Pues si no hay nada de valor, nos la llevamos a ella.

En mi rostro se dibujó el pavor que todo mi cuerpo sentía.

—¿Qué? —murmuré, estupefacta.

—Sí, bonita. Vamos a sacar buenos maravedís por ti. —Tras aquellas

despreciables palabras, hizo una señal con la cabeza al del farol, y este vino hacia mí y me tomó por la fuerza del brazo.

—¡Suélteme! —grité, intentando zafarme sin éxito. Miré a Julián, suplicante—. ¿No vas a hacer nada?

El rubio tomó la pistola y lo apuntó con ella, mas no habría hecho falta que lo amenazasen. No movió un dedo. No dio un solo paso. Esos ojos que un día me enamoraron estaban entonces vacíos de cualquier sentimiento.

—Lo siento, Victoria —me dijo—. De igual modo íbamos a separarnos aquí.

—¿Cómo eres tan cruel? ¿Es que no sabes lo que me harán? Julián, por favor.

—No puedo hacer nada por ti.

Tragué saliva, sintiéndome furiosa. De haber sido al revés, yo me habría lanzado contra la pistola por salvarlo. Habría muerto y matado por él. Una vez más comprobé cuánto me había equivocado y note la rabia ascender por mi estómago.

—Ojalá te devoren los lobos. Malnacido.

Los bandidos se echaron a reír, burlones. Él ni siquiera pestañeó.

—Ea, a seguir camino. Que tengo ya los huesos calados y aquí no más hay que roer. —El rubio se dirigió a Julián—. Métete dentro.

La portezuela del carruaje dio bandazos a causa del viento que arreciaba por el desfiladero penetrando entre las montañas de Sierra Morena como un caudal. Chirriaba, quejicosa, mientras mi ceño se fruncía y mis ojos, incrédulos, contemplaban al hombre que todo lo había significado para mí subir al carruaje y cerrarla después. Estaba tan consternada que ni las lágrimas me salían.

El que apuntaba al cochero le dio órdenes de que iniciara la marcha. Este me miró por unos instantes, preocupado. Estaba cubierto por una capa de viaje por la que el agua se escurría a chorros.

—Lo siento, señorita —dijo, y después escuché el restallido de las

riendas y los caballos iniciaron su marcha.

Aunque desgarré mi garganta gritando el nombre de Julián y maldiciéndolo, no hubo más respuesta que el trueno furioso entre las nubes negras.

Capítulo 9

*D*espeñaperros.

A medio camino entre Andalucía y Castilla-La Nueva

Perdí de vista la diligencia tras una curva y con ella mis esperanzas. La vida que yo había soñado y pretendido se diluyó entre los surcos que el agua, fría y despiadada, dibujaba en el camino de tierra bajo mis pies. Y allí, en medio del camino, me detuve y caí sobre mis rodillas, llorando, con el vestido embarrado y el corazón roto. El bandido tiró de mí para obligarme a levantarme, y aunque las piernas se negaban a responder, obedecí. Abandonamos el camino y andamos bajo la lluvia, adentrándonos cada vez más en la sierra, hasta que el día se hizo noche cerrada. Mientras me arrastraban con ellos e intentaba sortear las piedras y las ramas salientes en un terreno que no conocía, hablaban del botín que habían hecho aquel día, de cómo se lo repartirían y de lo mucho que iban a ganar conmigo.

Tras un descenso abrupto en el que hube de pugnar para no caer, llegamos hasta una cañada que se abría entre dos paredes rocosas, y la seguimos hasta un punto que se estrechaba tanto que, para continuar, había que hacerlo de uno en uno. Finalmente, aquel camino terminó por introducirse en las entrañas de la Tierra. La humedad y la oscuridad del lugar eran casi palpables, y me sentí más aterrada que nunca. La luz de los

faroles que los hombres portaban parecía ser engullida por su negrura. Pronto se hizo cada vez más y más hosco, más angosto. Sentía que estábamos descendiendo al Infierno.

Poco después, la estrecha oquedad dio paso a un lugar al aire libre donde pude ver, pues se hallaba algo iluminado por varios faroles dispuestos aquí y allá, las ruinas de lo que debió ser tiempo atrás un viejo molino. Una de sus estancias seguía en pie y hasta allí me llevaron. En el centro de aquel espacio ardía una hoguera que proyectaba, en las paredes ruinosas, las desproporcionadas sombras de los ocho hombres que se sentaban en torno a ella. Todos tenían el mismo aspecto rudo y desaliñado que mis captores; debido a esto me resultó aún más extraño ver allí a una chica alta, de pelo castaño, rostro aniñado, nariz chata y labios gruesos. Tenía unos ojos oscuros que habrían sido más hermosos que la luna de no ser porque se hallaban enrojecidos. Me miró con tristeza y negó con la cabeza, con gesto afligido. Aunque por su aspecto pensé que sería otra muchacha que estaba allí a la fuerza, como yo, la vi hablar con ellos como si fuera una más.

—¿Otra? ¿Es que nunca os hartáis? —dijo, cruzándose de brazos. Su voz sonaba cansada.

—No tengas celos —dijo uno de ellos, de buen porte y cabellos oscuros, con barba larga y bigote mal recortado—. Ya sabes que yo solo tengo ojos para ti.

El hombre se levantó y la tomó por la cintura, besándola después. Ella recibió su beso de buena gana, y hasta pude verla sonreír.

—No es por celos. No digas tonterías. Es que esto que hacéis es terrible —regañó la joven.

El que la había besado acarició su rostro con ternura y la abrazó. Le dijo algo al oído que no pude escuchar, y después me miraron por unos segundos.

—A ver si esta no se nos escapa. Que llevamos muy mala racha —se quejó otro—. El Tronera nos va a echar del negocio como sigamos así.

Entre lo del Lobo y que se nos escapan todas las pajaritas...

Todos me dirigieron un gesto lascivo. Sin poder evitarlo, me eché a temblar. Y aunque le pedí a mi cuerpo que cesase, me castañeteaban hasta los dientes.

—Tú. —El rubio tiró de mí y me obligó a sentarme junto a la hoguera, mientras que llamaba a la muchacha—. Échale caldo a esta, no se nos vaya a morir de frío. Y a no ponerse nerviosos —dijo a sus hombres—. Nos está saliendo faena últimamente, así que no os preocupéis; y por el Tronera, tranquilos, de seguro que confía en nosotros, si no, no nos habría dado el trabajo.

—Ni lo de Vélez —comentó el hombre que había portado el farol—. Aunque yo prefiero no tener que salir de aquí. Me gustan estos montes.

El que había besado a la joven les ofreció un cigarro a ambos y les dijo que tenía algo que hablar con ellos a solas. Los vi encenderlos y después marcharse a una esquina de la cueva, dándonos la espalda. La chica, entretanto, obedeció y puso un cacillo al fuego. Dentro distinguí lo que parecía ser una sopa, con algunos trozos de patata, que olía bastante bien. Mientras lo calentaba, de cuclillas frente al fuego, me fijé mejor en ella y vi que había algunas quemaduras en sus manos. Alcé entonces la mirada hacia su rostro y noté en ella un gesto insistente. La esquivé, una y otra vez, incómoda, hasta que comprendí que intentaba darme un mensaje y le presté atención. Miró al caldo y después al hombre que estaba a mi derecha. Paseó su mirada por la cueva hasta clavarla en la salida. Fruncí el ceño. No sabía qué planeaba exactamente, mas me dio la impresión de que quería ayudarme a salir. Los tres hombres cuchicheaban algo mientras fumaban, y el resto de los que quedaban en la hoguera seguían con su conversación.

—Ya, pero uno tiene que ir donde hay negocio. Y con la Guardia Civil y el Lobo cercándonos, mal vamos.

—Menos mal que el Tronera tiene buenas amistades, si no estábamos ya todos en el garrote.

—Menos mal —decían.

La muchacha cogió el cacillo y vino hacia mí. Hubo en sus ojos una señal de alerta y una última mirada a la salida. Y de repente, queriendo o sin querer, tropezó y tiró el caldo hirviendo sobre el hombre de mi derecha. Su grito resonó en la cueva. Fue como si le estuvieran desgarrando la garganta. Ella abrió desmesuradamente los ojos y me miró, señalando de nuevo a la salida. No sabía si lo conseguiría o no, mas no quise pensar en nada. Me levanté de un salto y eché a correr en la primera dirección que tomaron mis piernas. Supe que estaba cerca del río porque escuchaba el rumor del agua y el croar de las ranas. No veía nada. Tropezaba a cada poco con árboles o rocas, y aunque me dolían las piernas y pensé que me quedaría paralizada, vencí el miedo y corrí con todas mis fuerzas.

Pronto sentí que me seguían y que recortaban mi ventaja sin gran esfuerzo. Escuchaba sus gritos, sus voces aterradoras procedentes de un lado y otro que me llamaban como espectros que quisieran arrastrarme a la muerte. Y aunque no veía dónde ponía los pies, corrí bajo la lluvia ayudada por el centelleo del relámpago. El crujido de los árboles me recordaba el peligro de andar bajo la tormenta en el bosque, mas no lo temía. Prefería morir allí, aplastada por una rama o atravesada por un rayo, que hacerlo en manos de esos despreciables. Seguí corriendo mientras el aire entraba y salía por mis pulmones a toda prisa, quemándome.

Al límite de mis fuerzas, me pareció dar con un sendero que seguí sin dudar. Mis pies toparon con algo y caí de bruces. No dolió tanto el golpe como saber que tenía ya a uno de esos tipos encima y que me había agarrado para obligarme a levantarme. Con una mano aferraba mi cintura y con la otra rodeaba mi pecho y mis hombros. Gritó un «¡La tengo!» a los que venían detrás. No sabía cuántos eran, pero sus pisadas retumbaban fuertes en la quietud del lugar. Intenté zafarme y mordí el brazo con el que me aprisionaba el pecho. Lo hice con todas mis fuerzas y el tipo aflojó, lanzando un alarido, lo que me dio la oportunidad de salir corriendo de

nuevo. Debí de haberlo herido porque noté el sabor ferroso de la sangre en mi boca. O quizá era alguna herida que me había hecho al caer. No lo sabía. No me importaba. Seguí corriendo con ellos tras de mí, guiada por el restallido del relámpago que todo lo iluminaba y, aunque fuera por menos de un segundo, me permitía ver dónde estaba. De esa luna llena que me había dicho el cabo no había ni rastro, pues la tapaban los nubarrones; mas me habría gustado verla y así tener algo de luz.

Debí dejar atrás la cañada pues noté un cambio del terreno bajo mis pies. Tomé una dirección y hallé unas rocas muy altas que me cortaban el paso. No sabía por dónde continuar y pronto me alcanzaron. A la luz de sus faroles pude ver que eran cuatro. Los tres que habían asaltado la diligencia y uno más. Me hallé entonces rodeada, sabiéndome sin escapatoria, y noté una rabia terrible que se tradujo en lágrimas. Y cuando me creí más perdida que nunca, otro relámpago restalló en el cielo, descargando su furia sobre uno de los pinos y atravesándolo como si fuera un hacha. Una luz cegadora lo inundó todo por segundos, y del tronco surgió un quejido que me recordó al de la madera de los barcos cuando eran mecidos por fuerte oleaje. Poco a poco, parte de las ramas se quebraron, amenazando con caernos encima. Una de ellas se precipitó sobre el cuarto hombre, aplastándolo al instante, y cientos de astillas salieron desprendidas, como flechas de fuego que fueron directas hacia el que había apuntado al cochero. Su ropa, aunque húmeda, prendió. Empezó a gritar desesperado y a revolcarse por el suelo. Al rubio también le salpicaron algunas, y el hombre que me sujetaba, muerto de miedo, me soltó para cubrirse la cabeza. El farol se le cayó de las manos y los vidrios se quebraron en cientos de pedazos. Solo nos iluminaban las llamas que consumían el pino. Me aparté a toda prisa e hice lo mismo que él. Algunas de las astillas impactaron en mi vestido y las palmeé, intentando apagarlas. Sentí un calor insoportable en la mano, y algo pegajoso y caliente adherido a ella. Debía ser la savia del árbol. Sus lágrimas tras la herida.

De repente, al saberme libre, un pensamiento cruzó mi cabeza. Una voz que, aunque emergió de mi interior, no era mía. Un grito que salía de lo más profundo de mi alma y me pedía que corriese. Y lo hice. Corrí ladera abajo aprovechando el desconcierto. Iba a oscuras, tropezando de nuevo con todo; golpeándome la cara con las ramas, los pies con las piedras y yendo a dar de bruces incluso contra algún tronco. No me importaba. Saldría de allí aunque fuera a pedazos. Escuché a los hombres gritarse entre ellos y sus bramidos se mezclaron con los del pobre desgraciado que ardía como la tea. El rubio dio órdenes al que antes me sujetaba para que me diera caza. Escuché sus pasos, mas yo tenía más motivos para escapar que él para atraparme. A mí me movían las ganas de vivir; a él, la codicia. Y no eran términos comparables.

Conseguí huir, luchando con el deseo de mirar atrás. Hubo un momento en el que la tormenta se cansó de jarretar los cielos, y la luna se asomó por fin como una joven curiosa que jugaba a correr y descorrer el cortinaje de nubes negras. Aproveché la luz para avanzar a duras penas por el desfiladero hasta hallar un nuevo recodo preñado de pinos carrascos. De sus agujas pendían las gotas que aún no sabían si caer o no y, cuando se decidían, iban tan cargadas que las oía golpear sobre la tierra como si la hubiera pisado un gigante. Tenía el cuerpo entumecido por el frío y los dientes me castañeteaban otra vez sin que nada pudiera hacer para frenarlos. Sentí que no podía caminar más, aunque quisiera.

Vi ante mí un grupo de piedras grandes entre las que distinguí una pequeña oquedad. Corrí hacia ella y me agaché hasta colarme, como el conejo que regresa a su madriguera. Tenía la respiración desbocada y unas ganas terribles de vomitar. Los pulmones me ardían y cada parte de mí me dolía. Pero, sobre todo, tenía roto el corazón. Se había hecho añicos como los cristales del farol. Julián había sido el rayo; y yo, el árbol. Me había destruido por completo. Todos caemos alguna vez en el abismo de creer en las promesas; y cuando Julián me prometió amor eterno, yo le creí. No

puedo decir que lo hiciera cegada, porque siempre tuve los ojos bien abiertos, prendada de los suyos. Volví a repasar todo lo sucedido durante el viaje, buscando algún agravio por mi parte que explicase su cambio de parecer. Pero incluso de haberlo, si hubiera sido brusca o zafia con él, nada justificaba sus modales, y ni mucho menos que me hubiera dejado en mitad de aquel paso oscuro a merced de la lluvia y los lobos. Me había abandonado porque jamás pensó tenerme. Cada lisonja, cada acercamiento, había sido una pantomima. Una obra digna del mejor de los actores a la que yo había asistido aplaudiendo cada uno de sus actos. Él había sido don Juan y yo doña Inés. No podía decir que no se hubiera retratado a sí mismo desde el principio. Julián guardaba al diablo en su alma y yo le había vendido la mía. Me había obcecado en ser suya; en romper con todas las reglas que me imponían y en partir con él a una nueva vida llena de promesas. Y tal fue mi error, que construí un ídolo de barro sin saber que terminaría por desmoronarse en un día de lluvia.

Había probado sus labios y escuchado la calidez de sus susurros, y no quise oír las palabras de mi madre. Mas aún ignorándola por la estúpida rebeldía de la juventud, hubo otras señales que no supe ver y que auguraban la catástrofe: la rueda en Antequera, esa tormenta, las lluvias desbordando el Guadalquivir, el resto de los viajeros temerosos de continuar su viaje... El viento entrando a raudales en la habitación cuando él me dijo «te quiero». De seguro había sido Santa Bárbara avisándome de que no creyera en sus promesas. Ojalá lo hubiera hecho antes; ojalá hubiera invocado al viento aquel día en la catedral cuando todavía estaba a tiempo de no tirar mi vida por la borda. Nunca podría volver a lo que dejé atrás. Nunca podría mirar a la cara a mi madre o a mi hermano después de lo que había hecho. Mi marcha de seguro los había forzado a romper su palabra con los Arango y con ella cualquier relación amistosa o comercial. Sería una vergüenza.

Por Julián lo había perdido todo. Y aunque creí que moriría sin él, me alenté a luchar y a vivir un día más, sea como fuere. Sin embargo, el frío

jugaba en mi contra. Sentía el cuerpo entumecido y calado. La manta que había resistido sobre mis hombros estaba empapada y no me servía, pero aun así, me resistía a quitármela. Si habrían de encontrarme allí muerta y alguien la reconocía, al menos mi deceso podría llegar a oídos de Elías y se ocuparía de mí. Encogí las rodillas, abrazándolas, buscando guardar el poco calor que me quedaba. Pensé en la muchacha que andaba con los bandidos. Me entristecía saber que, a pesar de su ayuda, no había logrado escapar. Aun así, le di las gracias en silencio, esperando que la vida algún día le devolviera lo que había hecho por mí.

Pasó un buen rato, y cuando me pareció que todo estaba en calma, asomé levemente la cabeza de entre las rocas y vi que la tormenta se había alejado del todo y que la luna ya estaba a solas en el cielo estrellado. A pesar de todo, el más hermoso que había visto jamás. Lo contemplé por unos instantes hasta que, entre el sonido de las perezosas gotas que se desprendían de los pinos, se coló uno diferente. El crujido de una rama, seguido de una decena de sonidos idénticos. De entre los árboles emergió entonces una figura que se recortó bajo la luz de la luna y que me era del todo conocida. Me apreté contra las piedras y aguanté la respiración esperando pasar desapercibida, pero del mismo modo que haría un animal, olisqueó el aire con su nariz y clavó en mí sus ojos. Se dirigió hacia donde estaba, dando grandes zancadas que hacían temblar los charcos a cada paso. Hice amago de levantarme para salir de allí, mas las piernas me fallaron y caí. Mis ropajes pesaban como losas y mis fuerzas se habían quedado en el primer llanto. Él me agarró y tiró de mí, alzándome de forma brusca con una sola mano.

—Por fin te encuentro —gruñó, zafío.

—¡Suéltame! —grité, resistiéndome.

Él me zarandéó y, de debajo de sus ropas raídas, sacó una pistola con la que me apuntó.

—Estate quieta.

Tragué saliva, asustada. Mirar tan de cerca el cañón me hizo ver que no tenía escapatoria.

—Parece que ahora nos entendemos. —Sonrió, pérfido, sabiéndose por encima de mí. Como si fuera el depredador y yo su presa; olvidando que el destino, a veces, tiene la ventaja de girar las tornas. Y aquella vez lo hizo, pues de repente, de la cima del grupo de rocas en el que me había refugiado, emergió un sonido hosco. Un gruñido que me cortó el aliento. Alzamos la vista a la par para descubrir un lobo de pelaje gris y ocre, abundante, tan hermoso como amenazador.

—Maldición —bramó al tiempo en que me empujaba entre él y el animal, como si fuera una ofrenda.

Trastabillé unos pasos hasta lograr mantener el equilibrio y me quedé de pie, paralizada. El lobo me miró por unos instantes y volvió a centrar su atención en el tipo. Él no se lo pensó mucho antes de disparar, mas no acertó. De un gran salto el lobo pasó sobre mi cabeza y cayó sobre él, con sus cuatro patas como bastión infranqueable alrededor de su cuerpo, y con el hocico pegado a su cara, mientras le gruñía amenazante. Me giré y contemplé aquella escena, boquiabierta. Pensaba que lo devoraría de un momento a otro, y que yo sería la siguiente, cuando escuché de nuevo el barro y las agujas siendo aplastadas, seguido del bufido de un caballo y una voz que pareció surgir de entre los árboles. Era dulce y reposada. Tan parecida a la de mi hermano que el cerebro me jugó una mala pasada y por un momento pensé que pudiera ser él. Aunque sabía que era imposible, el corazón me latió con más fuerza.

—Déjalo estar, Luna.

Aquel debía de ser el nombre del animal, pues gruñó de nuevo al tipo y después se apartó, yendo hacia la figura del recién llegado, que fue durante unos instantes poco más que una sombra de plata bajo la luz de la luna. Esta arrancó destellos azules a su cabello negro, corto, y algo húmedo por la lluvia. Era bien parecido; de hombros anchos, y piernas y brazos fuertes.

Vestía pantalones negros, levita oscura de un azul algo desgastado que llevaba abierta, un fajín rojo a la cintura y camisa blanca que, empapada, se le pegaba al pecho. Aunque a simple vista parecía joven, no podía advertir bien sus facciones desde mi posición. Montaba una yegua torda de crines oscuras, muy hermosa.

El otro se levantó, y un hedor a orín impregnó el ambiente. No tuve duda de que se lo había hecho en los calzones.

—Solo estaba hablando con la muchacha —dijo.

—Ya conozco tu forma de hablar con las muchachas, Sainete —espetó el otro—. Así que déjala en paz y lárgate.

Ese debía ser el sobrenombre del tipo rubio. Su nariz aguileña dibujó una sombra espectral en su rostro. Por un momento pareció que iba a negarse, pero al final rezongó algo para sí y echó a andar, perdiéndose entre los árboles, no sin antes dedicarme una mirada furibunda.

El joven del caballo desmontó y vino hacia mí.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó.

Sus ojos azules y rasgados me escudriñaron con atención. La loba permaneció atenta a nosotros, sentándose en sus patas traseras, con las orejas bien erguidas y el iris brillándole cual diamante bajo aquella luz.

—Venga, te llevaré a un lugar seguro.

Regresé la mirada hacia él, tenía su mano tendida hacia mí. En su rostro había una sonrisa de dientes blancos y relucientes. Nunca antes había visto una tan perfecta. Asentí, pero rehusé tomar su mano. No lo conocía de nada y me daba miedo lo que pudiera hacerme.

—Estaré bien. Creo que podré volver sola.

—¿Volver sola? ¿A dónde? No pareces de por aquí.

Miré a mi alrededor y me encogí de hombros.

—No lo sé. —Aunque sentí ganas de llorar, me tragué las lágrimas—. Márchese, no quiero ser una molestia.

—¿Tú sabes dónde estás?

El viento volvió a soplar, anunciando la lluvia, y mis dientes castañetearon convirtiendo mi «sí» en un balbuceo apenas inteligible.

—Pues no lo parece. Si lo supieras no me pedirías que me fuera y te dejara sola. Estás más aguada que el vino de la bota de un pobre —observó, haciéndome fruncir el ceño por la comparación—. Vas a morirte si no te pones frente a un buen fuego. Aquí no te puedes quedar que, por el cerco que tiene la luna, va a seguir lloviendo hasta pasado mañana. Como poco. Eso sin contar al rufián del Sainete y su panda de serpientes.

Miré a la luna con curiosidad, intentando ver ese particular signo del que hablaba.

—Ven conmigo, te prometo que no te pasará nada.

Aquello me molestó y no pude evitar seguir mostrándome reacia.

—No creo en las promesas. Además, no lo conozco.

—Me llamo Nicolás.

—Saber el nombre de alguien no significa nada.

Ni tantas otras cosas. Yo creía que conocía a Julián, y nada parecía ahora ser cierto.

—Pero es un comienzo. Por favor. —Volvió a extender su mano hacia mí—. Hace frío, y no quiero tener mañana a la Guardia Civil preguntando por el cadáver de una muchacha cerca de mi casa.

Que mencionara al Cuerpo me hizo pensar en Elías. Esperaba no volver a verlo jamás porque me moriría de vergüenza si lo hacía. ¿Cómo iba a mirarlo a la cara después de que me hubiera advertido y yo no hubiera sabido escucharlo? Estaba confusa y era incapaz de pensar en nada. El frío se apoderaba de mí amenazando con quebrarme. Miré a la loba. Esta tenía los ojos clavados en mí y, por un momento, me pareció que sonreía.

—¿Es suya? —le pregunté.

—Yo soy de ella, más bien. Es la que manda.

La loba pareció estar de acuerdo pues emitió un quedo gruñido. Nunca me había imaginado que un animal de tal fama pudiera ser tan amistoso,

pero ella y el joven parecían estar unidos por algún vínculo. Al final extendí la mano y tomé la suya. Aquel primer contacto me arrancó un suspiro de asombro. Su mano estaba tan cálida que quise que me envolviera en ella. Él me ayudó a caminar hacia el caballo. Tomó de entre las correas de su montura una manta que llevaba enrollada y me la tendió.

—Quítate esa que llevas. Está empapada.

Le hice caso y la doblé, poniéndomela bajo el brazo. De seguro adivinó también que había pertenecido a un guardia porque llamó su atención.

—Ni que llevaras un tesoro.

—Lo es para mí.

—Espero que no haya sido su dueño el que te ha metido en esta situación.

—¿Elías Marín? —dije con extrañeza—. Es un caballero.

Por la cara que puso debió de reconocer el nombre.

—Supongo que no te referirás al cabo Elías Marín.

—¿Lo conoce? —pregunté sorprendida.

—Ojalá pudiera decir que no —contestó, y después puso la manta sobre mis hombros. Olía a madera quemada y bosque. Como él.

Me quedé extrañada por su respuesta y fruncí el ceño, preguntándome el porqué.

—¿Has montado alguna vez? —dijo entonces.

Negué con la cabeza.

—No importa. Canela es muy dócil —anunció, revelándome el nombre de la yegua. Esta cabeceó como si le diera la razón—. Te ayudaré a subir.

Puso sus manos en mi cintura y me aupó como si apenas pesara una pluma. Me vi sobre la yegua, con un pellizco en el estómago y la sensación de que me caería si me movía un ápice, así que me quedé más tiesa que una vela. Él subió después y agarró las riendas pasando sus manos en torno a mí. Sentí la calidez de su pecho en mi espalda, y aunque en otra circunstancia habría hecho algo por evitarlo, mi cuerpo pedía a gritos un

poco de calor y yo no iba a negárselo.

Me dejé llevar por él, a donde quiera que fuésemos, tomando el desfiladero y recorriéndolo a trote, seguidos de cerca por la loba. Los nubarrones volvían a cubrir la luna y el camino se hizo oscuro, pero a él no pareció importarle. Siguió guiando a la yegua con pulso firme, como si pudiera ver a través de la oscuridad. Debía de conocer el camino mejor que la palma de su mano. Temí que me asaeteara a preguntas, pero no dijo nada. Sentía subir y bajar su pecho al compás de su respiración; y en mi cuello, el aire cálido que salía de su nariz. Me sentí tentada de girarme por un segundo y mirarlo encima del hombro, anhelando poder verlo mejor y conocer con todo detalle su rostro, pero la luz seguía siendo escasa y habría de esperar.

Tras un recodo del camino advertí una explanada entre la arboleda, en la cual se alzaba un edificio de dos plantas, erigido con sillares de piedra y de paredes encaladas. Había un cartel de forja a la derecha de su puerta, pintada de azul, y en el cual, alumbrado por un farolillo, podía leerse: «Venta los Castaños». Imaginé que era la que el cochero señaló cuando nos detuvimos.

Una vez en la puerta, me ayudó a bajar del caballo. Su cercanía, aquella vez, sí logró ruborizarme. O quizá fue la forma en la que me miró, escudriñando cada detalle. Yo también lo observé. Su cabello era tan negro como lo había imaginado, abundante y oscuro. Parecía intentar peinarlo hacia atrás, pero parte del flequillo caía sobre su frente una y otra vez, y él lo apartaba con un movimiento automático de su mano derecha. Su nariz y sus labios eran finos. Su forma de mirar, penetrante. El cielo tronó, anunciando un nuevo chaparrón, y me sacó de mi ensimismamiento.

—Voy a guardar a Canela. Pasa y espérame junto al fuego —dijo, empujando la puerta e invitándome a entrar—. ¿Puedo confiar en que estarás cuando vuelva?

Asentí, haciendo amago de devolverle la manta.

—No. Quédatela un rato más. —Tras decir esto, esperó a que entrase y después se marchó, cogiendo a la yegua por las riendas, seguido de la loba.

Entré y hallé una gran sala de forma rectangular, repleta de mesas y sillas de madera. No había más adornos que algunos cuadros de paisajes dispersos por las paredes, cortinas bonitas, aunque de tela de baja calidad, revistiendo las ventanas, y unos candelabros que parecían llevar tiempo sin usarse, puesto que por algunas mesas había repartidos varios quinqués de aceite más modernos. No obstante, sobre otras vi candelabros de cerámica pintados y decorados de forma pintoresca, en los que había velas consumidas en mayor o menor medida, aunque apagadas en aquel momento. A la derecha, una chimenea en la que ardían abundantes troncos ocupaba buena parte de la pared; y a la izquierda, una barra, tras la que vislumbré una entrada cubierta por una cortina a modo de puerta y, junto a esta, unas escaleras que ascendían a un piso superior.

El lugar tenía una atmósfera tranquila y silenciosa, iluminada por el fuego y arrullada por su crepitar. Fui hacia la chimenea, casi corriendo, y di gracias a los santos por aquel calor que me reconfortaba y alejaba el frío de mis huesos. Dejé la manta de Elías sobre el respaldo de una silla y la acerqué al fuego para que se secase. A pesar de que estaba a solas en aquel lugar desconocido, nunca me había sentido tan bien, pues había visto un destino terrible abalanzarse sobre mí y lo había esquivado. Por suerte, por astucia, por intercesión divina o por todo a la vez, pero estaba viva y a salvo.

Una voz femenina, algo aguda, retumbó en la quietud de la estancia.

—¿Nicolás? —llamó.

Di un respingo y me giré, sobresaltada. Escudriñé la estancia mas no vi a nadie. La voz volvió a llegar de algún lugar.

—¿Hijo? ¿Eres tú?

Miré a un lado y a otro, sin saber qué hacer.

—Nicolás. Déjate de zarandajas, que tengo una edad, y como sea una

broma, te muelo a palos.

Descubrí entonces que venía de detrás de la cortina. Fui hacia ella y a punto estaba de correrla cuando el ruido de la puerta principal me sobresaltó. Por ella entró el muchacho y me miró con el ceño fruncido, viniendo hacia mí.

—¿Qué haces ahí? —me regañó—. Deberías estar junto al fuego.

—¿Hijo? —volvió a llamar la voz.

—Ya voy, madre —dijo, y cuando estuvo a mi altura se detuvo—. Quédate aquí, ahora vengo.

Sin darme tiempo a responder, pasó tras la cortina y volvió a correrla después. Apenas logré ver lo que parecía una cocina y, aunque no pude advertir nada del interior, sí oía sus voces. Intrigada, y aun rompiendo con cualquier norma de cortesía que hubiera aprendido, me quedé a escuchar.

—Hijo, qué susto me has dado. No contestabas —comentó ella—. ¿Cómo está el puente?

—Controlado. Aunque vamos a tener que hacer algo u otro día más de lluvias como hoy y terminará por venirse abajo y llegar al pueblo, como el otoño pasado.

—Llueve como si alguien hubiera enfadado al de arriba. Y mira que le he rezado a Santa Bárbara, pero ni con esas. Anda, vete a descansar y quítate esa ropa, que vas a coger una pulmonía. Yo tengo faena todavía en la cocina. Mañana viene don Carlos a comer y ya sabes lo que le gusta un buen cocido.

—Sí, madre. Pero... —Se detuvo, y parecía que le costara retomar el hilo, porque ella lo azuzó a hablar.

—Pero qué, Nicolás.

—He encontrado a una muchacha al lado del Barranco de la Niebla —dijo al fin.

—¿Una muchacha?

Él le contó lo que había sucedido.

—¡El Sainete haciendo de las suyas! —exclamó, algo asustada—. Menos mal que has llegado a tiempo —suspiró—. ¿Y qué hacía una muchacha de noche y sola por esos sitios?

—No lo sé.

—¿Seguro que no es una Aparecida? Ay, hijo, qué mal augurio. Que en *na* y menos son los Santos.

—Si es una Aparecida es bien bonita. Tiene el pelo de azabache y los ojos también.

—Nicolás... —lo regañó la madre, suspirando de nuevo—. ¿Crees que la trajo el Sainete o ya andaba por los montes?

—No lo sé. Nunca la he visto por aquí y... —se interrumpió de nuevo.

—Y qué. —Ella parecía impaciente.

—Conoce a Marín.

—Ah, pues eso es una buena noticia.

Escuché al muchacho gruñir, disconforme.

—No puedes pasarte la vida enfadado con Elías, hijo. Te acabarán saliendo fiebres si no solucionas tus cuitas.

—Si vas a hablarme de Marín, me voy.

La madre chasqueó la lengua.

—Bueno, no te enfades. ¿La has acercado a donde la Guardia Civil entonces?

—No, la he traído aquí.

—¿Aquí? ¿Por qué? —Sonó contrariada.

—Porque estaba calada hasta los huesos y si no entraba en calor lo mismo no lo contaba.

La madre rezongó, disconforme.

—¿Está en el comedor?

Hubo un silencio, en el que, por lo que su madre dijo después, supuse que Nicolás había asentido.

—Venga, que quiero verla.

Me retiré de la cortina, mas no me dio tiempo a hacerlo lo bastante como para disimular que había estado escuchando. El joven me miró con media sonrisa. Sin duda se había dado cuenta. Tras él apareció una mujer que parecía tener la misma edad que mi madre. Era voluptuosa; de pechos y caderas generosos, mejillas llenas y labios finos, al igual que su nariz. Tenía los ojos muy almendrados y oscuros. Llevaba una falda azul, de talle alto, y blusa y mandil blancos, con ribetes de adorno. Frunció el ceño y puso los brazos en jarra, mirándome de arriba abajo.

—Chiquilla, ¿tú vienes de la guerra o qué?

Esquivé su mirada y clavé los ojos en el suelo, avergonzada. Jamás en toda mi vida había estado tan desaliñada. El barro manchaba todo mi vestido, que estaba lleno de cortes. De la falda y las mangas colgaban algunos jirones de tela que se habían desprendido al engancharse en ramas. Tenía también cercos negros donde habían caído las astillas encendidas. Y en aquellas partes que no podía verme, advertía que estaba igual. Por no hablar de cómo tendría el cabello o la cara. Si mi madre o mi hermano me hubieran visto así, no me habrían reconocido.

—Soy Manuela, la madre de Nicolás —se presentó—. ¿Cómo te llamas?

No supe si hablar. Si debía de decirles quién era. La mujer me miró de forma insistente y se acercó a mí para tocarme el vestido. Me quedé inmóvil, observándola, pues no la sentí como una amenaza.

—Estás chorreando. O te lo quitas pronto o mañana tendremos que llamar a don Carlos.

—¿Quién es don Carlos? —pregunté.

—Anda, ¡si hablas! —bromeó—. Don Carlos es el médico. Aunque viendo cómo estás igual sería conveniente avisarlo de todas maneras.

—No, por favor. No moleste a nadie.

—Es que parece que te has peleado con un gato. Tienes la cara llena de arañazos —observó, y después se dirigió a Nicolás—. Ve a buscar algo para curarle esas heridas.

Él obedeció a su madre y se perdió escaleras arriba. La mujer me tomó del brazo y me llevó de vuelta a la chimenea.

—¿Has comido?

«No desde La Carolina», pensé. Sin embargo, no tenía hambre. Sentía el estómago cerrado cual puño, y supe que si comía algo no me sentaría bien, así que rehusé.

—Estoy bien, gracias.

—Anda, siéntate —me dijo, retirando una silla de una de las mesas y poniéndola ante el fuego. Hice lo que me pedía y ella también tomó asiento frente a mí—. ¿Qué hacías con el Sainete? ¿Eres una de las del Tronera?

—No sé quién es ese tal Tronera —contesté, aunque lo había oído mencionar.

—Primo hermano del demonio, así que mejor que no lo sepas —suspiró, con pesadez, como si la sola mención de ese tipo fuera una carga—. ¿Entonces no tienes nada que ver con ellos?

—Iba a Madrid y asaltaron la diligencia —le conté.

—¿De viaje con este tiempo? Hay que ser porfiado.

Agaché la cabeza, triste, pues Julián llegó a mis pensamientos, arrollándolos. La mujer me tomó de la barbilla y me hizo alzarla.

—No estés mohína. Esta noche duermes aquí y mañana, si hace buen tiempo, sigues tu camino. De lo que te hayan robado olvídate, que no vuelve. Una vez perdido, perdido está.

Asentí a sus palabras pues tenía la sensación de que jamás recuperaría una parte de mí misma. Y fui consciente entonces de que no había lugar al que pudiera ir. Madrid ya no era una opción, y en mi casa no me querrían ni ver después de lo que les había hecho.

—No tengo dónde ir —confesé.

—Eso cómo va a ser.

Nicolás regresó en ese momento portando con él un cuenco, en una mano, y un tarro con lo que parecía miel, en la otra. Se había puesto ropa

seca y llevaba solo una camisa blanca y unos pantalones claros. El mechón de su flequillo cayó de nuevo sobre su rostro cuando se inclinó para dejar la ropa sobre una de las mesas y él lo apartó con cuidado del rostro.

—Cúrale las heridas, anda —pidió su madre.

Se concentró entonces en escurrir una venda que había dentro del cuenco y se acercó a mí con ella. Clavó una rodilla en el suelo para estar a mi altura y comenzó a limpiarme las heridas del rostro y después de las manos. El agua debía de llevar algo que hacía que escociera y me quejé.

—Ya termino —dijo él con voz suave.

Pasaba la venda con sumo cuidado y me pareció que tenía mucha maña haciendo aquello. No me incomodaba su cercanía y me dejé hacer.

—La chiquilla dice que no tiene dónde ir —comentó su madre.

—Eso no me lo creo —dijo, volviendo a mirarme a los ojos de forma directa. Aquella vez tampoco esquivé su mirada. Había algo en ellos que me recordaba a mi hogar. Quizá fuera porque me transmitían la paz de los días que habían quedado atrás—. ¿Usted la ha visto? Lleva ropa de señorita. Otra cosa es que no quiera volver.

—No es que no quiera, es que... —comencé a decir, pero se me hizo un nudo en la garganta que no me dejó hablar más. Sin embargo, la mujer habló por mí.

—No puedes.

Asentí.

Poco a poco, la sensación de escozor de las heridas fue desapareciendo. Cuando terminó de limpiarme, dejó la venda sucia y tomó miel del bote con sus dedos, para ir dejándola después sobre las lesiones. Nunca me habían curado así.

—¿Te has fugado de tu casa? —preguntó, mientras lo hacía.

—Algo parecido —murmuré, entristecida.

Al recordar lo que había hecho, una punzada me atravesó el corazón, dejándome sin aliento. Hube de tomar aire para no caer presa del dolor.

—Pero no habrás robado ni nada de eso.

Lo miré ofendida.

—¡Señor! No se atreva a decir eso de mí.

Su madre se echó a reír. Él mostró una pequeña sonrisa, divertida. Vista de cerca era aún más bonita.

—No te pongas así, morena —dijo, poniendo la miel con cuidado sobre otro arañazo.

—No me llame así.

—Todavía no sé tu nombre.

—Vi... —Callé antes de terminar de pronunciarlo, pues a mi mente llegó un pensamiento. Si no podía seguir siendo una Vergara, tampoco debería seguir llamándome Victoria. Quizá tendría que olvidarme de quién había sido. Así todo sería más fácil. En pos de esquivar la mirada interrogante de ambos, recorrí la habitación con la mirada y vi un jarrón con rosas silvestres sobre una pequeña mesa, junto a la entrada—. Me llamo Rosa.

—No tienes cara de llamarte así —observó él, que habiendo terminado se puso en pie y se enjuagó las manos en el cuenco.

Fruncí el ceño.

—¿Hay un rostro para cada nombre?

Su madre lo regañó.

—Nicolás, no le digas tonterías a la muchacha y vete arriba. Prepara algo de ropa de tu hermana y también su lecho, que tendrá que dormir en algún sitio.

—¿Crees que le estará bien la ropa de Gabriela? —Él me miró entonces de forma detallada. Sus ojos recorrieron cada parte de mi cuerpo hasta detenerse en los míos y no los retiró, como ensimismado, hasta que su madre le habló:

—No es que sean de la misma hechura. Está más delgada y es más bajita que tu hermana, pero algo le servirá —comentó.

Me pregunté si estaba ya durmiendo y si tendría que dormir con ella.

Nunca antes había compartido cama con nadie y pensé que me sentiría extraña. Mientras Nicolás se marchaba, llevándose los avíos con él, la mujer me miró apretando los labios, pensativa.

—Mañana ya veremos qué hacer contigo —dijo—. Lo que no voy a hacer es echarte a la calle. No está la noche para eso. Anda, vamos a la cama, que aquí se madruga y ya es muy tarde.

Asentí, y eché mano de la manta de Elías, aún húmeda. La mujer se había levantado y fui tras ella. Subimos las escaleras y llegamos hasta un pasillo con varias puertas, carente de decoración. Empujó una y me invitó a entrar. Dentro descubrí una estancia pequeña, aunque agradable. Tenía una cama chica, de cabecero de bronce, vestida con una colcha blanca y, al lado, una mesita sobre la que reposaba un quinqué ya prendido; un pequeño tocador con una jofaina en la que vi agua y, junto a esta, una toalla y algo de jabón, y una silla. En la pared frente a la puerta había una ventana, adornada con cortinas floridas, y una alfombra de lana a los pies de la cama. Olía a romero y lavanda, y me sentí reconfortada. Me sorprendí al ver que solo Nicolás estaba allí y que de esa hermana de la que habían hablado no había ni rastro. Tenía en su mano una manta, que doblaba a los pies de la cama, con mimo. Tras hacerlo, se quedó observándola por unos segundos y noté que su mirada se nublaba.

—Ahí tienes algo para cambiarte —dijo su madre señalando unas prendas dobladas sobre una silla—. Deja el vestido colgado cuando te lo quites y ya lo lavaremos. Vámonos, Nicolás. Que la muchacha tiene que dormir. —Salió del dormitorio, seguida de su hijo. Este, antes de marcharse, se despidió de forma amable.

—Buenas noches —dijo, y la puerta se cerró.

Dejé la manta de Elías en el respaldo de la silla y, sabiéndome a solas, me saqué el vestido a toda prisa. La humedad contenida en él estaba haciendo que me picase la piel, y tenía además la sensación de que, mientras lo llevase, tendría pegados los malos recuerdos del día. Comencé a quitarme el

corsé y, mientras lo hacía, los escuché hablar afuera, en el pasillo.

—No sé si estamos siendo prudentes —dijo la madre—. No la conocemos de nada.

Hubo un silencio entre ambos, en el que tal vez se cruzaron un gesto.

—A Luna le ha gustado —dijo él, y me resultó curioso, de nuevo, que se refiriera a ella de un modo tan cercano, como si fuera una amiga con la que contar.

—¿Solo a Luna? —El tono de su madre fue algo guasón.

Me sentí azorada por aquel comentario, que llegó, además, cuando conseguí liberarme de ese maldito enemigo de la raza humana. Me dispuse a quitarme también las prendas más íntimas, pues el agua me las había empapado por completo.

Nicolás la regañó por su comentario y su tono fue firme.

—Madre. No invente.

—Parece buena chiquilla. Yo creo que hemos hecho bien.

Parecía haberlo dicho más para autoconvencerse que porque lo pensase. No me ofendí. En su lugar también habría tenido dudas.

—Bueno, ya lo veremos —dijo él.

—¡Ay! Se me ha olvidado decirle lo del aseo.

—Ya lo hago yo. Vaya a terminar lo de mañana, que se le hará tarde.

No pasó un segundo después de que dijera esas palabras cuando la puerta se abrió de golpe. Apenas me dio tiempo de echar mano del vestido para cubrirme. Nicolás me miró sorprendido por un instante, para girarse después.

—¡Perdona! —se excusó, azorado.

—¿Sabe que es de educación llamar antes de entrar? —repliqué. Su repentina irrupción me había cortado el aliento y me costó hablar.

—No tengo costumbre de hacer eso aquí —dijo.

—Pues le agradecería que lo hiciera conmigo.

Él levantó las manos en señal de rendición.

—¿Puedo girarme ya? Me gusta mirar a la cara de la gente cuando les hablo.

—No —refunfuñé, dejando el vestido de nuevo sobre la silla y tirando de la manta, para envolverme con ella. Su calidez reconfortó mi cuerpo desnudo—. Ahora puede.

Nicolás se echó a reír nada más mirarme.

—¿De qué se ríe?

—Así pareces una morcilla.

Arrugué el entrecejo con cara de pocos amigos.

—Y usted un... —Lo miré de arriba abajo. Ciertamente no tenía nada malo que decirle. No había en él detalle ninguno que pudiera servirme como objeto de broma. Su figura, por completo, era hermosa.

—¿Un qué? —inquirió, burlón, y después volvió a reír—. Mientras lo piensas, venía para decirte que tienes una bacinica debajo de la cama y que, si tienes que hacer aguas mayores, hay una letrina fuera.

Abrí mucho los ojos, sorprendida de que me hablara así de tales asuntos.

—¿Disculpe?

—Yo te disculpo, pero... —murmuró, extrañado, llevándose la mano al cogote y frotándolo—. ¿Qué sucede?

—Que no es menester hablar a una señorita de asuntos tan privados.

—¿Es que la señorita no hace de vientre como todo el mundo? —dijo, cruzándose de brazos—. ¿O se alimenta del aire?

—¡Señor! —repliqué, molesta.

Él puso los ojos en blanco y se encogió de hombros.

—Siempre puedes hacerlo en el campo. El romero va muy bien para limpiarse y además perfuma —bromeó, dispuesto a sacarme de quicio.

—Es usted un descarado.

Nicolás sonrió, divertido por la situación.

—Buenas noches, morena.

—Lo serán cuando se marche. Y deje de llamarme así, por favor —

repliqué, y él soltó una carcajada, saliendo por fin de la habitación.

Gruñí incómoda al mismo tiempo que iba hacia la puerta, y miré si había alguna forma de cerrarla; no siendo así, coloqué la silla delante. Las visitas serían anunciadas con un fuerte chirrido. Terminé de cambiarme, más tranquila, colgué las prendas húmedas donde encontré algún saliente que sirviera a mi propósito, resolví los asuntos con la bacinica, me asecé y, tras vestir el camisón largo de algodón que me habían dejado, me metí en aquel lecho extraño, aunque cómodo. El colchón no era tan mullido como los que acostumbraba usar, pero me daba igual. El cuerpo entero me pedía a gritos descanso. Decir que no lloré a mares hasta quedarme dormida sería decir una mentira.

Capítulo 10

Cuando abrí los ojos aquella mañana, lo primero que pensé es que vería a Julián a mi lado en la cama. Que estaríamos de nuevo en Málaga, en la intimidad de mi dormitorio, y acariciaría su rostro pensando que todo había sido un mal sueño, cuyo recuerdo se desvanecería entre besos y palabras de amor. Mas tan pronto como me sobrevino aquel pensamiento, fue sustituido por la realidad palpable e inequívoca de mi propia existencia. No habría más Julián; ni más caricias; ni más palabras de amor por su parte. Aquellas que fueron y en las que tanto creí se hallaban ya inertes; como flores muertas de una primavera que hubiera tocado a su fin. Como ellas, yo me había marchitado de golpe, abocada a perecer por el gélido desprecio de aquel a quien había amado. ¿Había? Decir que ya no lo amaba sería engañarme a mí misma, pues a pesar de todo, vibraba en mí la esperanza de que él apareciera de repente y me dijera que aquello había sido un error. Que las circunstancias lo habían acobardado, y que imploraba mi perdón de rodillas con los ojos llenos de lágrimas. Así lo imaginaba, y su imagen sobrevivía por segundos hasta esfumarse como arena barrida por el viento y sus restos volaban al aire allá donde no podía alcanzarlos.

Lo echaba tanto de menos que me dolía el corazón, y tenía que recordarme a mí misma lo que me había hecho para no pronunciar su

nombre desesperada. Recé para que, con el paso de los días, la costumbre me forzara a aceptar su ausencia y sus actos, como una realidad inalterable y tan cierta como que el sol sale cada jornada. Hasta que un día me diera cuenta de que el amor se había convertido en odio y que el odio, poco a poco, tal vez se tornase en olvido o indiferencia.

Después de deshacerme de aquel sueño y de las lágrimas, abandoné la cama con el frío calándome los huesos. En Málaga no hacía tanto como allí y supe que tardaría en acostumbrarme. Oteé por la ventana empañada el paisaje preñado de árboles y montañas del que la noche me había privado. Era hermoso. Distinto a lo que estaba acostumbrada a ver. El canto de los pájaros lo llenaba todo y no se oía mayor sonido que ese. Hasta mí llegó un reconfortante olor a tierra mojada y a pino que, a pesar de todo, me hizo sentir bien.

Alguien llamó entonces a mi puerta y, echándome sobre los hombros la manta, fui a quitar la silla que la bloqueaba. Al verla me sentí un poco estúpida. Sin duda la noche nos infunde temores que la luz del día aleja. Tras ella apareció doña Manuela portando una bandeja que dejó sobre el pequeño escritorio. Traía una taza humeante y una hogaza de pan tostado con aceite.

—No quiero ser una molestia —dije.

—No es nada, muchacha. Anoche no cenaste y al cuerpo hay que alimentarlo. —Me miró entonces de arriba abajo—. ¿Dónde vas así? —Fue hasta un pequeño ropero y lo abrió de par en par—. Coge lo que quieras. Eran las ropas de mi hija.

Vi algunos vestidos, muy sencillos en comparación con la ropa que yo solía usar, pero me servirían. Sacó una toquilla de lana y me la tendió. La tomé dándole las gracias y, tras dejar la manta en la cama, me puse la otra prenda sobre los hombros. Al principio me picó un poco, mas cuando entré en calor la encontré muy cómoda.

—¿Ya estás mejor? —preguntó después, escudriñándome.

Suspiré sin saber qué contestar. ¿Mejor que cuándo? La tormenta de mi corazón tardaría en amainar.

Ella señaló el desayuno y me pidió que lo tomara. Aunque tenía el estómago cerrado y pocas ganas de probar bocado, accedí con tal de no ser descortés. Me senté y miré el café, algo más aguado de como solía tomarlo.

—Es achicoria —dijo—. ¿Te gusta?

Mina solía tomarla. Asentí, por cortesía, y di un sorbo. Era un sabor diferente, mas no era tan malo como me esperaba. Le pregunté si tenía una servilleta y ella se quitó un trapo del mandil y me lo tendió. Extrañada, lo acepté, y di un bocado al pan tostado. Llevaba un poco de aceite y miel, y sabía bien. La mujer se sentó al filo de la cama y me observó.

—¿Qué te ha pasado? No pareces de por aquí.

—Es... complicado de explicar —contesté, limpiándome la comisura de los labios con delicadeza. El trapo, aunque viejo, estaba limpio.

Se cruzó de brazos.

—Y tanto. Te has pasado la noche llorando. Tienes más ojeras que si te las hubieran pintado.

Agaché la mirada, algo avergonzada.

—Siento si los he molestado.

—A mí no, que yo duermo como un tronco y no te he oído, pero mi niño, sí.

Aquello me avergonzó aún más.

—¿Te has escapado de tu casa? —me preguntó.

Callé y miré al plato, sin ser capaz de contestar. No me sentía en absoluto preparada para hablar de lo que había pasado. Ella suspiró, armándose de paciencia.

—Está bien, niña. Si no quieres decirme nada ya lo harás. Eso sí, prométeme que no tienes cuitas con la justicia. Aquí no quiero delincuentes.

—Se lo prometo, señora.

—La diligencia a Madrid pasa a mediodía —me informé.

«No tendría con qué pagarles», pensé, y aunque así fuera, ¿dónde iría cuando llegase a la capital?

Por un instante me asaltó el pensamiento de regresar a mi casa, aunque se fue tan pronto como llegó pues me provocaba una angustia apenas soportable la idea de enfrentarme a mi madre y a mi hermano después de lo que había hecho. Estaba acostumbrada a escuchar historias como la mía y todas acababan igual, con la hija repudiada y desterrada de su casa y de su familia. A veces incluso la hacían borrar de cualquier registro familiar, como si nunca hubiera existido, o la encerraban en un convento. Ese, pensé, sería mi destino. Y con aquella incertidumbre alojada en el pecho, las lágrimas afloraron a mis ojos sin poder evitarlo. Mas tenía que reponerme y continuar; sacar fuerzas de flaqueza. Entonces una idea surcó mi mente, y aunque me costó verbalizarla, lo hice por mi propio bien.

—Deme trabajo —se me ocurrió decir—. Hasta que reúna lo suficiente como para continuar mi camino.

—¿Trabajar? —Me miró las manos y negó con la cabeza. No debieron de parecerle apropiadas—. No sé yo si faenar es lo tuyo.

—Por favor. —Más que pedir, imploré.

Aunque dudó durante unos segundos, acabó por acceder.

—¿Qué sabes hacer?

Recordé algunas de las tareas de Mina. Era bien hacendosa y cumplía muy rápido con las cosas. Sabía bordar, planchar, lavar... Ella, a decir verdad, lo hacía todo por mí. Hasta ponerme la ropa. Cayendo en la cuenta de esto, de que no había nada útil que supiera hacer, me sentí bastante inservible, y la impotencia me inundó, angustiándome. Tal sensación debió de reflejarse en mi rostro porque la mujer me miró con gesto conciliador.

—La verdad es que hace tiempo que mi Nicolás me viene insistiendo con que busque ayuda. Mis huesos ya no son lo que eran, así que tal vez sí que me vengas bien. Eso sí, el trabajo aquí es duro, eh, y tú pareces muy señorita.

—Me esforzaré. Lo prometo.

—Bien —dijo, y se levantó—. Pues cuando termines de desayunar bajas las cosas a la cocina, coges los cubos que hay allí y me traes agua del pozo. Está detrás de la casa.

—Doña Manuela —llamé antes de que se fuera—. Llévase mi vestido si quiere y véndalo. Con eso pagaré cualquier molestia que les pueda ocasionar.

—Si vas a trabajar para mí, la que tendrá que darte los cuartos soy yo, ¿no? Anda, bájalo también que ya lo lavaremos. Le llega el barro a la sisa.

Sonreí agradecida y ella se marchó. Tan pronto como terminé de desayunar, tomé un sencillo vestido del armario que, aunque venía bien a mi talle, me quedaba un poco largo y tendría que remendarlo. No podía quejarme por ello. Era de agradecer que me dieran ropa limpia para vestir. Cuando cogí las prendas sucias del día anterior y busqué el pañuelo de Julián entre ellas, no lo encontré. Casi me alegré de haberlo perdido. Lo que sí hallé y me arrancó una sonrisa fue ver la manta del cabo Marín. No puede resistir el impulso de acercármela al rostro y estrecharla, como si de esa manera pudiera volver al día en el que lo había conocido. Su recuerdo regresó a mi mente y por un instante lo imaginé sonriendo, con esos preciosos hoyuelos tornando en dulzura su rostro, y me pareció tan real mi ensoñación como si lo tuviera delante. Me pregunté qué habría sido de él y sentí no haber cumplido mi promesa de dejarle esa nota que me pidió. De seguro lo habría preocupado innecesariamente y eso me rompía el corazón. Si no hubiera desoído sus consejos... no estaría en aquella situación. Exhalé aire de forma pesada, intentando expulsar los malos recuerdos y el dolor, y me dispuse a cumplir con mis obligaciones.

A mitad de las escaleras me encontré con Nicolás. Él estaba al pie, llevando un candelabro en su mano, con una vela que aún humeaba como señal de que había sido apagada recientemente. Alzó la vista y yo la bajé. Nuestros ojos se encontraron por primera vez a la luz del día. Sus rasgos me

parecieron igualmente amables, y su mirada tenía la facilidad de embelesar a quien se detuviera a admirarla.

—Buenos días —saludó al fin, después de observarme también con detenimiento.

—Buenos días, Nicolás —dije, saliendo de aquel trance al que sus ojos me habían arrojado.

Yo bajaba cargada de cosas entre la bandeja y la ropa, y él, en un gesto muy cortés, dejó de lado la vela y subió los escalones a toda prisa para ayudarme, haciéndose cargo de la bandeja.

—Gracias —murmuré.

—No hay de qué —contestó, dándose media vuelta y perdiéndose tras la cortinilla.

Lo seguí y vi por fin lo que había tras ella. La estancia era rectangular y tenía en la pared sur una encimera hecha con ladrillo y revestida con cal. Había un armario que de seguro servía como despensa y una pila con algunos cubos y utensilios de cocina colgados de las paredes, así como unos fogones y un horno de leña en una esquina. A decir verdad, aunque era humilde, apenas faltaba detalle. El centro estaba presidido por una gran mesa de madera, repleta de avíos de cocina. Sobre ella cortaba Manuela unas verduras que poco a poco iba echando a una gran olla, cuyo contenido ya borboteaba. Al otro lado de la entrada había una puerta que debía de dar a la parte trasera.

Nicolás señaló un canasto muy grande de mimbre que había junto a esta.

—Deja ahí la ropa cuando la tengas sucia. Y ten cuidado cuando eches mano, que a veces se meten a dormir serpientes.

Torcí el gesto.

—No asustes a la muchacha —lo regañó su madre—. Ni caso. Solo pasó una vez.

Una vez bastaba para aterrorizarme.

—¿Dónde decía usted que estaba el pozo?

Manuela señaló con la cabeza tras la puerta y yo cogí uno de los cubos con decisión para salir a cumplir con mi cometido. Asomé la cabeza y vi reflejada mi figura en el agua oscura de sus entrañas. Nunca me habían gustado. Siempre había creído que eran una especie de puertas de lo más hondo de la Tierra por las que podrían salir los demonios.

Alejando aquellos miedos observé el cubo que pendía de una cuerda y busqué la forma de bajarlo, sin hallarla. Con tal propósito me puse de puntillas para cogerlo, mas quedaba tan lejos que me tuve que acercar en demasía al brocal del pozo, apoyando los muslos contra este. Me estiré cuanto pude y a punto estaba de alcanzarlo, cuando perdí el equilibrio y sentí que mi cuerpo se iba hacia adelante, de forma inevitable. Ahogué un grito e intenté aferrarme al brocal, pero estaba mojado y me escurrí. A punto ya de caer, noté que unas manos me rodeaban el vientre desde la espalda y tiraban de mí con fuerza, salvándome de caer al vacío. Cuando mis pies tocaron tierra nuevamente, me giré y vi que se trataba de Nicolás. Sus manos estaban ahora en mi espalda y seguían aferrándome con firmeza. Yo estaba entre él y el pozo, mirándolo con los ojos muy abiertos, y la respiración agitada aún por lo cerca que había estado de caer. El mechón de su flequillo se deslizó sobre su frente, mas él siguió con la mirada clavada en mí. Había preocupación en ella.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Asentí, abrumada por la falta de espacio entre nosotros, que era sin duda poco apropiada. Sin embargo, no me sentía incómoda por ella. Él me soltó y dio un paso atrás. Después me rodeó y me enseñó que podía bajar el cubo usando la polea y la cuerda que estaba anudada en un lateral del pozo.

—¿Crees que puedo dejarte sola, morena?

—Le he dicho que no me llame así.

—No me acuerdo de tu nombre.

—Rosa. —Me costó recordar el que les había dado.

—Vale, morena —repitió, con un gesto algo burlón—. Y háblame de tú,

que no soy un ministro.

Si pretendía sacarme de mis casillas lo estaba consiguiendo. Puso el cubo en mi mano y me dedicó una bonita sonrisa.

—Gracias —le dije—. Por esto y por haberme ayudado en el bosque.

—No me des las gracias. Procura no morir en tu primer día de faena, ¿de acuerdo?

—Lo intentaré —dije, y lo observé mientras se marchaba.

No pude evitar que su cuerpo, fuerte y musculoso, llamase mi atención. Sacudí la cabeza y me concentré en lo que estaba haciendo. Puede que me sintiera terriblemente mal, pero la muerte no entraba en mis planes. Por ello me hice la promesa de alejarme en adelante de cualquier altura o pozo, dadas las experiencias de los últimos días.

Conforme el tiempo pasaba fui familiarizándome con las rutinas y la gente que acudía a la venta. Paraban al menos cuatro diligencias diarias y a todas se les servía abundante comida. Así que aprendí a pelar patatas, a batir huevos y hasta hacer pan. No sin sufrir una decena de percances. Manuela había intentado enseñarme a limpiar un pollo de los que ellos criaban en un pequeño gallinero que había tras la casa, pero acabé sacando de mí el desayuno y con una indisposición que me duró dos días. Puede que estuviera esforzándome por aprender, pero desplumar un ave ya era pedirme demasiado a mí misma.

Descubrí en Manuela a una mujer amable que, a pesar del gran esfuerzo diario, siempre tenía una sonrisa y una buena palabra. Su hijo, aunque cortés, se mantenía algo más alejado de mí. Siempre andaba de aquí para allí cargando cosas pesadas, cortando troncos, haciendo recados o limpiando a la yegua, a la que parecía querer mucho. Era fácil, desde luego, cogerle cariño a Canela. De él averigüé algunas cosas que me resultaron curiosas: coleccionaba folletos de obras de teatro que los viajeros se dejaban o le llevaban; le encantaba hablar con los forasteros y hacerles

preguntas sobre los lugares que habían visitado; era muy bueno haciendo curas —como ya había demostrado el día que llegué allí—, solo usaba velas y, cuando no había nadie en la venta, andaba descamisado.

Lo de su aversión a los quinqués se debía a que su hermana, a la que supuse fallecida pues siempre hablaban de ella en pasado, se había quemado siendo niña con uno y él les había tomado manía; lo de ir sin camisa... eso no sabía por qué lo hacía, pero a mí me costaba no ruborizarme cuando pasaba por delante. También descubrí que de vez en cuando se me quedaba mirando y que, cuando dirigía mi mirada hacia él, apartaba la suya y sus mejillas se tornaban de un suave carmesí. Aquello no habría sido un problema de no ser porque a mí empezaba a pasarme lo mismo. Por suerte tenía tantas cosas que hacer que no me daba mucho tiempo a pensar en nada. De haber estado mano sobre mano me habría vuelto loca intentado comprender el porqué de sus miradas o el porqué de las mías.

Buena parte de la faena diaria se la debía a tres parroquianos habituales, porque cuando estos llegaban, Manuela se sentaba a despachar con ellos como si fuera una más, y yo me quedaba sola ante las tareas. No es que me importase, me gustaba verla descansar y charlar animada. Los tres en cuestión eran don Carlos, el médico de la zona; don Jacinto, un carbonero; y don Beltrán, el párroco de la iglesia del pueblo, que quedaba a más de cinco leguas. Pronto me di cuenta de por qué les gustaba tanto ir a la venta. A don Carlos lo cogía de camino en la ruta de ver a sus pacientes, y aunque no hubiera sido así, habría ido igualmente, pues estaba prendado de Manuela. Cabe decir que ella de él también, así que no había entre ellos disimulo. Manuela era viuda y él también, por lo que supuse que aquello acabaría en boda. A don Jacinto le gustaba ir porque iba don Beltrán y así podía enfrascarse en sus eternas conversaciones políticas. El párroco era de tradiciones antiguas; y el carbonero, de ponerse en la boca todo el día que España era un país atrasado y que en mucho teníamos que aprender del

resto de Europa; que si la industria, que si los fabriles, que si los obreros... Y con esas acababa siempre discutiendo con don Beltrán; y con Manuela, pidiéndoles el cese de las hostilidades.

—Señores, cálmense, por favor.

—Ni me calmo, ni me *descalmo* —replicaba Jacinto—. Que ya lo dijo el Quijote: «Con la Iglesia hemos topado».

Don Beltrán resoplaba, y bebía su chato de vino con avidez, por si así se le pasaba la amargura de la discusión. Y cuando no estaban peleando, don Carlos podía leer el periódico en paz. A menudo gustaba de relatarnos noticias y un día leyó una con gesto orgulloso. Una que hizo que mi corazón diera un vuelco, pues oí de sus labios el nombre de alguien a quien yo apreciaba.

—«El inspector del Cuerpo de Guardias Civiles en escrito de día diecinueve del actual traslada una comunicación del comandante de la fuerza del mismo, destacada en la provincia de Jaén, en la que participa que el cabo primero Elías Marín con cuatro guardias capturaron a los famosos ladrones sentenciados a presidio, Francisco Sánchez y Manuel Rodríguez, los que han sido puestos a disposición de la autoridad competente». ¡El cabo Marín! ¿Qué les parece? ¡Todo un héroe! —dijo, agitado.

La mayoría de las preocupaciones de las gentes que allí vivían tenían mucho que ver con los bandidos, así que entendí su alegría. Eso sí, oír el nombre de Elías fue como si me pellizcaran el estómago.

—¿Un héroe? No ha hecho ni más ni menos lo que se espera de él, que cumpla con sus obligaciones —murmuró Jacinto, quien al parecer no tenía en buen aprecio a la autoridad.

—Trae vino, Rosita, que brindaremos por él —me pidió don Beltrán, ignorando al otro.

Yo lo hice al punto y llené sendos vasos de vino, mirando con disimulo el periódico por si alcanzaba a ver el nombre de Elías en él. Tanto me distraje que, de no ser por el cura, habría rebosado el vaso. Me disculpé y volví a la

barra, azorada.

—¿Esos dos son de la banda del Sainete? —preguntó Jacinto.

Todos sentenciaban a muerte, aunque fuera de palabra, al grupo de malhechores que yo había tenido el «placer» de conocer. A veces se referían a ellos como la banda del Sainete, a veces como la del Tronera, pues esos eran los villanos que la dirigían. Yo sabía, de buena tinta, que el Sainete estaba por debajo del otro, quien quiera que fuese. Me descubrí a mí misma apretando los puños. Manuela me miró de reojo y me preguntó qué me pasaba.

Negué con la cabeza, y por suerte don Carlos llamó su atención dándole más de qué hablar.

—Pues a ver si entre estos y el Lobo nos solucionan ya los problemas.

—¿El Lobo? —pregunté extrañada, pues no era la primera vez que lo oía mentar.

Manuela me contestó.

—Un justiciero que le ha salido a Sierra Morena. Pero que, en vez de robar a los ricos para dárselo a los pobres, anda apretándoles las cuerdas a otros bandidos y recuperando los botines que estos sisan.

—Le tiene la guerra declarada al Sainete —apuntó don Carlos.

Si él lo odiaba, yo, desde luego, estaba de su parte.

Manuela le quitó el periódico de las manos y lo miró con gesto feliz, mientras tomaba un trago de vino.

—A ver si viene un día por aquí y brindamos con él.

—¿El Lobo? —preguntó don Carlos de guasa.

—No, zarandajas, Elías, quién va a ser.

Ahugué un grito de sorpresa y los cuatro me miraron a la vez.

—Hija, ¿qué te pasa? —preguntó don Beltrán.

—No. Es que... nunca he visto un guardia civil. —Un segundo después de decirlo, me parecía una tontería. Don Jacinto alzó una ceja, incrédulo.

—Eso cómo va a ser. Si están en todas partes ya, como la tiña.

—¡Don Jacinto! —regañó Manuela.

—¿Creen que vendrá? —pregunté, nerviosa, incapaz de mantener mi curiosidad.

—Pues claro —dijo ella, con naturalidad—. Prestan servicio por aquí. ¿De qué te crees que conocemos a Marín? Debe de estar haciendo instrucciones o a saber qué, porque antes venía casi todos los días.

Y desde entonces anduve pendiente de la puerta cada dos por tres, mas aunque pasaron unos cuantos guardias con sus brillantes uniformes, nunca lo vi a él. A ratos pensaba en lo maravilloso que sería hacerlo y me sentía decidida incluso a escribirle a Andújar para pedirle que no se preocupara por mí, que estaba sana y salva. Sin embargo, pronto la realidad de lo que me había sucedido se interponía entre él y yo. ¿Cómo iba a explicarle que había acabado así sin ponernos en un compromiso a ambos? Era una fugitiva, al fin y al cabo. Y Julián, un villano. A mí me obligaría a volver a casa y a él lo buscaría hasta hacerle pagar por lo que había hecho. Yo no quería problemas; solo quería olvidar.

Entre la rutina cotidiana, el ir y venir de las gentes, sin apenas darme cuenta estábamos ya a mediados de octubre. Si cuando llegué hacía frío, el clima, de noche, se tornó casi gélido. Suerte que Manuela me echó tres mantas más en la cama. Y gracias a su calidez y a que me fui acostumbrado a los ruidos nocturnos de búhos y otros habitantes del monte, logré dormir algo mejor. Aunque no había remedio alguno para el llanto que me dominaba de vez en cuando, pues echaba de menos mi hogar y me dolía el daño que hubiera podido provocar a mi familia. Cuando no soñaba con Julián, lo hacía con regresar a casa, y en ambos casos se tornaba el sueño en terrible pesadilla, pues no encontraba los brazos abiertos ni de uno ni de otros.

En una noche de tormenta en la que el cielo rugía y parecía que se nos iba a caer encima, bajé a la cocina buscando tomar una tisana que me ayudase a

descansar. Encontré a Nicolás, sentado frente al fuego, con Luna a sus pies, tendida al calor de la lumbre. La loba alzó las orejas; y él, la mirada, al oírme bajar las escaleras. Aunque ella volvió a relajarse, él se quedó observándome. Con la luz de la hoguera, su rostro me resultó tan misterioso como atractivo.

—Voy a hacerme una tisana, ¿quieres algo? —le pregunté, y él negó con la cabeza a modo de respuesta.

—¿No puedes dormir? —preguntó.

—La tormenta... —dije.

—Aquí no te pasará nada, puedes estar tranquila.

Eso me hizo sentir mejor. Me fijé en que estaba vestido con ropa de calle y que llevaba incluso las botas puestas.

—¿No te has acostado aún?

—Estoy esperando.

—¿A qué?

—Por si el río salta el puente otra vez. Es mejor estar preparado y así no perder tiempo en vestirse.

Recordé que la noche en la que nos conocimos había ocurrido aquello y deseé que no se repitiera. Decidí que no iba a dejarlo solo en la espera.

—Entonces te haré compañía.

—No hace falta. Vete a dormir.

Aunque dijo aquello, la expresión de su rostro se iluminó. Supe que debía quedarme.

Permanecimos callados un buen rato y, en ese tiempo, nuestras miradas se encontraron en alguna ocasión. Nos dedicábamos una sonrisa y volvíamos a fijar la vista en el fuego. Aunque ese silencio era acogedor, yo estaba deseosa por hablarle, por saber cosas de él. Miré a Luna y me pareció apropiado preguntarle por ella.

—Nunca me habría imaginado que una loba conviviera con humanos.

—La encontré siendo un cachorro, herida y sola en un barranco. Al lado

de otra más adulta, su madre, quizá. Tenía un disparo.

—¿La mataron?

—Un pastor o... un cazador —dijo con cierta rabia en el rostro—. Los primeros los detestan, porque atacan a sus ovejas. Entiendo su enfado, mas el monte también es de los lobos. Nos creemos que es nuestro y arrasamos con lo que nos encontramos. Los segundos... a veces solo lo hacen por diversión.

En los días que llevaba con Luna había constatado que era un animal noble y leal. Como una especie de perro guardián. Seguía a Nicolás a todas partes y, en cuanto me cogió confianza, la descubrí caminando a veces cerca de mí. Siempre que podía le daba alguna sobra de las cocinas. Con ella aprendí a respetar a los lobos más que a temerlos, por lo que me sentí algo triste por su historia.

—Lo siento —dije.

Nicolás sonrió agradecido y me miró con creciente interés. Hizo una pregunta que no me esperaba.

—¿Vas a contarme algún día cómo es que acabaste en el barranco con ese tipejo?

Agaché la mirada.

—¿Y eso qué más da? —pregunté, alzándola de nuevo.

Se encogió de hombros.

—Bueno. Quiero conocerte... eso es todo. Me gusta saber cosas de la gente que viene de fuera.

—Lo sé. Y coleccionar folletos de teatro.

Sonrió de forma cálida y yo también.

—Me gustaría ir al teatro algún día. A uno grande, de los de la capital. ¿Tú has estado?

Asentí, y me preguntó qué obras había visto. Él me escuchó entusiasmado mientras se las citaba.

—¡Qué suerte poder ver tantas cosas! Me he criado en la venta, y aquí ya

ves... Los días se parecen mucho los unos a los otros —dijo con cierta cadencia triste en la voz—. Aunque conozco a mucha gente distinta. De pequeño me entretenía a adivinar de dónde eran por su acento. Me apostaba con ellos dulces y no creas que no me los ganaba. Por eso sé que eres de Málaga. Aunque ya sé que no quieres hablar de tus cosas.

—Bueno, de algunas cosas sí que no me importaría hablarte —le dije.

—¿Cómo qué?

—Pues... me gusta pasear. Y también leer.

—A mí me enseñó a leer Lily —dijo—. Ya la conocerás. Es una amiga de toda la vida. Debéis de tener la misma edad y me da en la nariz que os llevaréis bien.

Sentí curiosidad por la muchacha. La perspectiva de forjar una nueva amistad me resultaba emocionante.

—Viene cada semana a traer huevos y otras viandas —explicó.

—¿Es una labriega del pueblo?

—¿La señorita Wizner? —dijo con retintín y después se echó a reír—. Si la viera agacharse en un terruño creería que es el día del Juicio Final. Es una señoritinga y hace estas cosas por caridad.

«Igual que cuando yo llevaba huevos a las Claras», pensé, y también se me pasó por la mente que con ese apellido no sería de la zona. Antes siquiera que preguntase, él me lo aclaró.

—Sus antepasados fueron colonos de La Carolina. No sé si estás enterada en asuntos históricos, pero vino mucha gente del norte porque el rey Carlos III les dio tierras y derechos. La familia de Amalie tuvo mucha suerte y prosperó bien, así que ella tiene cuartos de sobra —explicó—. Ahora está de viaje en Granada, con su padre, ya pasará por aquí cuando vuelva. Si es que no se pierde y acaba enamorándose de un gitano del Sacromonte, porque en asuntos de mozos anda un poco dispersa —relató, y después se echó a reír—. Menuda es.

Yo me limité a sonreír, aunque me había resultado divertida su

apreciación. No conocía a la joven y juzgarla no me parecía prudente. No obstante, se notaba que Nicolás no decía aquello a las malas, pues por su tono de voz era palpable que le tenía cariño.

Habría pasado la noche entera hablando con él, mas dos golpes insistentes en la puerta nos sacaron de la conversación. Nicolás se levantó de un salto y fue a abrir. Bajo la manta de agua que estaba cayendo, distinguí a uno de los muchos vecinos del pueblo cercano que pasaban a veces por la venta. No sé qué le dijo, pero Nicolás cogió su gorro del perchero, se puso el abrigo y se dispuso a marcharse. Antes de hacerlo, no obstante, se giró para hablarme.

—El río ha saltado el puente y ha llegado al pueblo. Dile a mi madre que volveré en cuanto pueda.

Me levanté de un salto, nerviosa. Sabiendo que iba a enfrentarse a la bravura de las aguas, sentí un pellizco en el estómago y temí por él. La inquietud debió de haberse reflejado en mi rostro.

—No te asustes, morena, que no me voy a la guerra. —Sonrió despreocupado para tranquilizarme—. Vete a la cama e intenta dormir.

—Ten cuidado, por favor —le dije.

Él asintió y se fue.

Me quedé allí sola junto a Luna, mirando la lumbre. Estaba tan nerviosa que la idea de meterme en la cama me resultaba imposible. Así que terminé por dar cabezadas y quedarme dormida en la silla. En algún momento noté que alguien me movía, y me sentí en un lugar cálido y confortable. Adormilada, abrí los ojos y me vi en brazos de Nicolás, que subía las escaleras. Por un instante me sobresalté y él lo notó.

—Te dije que te fueras a la cama —susurró—. Mañana te dolerá el cuello.

Aunque pensé en pedirle que me dejase en el suelo, me encontraba a gusto, pues sus manos me cogían con gran delicadeza, así que me dejé llevar y apoyé mi cabeza en su hombro.

—¿Todavía no es mañana? —le pregunté.

—Han de ser las seis.

Eso me dejaba con una hora más para dormir.

—¿Está bien el pueblo? —pregunté, preocupada.

—Sigue en su sitio.

Llegamos a mi dormitorio y me dejó en la cama, arropándome. Se inclinó después y besó mi frente. Sus labios eran cálidos y suaves. Me dormí pensando en ellos.

Capítulo 11

Si algo estaba aprendiendo en aquellos días era que, cuando la vida te hiere, siempre encuentra la forma de sanarte. Te quita unas cosas, pero te da otras. Y a mí me había dado a Manuela y a Nicolás y a todo cuanto los rodeaba. Poco a poco me sentía ya parte de la venta. También me di cuenta de que por mucho que a veces creyera que el dolor podría conmigo, siempre lograba seguir adelante. El corazón nunca dejaba de latir con fuerza, impulsándome un día más.

Estaba ocupada en la cocina cortando una calabaza cuando Nicolás llegó más sonriente que nunca y dejó sobre la mesa lo que en un principio se me antojaron un montón de periódicos.

—Se los he cambiado a un viajero que venía de París por una frasca del licor de madroños del que hace mi madre —anunció con voz alegre—. Dice que son *fuitones* —pronunció de forma extraña—, lo que quiera que sea eso.

—*Feuilleton* —corregí, pronunciando de forma apropiada.

—Pues eso he dicho —replicó, rascándose el cogote.

Lo miré con una sonrisa y me fijé en ellos. Vi que efectivamente eran un montón de folletines, una forma de publicación de novelas por entregas que en Francia llevaba tiempo en auge. Los que Nicolás había traído eran de

una obra del famoso Alejandro Dumas, *El conde de Montecristo*, y estaban en su lengua original.

—No es un libro, pero a falta de pan, buenas son tortas —dijo, con voz alegre—. Dice que no están todos porque se están publicando, pero que me mandará más. Si se acuerda, claro. Que iba de vino hasta las cejas.

—Están en francés —le dije.

Él se encogió de hombros.

—Como si fuera un problema para ti.

—¿Por qué dices eso?

Él me imitó diciendo «*feuilleton*» y se rio con ganas. Le di un codazo, fingiendo estar molesta.

—Tienes cara de saber al menos siete u ocho idiomas —dijo.

—¿Contando el de los abanicos?

—¿Los abanicos hablan?

Me habría gustado poder retratar su expresión de sorpresa.

—Y tanto. En manos de una dama pueden destrozarte la vida si quieren.

—Gracias por avisarme. Me mantendré lejos de toda mujer con abanico que vea —afirmó, y tras coger una manzana del canasto de las frutas, salió de allí riéndose.

Yo volví a lo mío, entre risas también, y mientras apañaba verduras y hacía otras cosas, empecé a leer los folletines. Estaba absorta en uno de sus capítulos cuando Manuela me pidió que fuera a limpiar las mesas. Dejé de inmediato la lectura y me dispuse a ello. Andaba enciscada en quitarle la mugre a una, cuando una muchacha de cabellos de oro y mirada de plata irrumpió en la venta. Su nariz era pequeña y chata, y sus labios finos y encarnados resaltaban como dos fresas sobre su piel pálida. En torno a su rostro se arremolinaban unos bucles muy hermosos que sin duda eran naturales. Era voluptuosa, de pechos gruesos y espalda ancha, y bastante más alta que yo. Llevaba un vestido azul claro, con volantes en la falda, y un lazo del mismo color adornaba su sombrero. En su brazo derecho,

portaba una canasta a rebosar de huevos de todos los tamaños que dejó sobre la barra, soltando un resuello.

—Lo que pesa la condenada —dijo, y después reparó en mí, y me miró de arriba abajo con gesto crítico—. Así que tú eres la famosa Rosita.

Carraspeé, algo nerviosa bajo su atenta mirada, y me alisé el mandil, rezando porque no me sacase muchos defectos. Por su gesto y su tono de voz pensé que me declararían la guerra de por vida y que tendría que lidiar con su enemistad en un territorio en el que ya de por sí me costaba defenderme; sin embargo, vino a abrazarme hasta la mesa en la que me hallaba.

—Me llamo Amalie, aunque puedes llamarme Lily. Tenía muchas ganas de conocerte. Nicolás me ha hablado mucho de ti. —Fue decir aquello y el muchacho nos miró de forma esquiva. Estaba junto a la chimenea, reponiendo los troncos. Amalie se acercó aún más a mí y susurró—: Creo que lo tienes *enamoriscao*.

Las mejillas del muchacho se tiñeron de rojo por unos segundos y no fue a causa del fuego. A las mías les pasó un tanto de lo mismo. Volví a carraspear y me centré de nuevo en la mesa, fingiendo que la dejaba como los chorros del oro. Nicolás también se entregó afanoso a su tarea.

—Nico, ¿no me saludas? —Nunca había escuchado a nadie llamarlo así, ni siquiera a su madre, así que debía de ser cosa de ellos dos.

—Hola, Lily —farfulló él, mirándola de reojo.

—Le encanta gruñir —dijo ella, burlona. Cogió una silla y se sentó cerca de mí—. Esto está muy tranquilo, ¿no?

—La diligencia ha pasado muy temprano y los hombres andan en el puente viejo —dijo Manuela—. Van a reforzarlo por si vienen lluvias fuertes otra vez.

—Me han contado que hace unos días el agua llegó a la casa de los Sánchez y el niño casi se les muere. Menos mal que estaba cerca mi Bernardo. Él y su compañero le salvaron la vida.

Yo no sabía quiénes eran los Sánchez, ni ese tal Bernardo o su compañero, pero escuché aquel relato atenta, pues un niño había estado a punto de morir y saber que alguien tan frágil había sufrido era algo que me turbaba.

—¿Qué le pasó al chiquillo? —preguntó Manuela, tanto o más preocupada que yo.

—Se quedó atrapado en las ramas de un árbol, pero se metieron en la corriente sin importarles que el agua les llegara al cuello y lo sacaron. Ojalá hubiera estado allí para aplaudirlos.

—Solo hacían su trabajo —comentó Nicolás—. Y no eran los únicos que estaban allí dando el callo.

—¿Fue la noche en la que te vinieron a avisar? —le pregunté.

Él asintió. Y fui consciente entonces más que nunca del peligro al que se había expuesto.

—Si es que yo no sé qué pasa, que parece que últimamente han abierto los caños de todas las fuentes del cielo. No para de llover. Algún agravio le habrán hecho a Santa Bárbara. —Manuela se acercó a la ventana y miró al cielo, con gesto implorante, después regresó a la barra, sacó tres vasitos y los llenó de licor de madroños. Tomó uno para sí y le llevó otro a Lily, tras hacerme un gesto para que tomase el tercero—. Echa un trago para que te entone el cuerpo. La mañana está fría.

Dejé el trapo, cogí el vaso y lo miré desconfiada, pues no lo había probado aún. Tomé un sorbo. Estaba algo dulce, aunque al pasar por la garganta quemaba y me eché a toser. Era demasiado fuerte para mí. Manuela y Lily, que ya bebían de los suyos, me miraron con media sonrisa.

—Ya te acostumbrarás —dijo la ventera.

—¿Os habéis enterado de lo del Lobo? —preguntó entonces la muchacha.

Manuela la miró con interés y Nicolás puso la oreja.

—Se llevó por delante a dos anoche.

La ventera recibió aquella noticia de buena gana.

—El Sainete se queda cada vez más solo.

—Solo y ante el garrote es donde debería estar —afirmó Nicolás.

Me habían contado que era una forma cruenta de morir, y sus palabras me espeluznaron. Sentí incluso frío. Por suerte, Manuela terció la conversación.

—Anda, hablemos de cosas menos macabras. ¿Lo has pasado bien en el viaje? —preguntó, dirigiéndose a Lily. Esta asintió con gesto ensoñador.

—No creo que exista ciudad más bonita que Granada —dijo, y relató su viaje a continuación, con toda clase de exclamaciones y aspavientos que daban testimonio de que lo había disfrutado.

Volví a la limpieza de las mesas mientras ella hablaba, evocando a la par los recuerdos que guardaba de mis días en la ciudad, y no pude evitar suspirar, nostálgica. Me imaginé a mí misma en mi infancia, caminando por sus calles, y por un momento fue como regresar a un lugar seguro.

Los recuerdos, para bien o para mal, nos ayudan a seguir, pues los que duelen sirven para aprender; y los que son cálidos, como refugio para el alma cuando todo lo demás se desmorona a nuestro alrededor. Sin embargo, también pueden ser traicioneros, pues vino de repente a mi memoria la promesa que Julián me hizo de llevarme un día, y al calor que sentía a causa del licor se sumó el que emergió de mis entrañas por el enfado. Froté la mesa con tanto brío que no me di cuenta y acabé dando con las uñas en ella. Tan mala fue mi suerte que una se me partió cerca de la carne y empezó a sangrar. Me quejé y solté el trapo, molesta, llevándome el dedo a la boca. En lo que duró un parpadeo, Nicolás estaba junto a mí y me había cogido la mano para observar la herida. Sin decir nada, me llevó hasta la barra y sacó de debajo de ella una pequeña caja de latón.

—No es nada —dije.

—Eso ya lo decidiré yo.

Me miró muy serio mientras abría la caja y sacaba de ella una venda de

tela y un frasco que, al destaparlo, emanó un fuerte olor a alcohol. Fruncí el ceño a la par que él volvía a tomar mi mano y a examinar mi dedo índice, donde me había dañado. Vertió algo del líquido en una venda y la presionó contra la herida. Me quejé, pues escocía.

—¿Qué es eso?

—Limpiará la herida y evitará que se pudra.

Tragué saliva. Lo de pudrirse no sonaba nada bien.

—Nicolás está obsesionado con los cortes y la mugre —comentó Amalie.

—Cuando la sangre se envenena no hay santo ya al que rezarle —dijo él. Ella arrugó la nariz.

—Solo se ha roto una uña, nada más.

Eso mismo pensaba yo, que era algo exagerado poner tanto cuidado en una pequeña herida, hasta que Nicolás dijo lo siguiente y el miedo se me metió en el cuerpo, haciéndome palidecer.

—Hay gente que ha perdido la pierna por menos.

—¿Cómo le dices eso a Rosita? Ahora parece que ha visto un muerto —dijo Manuela santiguándose tras haberse percatado de mi estado.

—Porque es la verdad.

—Don Exagerado voy a llamarte. —Amalie le dirigió un gesto de burla. Nicolás y ella me recordaban a Rafael y a mí cuando éramos más jóvenes; cuando las preocupaciones eran menos.

Suspiré, mientras él limpiaba la herida a conciencia.

—Si tanto te gusta esto deberías estudiar Medicina —le dije.

—¿Con qué cuartos, morena?

Ojalá hubiera podido decirle «con los míos». Ojalá ese villano de Julián no me hubiera desplumado cual gallina.

Nicolás me vendó el dedo, con mucho mimo, y después sonrió. El flequillo se le vino a la cara, y empujada por algo desconocido alcé la mano hacia su rostro y lo coloqué en su lugar. Rocé su piel con la yema de los dedos y la sentí suave. Nos miramos por unos segundos y noté que sus ojos

brillaban más que nunca; como si aquel contacto inesperado hubiera despertado en ellos una luz que estaba dormida. Manuela rompió el hechizo carraspeando adrede.

—¿Ya has salvado a la niña de la muerte? —preguntó con sorna, llegó a nuestro lado y guardó el frasco en la caja. Después cogió la venda sucia y la arrojó a la chimenea.

—S-sí —titubeó él, apartando los ojos de mí y mirando a su madre.

—Bueno, pues cada mochuelo a su olivo, que hay cosas que hacer —dijo la mujer.

Nicolás asintió y me dirigió un gesto de advertencia.

—No vayas a tocar nada sucio.

—Tengo que fregar el suelo —indiqué.

—Ya lo hago yo por ti.

—Válgame el cielo —clamó Manuela haciendo aspavientos—. No te has arrodillado por tu madre en veinte años.

—El amor, que hace milagros —observó Lily.

Nicolás la fulminó con la mirada y, tras guardar la caja, abandonó la venta por la puerta principal, a toda prisa.

—Lily, no seas así con él —regañó Manuela, al verlo tan apurado.

—¿Pues tú no ves que le gusta la muchacha?

—Tendría que estar ciega como para no darme cuenta. Si va a fregar el suelo por ella y todo; si eso no es amor...

Miré al suelo, azorada.

—Estáis diciendo un sinsentido tras otro —dije, sentándome un poco frente al fuego, pues el líquido que me había echado en la herida me había dejado destemplado el cuerpo.

Amalie y Manuela se rieron, y esta última se sentó también, no sin antes rellenar el vaso de la muchacha y coger uno para ella.

—¿Tu padre ya te ha buscado marido? —le preguntó—. Mira que, si no, te acabaremos casando con don Jacinto.

Lily se echó a reír otra vez.

—*Ich glaub mein Schwein pfeift* —dijo en alemán, con tono de sorpresa.

—¿Eso qué significa? —preguntó Manuela, ceñuda.

—Literalmente: que ha visto a un cerdo silbar —intervine—. Aunque sospecho que quiere decir que no se cree que usted hable en serio.

Manuela parpadeó a toda prisa, extrañada.

—¿Sabes alemán? —preguntó Lily, algo desconcertada también.

—Un poco —contesté.

La ventera arrugó la nariz.

—Pues aquí, cerdo que entra, cerdo que va a la cazuela.

La carcajada de Lily fue monumental. Manuela nos guiñó un ojo y pegó otro trago. La muchacha dejó su vaso sobre una de las mesas y anunció que se marchaba.

—Me tengo que ir ya que se me echa la hora encima. Nicolás me contó que te gusta leer. En casa hay un montón de libros. ¿Vendrás a visitarme un día? —preguntó dirigiéndose a mí—. Si Manuela te deja, claro.

Ambas la miramos esperanzadas. Me hacía muchísima ilusión salir de la venta algunas horas y descubrir nuevos lugares, sobre todo si incluían una biblioteca.

Esta rezongó hasta darme permiso finalmente.

—Anda, vete con ella a echar el día hoy mismo si quieres.

Aquello me pilló a contrapié. Visitar una casa de improviso no era en absoluto aceptable.

—¿Hoy? ¿Sin avisar? Es del todo inconveniente.

Manuela soltó una risotada.

—Hija, qué ocurrencias, ni que fueras a ver a Isabel II. A Lily esas cosas no le importan.

—¿Y a su padre?

—Creo que el señor Wizner se alegrará de ver una cara tan bonita como la tuya. —Amalie asintió a sus palabras—. Además, mi hijo ha decretado

que estás inválida y como te vea enredar con algo se van a escuchar sus gritos en la capital. —Eché mano del canasto de huevos—. Yo voy a preparar una tortilla de patatas con esto, que a las seis pasa la diligencia.

Le agradecí que me permitiera salir un rato.

—Pero te quiero aquí antes de que se haga de noche.

Asentí, decidida.

—¿Me guardará un trozo de tortilla para la cena?

—Lo intentaré —dijo, y después desapareció tras la cortinilla.

Me quité el mandil y lo dejé tras la barra. Lily me ofreció el brazo y salimos de allí juntas. Antes de subir al carruaje en el que ella había llegado, y que me pareció muy elegante, vimos a Nicolás, que cortaba más troncos cerca de la casa. Alzaba el hacha y la dejaba caer con gesto concentrado. Se había quitado la blusa y su torso estaba perlado de sudor. No pude evitar fijarme en los músculos de sus brazos y de su pecho, pues se marcaban a cada movimiento. A Lily se le escapó una risita tonta y yo sentí un pellizco abrumador en el estómago. Me obligué a retirar la mirada, antes de que él alzase la suya y me viese incapaz de dejar de mirarlo.

Una vez en el carruaje, Lily, sentada frente a mí, volvió a echar un vistazo por la portezuela y se llevó la mano a los labios, riéndose de nuevo.

—Tú no debes de haber observado muchos mozos como él, me parece —dijo después—. Desde mi ventana tengo vistas al campo y tendrías que ver a los labriegos más jóvenes los días de calor. Beben con tantas ganas que el agua del botijo se les escurre por la nuez... —Puso gesto pícaro—. En más de una ocasión he tenido que reprimirme las ganas de bajar a secársela.

—Amalie —dije, entre dientes, esperando que el cochero no la hubiera oído.

—¿Pues no te he dicho que me llames Lily? —me regañó—. Tenemos la misma edad.

El carruaje inició la marcha, y durante unos segundos hicimos el trayecto en silencio, medidas por el traqueteo, hasta que Lily habló de nuevo.

—Nico me ha hablado tanto de ti que ya me parece que te conozco de toda la vida.

Me sentí halagada porque él se hubiera referido a mí.

—No nos conocemos de mucho, pero su compañía me es muy grata.

Ella dibujó cierto gesto pícaro en el rostro que consiguió que me ruborizara.

—Qué inocente —murmuró—. ¿Él te ha contado algo de mí?

Asentí. Lily me miró con creciente interés.

—Ah, ¿sí?

—Cuando te ibas a Granada dijo que, conociéndote, acabarías perdida y enamorándote de algún gitano del Sacromonte.

—Será... —gruñó, mas pronto tornó su enfado en una mirada pícar—. Lo peor es que razón no le falta. Conocí a uno con la tez de aceituna y los ojos verdes que... —suspiró— casi pierdo el norte, Rosita. ¿Tú te has sentido alguna vez como si te fueras a desmayar al ver a un hombre? —No me dio tiempo a contestar antes de que ella siguiera hablando—. Pues yo sí. Y no una vez ni dos. Y en Granada no se está en peligro de perderse solo con los buenos mozos, con la ciudad pasa lo mismo. La ves y te desmayas. Es diez veces más bonita de lo que había leído. Qué diez, ¡cien!

—Lo es —concedí, aunque con menor efusividad.

—¿La has visitado?

—Alguna vez siendo niña, con mis padres y mi hermano.

Sentí que había hablado más de la cuenta. Victoria era la que tenía familia, no yo.

—Así que tienes un hermano...

—Murió —dije.

Lily me miró con pena. La expresión de mi rostro no debía de ser muy distinta.

—Lo siento muchísimo —dijo, y suspiró—. La gente que queremos siempre se va pronto.

Hubo un silencio algo incómodo que ella rompió retomando la conversación. Me pareció que lo hacía con el fin de animarme.

—Pues tienes que ir a Granada ahora que te dan los ojos para admirar otras maravillas. —Alzó las cejas, divertida—. Ya te llevaré conmigo la próxima vez que vayamos de viaje. —Su tono se tornó entonces misterioso—. Voy a contarte una cosa, aunque tienes que prometerme que me guardarás el secreto.

Me habría gustado no ser albacea de confianza alguna, pues siempre he pensado que a los secretos los acompaña el diablo, mas me miró de tal forma que no pude negarme. Ya fuera por su forma de hablar, o por su sonrisa, siempre cercana y contagiosa, Lily tenía facilidad para llevar a la gente a su terreno. Esperaba que al menos lo que fuera a decirme no se tratase de nada escandaloso o turbio.

—Fuimos novios. No tenía yo ni quince años y escalaba la fachada hasta mi balcón para traerme claveles blancos en secreto. Con él me di mi primer beso. —Sus mejillas se tornaron escarlata. Esos recuerdos parecían transportarla a un pasado al que tenía gran cariño.

Su confesión me pilló por sorpresa, y teniendo en cuenta lo que dijo, debió ser que esta se reflejó en mi rostro.

—Ay, parece que te haya dicho que cometimos delito.

—Perdona, Lily... No era algo que me esperase —murmuré. No me turbó tanto que dijera que habían sido novios como que lo hiciera en pasado. Yo había aprendido que del noviazgo iba uno directo al matrimonio. Aunque claro, en eso también yo había pecado—. ¿Novios de verdad?

—¿Existen los novios de mentira?

—Existe el amor que es una mentira —dije, con gesto triste, evocando el rostro de Julián.

—Ay, querida. Tus palabras son amargas. —Lily se inclinó y puso una mano sobre las mías, para hacerme sentir mejor—. ¿Es que algún rufián te ha hecho daño?

—No te preocupes. Es cosa del pasado.

—Los asuntos del corazón nunca son cosa del pasado. —Ese «nunca» le salió del alma. Se separó de mí y señaló su pecho—. Se quedan aquí y lo hacen para siempre. Y duelen más o menos, pero no se van jamás.

No pude sino darle la razón, pues sentía que por más tiempo que pasase cargaría con lo que Julián me había hecho. Cogí aire, sintiendo el peso de mis emociones como una losa sobre mí. Lily volvió a tomarme de la mano.

—Si tú quieres le damos un escarmiento. Conozco un par de mozos que podrían darle de palos, o mejor le decimos al Lobo que haga justicia con él.

Ella dijo eso con entusiasmo y yo la miré algo asustada. No era muy amiga de la violencia, ni aun tratándose de Julián, quien sin duda se merecía el peor de los destinos.

—¿El Lobo? No, ¡por todos los santos! —exclamé, atribulada, llegando incluso a santiguarme—. Por lo que he oído es un carnicero.

—¿Un carnicero? —Arrugó la nariz, disconforme—. Es un héroe, Rosita.

—Has dicho que mató a dos hombres la otra noche.

—Esos no eran hombres, eran demonios. Y de la banda del Sainete, para más inri.

—Sé que habían cometido crímenes, pero nadie debe tomarse la justicia por su propia mano.

—Los tipos a los que mató el Lobo entraron hace un mes en la casa de una viuda de Aldea Quemada. Se llevaron por delante los dineros y la honra de una mujer y su hija. Y lo peor de todo es que no es la primera vez que lo hacen. Buscan mujeres solas y se aprovechan de ellas.

Tragué saliva, asustada, y sin poder evitarlo pensé en que éramos dos damas a solas en un carruaje y que, aunque estábamos a plena luz del día, el riesgo de ser asaltadas siempre estaba latente. Miré a un lado y a otro por las ventanas de las portezuelas, rezando a Dios porque nadie apareciera de entre los arbustos. Lily siguió con el relato mientras tanto.

—La Guardia Civil los detuvo y a la semana ya estaban por aquí otra vez.

No sé cómo ni por qué no acabaron ajusticiados, que es lo que se merecen. Por suerte, de esos ya no hay que preocuparse. El Lobo se ha encargado de ellos y podemos dormir tranquilas. —Se inclinó hacia mí y palmeó mi rodilla, con gesto amistoso—. Y... siento si me he excedido en contarte mis asuntos. La verdad es que no nos conocemos de mucho.

«O de nada», pensé. No habían pasado ni horas desde que la había visto. Ella prosiguió hablando.

—Es que aquí no hay casi muchachas de mi edad. Aquellas con las que me crie se han mudado a la capital o a otras tierras menos complicadas.

Mientras hablaba su voz se tornó amarga y noté que ella también cargaba cosas dentro de sí. Puse mi mano sobre la suya, devolviéndole el gesto.

—Puedes contarme cuanto quieras. Yo tampoco tengo amigas aquí.

—Amigas —dijo, sonriente—. Eso seremos entonces: amigas.

Después dejó caer la espalda en el asiento, con total tranquilidad, y yo hice lo mismo, sintiéndome mejor luego de la terrible historia que había contado. Sonreí también y nos miramos por unos instantes, con aquel gesto amable en nuestros rostros.

El carruaje torció a la derecha y sobrepasó la que debía ser la entrada de la finca, señalizada por un arco de piedra. A continuación enfiló un camino más estrecho que se apartaba del general, flanqueado por robles melojos, cuyas copas habían alcanzado tal frondosidad, que formaban una bóveda sobre el sendero. La sombra que daban debía de ser reconfortante en los días de mayor calor y no descarté también que se tratase de un agradable paseo para recorrerlo a pie. Al otro lado, se extendían campos de cultivo, cercados por una valla de piedra y delimitados por una zona tupida de bosque.

Al final del camino se alzaba la casa de los Wizner, una construcción de tres plantas erigida con grandes bloques de piedra rojiza. El edificio tenía un cuerpo central, más bajo, de modo que en sus extremos parecía que tuviera dos torres. Sus ventanas estaban formadas con arcos de medio

punto, en cuyas dovelas se alternaba el tono de la piedra con un revestimiento ocre. La entrada se hallaba en el centro de la construcción: una gran puerta de madera amparada bajo un arco y ubicada en un saliente rectangular, sobre el que se hallaba un frontón triangular, al que habían decorado con un rosetón. Los tejados eran grises, a dos aguas, y su parte más baja se escondía tras una especie de almenas, aunque lejos de ser austeras, las piedras que las conformaban habían sido dispuestas de formas diversas a modo decorativo; y los desagües los constituían seres grotescos con forma de dragón. A ratos me recordaba a algunas de las iglesias de tiempos pasados que había visto dibujadas en los libros de viajes y que se hallaban en la zona norte del país; a ratos me parecía que se tratase de una catedral gótica. De haberme encontrado aquel edificio en un día de tormenta, quizá me habría pensado si entrar o no, pero bajo el sol de Sierra Morena parecía un palacio de ensueño.

Nada más llegar a nuestro destino y descender del carruaje, Lily enganchó su brazo en torno al mío, con gesto risueño.

—Ven, vamos dentro —dijo—. Le hará ilusión saber que por fin tengo una amiga.

A punto estábamos de llegar a la entrada cuando una doncella salió a recibirnos con gesto apurado. La joven Wizner le preguntó preocupada qué sucedía.

—Su padre está despachando con la Guardia Civil en el salón. Vieron a una partida de bandidos cruzar la finca anoche mismo. —El rostro de la criada estaba ensombrecido.

—¿La Guardia Civil? —dijo Lily.

—¿Bandidos? —dije yo.

Fue casi al unísono, aunque Lily en un tono más bien emocionado, y yo con sorpresa y temor.

La muchacha asintió, turbada.

—El Sainete y los suyos, me temo. —Aquello me hizo tragar saliva. Ella

siguió hablando—. Su padre mandó a uno de los mozos a dar aviso a la Guardia Civil.

Lily pareció ansiosa.

—¿Y quién ha venido?

—El cabo Álvarez y su compañero.

—Mi Bernardo —dijo, con gesto soñador.

La muchacha sonrió. Ya debía de saber de sobra las andaduras amorosas de su señora. Después preguntó si necesitaba algo más y, ante una respuesta negativa de Lily, se marchó.

—¿Tu Bernardo es cabo? —pregunté entonces.

Asintió.

—¿De la Guardia Civil?

—Claro, ¿pues no te conté que el otro día rescataron a un niño? Estás *alobá* —refunfuñó—. Y es el más guapo de todos. Aunque tendrías que ver a su compañero... Si no tuviera ojos para otro que no fuera mi Bernardo, los habría puesto en él, de seguro.

«En él, en Nicolás, en los labriegos, en los gitanos de Granada...», pensé. Lily tenía ojos y tiempo para todos. Y bien que hacía.

—Ven, que te los voy a presentar. Igual le gustas y todo, y podemos salir juntos.

—¿A quién?

—A mi padre, no te digo. Al compañero de Bernardo, tonta, ¿a quién va a ser? Se llama Elías Marín. Es encantador.

Lily tiró de mí y yo me frené en seco. El estómago me quemaba ante la perspectiva de encontrarme con él. ¿Qué iba a decirle? ¿Cómo iba a explicarle qué hacía allí? Tuve ganas de salir corriendo.

—N-no puede ser —acerté a decir, nerviosa.

Ella me miró extrañada.

—¿No puede ser el qué?

—Tengo que volver a la venta.

Me di la vuelta, dispuesta a subir al carruaje de nuevo. Me desilusioné al ver que ya se había retirado, mas aquel detalle no iba a frenarme y eché a andar hacia el camino. Lily vino tras de mí y me alcanzó.

—Pero si acabamos de llegar —dijo sujetándome del brazo y haciendo que me detuviera.

Sabía que podría enfadarse conmigo, pero en mi interior urgía la necesidad de escapar de allí más que cualquier otra cosa. Me giré para mirarla, y descubrí en su rostro un gesto de súplica.

—Anda, quédate. Me han llegado nuevos figurines y tengo dulces de Guarromán para la merienda.

En ese momento llegó a nosotras la voz de un hombre entrado en años, con cierto acento alemán, desde la entrada de la casa.

—Gracias por su ayuda, ya me quedo algo más tranquilo.

—Si sucede algo de nuevo mándenos llamar y vendremos al punto, señor Wizner —respondió otra voz, mucho más joven.

Algo palpitó en mi interior. Una pulsación más acelerada que otra. Una señal que me indicaba que había escuchado aquella voz en algún lugar y que la había guardado en mi alma.

—¿Rosita? ¿Qué te pasa? —preguntó Lily con extrañeza—. Te has sonrojado de repente.

Me llevé la mano al pecho, confundida.

—No lo sé.

—Hija —llamó el hombre de acento alemán, y que sin lugar duda era el padre de mi amiga. Giré la cabeza hacia él y lo miré por un instante. Tenía la tez y los ojos claros, cabello cano y un bigote también níveo sobre el que resaltaba una nariz prominente, muy redonda en la punta. Era corpulento, al igual que su hija, y vestía una elegante levita en tonos crema. A su lado había un joven uniformado, que sin duda era el que yo había visto en la posada de Andújar: el compañero de Elías.

Y, como ya esperaba, él también estaba allí. A aquella pulsación

acelerada le siguió otra, y después otra; hasta que mi corazón fue poco más que un caballo desbocado al que ninguna orden podría detener, por más firme que fuera. Elías estaba allí, de pie, a unos pasos de mí. Al verlo de nuevo sentí como si hubiera despertado de un sueño y el recuerdo del día en el que lo conocí llegó de golpe, transportándome a mi vida anterior. Recordé su amabilidad, su preocupación, la calidez de sus brazos... Elías me miraba atento y pensé que quizá había sido innecesario preocuparme, pues no se acordaría de mí, pero entonces su rostro se tornó sonriente y vi de nuevo sus hermosos hoyuelos. En sus ojos se pintó una expresión cálida y cercana.

—¿Victoria? —susurró como si estuviera viendo un espejismo.

En ese momento, otra realidad me golpeó. No era ya la de Victoria. Era la de Rosita. La única real, pues era mi vida ahora, me gustase o no. La mujer que él había conocido no existía ya. Y me sentía por demás avergonzada por cuanto me había ocurrido. Él me había advertido y yo no le había creído; y, en ese instante, me sentí más estúpida que nunca. En mi cabeza no contemplaba la posibilidad de volver a la vida que había dejado atrás, y Elías podría comprometer la que llevaba en aquel lugar, así que lo primero que se me ocurrió fue fingir que no lo conocía de nada.

—Me temo que usted me confunde con otra persona —dije, cuando fui capaz de articular palabra.

Elías frunció el ceño, extrañado, sin apartar la mirada de mí. Su rostro se tornó muy serio. Lily me miraba con gesto adusto, pero se le pasó pronto y sonrió, soltando una de sus bromas.

—Debes de tener una gemela llamada Victoria, al parecer. —Caminó hacia Bernardo, casi con apremio. Él besó su mano, de forma diligente, y ella se situó entre este y su padre—. Les presento a Rosita... —Se detuvo y me miró con gesto interrogante—. Creo que nunca me has dicho tu apellido.

Me quedé petrificada, sin saber qué decir. Al pensar en alguno, sin saber

por qué se me vino a la mente el de doña Inés, y sabiéndome en un aprieto, lo dije sin más.

—Ulloa.

—Rosita Ulloa. —Me presentó Lily—. Es la chica que trabaja donde Manuela.

—¿En la venta? —El padre me escudriñó a conciencia, como quien inspecciona un cuadro—. Había oído rumores, mas no imaginaba que fueran tan ciertos. Aunque encuentro muy decente el negocio de doña Manuela, verte allí debe de ser como ver un cubierto de plata en la mesa de un labriego. Anda, acércate.

—Rosita, saluda a mi padre, y también al cabo Marín y al cabo Álvarez.

Caminé hacia ellos sintiendo que las piernas me temblaban.

—Señor Wizner —saludé de forma amable, con una inclinación de cabeza.

Después me giré e hice lo propio con Bernardo. Este me escudriñó, y pensé que era posible que también me recordase de aquel día en la posada, mas no de forma tan vívida como podría hacerlo Elías. Cuando hube de saludarlo a él, el aliento se me cortó.

—Cabo Marín —dije con un hilo de voz.

—Señorita Ulloa —pronunció aquel nombre con poco convencimiento.

Bernardo, Lily y el señor Wizner empezaron a hablar entre ellos, mas no los escuchaba y parecía que Elías tampoco lo hiciera. En ese breve instante, la realidad de mi alrededor se diluyó y solo estábamos él, yo y nuestros ojos. El tiempo se detuvo entre los dos, amarrado por su mirada y la mía; como si esto hubiera hechizado las agujas de un reloj y no pudieran avanzar más. Pero entonces vi que en sus ojos no estaba la dulzura de antes; parecía sufrir por algo y yo sabía bien que se trataba de mi mentira. Por más que yo hubiera fingido que no lo conocía, estaba claro que él sabía quién era.

Unos mozos irrumpieron trayendo de las riendas sus caballos. Álvarez llamó la atención de Elías, sacándonos a ambos de aquel círculo de fuego

que habíamos dibujado a nuestro alrededor. Reconocí a Lucero y no pude evitar sonreír al verlo. Miré de nuevo a Elías y en su rostro seguía dibujada la extrañeza hasta que él y su compañero montaron a caballo y se marcharon. Giró la cabeza un segundo para mirarme de nuevo antes de perderse camino abajo.

—Hija, parece que hubieras visto un fantasma —dijo Lily, después de suspirar tres veces por su Bernardo.

—Estoy bien —murmuré, aunque no lo estaba. Tenía los pensamientos puestos en Elías y en nuestro reencuentro. En mi mente estaban los ojos aguamarina del cabo y no había espacio para nada más.

—¿Vamos dentro? —Lily nos cogió a su padre y a mí del brazo, y echó a andar hacia la casa con paso jovial.

Salí de mi ensimismamiento para apreciar el lugar en el que me encontraba. El recibidor de entrada era espacioso, de altos techos revestidos de madera. A nuestra derecha había un gran aparador de caoba de un estilo inglés particular. Había tenido ocasión de ver alguno similar en las casas de algunos amigos de mi madre.

—Muy hermoso —dije.

—¿Te gusta? —dijo ella—. Lleva décadas en la familia.

—Es un chippendale, cómo no iba a gustarme.

Les extrañó aún más que lo reconociese.

—Nunca imaginé que oiría a nadie de la Venta los Castaños llamando a un mueble por su nombre —dijo su padre, mirándome con una ceja alzada.

Carraspeé y esquivé su mirada, fijándome en el resto de los detalles. A continuación del mueble había una escalera de madera también oscura, que se perdía en una planta superior. El pasamanos era robusto, de formas sencillas. A mi izquierda distinguí una gran puerta acristalada y, junto a la escalera, un pasillo muy largo, cuyos suelos estaban revestidos de elegantes alfombras.

Apareció entonces una muchacha que, a juzgar por su atuendo, debía de

ser otra de las criadas de la casa. Recordé a Mina y me embargó una terrible sensación de tristeza.

—Buenos días, señorita Wizner —dijo y cogió la cesta vacía de las manos de Lily, así como su sombrero y su capa. Le tendí mi abrigo y lo dejó caer en su antebrazo.

Crucé con ellos dos largos corredores hasta llegar a una estancia, custodiada por una gran puerta de roble de doble hoja, que Lily abrió invitándome a entrar. La habitación estaba ornamentada de forma austera y clásica, pero elegante, con muebles regios y cortinajes pesados de terciopelo de un verde muy brillante que, aunque se habían puesto de moda años atrás, seguían conservando su belleza. Junto a una gran chimenea, había un sofá tipo góndola, de madera clara, con tapicería en tonos crema y aceituna, parecido a uno que había comprado mi madre hace tiempo. Su padre lo señaló.

—Siéntate, por favor. Estarás cansada. Mantienen mi carruaje a punto, pero los caminos son los caminos. Y los de esta zona no deben de ser muy distintos de los del Purgatorio.

—Ha sido agradable —dije—. La compañía de su hija lo ha hecho corto.

—Se rumorea que vienes de Málaga, ¿es así? —preguntó él, tomando asiento en otro sillón similar, frente a mí. Su hija se sentó a su lado.

Asentí.

—Tengo el honor de contarme entre los familiares de los Scholtz —contó—. Regentan una de las empresas bodegueras más importantes de la ciudad. Supongo que los conocerás.

Desde luego que lo hacía. Tanto que cuando dijo su nombre la respiración se me cortó, pensando que los Wizner no tardarían en descubrirme. Eran gente de renombre y en la ciudad, al final, nos conocíamos todos. Para salir del paso le dije al padre de Lily que sabía de ellos, pero que yo provenía de otros ambientes.

—No lo parece, desde luego.

—Antes de llegar a la venta trabajé en algunas casas señoriales.

Lily formuló la pregunta que quizá, por cortesía, su padre no se habría atrevido a formular.

—¿Y cómo es que acabaste con doña Manuela?

Una vez más, tuve que mentir.

—Iba a Madrid, a un puesto del que me habían hablado. La diligencia fue asaltada y perdí mis posesiones. Trabajo en la venta hasta conseguir reales suficientes para seguir con mi camino.

Lily y su padre se miraron entre ellos y por un instante pensé que me los ofrecerían, mas por suerte no fue así. No habría sabido qué decir.

—Vaya aventura —dijo en cambio—. ¿Por qué no se lo pides a tu familia?

—Creo que no tiene familia —le dijo Lily como si yo no estuviera, sacando sus propias conclusiones a raíz de lo que le había contado sobre mi hermano.

El señor Wizner me miró con pena en los ojos y, como si con él pudiera quitarle amargura a mi vida, ordenó chocolate caliente y pronto pasamos a merendar a un salón más pequeño. Una vez allí, se ofreció a prestarme los reales que me hicieran falta para seguir mi camino. No pude hacer otra cosa que rechazarlos, aunque él se quedase por ello descontento.

Una vez que tomamos asiento y trajeron la merienda, descubrí que la madre de Lily había fallecido doce años atrás a causa de unas fiebres. Aunque aún podría encontrar una esposa si se lo proponía, su viudo rehusaba casarse de nuevo. La memoria de la señora Wizner era para él sagrada. Tal dedicación me conmovió. No todos los seres son capaces de amar con tanta fuerza y para siempre, a pesar de la muerte o la distancia. Lily pareció sentirse triste al recordar a su madre y su padre le pellizcó las mejillas intentando animarla. Sonreí al verlos juntos, mas pronto el corazón se me rompió al recordar a mi familia y hube de esforzarme por evitar las lágrimas.

Su padre, que debió de advertir también mi desazón, retomó la conversación contando alguna que otra anécdota divertida para alejar de nuestra cabeza los nubarrones. Cuando terminamos la merienda, él se excusó diciendo que tenía asuntos de la finca que resolver, y Lily me llevó, tal y como había prometido, hasta la biblioteca.

La estancia en sí, dado su tamaño y su decoración, era algo modesta en comparación con el resto de la casa, pero sus estanterías de maderas claras revestían las paredes de suelo a techo. Había decenas de volúmenes en ellas, de diverso género e idioma. Desde libros académicos a novelas ligeras.

—Puedes llevarte alguno si quieres. Ya me lo devolverás cuando los leas —dijo Lily, observándome con curiosidad, mientras yo paseaba ilusionada por la estancia.

Asentí feliz y me dispuse a escoger, agradeciendo así tener algo más de lectura, pues Montecristo, por desgracia, no me duraría eternamente.

—¿Has leído este? —Lily se situó a mi lado—. Lo compré en mi viaje a Granada.

Giré el rostro y vi que en su mano estaban los cuentos de Irving. Casi me parecía una señal del cielo. Leerlos me haría sentir de nuevo cerca de mi padre; de mi hogar.

—¿Me lo prestarías? —pregunté, esperanzada en que me dijera que sí.

Ella asintió, dibujando una sonrisa en mi rostro.

—Claro que sí. Lo he leído ya dos veces —declaró, dejándolo sobre mis manos.

Fue después hacia otra estantería y regresó con un tomo pesado de tapas oscuras, y me lo dio también. Escudriñé sus primeras páginas y vi que se trataba de un libro de Medicina escrito en latín.

—La cirugía no es algo de mi interés —dije, devolviéndoselo.

—¿Entonces también sabes latín? —observó ella, con gesto suspicaz.

—Sí, pero...

—No es para ti, es para Nico —me interrumpió—. Creo que le gustará. Es de Lorenz Heister, un médico importante —apuntó. Su nombre rezaba como «Laurentius» en el libro—. Mi padre lo compró en Frankfurt, siendo joven, y ya por lo visto tenía sus años. Así que dile a ese zoquete que ande con cuidado, no sea que lo estropee.

—Le advertiré, desde luego —prometí.

Sabiendo que la noche se me echaría encima en el camino si no regresaba a la venta, le dije que era hora de despedirnos. Lily se sintió muy triste y me hizo asegurarle que otro día me quedaría con ella más tiempo. Incluso a dormir. Aunque no pensé que eso fuera posible, me habría hecho ilusión de ser así. Llamó al cochero y pronto estuve subida al carruaje, llevando conmigo los libros y una canasta llena de bollos que habían sobrado de la merienda.

—*Auf Wiedersehen, meine Liebe*^[4] —dijo, y cerró la portezuela después, lanzándome un beso desde fuera.

Me despedí con la mano hasta perderla de vista, con una gran sonrisa en el rostro. Conocer a Lily había sido una de las mejores cosas que me habían pasado desde que había llegado a aquel lugar.

Cuando regresé a la venta, había gran cantidad de viajeros tomando su cena. Apenas había cruzado la puerta cuando vi a don Carlos alzar su chato de vino y brindar con gran alegría.

—¡Por el cabo Marín y el cabo Álvarez! ¡Por la hazaña que con gran valor llevaron a cabo, salvando la vida del pequeño!

La venta entera fue un clamor de gritos de algarabía y choques de vasos. Me habría gustado sonreír como todos ellos, pero no podía. Mis ojos se habían clavado en Elías, que se hallaba de pie junto a la barra al lado de su compañero. Tenía el rostro azorado ante tanta lisonja y sonreía amablemente. Con la luz tenue del comedor, sus ojos se me antojaron dos luceros.

—Por favor. No es necesario —decía—. Solo cumplíamos con nuestro deber.

—Eso mismo digo yo. —Nicolás señaló aquello con gesto de desagrado y salió de detrás de la barra. Se fue hacia la cocina, desapareciendo tras la cortina.

Su madre, que llegaba en ese momento al mostrador para dejar unos vasos, suspiró disgustada mientras lo veía marcharse.

—Este hijo mío... —rezongó.

—No se preocupe, doña Manuela —dijo Elías, que abrazó a la mujer con cariño, como si de su propia madre se tratase.

—Sentaos en una mesa que os pongo algo de caldo caliente y así entonáis el cuerpo —ofreció ella.

—Ya nos gustaría, pero tenemos mucha faena esta noche —indicó el cabo Álvarez—. Han visto bandidos por las tierras del señor Wizner. Si usted ve algo, ya sabe.

—Sé —dijo ella, y en ese momento se percató de que yo había llegado y de que estaba plantada de pie ante la puerta, como un pasmarote, sin quitar los ojos de Elías—. Rosita, ¿qué haces ahí parada?

Los comensales me miraron por unos instantes y después volvieron a lo suyo, centrándose en el vino y la comida.

Elías giró la cabeza y me miró. En sus ojos vi de nuevo esa tristeza que ya me había calado el alma antes. Me sentí otra vez desolada. Él esquivó mi mirada y la clavó en la barra.

—Anda, ven —pidió la ventera—. Saluda al cabo Marín y al cabo Álvarez. ¿Ya os conocíais, no?

Me acerqué a ellos para no contrariarla. Ella no tenía culpa alguna de mis asuntos.

—Nos hemos visto antes en la casa del señor Wizner —dijo Bernardo cuando estuve a su lado—. Es amiga de su hija.

Manuela asintió y después miró con interés los libros.

—¿Qué traes ahí?

—Unos libros que me ha dado Lily.

—A Rosita le encanta leer, ¿saben? Por lo que me cuenta mi Nicolás, se acuesta muy tarde con los ojos pegados en esas historietas tuyas. El del aceite para los quinqués se va a hacer oro con ella.

Bernardo se echó a reír y Elías me miró de reojo. Me pareció que sonreía con calidez.

—Anda, sube a dejarlos a tu cuarto —intervino Manuela de nuevo—. Después vete al pozo a por agua, que hay platos que fregar.

Asentí, por un lado aliviada por poder marcharme y huir de tan extraña situación, y por otro triste, porque de algún modo la cercanía de Elías me gustaba incluso en aquellas circunstancias. Les dije adiós a toda prisa y subí las escaleras de igual modo. Tenía el corazón palpitando con fuerza en mi pecho y ya no sabía si era por aquella carrera o por la emoción de verlo de nuevo. Dejé los libros sobre la cama, y cuando bajé ellos ya no estaban allí. En contrapartida, Nicolás andaba por el comedor ayudando a su madre a servir las cenas. Me pregunté una vez más qué sería eso que andaba enquistado entre ellos, y tratando de no pensar en Elías, fui al pozo a cumplir con mi trabajo.

Sacaba el cubo de él cuando sentí que alguien se acercaba. Dejé el recipiente en el suelo y me giré. Elías caminaba hacia mí con paso elegante y sereno. Llevaba una capa corta de un verde oscuro sobre los hombros y esta se agitaba a cada movimiento. El frío de la noche arrancaba el vaho a sus labios cálidos, que pronunciaron un «buenas noches» a medida que se aproximaba.

—Buenas noches, cabo Marín. Pensé que se había marchado ya.

—No podía irme sin hablar con usted.

—¿Hablar conmigo? ¿Por qué? —Aquella era del todo una pregunta absurda. Yo sabía de sobra de qué se trataba y tomé aire, armándome de valor, mientras esperaba.

—Dígame, por favor, ¿por qué dice llamarse Rosita Ulloa? Usted es Victoria. La conocí en Andújar.

—Se equivoca.

Él se acercó un paso más a mí y quedamos muy cerca. Tanto que incluso en la penumbra del exterior, apenas iluminado por el farol de la venta, podía distinguir a la perfección sus hermosos rasgos. Aunque estaba serio, su mirada hablaba más allá de sus intenciones y sus ojos brillaron al contemplarme de cerca. Lo que dijo a continuación me dio esperanzas para pensar que no estaba tan enfadado conmigo como creía; que no lo había ofendido al negar que lo conocía.

—Escuché hablar en el pueblo de una muchacha de pelo negro y ojos como dos luceros que había entrado a trabajar con doña Manuela, pero nunca imaginé que podría ser usted —comentó. Me pregunté si ese detalle de los ojos era cosa de otros o de él, y anhelé que perteneciera a sus labios más que a los de los demás—. No quiero importunarla con preguntas sobre cómo ha acabado aquí, ni por qué se oculta, pero debe saber que ha llegado aviso a la Casa Cuartel: su familia la está buscando, señorita Vergara.

Cuando dijo aquello y pronunció además mi verdadero apellido, mi corazón dio un vuelco. Cruzó por mi mente el impulso de dejarlo todo y volver a mi hogar, aunque luego caí en la cuenta de que no regresaría a un hogar, sino a una prisión. Pues si habían sabido ocultar los motivos de mi partida, el compromiso con el hijo de los Arango se mantendría y tendría que casarme con él quisiera o no. Y si no era él, sería otro, pero tendría que sacrificar mi vida entera con un amor que no sentía. No estaba dispuesta a ello. Prefería fregar los suelos de la venta día y noche hasta que me sangraran las manos. Con tales pensamientos en mi mente miré a Elías con gesto suplicante.

—No diga nada, por favor.

—No me pida que falte a mi deber —dijo con gesto serio.

Sentí como si estuvieran a punto de meterme en una jaula y cerrarla para

siempre.

—No me haga volver.

Sin poder evitarlo, todo mi ser se quebró en lágrimas. Él se mostró muy preocupado e hizo amago de acercarse más a mí, mas se detuvo antes de hacerlo, quizá guiado por el decoro.

—Por favor, no llore. Alguien como usted solo debería de llorar si es de alegría. —Soltó un suspiro que denotaba impotencia—. ¿Acaso tiene miedo de regresar?

—No puedo... —Intenté contener las lágrimas para poder seguir hablando, y aunque me costó lo conseguí—. No puedo contarle nada. Le juro que tengo mis razones y que no soy una delincuente. Por favor, no me delate.

—Entonces es usted Victoria Vergara. —Sonrió—. Debo decir que saberlo con certeza me alegra y aterra a partes iguales.

Lo miré extrañada.

—¿Por qué dice eso?

—Me alegra porque ahora puedo afirmar, sin duda alguna, que es la persona que conocí. Desde que la vi, su rostro y su voz han llegado a mi memoria en más ocasiones de las que me gustaría reconocer —declaró. Me apoyé en el brocal del pozo pues sentí que todo mi ser temblaba ante sus palabras—. Compartimos muy poco tiempo y ha sido extraño hallarla tantas veces en mi mente. Mas no he podido evitarlo. Debe saber que esperé su mensaje y que, cuando no llegó, me inquieté.

—Lo siento. Surgieron imprevistos —dije, incapaz de contarle la verdad. A continuación, guiada por la curiosidad, le pregunté qué era lo que lo aterraba. Él respondió sin ambages:

—La certeza de saber quién ha sido el responsable de que usted haya acabado afrontando sus actuales circunstancias. No puedo evitar sentirme culpable por no haber hecho nada cuando pude.

—No se achaque usted una carga que no le corresponde. Yo soy

responsable de mis actos.

Hubo una sonrisa amarga en su rostro.

—Piense en lo que me ha dicho y en lo que agregó a continuación.

Sin duda sus palabras fueron certeras y me dieron en qué pensar.

—¿Guardará mi secreto? —le pregunté.

Dudó, mas al final terminó por asentir.

—Aunque sería mi deber informar de que está aquí, tiene mi respeto y devoción y no la obligaría a nada que no quisiera. Sé que no tiene cuentas con la justicia y sospecho que todo este asunto es solo cosa de cuitas familiares que algún día se arreglarán.

Cuando dijo aquello, una sensación de paz me envolvió y sonreí de oreja a oreja.

—Sin embargo, ha de prometerme que, si en cualquier momento decide volver a casa, me lo hará saber —añadió—. Yo mismo me haré cargo del billete y la acompañaré de regreso si es preciso.

—Lo haré. No se preocupe.

—Por cierto, me fijé antes en que lleva el dedo vendado. ¿Está bien?

—Sí. Es solo un rasguño.

—Tenga usted cuidado, por favor.

Nos dedicamos una sonrisa y entre nosotros se creó un ambiente cuya calidez era casi palpable. Como si de repente nos hubiéramos sentado frente a la chimenea en un día frío, alejando cualquier helor de nuestros cuerpos. De la venta llegó entonces la voz de Nicolás, que me llamaba a todo pulmón para que entrase. Estaba de pie en la puerta trasera, con los brazos cruzados y un gesto en la cara que revelaba lo incómodo que se sentía por saberme hablando con Elías. Luna estaba a su lado, pendiente de la situación.

—Está conmigo, Nico. No te preocupes —le dijo el cabo.

Al oír que lo llamaba de la misma forma que Lily, entendí que los había unido una amistad fuerte en algún momento.

—Que esté contigo es lo que me preocupa —gruñó el otro.

El cabo lo miró de reojo y después suspiró, con gesto cansado.

—¿Podré verla otro día? —preguntó, prestándome atención de nuevo. Al mirarme, su expresión cambió por completo, tornándose sonriente.

—Cuando quiera —diciendo aquello, cogí el cubo y eché a andar hacia la casa.

Al llegar, vi que Nicolás tenía la cara encogida por el enfado.

—Ten cuidado con él, Rosita —me advirtió.

—Mira, no sé lo que os sucede y no sé tampoco si quiero saberlo —le dije—. A mí el cabo Marín me parece un joven muy agradable y hablaré con él tanto como quiera.

—Lo mismo pasa con la belladona. Es bien bonita, pero puede ser letal.

Resoplé.

—¿Me dejas pasar? Esto pesa.

Él bufó y me quitó el cubo de las manos, entrando en la cocina. Luna se sentó sobre las patas traseras y aulló.

—Sí. Yo también pienso que es un gruñón —dije, acariciando la cabeza de la loba. Después entré a toda prisa, me puse el delantal y ayudé a Nicolás y a Manuela en el comedor. Eran cerca de las diez cuando terminamos de recogerlo todo y pude hablar un momento con él sobre el libro. Manuela ya se había acostado y el ventero andaba contando los cuartos ganados a la luz de una vela, sentado en una de las mesas de la venta. Me acerqué despacio, libro en mano, aún no estaba a su lado cuando habló sin alzar la mirada, mientras apilaba las monedas de forma metódica.

—Si vienes a hablarme sobre Elías, mejor te vas a la cama. Y por cierto, he fregado el suelo, por si no te has dado cuenta.

—Gracias, mas no venía por eso. Lily me ha dado un libro para ti.

Él alzó la vista por unos instantes y lo cogió con interés. Su gesto se tornó mohíno tras observarlo.

—Esto está escrito en latín. Lily sabe que yo no sé latín.

Me encogí de hombros.

—Me lo ha dado para ti.

—Pues como no me invente lo que pone... Bastante es ya que sé leer en cristiano como para leer esto.

—¿En cristiano? El latín...

Él me interrumpió.

—Mira, Rosita. Se lo das cuando la veas y le dices que se vaya a freír espárragos —dijo, dejándolo sobre la mesa. Después cogió una de las monedas y la llevó hasta mí, deslizándola por la superficie—. Esto es tuyo.

Se la devolví de la misma forma.

—No merezco tanto. Hoy no he hecho nada.

Él me miró serio.

—Mi madre acordó pagarte esto y así se hará. Los días que puedas faenar más por los que puedas faenar menos —insistió, acercándome de nuevo la moneda—. ¿Cómo está el dedo? ¿Te duele?

Negué con la cabeza. Él se levantó y dispuso de nuevo los utensilios para curármelo como en la mañana. Cogió entonces mi mano y retiró el vendaje con mimo. Pareció complacerle lo que vio pues asintió.

—No tiene mala pinta. Cambiaré la venda y mañana lo volveremos a curar.

Observé sus manos, que tocaban las mías como si fueran de porcelana. Acostumbraba a verlo hacer los trabajos de la venta, todos bruscos y necesarios de fuerza, y ahora sus movimientos eran delicados y suaves, a la par que decididos. Admiré el gesto de su rostro, reposado y centrado en su tarea. Al tener la cabeza inclinada, el más rebelde de sus mechones regresó hacia su rostro. Lo sopló, para apartarlo, con gesto gracioso. Me reí.

—¿De qué te ríes? —preguntó, alzando la mirada.

Negué con la cabeza y él volvió a centrarse en la herida. Observé cómo el mechón volvía a caer y en su rostro se dibujaba un gesto de fastidio. Como aquella mañana, alcé entonces la otra mano y lo coloqué en su sitio,

acariciando, a mi paso, su piel con las yemas de los dedos. Al tocarlo, una sensación cálida se alojó en mi estómago. Nicolás detuvo por un instante su tarea y dirigió de nuevo sus ojos hacia mí. Sentí que si lo miraba por mucho tiempo caería hechizada. Sus manos seguían cogiendo la mía y entonces, cuando pensé que estaríamos anclados en ese momento para siempre, sonrió de forma tierna y agachó la mirada, con gesto tímido. Terminó de vendarme la herida para después llevar mi dedo hacia sus labios y besarlo. Aquello me sorprendió, mas no me incomodó.

—Mi madre siempre dice que los besos lo curan todo.

Quizá tuviera razón, aunque los besos que yo había conocido hasta entonces, más que curar, herían. Me sentí algo triste y debió de reflejarse en mi mirada.

—¿Qué te sucede?

—Nada... —murmuré.

Él suspiró. Por un instante se acercó algo más a mí, como si fuera a abrazarme, pero se quedó solo en un amago; por el contrario, se giró hacia la mesa y guardó las monedas.

—No te acuestes muy tarde —dijo, mientras tanto—. Mañana hará buen día y de seguro habrá mucha faena.

Todavía me sorprendía que fuera capaz de predecir el tiempo con tan solo echar un vistazo al cielo. Yo nunca me preocupaba de esas cosas cuando vivía en la ciudad. Mi hermano sí andaba algo más pendiente de los temporales en la mar, por la carga de los barcos, pero mi relación con el clima se basaba en que si llovía se hacían las tertulias en casa y si hacía bueno paseábamos por la Alameda, o en observar las tormentas desde el abrigo de mi hogar. Para las gentes de campo, sin embargo, era muy importante. Toda su vida dependía de las idas y venidas de San Isidro y Santa Bárbara allá en los cielos. Me recordaban en cierto modo a Mina, que cada vez que el cielo se ponía gris se entregaba al rezo. Qué privilegiada había sido y qué poco consciente de ello. Suspiré y retomé la conversación

con Nicolás, que ya cogía la vela, dispuesto a marcharse.

—¿Ya me dejarás trabajar entonces?

—Claro. Se te ha acabado lo de hacer de marquesa. —Me dedicó un gesto burlón, y fue hacia las escaleras, dejándome sola.

Me quedé en silencio durante unos instantes, en la quietud del salón vacío. Me gustaba verlo así por las noches, con los rescoldos de la chimenea proyectando su luz anaranjada, y el único quinqué que se quedaba prendido en caso de emergencia, refulgiendo en la barra. Cogí el libro y subí a mi dormitorio preguntándome por qué mi amiga me lo habría dado si él no podía leerlo. Al recordar su gesto suspicaz y su sonrisa divertida cuando lo puso en mis manos, comprendí el porqué. Esa granuja quería que yo se lo leyese a él y que así pasásemos tiempo juntos.

—Lily... —murmuré, sin despegar apenas los labios.

Aunque quería enfadarme, no pude. En cierto modo me parecía buena idea, y aunque no tuviera en mente las mismas pretensiones de ella, me apetecía pasar tiempo con Nicolás.

Subí a la planta de arriba y vi la puerta de su dormitorio entreabierta, así que imaginé que estaría dentro. Iba tan ensimismada pensando en el asunto del libro que ni llamé. Empujé la puerta y, al hacerlo, encontré a Nicolás sin camisa aseándose delante de una jofaina. Lo miré por unos segundos, descolocada, observando la curva de su cintura y la hendidura que los músculos de sus abdominales dibujaban en su vientre.

—¿Podrías llamar antes de entrar? —se quejó.

—Y tú... —comencé a decir, con un pellizco en el estómago que empezaba a tornarse en esa maldita sensación cálida que ascendía desde mis adentros hasta arrebolar mis mejillas.

Él alzó las cejas, esperando que terminase de hablar, y siguió lavándose, añadiendo más leña a la hoguera. No podía apartar mis ojos de su torso, húmedo por el agua y brillante bajo la luz que proyectaba la única vela que iluminaba la habitación.

—¿Y tú podrías no ir desnudo todo el tiempo? —repliqué, algo fastidiada por sentirme tan atraída hacia su cuerpo.

Nicolás me miró molesto.

—¿Cómo dices?

—Sí. Que te paseas sin camisa por ahí —lo reprendí—. Y ya no estás aquí solo con tu madre. ¿Recuerdas?

Él dejó caer de forma airada el paño con el que se lavaba sobre el agua, que salpicó, mojando todo alrededor, y vino hacia la puerta hasta situarse a un palmo de mí. Estaba tan cerca que podía oler el jabón y la lavanda con la que acostumbraban a perfumar el agua de las jofainas en la venta.

—Si te molesta que esté desnudo, no mires entonces —dijo, de forma directa.

—No puedo no mirar. Estás... —dije, aunque la voz me salía a duras penas y cuando lo hacía era azuzada por los latidos de mi corazón que iban más aprisa que mi lengua, trabándola—. Estás en medio. Todo el tiempo.

—¿Todo el tiempo? —repitió, dando un paso más hacia mí.

—Sí —respondí alzando el rostro hacia él y mirándolo con decisión.

Sus ojos se clavaron aún más en los míos. Sentí que me perdía en ellos y agaché la mirada, pero al hacerlo me encontré de nuevo con su torso desnudo y mojado, y hube de mirar a otro lado, azorada.

—¿No puedes no mirar o no quieres dejar de mirar?

¿Qué iba a responder? Ambas cosas a la vez y ninguna. Nicolás provocaba en mí sensaciones que nunca terminaban de manifestarse del todo. Aunque intensas, siempre eran breves y acababan por diluirse. Las imaginaba mirando tímidas desde una puerta entreabierta, sin atreverse a salir por completo. Quizá era porque yo misma las había encerrado allí después de lo de Julián y ya no saldrían jamás. En cualquier caso, alcé la vista hacia él de nuevo y esperé que mis ojos hablasen por mí. Que sin ser yo consciente siquiera, ellos le dieran la respuesta. Y debió de ser algo que le gustó, porque Nicolás sonrió, con esa sonrisa suya tan cálida y perfecta.

Contagiosa.

—Me vestiré, no te preocupes. No quiero que me declares la guerra — concedió con voz amable. Me tocó la punta de la nariz con su dedo mientras lo hacía, con un gesto algo fraternal y divertido. Después regresó a la jofaina y siguió lavándose—. ¿Para qué has venido?

Abrumada por lo que había sucedido, por esa cercanía que había demostrado, tuve que sentarme al filo de la cama para tomar aire. Allí pugué para que no se me fueran los ojos y le expliqué que había ido a decirle que, si quería leer el libro, podía ayudarlo.

—Ya te he dicho que no sé latín.

—Pero yo sí.

—Si es que no me equivocaba. Ya sabía yo que tenías pinta de señoritinga.

—No es eso. Es que he servido en casas de bien —me excusé, removiéndome incómoda.

No se lo creyó.

—Morena, que no sabías ni fregar un plato cuando llegaste aquí. —Dejé de escuchar el agua de la jofaina y supuse que había terminado de lavarse, mas no me atreví a mirarlo aún.

—Era la doncella de mi señora.

—¿Y tu señora era? —inquirió.

Me quedé en blanco, incapaz de pronunciar nombre alguno que pudiera resultar conveniente. Sabía que los Wizner tenían familia en Málaga y Nicolás era muy avisado, así que podría desenmascaramme pronto. Lo oí trajinar en el armario, mientras tanto.

—No puedo decírtelo, es secreto —se me ocurrió contestar.

A él se le escapó una carcajada muy sonora.

Le chisté.

—Calla, que vas a despertar a tu madre, y como me encuentre aquí, verás.

—No estamos haciendo nada malo —dijo—. Y estamos a distancia suficiente como para evitar tentación alguna.

Al oírlo pronunciar la palabra «tentación» me sonrojé del todo.

—Ya me puedes mirar si quieres, que me he puesto la camisa —anunció con gran pompa.

Le hice caso y alcé los ojos, hallándolo cruzado de brazos a unos metros de mí. En su rostro había cierto gesto reprobatorio.

—Mentir es pecado, señorita. Sobre todo si se es joven y bella. La mentira afea el alma y saca arrugas en la cara.

Fruncí el ceño, molesta.

—Eso también hará que te salgan arrugas —observó para chincharme.

Me dieron ganas de tirarle el cojín que tenía por almohada.

—¿Y qué más te da lo que me salga?

Nicolás se rio y cogió la jofaina.

—Voy a vaciar el agua. Puedes quedarte en la cama si quieres, aunque ya te advierto que cuando vuelva me meteré en ella, estés tú o no.

Gruñí, molesta.

—Ni en tus sueños —le dije, me levanté de golpe y lo obligué a coger el libro poniéndolo contra su pecho, para después salir de allí a toda prisa.

Me encerré en mi dormitorio, mientras lo oía reír por el pasillo. No podía negar que, aunque algo contrariada, en ese momento se dibujó una sonrisa bobalicona en mi cara.

Tras desvestirme y asearme, me metí en la cama dispuesta a disfrutar de unos instantes de lectura. No sabía si Manuela me regañaría o no por gastar mucho aceite, pero no podía resistirme a seguir leyendo las aventuras de Montecristo, ni a iniciar la lectura de los *Cuentos*. Me debatí entre ambos y decidí al final que sería un poco de cada uno, y también un poco de Nicolás, porque a cada instante asaltaba mi mente su torso desnudo, húmedo por el agua, y tenía que obligarme a no pensar en él. Tras leer un rato sobre los asuntos del conde me sumergí de lleno en «La leyenda de las tres bellas

princesas», cuando escuché unos pasos en el corredor. Pensé que serían Manuela o Nicolás que se habían levantado para hacer sus necesidades y no le puse mayor interés, volviendo a la lectura; sin embargo, se me antojó escuchar relinchar a Canela. De haber sido un único relincho no me habría preocupado, mas se repitió pasados unos segundos y, a ello, se le sumó un claro «shhh» que llegó a mis oídos con nitidez.

Salí de la cama dejando el libro sobre ella y me asomé a la ventana, apartando despacio el visillo. Vi entonces a un hombre subido a lomos de Canela abandonar el establlillo, y me sobresalté, pues pensé que la estaban robando. Entonces me fijé bien y caí en la cuenta de que se trataba de Nicolás. Luna pronto lo siguió y se perdieron los dos en la oscuridad del camino. Me quedé unos segundos mirando a la nada, preguntándome qué habría pasado. Sin poder evitarlo me asaltaron toda clase de pensamientos oscuros, como que a Manuela le había ocurrido algo y lo había mandado a buscar a don Carlos. Con el fin de despejar mis dudas, cogí el quinqué y salí de la habitación. Asomé medio cuerpo antes de llegar al pasillo y lo vi vacío y oscuro. Todo estaba en calma. A toda prisa llegué hasta la puerta de Manuela. No había pasado un segundo y ya la oí resoplar, señal inequívoca de que dormía profundamente. Me pellizqué, por si había sido un sueño, y una sensación molesta me confirmó que estaba despierta. ¿Y si no era Nicolás? ¿Y si solo era alguien que se le parecía?

Fui entonces a su habitación y pegué la oreja a la puerta. No escuché nada y la empujé, despacio. Si lo encontraba dentro nos íbamos a dar un susto de muerte, pero tenía que advertirle. Sin embargo, cuando abrí del todo y el quinqué la iluminó, la hallé completamente vacía. La cama, incluso, estaba hecha. Cerré de nuevo la puerta y regresé a mi habitación, con una extraña sensación en el pecho. No pude evitar preguntarme por qué había salido Nicolás a aquellas horas y, sobre todo..., ¿a dónde? Con tales dudas asaltándome la cabeza estuve dando vueltas en la cama hasta pasada la madrugada. Clareaba ya el día, cuando en el duermevela me pareció

escuchar que regresaba. Sabiéndolo ya en casa, bajé la guardia y dormí un poco antes de que Manuela viniera a levantarme. En aquellos breves instantes en los que me abandoné a los brazos de Morfeo, soñé con Elías subido a lomos de Lucero. Llevaba su vistoso uniforme y una sonrisa en la cara que acentuaba sus hermosos hoyuelos. Me llamaba por mi nombre y me tendía la mano para que fuera con él.

Antes de que pudiera cogerla, Manuela me despertó.

Capítulo 12

Tras ese sueño y el asunto de la salida furtiva de Nicolás, me costó horrores salir de la cama, y las tareas del día se me antojaron titánicas. Me tocó limpiar todas las frascas de vino, un trabajo cansado, aunque entretenido. Cuando yo las limpiaba y secaba, Manuela volvía a rellenarlas y las colocaba en el mueble que había junto a la barra y que destinaba para guardar las bebidas. Nicolás pasó casi toda la mañana fuera haciendo recados, trayendo harina y otros avíos que faltaban para la cocina. Yo no sabía si era por suerte o por desgracia, pues, aunque tenía ganas de hablar con él y de preguntarle por lo que había hecho, también me sentía tentada a no hacerlo. ¿Quién era yo para meterme en sus asuntos? Y eso mismo pensé cuando Manuela me preguntó qué me pasaba que tenía dos ojeras como dos lunas. A punto estuve de contarle el porqué, pero hacerlo sería inmiscuirme. Su hijo era un hombre adulto y ella no tenía por qué saber de todos sus asuntos; del mismo modo que mi madre no sabía de todos los asuntos de mi hermano. La idea de que fuera una escapada como las que hacía Rafael se me pasó por la cabeza; una mano de cartas con los amigos quizá, una de esas partidas nocturnas que estaban prohibidas y en las que se apostaban los cuartos. Mas no tenía a Nicolás por jugador; aunque, claro, apenas lo conocía de unas semanas. Quizá no era como yo creía. En cualquier caso,

solo esperaba que no se repitiese. Regresó cerca de mediodía, pero lo mismo que llegó desapareció de nuevo, pues su madre lo mandó a cortar leña.

Intenté centrarme en la conversación que mantenían los habituales de esa hora: don Jacinto y don Beltrán, que a falta de don Carlos —que aquel día se retrasaba—, trataban asuntos de política. Oírlos discutir de forma airada sobre la Reforma Fiscal de un tal Alejandro Mon no consiguió alejar de mis pensamientos el torso desnudo de Nicolás, y esos brazos que se alzaban para descargar el hacha con fuerza. Mi imaginación tomó senderos que no me atrevería a pronunciar en voz alta y que tenían mucho que ver con que paseaba mis manos por su piel, recreándome en cada una de sus formas. Entre eso, y la remembranza del sueño con Elías, tuve que esforzarme por no acabar rompiendo ninguna frasca a causa de la repentina sensación de calor que me invadió al recordarlo sin camisa, y que llevó mis emociones al extremo.

De repente, la voz de don Carlos se coló en mis pensamientos, obligándome a salir de allí.

—Van a hacer un puente de hierro al estilo de los de París. ¡De París! Las piezas de metal las van a traer hasta de Escocia. ¡De Escocia! —clamó, entrando por la puerta a grandes pasos. A él, todo lo que fuera imaginar ciudades más allá de Despeñaperros le fascinaba, así que los ojos se pusieron brillantes como dos soles—. Un puente sobre el Guadalquivir que será la envidia de toda España.

—Pues como no son presumidos ya los sevillanos... —murmuró don Jacinto.

—Es que tienen de qué presumir. ¿Tú has estado en Sevilla alguna vez? —replicó Manuela—. Porque yo sí. Y es bonita como ella sola.

—Veinte mil quintales calculan que necesitarán en piezas de hierro, como poco —terció don Beltrán.

—¿Y cómo van a llevar todo eso? —preguntó ella.

—Pues por barco, mujer.

—Las piezas del puente no las traerán de Escocia, traerán el hierro, si acaso —comenté.

—Anda, mírala, ¿y tú qué sabes? —replicó Jacinto, tomando asiento. Después le pidió a Manuela un chato de vino.

—Trabajé en la casa de los dueños de una fundición —respondí, incómoda, mientras esta se lo servía.

Él tomó un trago, con gesto desconfiado. Siendo de carácter peleón, no iba a aceptar que nadie supiera más que él. Y menos si se trataba de «asuntos de hombres», como ya había dicho otras veces.

—Deja a la muchacha que nos cuente —lo regañó Beltrán, que me miró con interés.

—Ese tipo de piezas se fabrican con dos tipos de hierro, el escocés será del que llaman dulce maleable, para las piezas forjadas. Aunque de seguro que no solo lo proveerán de allí, vendrá también de Marbella, Vizcaya y de la propia Sevilla. Y otro, para las fundidas, que vendrá de Guriezo, en Cantabria. Las piezas con certeza las harán en la fundición de San Antonio, de don Narciso Bonaplata, que es una de las más importantes de Sevilla —expliqué, habiendo oído a mi hermano hablar de esas cosas.

Hubo un silencio tras mis palabras, pues a todos les causaron gran impresión. Manuela me guiñó un ojo después de ver el gesto de sorpresa de don Jacinto, que terminó por tomar un poco más de vino y gruñir, como forma de aceptar su derrota.

—A saber si lo acaban y no se gastan los cuartos esos bandidos, como hacen siempre —comentó ella.

—¿A qué bandidos te refieres? —preguntó don Carlos.

—Pues a la Reina y su cohorte de agregados que no saben más que robar y robar —respondió don Jacinto en su lugar.

—Yo me refería a los bandidos de por aquí. Los de cara tapada —comentó ella—. Van a tener que mandar muchos dineros *pa* Sevilla y de

seguro que vienen algunas diligencias cargadas. Ya sabéis lo que pasó la última vez que vino cargamento con cuartos...

Todos se quedaron muy callados, casi compungidos.

—¿Qué ocurrió? —pregunté, intrigada.

—Que lo asaltaron. Y hubo cinco muertos.

La sangre se me heló en las venas y ahogué una exclamación.

—Anda, no te preocupes, Rosita, que esas cosas pasaban antes de que estuviera la Guardia Civil —dijo el cura con ánimo de tranquilizarme.

El temor que sentía se diluyó al recordar a Elías.

—¿Saben si van a venir hoy? —pregunté, con la esperanza de verlo de nuevo.

—Espero que no mientras yo esté aquí —gruñó Jacinto—. No son más que un Cuerpo de afrancesados. Bribones que visten como gendarmes.

Manuela resopló y don Beltrán lo miró de reojo. Por mi parte, alcé las cejas pues, aunque acostumbrada, me seguía abrumando su antipatía por casi todo.

—No empecemos —regañó la ventera—. Y vamos a porfiar en que todo saldrá bien. Si no confía en la Guardia Civil, cosa que no hay quién se la explique pues han demostrado ya de sobra su valía y utilidad, hágalo al menos en el Lobo, que se ha revelado como otro de nuestros guardianes en estos caminos de Dios.

—Al Lobo no le interesa salvar el dinero de nadie —comentó el carbonero—. Le interesa quitarse de en medio a los del Tronera, por lo que quiera que sea, oye. Pero igualmente, bienvenido. Muerto el perro, se acabó la rabia.

Excepto don Beltrán, que por su condición no era de celebrar muertes, aunque fueran de villanos, los demás asentimos a las palabras de Jacinto. Don Carlos contó que iban a hacer la ceremonia de la colocación de la primera piedra en diciembre, y la conversación terció hacia otros temas hasta agotarse. A la hora de la comida la venta se llenó de gente, y aquel

trajín me ayudó a pasar el resto del día.

Por la noche, agotada, me tiré en la cama tras asearme y logré dormirme. Mas no esperaba que me asaltase un sueño en el que me encontraba caminando a solas por el bosque y terminaba siendo atacada por una panda de bandidos. En medio de tal desgracia, un hombre embozado aparecía sobre su caballo, vestido con ropajes negros y capa gris, que decía ser el famoso Lobo y que se deshizo de los hombres con audacia y rapidez. Bajó entonces del caballo y fue hacia mí, y el corazón me latía hasta en las sienes con una mezcla de miedo y emoción. Mi imaginación puso en su rostro dos ojos fieros y ambarinos, como los de Luna, y en el sueño me rendía a su mirada y cualquier temor se desvanecía. Entonces me tomaba por la cintura y me atraía hacia él, y aunque se bajaba el embozo no podía verle el rostro pues solo miraba sus labios, húmedos y entreabiertos, acercándose a los míos. Cuando me tocaron, sentí su lengua cálida buscando la mía, mientras me apretaba con fuerza contra su pecho. Una sensación palpitante me embargó y entonces me desperté empapada en sudor y con la entrepierna tan húmeda como aquella boca que había besado en mi imaginación. Acalorada, salté de la cama y bajé a la cocina a tomar un poco de agua.

Allí estaba cuando escuché a Nicolás bajar de puntillas las escaleras y salir de la venta, como la noche anterior. El sueño pasó a un segundo plano y la preocupación por él ocupó entonces mis pensamientos. Subí de nuevo a mi habitación y di vueltas en la cama hasta que él regresó al alba, mas no lo hizo mi cordura, porque cuando conseguí dormirme mis pensamientos se mezclaron y a ratos me veía de nuevo en los brazos del Lobo, y a ratos en los de Nicolás. Por más que me resistiera a creerlo, lo deseaba.

A la mañana siguiente y con las tareas pesando cada vez más sobre mi cuerpo, empezaba ya a preocuparme por Nicolás, pero también por mí

misma. No podría aguantar otra noche sin dormir. Andaba en la cocina planchando cuando apareció cargando un saco de arpillera sobre su hombro. Tenía la ropa llena de tierra y briznas de hierba, y el pelo revuelto. Traía el rostro enrojecido y la frente perlada de sudor. Aquel aspecto desaliñado le confería cierta ternura; como si fuera un chiquillo que viniera de jugar con sus amigos.

—¿Qué te ha pasado?

—Luna ha decidido que era un buen día para perseguir un conejo y se ha metido entre unos matorrales —contestó, dejando el saco sobre la mesa de centro—. Después no era capaz de salir.

Aquello me hizo gracia, aunque a la par lo sentí por el pobre conejo.

—¿Lo ha cazado?

—¿Luna? Menuda señorita. Esa ya come como marquesa. Suerte tengo de que no me pida cubertería de plata. —Se rio, y yo con él—. No sabe cazar. No ha aprendido. Aunque los instintos a veces le salen, ya ves.

Nicolás extrajo del saco varias cebollas, que aún olían a tierra fresca, y también unos nabos, y después guardó el saco vacío en la despensa.

—Deberías quitarte esa camisa y ponerte una limpia —observé, al verla tan llena de mugre—. Vamos a comer dentro de nada y no creo que a tu madre le haga gracia que te sientes así a la mesa.

Se miró y asintió. Y entonces, sin más, se la quitó y la tiró al canasto. Fue hacia la pila que había frente a mí, donde siempre tenía una cubeta con agua limpia. Me descubrí a mí misma mirándolo de arriba abajo y soltando la plancha en su soporte. Mis ojos recorrieron sus piernas fuertes y musculadas. Inclino un poco el cuerpo y el pantalón marcó las formas de su trasero. Me detuve en ellas un segundo y sentí que me sonrojaba. Obligué a mis ojos a no mirar más, pero no podía remediarlo. Quería evitar la tentación de su piel; ser como Ulises y esquivar aquel canto de sirena, mas las ganas de contemplarlo eran más poderosas que yo misma. El cuerpo de Nicolás era hermoso y me llamaba. Observé su espalda desnuda; sus

hombros anchos; su cuello. El nacimiento de su cabello negro al que el sudor había humedecido los primeros mechones. Una sensación me asaltó. Súbita, arrolladora. La respiración se me agitó y me sentí como aquella vez que Julián subió a mi dormitorio. Me sentí dominada por un calor exacerbado que anidó entre mis piernas haciendo palpar el deseo en mis rincones más íntimos, como me ocurrió con el sueño de la noche anterior. Pensé que jamás volvería a sentir nada, pero ahí estaba. Noté la boca seca y humedecí mis labios con la lengua. Él se giró de repente y me miró de forma enigmática. Quizá tenía el don de ver el deseo en mis ojos. Nerviosa, quise disimular, y eché mano de la plancha en un movimiento mecánico. No atiné y acabé tocando con el pulgar la parte más candente. Apenas fue un segundo, pero sentí un dolor muy intenso. Me llevé el dedo a la boca y lo chupé, ahogando un quejido.

—¿Qué te has hecho?

Nicolás se acercó y me cogió la mano, observando la quemadura con gesto preocupado.

—Empiezo a pensar que te hieres a posta porque después vengo yo a curarte.

Lo miré con gesto ofendido.

—Sí, claro, me encanta pasarlo mal. —Retiré mi mano de las suyas y volví a chuparme el dedo.

—No hagas eso —me regañó.

—¿Por qué? —A decir verdad me aliviaba.

—Porque tus labios y tu lengua están calientes, y... más calor no hará bien a tu quemadura.

Oírlo hablar así de mi boca me puso algo inquieta. Pareció que a él también, porque carraspeó nervioso. Echó agua en una jarra de metal y la trajo hasta mí.

—Mete el dedo.

Hice lo que me pedía y lo vi coger una patata y pelarla, aunque con poco

tino, a decir verdad.

—¿Te vas a poner ahora a preparar un caldo, o qué? —repliqué indignada.

—Es para la quemadura.

Al punto puso una rodaja sobre esta. A mí me pareció ridículo, pero suspiré, dejándome llevar. Si lo hacía él, que tanto sabía de remedios, le creería. Y siendo sincera, sentí algo de alivio y el escozor remitió. Verlo en aquella particular faceta me recordó el asunto del libro que Lily le había prestado y que llevaba ya dos días cogiendo polvo sobre mi mesita de noche.

—¿Has pensado en lo que te dije?

Su mano envolvía la mía mientras sujetaba el trozo de patata para que no se cayese. Nunca creí que un detalle tan nimio como aquel me parecería tan adorable.

—¿Sobre qué?

—Quiero ayudarte con ese libro de Medicina.

Negó con la cabeza.

—No tenemos tiempo para esas cosas. Ya sabes la de faena que hay.

—Lo haremos cuando terminemos todo. Hasta la medianoche si hace falta.

—No hace falta, Rosita.

—No me importa, de verdad. Me gusta leer.

—Lo sé. Siempre te quedas hasta tarde gastando más aceite del que nos podemos permitir.

Me sentí avergonzada y agaché la cabeza, dirigiendo la vista al suelo. Ya me había regañado su madre y ahora él, y aunque sabía que eso pasaría, no podía resistirlo.

—Lo siento.

—No pasa nada. Si leer te hace feliz, iré a robarlo si hace falta.

Su voz sonó muy cálida y alcé los ojos para mirarlo. Lo vi sonreír y no

pude evitar hacer lo mismo.

—Entonces yo robaré tiempo a la noche por ti, para que puedas aprender lo que quiera que venga en ese libro.

—Habla sobre enfermedades y procedimientos quirúrgicos. No sé si te gustará. —Torció el gesto—. Ni siquiera sé si es apropiado para una mujer leer sobre esas cosas.

Alcé las cejas ofendida.

—¿Y por qué no? ¿Eres de los que piensan que una mujer no puede estudiar?

—Baja las armas, Rosita. Yo no he dicho eso —dijo, y retiró la mano, llevándose consigo la rodaja de patata para tirarla al cubo de los desechos—. Acuérdate de ponerlo con agua fría cada poco. Te haré algún ungüento para que sane más rápido.

Asentí, mas no pretendía dejar que escapase después de su ofensa.

—No cambies de tema, Nicolás —le espeté con los brazos en jarra—. Lo has dicho claramente. No es apropiado para una mujer leer esas cosas.

—Y vuelta la mula al trigo... —rezongó, aunque después me miró con gesto conciliador—. Perdona si te he ofendido. No era mi propósito. Es solo que igual hay cosas desagradables y las damas sois más sensibles a ellas.

—¿Sensibles nosotras? —Chasqueé la lengua—. Hemos nacido con el don de la resiliencia. ¿Cómo íbamos, si no, a soportar los envites de los hombres?

—Hablas como si estuviéramos en guerra.

—Eso sería asumir que hay dos posiciones luchando y no es así. Vosotros lleváis las armas y nosotras somos prisioneras. Nos habéis puesto rejas que endulzáis con palabras de amor con el único propósito de llevarnos al infortunio y arrebatarnos la juventud y las ilusiones. Y cuando no queda ya nada de nosotras, buscáis nuevas lides que conquistar, como bárbaros saqueadores.

Nicolás me miró con cierta tristeza en los ojos.

—No sé lo que te ha pasado para que hables así. Puedes seguir gritando cuantos improperios quieras si eso te hace sentir mejor. No me sentiré ofendido, porque yo no soy como esos hombres que retratas. —Hubo en su rostro un gesto apenado que me partió el corazón. Sin añadir palabra alguna, se encaminó hacia la puerta.

Fui consciente de que me había excedido y, antes de que la atravesase, llamé su atención.

—Nicolás. Lo siento.

Él se giró para mirarme y vi la comprensión en sus ojos.

—Sé que has llegado aquí de un lugar oscuro —dijo con voz calmada—. Que el día que te encontré en el barranco te habían hecho pedazos y que tardarán en recomponerse. Pero has de saber que igual que te he curado las heridas de la piel estaría dispuesto a curarte las del alma.

Nicolás se estaba sincerando conmigo y nunca antes lo había visto tan vulnerable como aquel día. Siempre iba de aquí para allá, cargando con cosas pesadas y dejándose la piel y la espalda en la venta, y a veces me parecía que fuera poco más que un bruto que fuese incapaz de tocar nada con mimo; pero pronto había descubierto que era capaz de tocar las alas de una mariposa sin quitarle la capacidad de volar. Ojalá hubiera podido abrirme como él lo había hecho, mas solo pude sonreír haciéndole ver que lo había escuchado y que tenía en cuenta sus palabras.

—Nos vemos después de la cena, ¿de acuerdo? —dije—. Trae algo con lo que tomar notas.

El asintió y abandonó la cocina. Me quedé sola, perdida en mis pensamientos. Por mi cuerpo habían pasado tantas emociones en aquellos momentos que casi sentía que todo me temblaba. Me costó retomar el aliento para seguir con mis quehaceres y, mientras los cumplía, pensé en Nicolás y en sus palabras. Nuestra conversación me había hecho olvidar en parte ese asunto de sus salidas nocturnas y me prometí que seguiría prestando atención a ellas. Tenía que buscar la forma de armarme de valor

para preguntarle dónde iba, porque la incertidumbre y la falta de sueño me estaban minando. Terminé de planchar, a medida que llegaban a mis oídos los familiares sonidos del comedor, que se iba animando cada vez más conforme se acercaba el mediodía. Pronto estaría lleno de gente y Manuela entraría a darme alguna orden.

No tardó mucho en hacerlo, me pidió que pelase unas patatas y que pusiera aceite a calentar en una de esas sartenes grandes que tenían un mango bastante largo. No me dejaba todavía freír nada, después de cierta mala experiencia con un huevo, así que me recordó que la llamase cuando el aceite estuviera listo. Se afanó en cortar algo de queso y unas cuantas chacinas, y después volvió a la barra. Se me antojó oír a Nicolás hablar con ella, así que imaginé que la estaba ayudando fuera. Estuve pendiente del aceite hasta que me pareció que se había calentado lo suficiente y salí a avisarla. Asomé la cabeza por la puerta y vi entonces algo que paralizó mi corazón al instante. A pocos pasos de la barra, hablando con Manuela, había un hombre que reconocí al instante. Un hombre que jamás pensé ver allí. Estaba igual que siempre, con su cabello bien peinado y su atuendo elegante y escogido. Se trataba de mi hermano y hube de parpadear para asegurarme de que no era una visión. Sujetaba entre sus manos un papel y lo señalaba, mirando a la ventera con gesto interrogante. Ella alzó la vista hacia la cocina, y yo di un respingo y caminé hacia atrás, asustada. Iba en dirección hacia la puerta trasera, dispuesta a salir de allí y a correr hasta que no me quedaran fuerzas. No miraba por donde iba, con la vista fija en la entrada principal por si por ella aparecía mi hermano, y tropecé con el mango de la sartén. A punto estuve de echarme encima todo el aceite caliente, mas se volcó sobre las llamas de la lumbre y di un salto para evitar que me salpicase. Pronto, una columna de fuego que chisporroteaba de forma violenta ascendió. Paralizada la observé sin saber qué hacer y entonces apareció por la puerta Nicolás, que por unos segundos se quedó también quieto, con el aliento cortado y los ojos muy abiertos.

Alertada por el olor, Manuela llegó a la cocina. Su rostro se desencajó por el susto.

—Madre, ¡saque a toda la gente de la venta! —clamó Nicolás y ella obedeció al instante.

La oí gritar, dar órdenes agitadas y escuché las pisadas de la gente que salía en tropel del comedor. Mientras tanto, el fuego crecía y podía propagarse tan rápido que en horas no nos quedaría techo donde cobijarnos y la venta sería poco más que cenizas. Fui a coger el cubo de agua, pero Nicolás me detuvo con un grito desesperado para que no lo hiciera. Salió a toda prisa por la puerta y volvió con una manta que tiró sobre el fuego. Aunque pensé que ardería más, sucedió lo contrario. Sofocó poco a poco las llamas y pronto solo quedó un hedor desagradable y la extraña sensación de que todo había sido un sueño.

—Dios mío —murmuré, abrumada.

Nicolás chasqueó la lengua, y dio unos pasos arriba y abajo, llevándose las manos a la cabeza.

—¿En qué estabas pensando? —masculló, visiblemente enfadado.

—Ha sido un accidente —murmuré, aterrada.

—Un accidente. Por todos los santos, Rosita. Podrías haberle prendido fuego a la venta.

—Lo siento —dije y rompí a llorar.

Él resopló y vino hasta mí. Abrió sus brazos y me rodeó con ellos, atrayéndome hacia su pecho con cariño.

—No pasa nada, de verdad —susurró—. ¿Estás bien? No te has quemado, ¿no?

Negué con la cabeza.

—Lo siento mucho —dije de nuevo.

—Da igual. Se limpia y ya está.

En ese momento entró su madre, muy apurada. Aunque Nicolás se apartó de mí al instante, de seguro que nos vio.

—Gracias a Dios —dijo al ver que el fuego estaba apagado. Después vino hacia nosotros a toda prisa—. ¿Estáis bien?

—Lo siento mucho, doña Manuela.

—Hija... ¿cómo te las has apañado?

—He... —Las palabras se me atropellaban en la garganta. Ella chasqueó la lengua y también me abrazó. Fue como volver a los brazos de mi madre. Me sentí a gusto y en calma. Me tomó por los hombros y me apartó de ella con delicadeza, mirándome muy seria.

—No te quiero ver llorar. Ha sido un accidente y no se hable más. —Miró entonces a su hijo—. Nicolás, sal fuera y pon orden, que la gente está muy alterada. Invítales a un chato, para calmar los ánimos.

El muchacho, que me miraba preocupado, se mostró reticente a abandonar la cocina, mas al final obedeció a su madre. Cuando estuvimos a solas, ella tomó una silla y la situó junto a otra, y me pidió que me sentara. Lo hice, pues a causa de los nervios me sentía algo agitada y sentarme un poco me ayudaría a recomponerme. Ella ocupó la que quedaba libre y me escudriñó, como si fuera la primera vez que me veía.

—¿Qué sucede? —le pregunté, extrañada.

—Te llamas Victoria, ¿verdad? Victoria de Vergara y Teruel.

Me hallé descubierta y miré a un lado y a otro, sintiéndome como un ladrón al que han cazado en pleno robo. Casi tuve ganas de salir corriendo, mas ella puso su mano sobre mi rodilla, con gesto conciliador.

—No te preocupes. Si eres una fugitiva, no voy a delatarte. Sea cual sea tu delito. Eso sí, cogerás tus cosas hoy mismo y te irás.

—Y-yo n-no... No he... —Intenté explicarme, mas las palabras de nuevo se me agolpaban en la boca—. No soy una delincuente.

Ella retiró su mano y se acomodó en la silla, cruzándose de brazos.

—¿Por qué te buscaba ese hombre entonces?

Pensé si contarle la verdad o no, pero Manuela, más que como una patrona, se había comportado conmigo como si fuera una segunda madre, y

le debía respeto. Por miedo, o por la necesidad de huir de mi pasado había prolongado mi mentira durante demasiado tiempo. Determiné que se merecía conocer la verdad.

—Es mi hermano. Rafael.

Ella me dirigió un gesto de aprobación.

—Eso ha dicho él.

—¿Le ha contado que estoy aquí?

Negó con la cabeza y me sentí aliviada.

—No le he dicho nada. No sabía si me estaba contando una verdad o una mentira, y te tengo aprecio, muchacha. Pero me ha dado su dirección. Va de camino a Madrid y parará en todas las ventas y posadas que encuentre. Y más vale que me des una explicación convincente de lo que ha pasado o saldré a buscarlo, si no se ha marchado ya.

Agaché la mirada y saqué arrostos para contar la verdad.

—No, por favor. No lo haga —supliqué, y vi que se extrañaba.

—¿Por qué te escondes? Parecía preocupado. Dolido incluso por tu ausencia. ¿Por qué dejaste tu hogar? Ese muchacho no tenía pinta de ser de mala sangre. De hecho, me ha parecido todo un caballero. ¿Acaso no eran buenos contigo?

—Hubo un tiempo en el que pensé que no lo eran. Fui... imprudente y... me dejé engañar por un hombre.

—Ya... —murmuró ella, exhalando algo de aire, a modo de resoplido—. Te fugaste por amor. O por lo que creías que lo era, claro. ¡Ay, niña! ¡Cuántas como tú! —Alzó una mano e hizo un gesto con los dedos, juntando las yemas una y otra vez, como si diese pellizcos al aire—. Así, a puñados. Día sí, día también, las he visto pasar por aquí. Si es que cuando nos enamoramos somos tontas hasta decir basta. Se nos nublan todos los sentidos y no vemos más allá de dos palmos. Ni padres, ni madres ni nadie nos importa.

—Habla como si lo hubiera vivido.

—Pues me gustaría decirte que no, pero has atinado. Dejé mi casa porque mi madre prefería antes a un nublado que al padre de Nicolás. Se había empeñado en casarme con un primo mío, al que yo tenía tirria desde bien pequeña. Y ya ves, al final metí la pata hasta el fondo. Por lo menos me llevé un hijo que vale como dos soles, aunque si volviera atrás...

—Si volviera atrás no se iría de su casa.

—No. Porque a los hombres se los encuentra una en todos lados, pero madre o padre, de eso no hay, Rosita... o Victoria, como quiera Dios que te llames. Y más siendo joven y guapa como tú, que debes de tener dos o tres admiradores. A mi Nicolás ya lo tienes prendado de tus ojos y sospecho que no será el único. Así que vuelve a tu casa en cuanto puedas y pídele perdón a tu madre.

—Usted no lo entiende. Mi familia no me va a perdonar. Los Vergara son gente importante.

—¿Acaso la gente importante no tiene corazón?

—Lo tienen, pero no es lo que mueve sus vidas.

—Da igual lo que creas, niña, tu hermano parecía muy triste, como te he dicho. Se le notaba desesperado por encontrarte.

Suspiré, intentando disipar el nudo que tenía alojado en el pecho.

—¿Qué le ha dicho él exactamente?

—Me ha enseñado un retrato tuyo. Parecías más niña.

—Debe de ser el que encargaron cuando cumplí dieciséis años. — Recordé aquel día y sonreí. Mi madre celebró una fiesta en mi honor, estrené vestido y comí cuanto pastel me apeteció.

—Ha dicho que habías desaparecido y que un matrimonio de Sevilla decía haberte visto en una diligencia en esta dirección. Al parecer te acompañaba un caballero llamado Withmore. Ha preguntado también por él.

—Caballero —pronuncié, apretando los dientes, iracunda—. Ese hombre hace tiempo que perdió el derecho de llamarse «caballero». Es un rufián y

un malnacido. Un puñado de estiércol.

Manuela se mostró algo consternada ante mi reacción.

—Hija, me asustas.

—Voy a contarle lo que me hizo y verá si tengo razones para hablar así de él —dije, y saqué arrostos de lo más profundo de mi ser para relatarle, con todo detalle, lo que Julián me había hecho.

La mujer me escuchó muy atenta, y por su rostro cruzaron infinidad de expresiones: iban de la sorpresa al enfado, pasando por la indignación e incluso el dolor. A mí me ocurrió tres cuartos de lo mismo, solo que hubo más dolor e ira que otra cosa. Lo de Julián me arañaba las entrañas y me partía en dos, y recordar lo estúpida que había sido hacía que quisiera gritar de rabia a los cuatro vientos; arrancarle a ese malnacido la sonrisa y la piel a jirones. Al menos me consolaba la idea de que, aunque habíamos intimado en alguna ocasión, no me había quitado la honra. Me sentía incluso más enfadada porque había de estarle agradecida por ello, pues sin duda yo me habría arrojado a sus brazos y lo habría dejado hacer sin reservas. No obstante, que ocurriese o no, era indiferente, pues habiendo estado a solas con él, ¿quién iba a creermelo? Estaría expuesta a las habladurías. ¿Por qué era eso tan importante?, me pregunté. Los hombres yacían con tantas mujeres como querían antes de desposarse. ¿Por qué nosotras habíamos de conservarnos castas y entregarnos de por vida a un solo cuerpo? No sabía si Manuela me creería o no, pero le aseveré que nada había pasado en el lecho. Ella restó importancia a aquel asunto y sufrió mis desdichas conmigo. Cuando finalicé mi historia, con apenas ya un hilo de voz, empecé a llorar desconsolada. Ella tomó mis manos y las apretó con cariño, intentando calmarme.

—¿Qué te he dicho antes de llorar? —suspiró—. Tan bonita como eres, los ojos se te van a estropear. Tú no te preocupes más, que ese malnacido ya es cosa del pasado. Piensa en lo que te he dicho, en el bien que le harías a tu familia si volvieras, mas si te quieres quedar aquí, nadie va a echarte. Esta

es ya tu casa.

Aquello fue para mí como ver el cielo abierto en un día gris. Me hizo llorar aún más, aunque en parte había lágrimas de alegría. Manuela se echó a reír, sabiendo perdida la batalla.

—Voy a darte un cacho de pastel, a ver si te anima un poco —dijo, levantándose. Acarició mi mejilla con cariño y después palmeó mi hombro—. Y no te creas que te vas a librar de limpiar todo esto, por muchos pucheros que hagas.

Eso me arrancó una sonrisa y sentí el impulso de abrazarla. Guiada por él, salté de la silla y lo hice, me colgué de su cuello y la besé después en la mejilla.

—Gracias, doña Manuela.

—Nada, Rosita. ¿O quieres te llame Victoria?

—No, por favor. No se lo diga a nadie. Ni a Nicolás.

Eso no pareció gustarle, mas accedió a guardar mi secreto.

Comimos pastel y después limpiamos aquel desastre, lo cual me llevó el resto del día. Para cuando llegó la noche yo estaba ya derrengada y solo quería meterme en la cama. Sin embargo, le había prometido a Nicolás que lo ayudaría y pensaba cumplir mi promesa. Además, estaba ese asunto de sus salidas nocturnas y tenía que encontrar la forma de hablarlo con él. No obstante, cuando nos sentamos en una de las mesas del comedor, frente al fuego, después de que Manuela se fuera a dormir, aquello ocupó un segundo plano en mi mente pues nos envolvió una especie de magia. Como si hubiéramos hecho un pacto para abandonar aquel mundo y viajar a otro, donde solo estábamos él y yo en la quietud de la noche y todos esos términos extraños, aunque interesantes, que iba descubriendo por las páginas del libro. Nicolás tomaba notas de todo sobre papeles viejos que a menudo reciclaba. Y aunque yo no entendía la mitad de las cosas que estaba leyendo, a él parecían apasionarle y me esforzaba en seguir por él. Cada vez tenía más clara la idea de que, de haber nacido en otro lugar y

circunstancias, habría estudiado Medicina y habría llegado lejos, muy lejos. Me gustaba verlo tan feliz y concentrado, y entre nosotros fue creándose cierta complicidad y confianza.

A veces me miraba mientras leía con los ojos muy atentos. Yo le dirigía alguna que otra mirada y veía cómo sus mejillas se arrebolaban. Quería creer que era por el calor de la hoguera, porque me daba miedo darme cuenta de que yo también me sonrojaba cuando él me miraba. Así pasaron varios días, en los que sus salidas nocturnas se repitieron, y yo me levantaba cada mañana con el propósito de hablar con él; mas después de la vorágine de las tareas, cuando volvíamos a encontrarnos, terminaba por olvidarlo todo. A veces incluso, me olvidaba de mí misma. Una de esas noches, mientras le dictaba, lanzó unas palabras al aire que me estremecieron.

—No sé qué me pasa contigo. Ni días hace que te conozco y ya me levanto y me acuesto pensando en ti; y cuando te miro... cuando te miro siento que sería capaz de cualquier cosa por ti.

Me fijé en la página que tenía ante mí, intentando discernir si había escuchado su voz realmente o era producto de mi imaginación. Su declaración me había cortado el aliento, pero ¿qué podía decirle? Negar que, después de aquellos días, mi corazón se empezaba a acostumbrar a él sería negar lo evidente; pero en sus palabras había sentimientos que yo no podía pronunciar aún. Sin embargo, su cuerpo me atraía y las ganas de besar sus labios me ardían ya en la boca.

Cuando alcé la mirada, encontré sus ojos negros clavados en los míos y en su rostro la expresión agridulce de quien esperaba una noticia sin saber si será buena o mala. Aquello hizo que mi corazón se encogiese. En un acto instintivo extendí mi mano hasta posarla en la suya. Él la miró algo extrañado, mas pronto sonrió y retornó su mirada hacia mi rostro. Sin que lo esperase, giró su mano hasta que mi palma y la suya se tocaron, y después la acarició con suavidad, hasta llegar a mis dedos. Sentí un cosquilleo cuando nuestras yemas se encontraron. Su mano paseó sobre la mía hasta

llegar a mi muñeca y ascender por mi brazo, y a medida que esta lo hacía, lo hacían también sus ojos. Los míos seguían el camino que él describía hasta mi hombro, y entonces rozó mi cuello con delicadeza y llegó a mi rostro, acariciando mi mejilla. Su pulgar estaba cada vez más cerca de la comisura de mis labios. A decir verdad, no me habría importado que los rozase, mas no sobrepasó esa línea. Pareció advertir que no sería capaz de darle la respuesta que buscaba y, aunque por un momento un sentimiento triste su rostro albergó, pronto sonrió.

Se levantó y besó mi frente.

—Ya es tarde —dijo—. Sigamos mañana.

Asentí, conforme, y él se marchó escaleras arriba.

Me quedé allí sentada un rato, mirando al fuego, y de alguna manera supe que Nicolás me importaba más de lo que me habría gustado admitir en voz alta. Recogí el libro y guardé sus papeles, al hacerlo descubrí entre ellos un montón de esos folletos que le gustaba coleccionar de obras de teatro que los viajeros se dejaban muchas veces o le traían a posta sabiendo que le interesaban. Nicolás a menudo soñaba por poder ver alguna representación en un gran teatro. De habernos conocido en Málaga, lo habría llevado cuantas veces hubiera querido. Claro que... entonces no nos habríamos conocido. Los observé con ternura. Era un hombre de matices. Algo bruto para algunas cosas y muy delicado para otras. Pasaba los folletos entre mis manos cuando advertí entre ellos uno que hizo que mi corazón entero se quebrase. Mi rostro pasó de la ternura al enfado y de ahí, al dolor. Había un folleto del *Don Juan Tenorio*, de su estreno en el Teatro de la Cruz. Verlo me recordó a Julián, y la angustia que me provocaban sus actos y que ya creía en algo mitigada regresó de golpe. Era como si lo hubiera visto de nuevo a él. La rabia y el dolor ardieron en mis entrañas, y volví a llorar como en los primeros días. Me sentí sola y devastada otra vez, como cuando me refugié en aquella cueva del bosque, sin saber qué sería de mí.

Entre sollozos, escuché entonces la voz de Nicolás, que llamaba mi

nombre.

—¿Qué sucede, Rosita?

Alcé la vista y lo vi al pie de la escalera. Me levanté de la silla de un salto y le di la espalda, enjugándome las lágrimas para fingir así que estaba bien.

—Nada —contesté con la voz rota.

Se acercó y lo tuve detrás de mí. Sus brazos me estrecharon de repente y me atrajo hacia su pecho con ternura. Aquel gesto no era algo que esperase, mas tampoco pretendía rechazarlo. Deslicé mis manos hasta sus antebrazos y me aferré a ellos. Sin salir de su abrazo me giré hasta estar frente a él. Cuando su mirada y la mía se encontraron, anidó en mí una sensación cálida y reconfortante que diluyó la desesperanza que había sentido minutos antes al recordar a Julián. Su mano derecha descendió por mi espalda hasta detenerse en mi cintura; la otra ascendió por mi rostro y acarició mi mejilla hasta posarse en ella. Nicolás inclinó su rostro hacia el mío, con los labios entreabiertos y sus ojos clavados en los míos; ambos centellearon por el deseo. Por las ganas de sentir de nuevo; por la necesidad de alejar la crudeza y el frío de los días atrás. Me sentí como si hubiera caminado descalza sobre la nieve y ahora encontrase por fin un refugio. Cerré los ojos y esperé su beso; y tan solo de esperarlo ya creí que se me cortaba el aliento. Nicolás me estrechó con fuerza a la par que correspondía a mis anhelos. Su boca sabía dulce como las manzanas y su rostro olía a flor de azahar. Su deseo pronto se reveló más intenso y me estrechó cada vez más contra sí, hasta que noté cada una de las formas de su cuerpo. Respondí a sus besos con la misma pasión y anudé mis manos en torno a su cuello, atrayéndolo más hacia mí, hasta que me sentí casi sin aire. Por unos instantes sentí que nada más importaba. Y entonces, cuando más entregada estaba a él, los recuerdos de Julián me asaltaron de nuevo, como un latigazo que golpeó mi mente con saña. Él también me había besado con fuego en los labios, para después quemarme con ellos. El miedo a ser herida otra vez me hizo huir y de forma instintiva me aparté de él y negué con la cabeza.

Sus manos ya no me tocaban y sentí el vacío que dejaron.

—Esto no está bien —dije.

—¿Por qué no iba a estarlo? —Su voz sonó algo más grave, arrebolada por el deseo. Se acercó de nuevo a mí y alzó su mano para tocar mi rostro. Yo me alejé.

—No puede ser, Nicolás —insistí—. Es un error.

—No puedes llamar «error» a lo que ha pasado. No sería justo. Has sentido lo mismo que yo, estoy seguro.

Sí. Lo había sentido, mas también había experimentado un temor apabullante que había borrado con su mano oscura la luz de sus besos.

—Perdón.

Apenas si pude pronunciar aquello antes de que las lágrimas brotaran de nuevo por mis ojos y saliera corriendo escaleras arriba. Llegué al dormitorio y me dejé caer en la cama, intentando controlar mi llanto. Escuché entonces la puerta de Nicolás cerrarse de forma brusca. Comprendía su rabia. Yo también la habría sentido de estar en su lugar. Mas no podía controlar mis temores y estos me habían dominado. Habían sido más fuertes que ninguno de nosotros dos.

Di vueltas a lo que había pasado, a mis propios sentimientos, y maldije a Julián por haberme arrebatado la oportunidad de sentir algo más allá de él; algo que lo arrojase por siempre al lugar tenebroso al que pertenecía y no lo dejase salir jamás.

Entre llantos y tribulaciones, escuché a Nicolás abandonar su habitación y bajar las escaleras. Fui hacia la ventana y al poco lo vi salir a lomos de Canela. Suspiré, agotada, y volví a la cama. De nuevo me pregunté dónde demonios iba, hasta que el sueño me venció.

Capítulo 13

Como era costumbre cada domingo, acudimos a misa en la parroquia. Después de los días de tregua, las nubes volvían a amenazar con romper la quietud de la sierra, mas tremenda amenaza no disuadió a los fieles, y la pequeña iglesia estaba a rebosar. Don Beltrán hizo su ceremonia como de costumbre, con solemnidad y sencillez, y a la salida, Manuela despachó con algunos conocidos y el tema de sus conversaciones era siempre el mismo: asuntos de lindes, ganado e impuestos, y las andanzas del Lobo, que en palabras de Manuela «tenía a bien meter en vereda a todos los bandidos de la sierra». Todos hablaban con orgullo de él: los hombres lo percibían como un aliado; las mujeres, como un protector; y las muchachas más jóvenes suspiraban soñando con echarse a sus brazos. Nadie lo había visto jamás, ni sabían quién era, así que cada uno inventaba su propia versión de él. Con las pocas distracciones con las que contaban era de esperar que lo hicieran y que no faltasen a la reunión semanal, para hablar de ese y otros asuntos. Para muchos no era solo una ocasión de encontrarse con Dios, también era una manera de ver a sus conocidos. En los días de misa podía adivinarse quiénes eran amigos y quiénes eran enemigos y, sobre todo, los que estaban dispuestos a ser amantes, pues ni en medio del sermón de don Beltrán se guardaban las miradas cómplices. Lily andaba por allí, haciéndoles ojitos a

tres jóvenes de buen ver que se apostaban junto a la puerta de la iglesia. Desde luego no tenía remedio. No tardó mucho en venir a buscarme y en proponerle a Manuela «mi secuestro», o lo que era lo mismo, llevarme a merendar a su casa. La mujer no se negó, como de costumbre, pues no teníamos faena aquel día. Una sonrisa se me dibujó de oreja a oreja. La besé en la mejilla y ella se sintió feliz. Me despedí de Lily hasta la tarde y regresamos a la venta. Nicolás, que andaba detrás de la barra rellenando unas frascas de vino, nos recibió con una sonrisa que se hizo más grande cuando puso sus ojos en mí.

Nos miramos por un momento, mientras me preguntaba a mí misma si sería capaz alguna vez de amar de nuevo. Si el alma dejaría de escocerme. Él apartó la vista y se echó el cabello hacia atrás, como acostumbraba a hacer cuando se ponía nervioso. Su madre, que no daba puntada sin hilo, me dio un codazo y después fue a calentarse las manos frente a la lumbre, buscando templarlas luego del trayecto. Los domingos, como era día de guardar, no venía nadie y estábamos solos. Comimos pronto y la sobremesa fue animada, pues a Manuela le dio por rememorar los bailes de su juventud y nos contó que hubo una época en la que se llevaban los bailes de máscaras. Pensé que, de haber estado allí Lily, de seguro habría fantaseado con la idea de un salón de fiestas lleno de galanes enmascarados. Me habría encantado celebrar alguna vez un baile con ella. A media tarde apareció para buscarme, y tan pronto puse un pie en su transporte, se lanzó a hacerme confidencias.

—¿Nicolás te ha dicho ya algo? —murmuró Lily.

Me hice la despistada.

—¿Algo de qué?

Ella me dio un pellizco en el muslo y yo me quejé.

—Deja de hacer eso.

—Y tú deja de hacerte la sueca.

—Algo ha dicho —le dije, cediendo.

Lily me miró expectante, esperando que le diera detalles.

—Creo que le gusto.

—¿Crees que le gustas? ¡Qué confianza de pacotilla es esa! —Alzó la voz tanto que tuve que regañarla—. ¿Qué te ha dicho? Quiero pelos y señales —reclamó entonces en un susurro algo forzado.

Suspiré. En su cabeza no parecía haber lugar para otra cosa que no fueran los amoríos. Le conté por encima lo que él me había dicho y le hablé del beso que hubo entre nosotros. Lily pareció entusiasmada con aquello. No dejaba de resultarme curioso que aceptara de forma tan natural que él tenía sentimientos por mí, a pesar de la relación que los había unido en el pasado. Y así se lo hice saber. Ella se echó a reír y me miró con gesto perspicaz.

—Las mujeres tenemos que apoyarnos unas a otras, ¿no crees? —me dijo—. Ese gañán es para mí ya más un hermano que otra cosa, así que, si te casas con él, seremos como cuñadas.

—Creo que hablar de matrimonio es algo precipitado.

—Desde luego. Antes tendrás que comprobar si su hacha es capaz de cortar troncos suficientes como para mantener caliente el lecho.

—¡Lily! —regañé, con las mejillas ardiéndome de repente.

La imagen de Nicolás llegó a mi mente de forma súbita y pensarlo en tales circunstancias agravó el calor que ya sentía. Ella se echó a reír, divertida, y me habló de sus propios planes de boda. Al parecer, por más que mirase a cuantos se cruzasen en su camino, Bernardo ocupaba todos sus pensamientos y estaba más que dispuesta a desposarse con él. Por supuesto ya sabía cómo sería su boda ideal y no dejó de hablar de ella hasta que enfilamos el camino de su casa. En resumen: Lily pretendía casarse con más pompa que la reina Victoria del Reino Unido de Gran Bretaña.

A apenas unos metros del edificio, distinguí dos figuras de caballo a lo lejos, atravesando uno de los prados adyacentes. Supe que se trataba de Elías, acompañado de Bernardo, y me puse terriblemente nerviosa. Tanto que debió reflejarse en mi gesto, pues Lily me preguntó qué me ocurría.

—Nada. Es que...

¿Qué iba a decirle? ¿Que solo con pensar en ver a Elías perdía el poco juicio que sentía que me quedaba? «¿Qué me estaba pasando?», me pregunté. Hacía dos segundos Nicolás llenaba todos mis pensamientos, y, de repente, era barrido por la imagen del cabo con la misma facilidad con la que la noche se lleva el día.

Ella miró por la ventana y, al ver a Bernardo, lo llamó con gran energía y pidió que el carruaje se detuviera.

—Aún recuerdo que el otro día te llamó Victoria, qué curioso, ¿no? —comentó ella a medida que se acercaban.

—Debió de confundirme con alguien.

Lily sacó la mano por la ventana y su galán la tomó, besándola con ternura.

—Buenas tardes, querida.

—Buenas tardes, señorita Wizner —saludó también Elías, y después clavó sus ojos en mí—. Señorita Ver... —Carraspeó y rectificó a tiempo de meter la pata—. Señorita Ulloa. ¿Vienen de dar un paseo?

—Vamos a merendar —informó Lily—. Quiero enseñarle a Rosita unos figurines de moda.

—Cómo me gustaría no tener que pensar en otra cosa que no fueran vestidos —dijo Bernardo, riéndose.

—Distinguir entre los distintos tejidos es una tarea de gran esfuerzo intelectual, querido mío. Cuando quieras te reto a hacerla. Seguro que no eres capaz de diferenciar la seda de la lana.

—No te enfades, amor mío, que estaba de broma —suplicó él.

Ella alzó el mentón y volvió a sacar la mano para que él la besara. Cuando lo hizo se dio por contenta y, fingiendo que seguía disgustada, pidió al cochero que reemprendiera la marcha.

—Adiós, Bernardo. Adiós, cabo Marín —dijo después.

Elías y yo nos miramos hasta que el carruaje avanzó tanto que nos fue

imposible hacerlo más. Suspiré, sintiendo que sus ojos me habían cortado el aliento otra vez.

Cuando llegamos a la casa, Lily preguntó por su padre y le dijeron que estaba solucionando algunos asuntos en el pueblo. Fui con ella al pequeño salón para charlar un rato y merendar más tarde. Estaba suscrita a un periódico femenino llamado *El defensor del bello sexo*, dedicado a las damas. Lo sacó para hablarme de las últimas modas que en él se referían. En otro momento me habría mostrado del todo interesada, mas en aquel la cabeza la tenía puesta en Elías y en lo que sentía cuando estaba cerca de él. Lily, que sin duda era más astuta que yo, aprovechó mi ensimismamiento para pillarme en un renuncio.

—Entonces para la *soirée* es más apropiado el tafetán que el muaré, ¿verdad, Victoria?

Asentí, sin darme cuenta de que me estaba llamando por mi nombre.

—Siempre he preferido el tafetán para la noche y el muaré para el paseo de tarde, sí.

Lo hizo una segunda vez y caí. Y una tercera, y así durante toda la conversación. Cuando me di cuenta, era demasiado tarde. Lily me miró con dureza, sin duda molesta conmigo.

—Espero que tengas la deferencia de decirle a tu amiga la verdad. Porque si no lo haces no creo que podamos seguir siéndolo. ¿Puedes explicarme cómo es que sabes tanto de telas? Y, sobre todo..., ¿por qué has mentido con tu nombre?

Me sentí terriblemente atribulada ante sus palabras. No quería perderla. La amistad de Lily era uno de los pocos motivos por los que me levantaba cada día con fuerzas para seguir. Sin embargo, tenía miedo de decirle la verdad y que todo se torciese. Que mi empeño por dejar atrás a Victoria, a lo que ella había hecho, y a lo que ella significaba se fuera al traste. Sentí un nudo en la garganta que terminó por hacerse lágrimas. El gesto de enfado de Lily se tornó en uno compasivo, y pronto vino hacia mí y me

abrazó.

—¿Qué sucede? ¿Por qué lloras?

—Lo he hecho todo mal, Lily —dije entre lágrimas—. Todo.

Ella chasqueó la lengua y suspiró.

—Ya será menos. —Mesó mis cabellos con cariño y después me miró a los ojos, secando mis lágrimas con sus manos—. Mira, si no quieres no me cuentes nada, pero no llores, que te pones muy fea.

Aquello me arrancó una sonrisa que ella correspondió. Me aferré a ella como una tabla de salvación; la hice mi refugio. Y mientras me asía a sus brazos, busqué en mi interior la fuerza para contarle la verdad, pues sentí que lo merecía. Que era algo bueno para las dos. A mí me liberaría de una carga, a ella la ayudaría a entenderme.

—He sido una estúpida. —Aquella fue mi primera frase. La que dio pie a narrarle toda mi historia, incluido cuanto había sucedido con Elías.

Cuando concluí, a duras penas, pues el dolor a ratos me atenazaba la garganta y quebraba mi voz, hubo un silencio en el que Lily miró al suelo pensativa. Expectante, deseé y temí a partes iguales que dijera algo. Cuando regresó su mirada a mí, estaba tan seria que parecía que iba a decirme alguna frase trascendental y significativa. Sin embargo, dijo:

—Pediré que traigan más chocolate. Y otro dulce. Mejor dos. Creo que lo necesitas más que nunca.

No sé por qué Lily pensaba al igual que Manuela, que el azúcar era capaz de quitar las penas. Después volvió a abrazarme con fuerza y maldijo e insultó a Julián en su lengua materna. Escucharla decir que era un «*Arsch mit Ohren*»^[5] me arrancó una carcajada. El resto de la tarde pasó entre dulces y risas. Lily pareció haberse propuesto alejar mi pena y mi preocupación, y lo consiguió la mayor parte del tiempo. Ya subida en el carruaje, dispuesta a regresar a la venta, a punto estaba de cerrar la portezuela cuando dijo algo que me descolocó.

—¿Qué te pasa con el cabo Marín?

—Nada —dije para salir del paso, en vano.

—Mucho, diría yo. He visto que os mirabais como tontos. Vuestros labios no se han tocado, pero en vuestros ojos había algo más.

Casi me dieron ganas de echarme a reír.

—No inventes cosas. Elías y yo solo somos amigos.

—Pero sus brazos fuertes rodeaban tu cintura salvándote del vacío —recitó, con cierta teatralidad, recordando el episodio que le había contado un rato antes.

—Era una forma de hablar —gruñí.

—Y sus ojos, preciosos y sinceros, te miraron con total confianza —dijo de nuevo, burlona.

Le saqué la lengua y solté sus manos, disponiéndome a subir al carruaje. Ella metió la cabeza.

—¿Y qué hay de Nicolás? De su torso desnudo y sudoroso mientras corta leña.

—Voy a cerrar la puerta —dije, aguantándome la risa.

—Me he prometido firmemente curarte el corazón. Y todo el mundo sabe que las heridas se sanan con besos. Pero ¿quién te los dará? —En su rostro se dibujó un gesto divertido—. ¿El cabo Marín o... Nicolás, el apuesto ventero?

—Deja de decir tonterías —repliqué, aunque riéndome.

—¿Por cuál de ellos te decidirás?

—Por ninguno.

—O por los dos.

Dispuesta a tener la última palabra, cerró la portezuela, se dio media vuelta y se alejó tarareando una melodía feliz. La observé con una sonrisa en la cara. Esa muchacha no tenía remedio. Y yo, a ese paso, tampoco lo tendría. Porque por más que quisiera ser racional, mi estómago se empeñaba en pellizcarme, y mi mente, compinchada con él y con Lily, dibujó la imagen de Nicolás sin camisa; y la sonrisa de Elías y sus brazos

fuertes bajo la chaqueta del uniforme. Me dejé caer en el asiento y suspiré.

El carruaje inició la marcha y recé por llegar pronto. Tenía ganas de asearme y meterme en la cama, a ver si al menos durmiendo conseguía dejar de pensar en esas cosas. La culpa era de Lily, que me estaba llenando la cabeza de hombres. Entonces recordé que había prometido a Nicolás que le daría clases a mi regreso. ¿Cómo iba a poder concentrarme teniéndolo cerca después de las cosas que había dicho, o con la sonrisa y los hoyuelos de Elías rondándome la mente? Por suerte, nada más llegué, Nicolás me dijo que estaba cansado y que prefería irse a la cama temprano, por lo que pospuso la lectura para el día siguiente. Yo sospechaba que sus verdaderas razones tenían que ver con las salidas nocturnas, mas no dije nada. Con la de cosas en las que tenía que pensar, no me vendría mal un rato a solas, así que me sentí como si me hubiera salvado de un naufragio.

Tumbada ya en la cama, me di cuenta de que, al haberle contado tanto a Manuela como a Lily la verdad en aquellos días, ya no sentía tanta presión en el pecho. Me sentía algo más libre y calmada, más en paz conmigo misma y con el mundo. Esperé tener fuerzas algún día de contárselo a Nicolás y quizá... quizá también a Elías.

Aquella noche, él ocupó todos mis pensamientos. Recordé nuestro primer encuentro y fui consciente entonces de algo que, sumida en la vorágine de sentimientos que tenía por Julián, no había tenido en cuenta. Elías me hizo sentir algo cuando estuve en sus brazos. Y no me consternaba tal idea tanto como el hecho de que, cada vez que lo tenía cerca, una parte de mí anhelaba correr hacia él y arrojarme en sus brazos, buscando el refugio de aquel momento.

Cerré entonces los ojos y soñé que lo hacía. Que el cabo Elías Marín me estrechaba y que volvía a estar en aquella ventana con él. Y que cuando me advertía sobre Julián, yo le creía y él me llevaba hasta Málaga a lomos de Lucero; y del patio de mi casa, él cogía un ramillete de jazmín y lo ponía en mi pelo. Después me besaba con dulzura y yo me entregaba a su beso como

si de sus labios dependiera mi existencia. Luego paseábamos de la mano junto al mar. Como si fuera el único hombre al que había conocido. Antes de Julián; antes de Nicolás. Y al soñarlo percibí sensaciones que nunca había sentido. Un pellizco de ilusión en mi estómago que se tornaba en ganas de verlo; una sonrisa cuando recreaba la suya en mi mente. Julián era dolor, y Nicolás era dudas y deseo, mas cuando pensaba en Elías... había calma. Era como estar bajo los cálidos rayos de sol en un día muy frío. Como cerrar los ojos en medio de la lluvia y al abrirlos encontrar el arco iris; puro y hermoso. Pero, aunque reales, un acercamiento entre nosotros no dejaba de ser un sueño.

Él me había conocido como una mujer casada; le había mentado y fingido que nunca nos habíamos visto. De seguro que ahora pensaba de mí que no era más que una mujer despechada y abandonada. Tenía que asumir la idea de que no volvería a mirarme como lo había hecho aquella vez. Que si bien podría intentar explicarle lo sucedido, nada sería igual que el día en el que lo conocí.

Con aquel pensamiento cruzándome la cabeza, terminé por dormirme, no sin antes sentir en mis labios el sabor de una lágrima amarga que cayó por mi mejilla y sin escuchar cómo Nicolás abandonaba la venta un día más.

Capítulo 14

A la mañana siguiente desperté sintiéndome algo extraña. Me había dormido pensando en Elías y, al abrir los ojos, lo había hecho con él en mi mente. Me había quedado tan absorta en su recuerdo que ni siquiera me había preocupado de si Nicolás había entrado o salido. Al mirar por la ventana me di cuenta de que el día estaba gris, lo cual no sería de gran ayuda estando alicaída, mas me dije a mí misma que tenía que poner la mejor de mis sonrisas y sacar el día adelante. Me aseé y bajé a la cocina, donde encontré a Manuela sopando pan en el café. No tenía buena cara. Tomando una taza para mí, le pregunté por qué y me dijo que había dormido algo mal, porque se acercaba ya el frío del invierno y ella padecía de los huesos. A decir verdad aún estábamos en octubre, aunque le quedasen pocos días al mes para terminar. Lamenté que se sintiera tan mal y le dije que me haría cargo de todo cuanto pudiera. Ella señaló una canasta con algunos pañuelos y trapos blancos.

—Tengo que llevarle eso a don Beltrán. Me ha pagado unos cuartos para que se lo planche —comentó—. ¿Te importa acercarte? Mandaría a Nicolás con Canela, pero tiene que echarle un ojo al tejado, por si vienen otra vez las lluvias.

Si él lo decía, desde luego que lo harían.

—En cuanto haga las habitaciones y organice la comida con usted salgo para la parroquia.

Manuela se mostró contenta, agradeciéndomelo con una sonrisa.

Desayunamos hablando sobre asuntos triviales. Tras arreglar los dormitorios, ayudé a Manuela en la cocina. Terminamos cerca de mediodía y ella salió a la barra, porque empezaban a arribar los parroquianos. Estaba fregando platos cuando escuché cierto revuelo procedente del comedor. Me asomé por la puerta y vi a don Carlos y don Jacinto, de pie, al lado de las mesas que debían de haber ocupado. Manuela estaba tras la barra, igualmente quieta, con la espalda pegada a la pared. Había más gente, viajeros sin duda, pues no los había visto antes, y, junto a la puerta, vi a Elías con su uniforme, acompañado de Bernardo y de dos compañeros más de su misma edad. Todos llevaban el fusil en las manos, como si pensasen utilizarlo en algún momento.

Elías se dirigió hacia Manuela y pareció que pedía permiso.

—Disculpen las molestias. Venimos a hacer una inspección. ¿Señora Castro?

—Pasen, por favor —dijo ella.

El muchacho le dirigió un gesto agradecido.

—Lamento la intrusión.

—No se preocupe, sé que hacen su trabajo.

—Es algo rutinario —indicó, con gesto tranquilo. Después miró en derredor—. ¿Quién es el cochero de la diligencia?

Un hombre alzó la mano de forma tímida. Elías hizo un gesto a los guardias y pidió al cochero que lo acompañase fuera. Los vi alejarse en dirección al transporte y supuse que lo registrarían, pues era lo que Bernardo había comenzado a hacer en la venta. Elías, por su parte, se acercó hasta Manuela.

—¿Puedo saber qué buscan? —preguntó la mujer.

—El otro día robaron en la fábrica de Santa Bárbara. En Granada.

Yo no sabía qué había en ese lugar, mas no debía de ser nada bueno, por el gesto que puso ella.

—Pero ¿y por qué creen que están aquí?

—Hay testigos que afirman que han traído lo robado hasta Despeñaperros.

La vi incluso persignarse.

—Por Dios, cabo, no me diga eso. ¿Para qué?

Él negó con la cabeza.

—No lo sé, señora Castro —dijo—. Mas le agradecería que si ve algún viajero o movimiento extraño, me lo haga saber.

En aquel instante, Elías giró la cabeza y me vio, percatándose de mi presencia por primera vez desde que había entrado. Su semblante se tornó menos serio, sonrió levemente y volvió a mirar a Manuela.

—No se preocupe —decía ella—. Saben ustedes que aquí respetamos la ley.

—Espero que entienda que aun así tenemos que registrar la venta.

Ella asintió y Elías le hizo un gesto a Bernardo, señalándole escaleras arriba. Al punto, este ascendió a toda prisa. En el ambiente había tanta tensión que podía incluso respirarse. La pareja que había ido a inspeccionar la diligencia con el cochero regresó, y el cabo Marín les indicó que registrasen las cocinas. Mientras los oíamos trastear con muebles y cajas, nos quedábamos allí quietos cual estatuas, sin atrevernos siquiera a hablar. Elías observaba a la gente, y de vez en cuando su mirada se clavaba en mí y yo me sentía abrumada por la intensidad que en ella descubría, así que la esquivé, fijando la mía en el suelo, algo avergonzada.

Bernardo bajó al poco del piso superior y se acercó a Elías.

—He encontrado esto. —Le oí decir.

Alcé la vista y vi que tenía en las manos la manta que él me había dado. Mi cuerpo entero se turbó y me sentí algo expuesta.

—Es una de nuestras mantas —afirmó Álvarez dirigiéndose a Manuela

—. ¿De dónde la han sacado?

Ella me miró, esperando que dijera algo.

—Es mía —declaré, sin apenas arrojo.

—¿Y puede usted explicar por qué está en su posesión?

Mis ojos fueron a parar a Elías sin poder evitarlo. Él los tenía puestos en el suelo y apretaba el mentón. Hubo un silencio algo espeso, incómodo, agravado por la presencia de desconocidos y por la tensión del momento. Deseé haber podido salir corriendo. Cuando pensé que tendría que justificarme de alguna forma, Elías habló.

—Yo se la presté a la señorita Ulloa. —Se colgó entonces el fusil al hombro y cogió la manta de manos de Bernardo. Vino hacia donde estaba y a un paso de mí se detuvo—. Si la sigue necesitando, puede quedársela un poco más.

—Me gustaría —contesté. Él puso la manta en mis manos y, al hacerlo, rozaron las suyas. Elías mantuvo el contacto y tuve la impresión de que estaríamos así para siempre, anclados de nuevo en uno de esos momentos en los que el tiempo se detenía.

—Será por siempre suya, entonces.

Y tras decir esto, se separó de mí y dio órdenes a los demás de que abandonasen la venta. Antes de marcharse tras ellos, habló con Manuela.

—Avísenos si ve algo, y sepa que tengo en gran estima su ayuda.

—Pierda cuidado —dijo ella.

—Gracias, doña Manuela —diciendo estas palabras, me dirigió una última mirada y abandonó la venta.

Sin quererlo, se me escapó un suspiro.

Incluso habiendo salido de allí y alejándose bastante, costó que el ambiente volviera a la normalidad y, cuando lo hizo, se llenó de murmuraciones y comentarios. En las caras de la gente vi miedo. Le pregunté entonces a Manuela qué se fabricaba en la Santa Bárbara.

—Explosivos —me dijo, y comprendí su gesto. El mío no fue muy

distinto al de los demás. Ella, que era de arredrarse poco, recobró la compostura antes que nadie y me habló con calma—: Venga, no vamos a pensar ahora en eso. Termina tus cosas, come algo y llévale a Beltrán los trapos, por favor. Que si no se te echará la noche a la vuelta.

Obedecí y me enfrasqué en mis tareas para no pensar mucho en ese asunto del robo de explosivos y su posible presencia en Sierra Morena. La perspectiva de que pudieran explotar y alguien saliera herido me asustaba sobremanera. Comí algo del caldo de patata que había preparado Manuela y por un instante sentí que su aroma pretendía traerme un recuerdo que no terminaba de llegar. Antes de salir fregué los platos, me eché la toquilla a los hombros, me despedí de ella y partí hacia la parroquia. Estaba a menos de dos leguas, así que apenas tardaría una hora.

Luna salió de entre los matorrales cercanos a la venta y echó a andar tras de mí, adelantándome de vez en cuando o caminando a mi lado. Saber que me acompañaba me dio cierta tranquilidad, pues, aunque la propia Manuela llevaba muchos años haciendo ese camino y jamás le había ocurrido nada, tenía una sensación muy mala metida en el cuerpo a causa de ese asunto de los explosivos.

El cielo seguía plomizo y solo esperaba que no arrancase a llover.

Había recorrido ya cierta distancia cuando, en un punto en el que el sendero se estrechaba y quedaba atrapado entre una hilera de pinos, vi una figura montada a caballo que avanzaba en dirección contraria. Dudé de si seguir andando o no, y aflojé el paso. Luna me adelantó y esperé a ver su reacción. Llegó hasta quien quiera que fuese y no la oí aullar ni hacer nada extraño. Regresó a mí, con la cola muy alzada, y volvió a ponerse detrás de mí. Quien quiera que fuese era conocido por ella. Pensé por un instante que podía tratarse de Nicolás, pero entonces estuvo lo suficientemente cerca como para distinguirlo.

Elías, con su uniforme, estaba sobre Lucero. Igual que el día en el que lo conocí. A cierta distancia, cuando nuestros rasgos eran ya totalmente

distinguibles, me detuve y él también. Luna correteó entre ambos. Lucero cabeceó como si me estuviera diciendo «hola». Nosotros no dijimos nada, solo nos miramos en silencio. Desde mi posición, la imagen de Elías subido a su caballo resultaba casi abrumadora. Parecía sacado de un sueño. Si ya me parecía atractivo, en ese momento pensé que nunca antes había visto un hombre de tal porte. Se quitó el sombrero y habló al fin, saludándome de forma cortés.

—Buenas tardes, señorita Vergara.

—Buenas tardes, cabo Marín —respondí, nerviosa.

—¿Puedo preguntar a dónde se dirige?

—A la parroquia. He de llevarle unas cosas a don Beltrán.

Él miró hacia la canasta y después sus ojos volvieron a los míos, haciéndome sentir, una vez más, que cuando me miraba estaba a salvo de todo.

—No debería andar sola por aquí. Los caminos estos días no son seguros.

—Los caminos nunca lo son, así que no se preocupe por mí. De seguro tendrá cosas importantes que hacer.

—Claro que las tengo, acompañarla a usted.

—No me va a pasar nada. La parroquia está a menos de dos leguas.

—Y los villanos a menos de una —rebatí él—. ¿No ha oído todas esas historias de bandidos?

—Claro que sí.

—¿Y no tiene miedo?

Decidí hacerme la valiente y negar con la cabeza.

—No. ¿Piensa usted seguirme todo el camino?

—Donde quiera que vaya —declaró.

Percibí un tono cálido en su voz y sonreí.

—¿Y si le dijera que voy al fin del mundo?

—Sobre todo al fin del mundo —apuntó, arrancándome una sonrisa aún mayor—. Mas le pediría que subiera al caballo, el camino se le va a hacer

largo de aquí a Galicia.

No comprendí por qué decía aquello. Me detuve y me giré para mirarlo. Él instó a Lucero a detenerse también. El caballo obedeció sin demora.

—¿A Galicia? —inquirí.

—Finisterre, señorita Vergara. El fin de la Tierra.

—El fin de la Tierra no existe, es redonda.

—Los antiguos creían que sí, y que más allá de ese lugar no había más que monstruos y dragones. —Puso cierto halo de misterio en su voz.

Alcé las cejas, fingiendo gran sorpresa, para dar alas a su conversación.

—¿Ha estado allí alguna vez? —inquirí. Él asintió, y yo formulé una nueva pregunta—. ¿Y los ha visto?

—Con mis propios ojos. —Los abrió, desmesuradamente, con gesto divertido. La sonrisa en mí ya era perpetua. En él también, tan hermosa como la recordaba—. He estado muchas veces. Mis padres nacieron allí: Santiago Marín y Rosalía Carballeira. —Su voz sonó llena de orgullo al pronunciar sus nombres, a la par que pareció embargarlo en algo la tristeza. Habló de ellos en pasado y supuse que los había perdido. No quise preguntarle nada para no herirlo, aunque no dudé en hacerle la siguiente apreciación.

—Pero usted dijo cuando nos conocimos que era de Cádiz.

—¿Lo recuerda? —Sonrió con gesto feliz.

—Claro que lo recuerdo.

—Me alegra oírlo. —Tras sus palabras, dichas con gran calidez, miró al cielo y arrugó la nariz—. Deje que la lleve a la parroquia, por favor, o acabaremos hechos una sopa. Las nubes anuncian tormenta.

—¿Es que aquí nunca deja de llover? —me quejé, yendo hacia él, dispuesta a acceder a su petición.

—No suele llover tanto, la verdad. Igual es que ha traído con usted la tormenta.

Fruncí el entrecejo.

—No sé si esa apreciación es buena o mala.

—Es imposible que nada malo pueda serle achacado a usted —dijo, con una sonrisa—. Y, en cualquier caso, no olvide que en algún lugar de la tormenta hay siempre un arco iris.

«Un arco iris...», justo lo que él se me antojaba.

Tendió su mano y me ayudó a subir a Lucero. Quedé sentada tras él, y dado que no acostumbraba a montar a caballo, sentí algo de vértigo. Murmuré una oración en voz baja y él pareció oírme.

—No tenga miedo —dijo con voz dulce—. Nunca permitiría que usted sufriera daño alguno y Lucero tampoco. ¿Verdad que no?

El caballo soltó un quedo relincho a modo de respuesta y Elías palmeó su cuello, amistosamente, dándole orden, después, de que iniciara la marcha. Al hacerlo, noté que me escurría y hube de agarrarme con fuerza a su cintura para sentirme segura. No pareció molesto por ello, aunque en mi estómago nació una sensación reconfortante al saberlo tan cerca de nuevo. Poco después, Luna nos dejó a solas, y emprendió el camino de vuelta a casa. Pareció quedarse tranquila al saber que estaba con Elías.

Hicimos el trayecto en silencio. No sé qué se pasaba por su cabeza, pero yo estaba tan a gusto junto a él, rodeándolo con mis brazos, que sentí que las palabras sobraban entre nosotros. Llegamos por fin a la parroquia y no me entretuve mucho en darle los paños a don Beltrán, con eso de que quería estar de vuelta antes de que empezase a llover. El cura se alegró de vernos. Despachamos pronto, reemprendiendo el camino. No habíamos avanzado ni media legua cuando el cielo tronó con fuerza y, tal y como él había previsto, las nubes descargaron una lluvia gruesa de gotas grandes y frías como témpanos de hielo. Casi agujereaban la piel al tocarla.

—Parece que estamos hechos para estar juntos cuando hay tormenta —dijo él, haciendo virar a Lucero fuera del camino.

Aquello me arrancó un suspiro que apenas pude disimular.

—¿Dónde vamos? —pregunté con la respiración entrecortada.

Las gotas caían sobre su sombrero, mojándolo; otras resbalaban por su cuello hasta alcanzar el paño de su uniforme, dibujando surcos en su espalda. Alcé la toquilla para taparnos a los dos, gesto que él agradeció girando la cabeza levemente y sonriéndome.

—A ponernos a resguardo —dijo.

Al adentrarnos en el bosque, las copas de los árboles tornaron la lluvia menos espesa. Se oían crujir sus ramas, y el olor a tierra mojada hacía que los pulmones se sintieran más llenos de vida que nunca. Pasamos por una zona donde los árboles estaban preñados de madroños y por un puente que debía ser del que todos hablaban, pues tenía aspecto de ser muy antiguo. Elías condujo a Lucero hasta una zona rocosa en la que las piedras, como grandes lascas de roca, parecían haber sido clavadas por la mano de un gigante en la ladera de la montaña. Se asemejaban a los tubos de un órgano de proporciones descomunales.

Salvamos algunos desniveles, y hube de soltar la toquilla y volver a agarrarme. Pronto llegamos al abrigo de una roca que emergía de la tierra de forma horizontal, formando una especie de tejado natural que mantenía fuera la lluvia. Debía de ser lugar habitual de refugio, pues había restos de una fogata y unos cuantos troncos y palos pegados a la pared rocosa.

Elías desmontó y me ayudó a bajar, poniendo sus manos en mi cintura con delicadeza. Su rostro estaba mojado por la lluvia y el tono de sus ojos se había acentuado. Estuvimos tan cerca que me ruboricé. Él se apartó de mí, algo nervioso, y sacó la manta de entre sus posesiones, como aquella otra vez. La tendió en el suelo, junto a la pared rocosa, y me pidió que me sentase. Tras esto fue hacia los árboles cercanos y volvió con algunos líquenes de los que había visto pegados a los troncos de los alcornoques y que se me antojaban barbas grises que los poblaban, como si fueran los abuelos del bosque. Sobre ellos intentó crear una chispa con un cuchillo que sacó de una de sus botas y una especie de cilindro metálico alargado. Aunque encendió con gran habilidad la fogata, sonreí al saber que, hasta

hace unos días, me habría sorprendido con aquello, pues ni yo misma sabía cómo encender un fuego. Tantas cosas me daban hechas, y tantas daba por hecho, que había olvidado su valor. Se quitó la chaqueta y la colocó cerca de la hoguera. Llevaba una camisa blanca que, aunque algo holgada, me permitió observar mejor las formas de su torso. Se sentó a mi lado y descubrí entonces que su cercanía no solo me hacía sentir segura, anclada a la tierra y sus pilares; también provocaba en mi interior algo a lo que aún no había podido darle nombre y que palpitaba, latente. Como flor que emerge del suelo invernal arrullada por el calor del sol, una sensación cálida, insospechada, vibrante, que me pedía acercarme a él. Y aunque en cierto modo me recordaba a lo que había sentido en los primeros días que conocí a Julián, la sabía menos nociva; menos abrasadora y destructiva. Julián era el fuego de los infiernos; Elías, el calor de un hogar. Ese refugio al que retornar en medio de la tormenta: reconfortante; capaz de revivir un corazón congelado por las dudas y el dolor.

—Debería hacer lo mismo —me dijo, cazando mis ojos posados en él. Los aparté, sabiéndome descubierta, y me ruboricé.

—Perdone, ¿hacer lo mismo? —pregunté, tan desconcertada como ofendida—. No voy a quitarme el vestido, si es eso lo que está insinuando.

—Desde luego que no —contestó él entre risas—. Me refería a su toquilla. Está mojada.

Me la quité de los hombros y la dejé junto a su chaqueta, con gesto resuelto, mientras él seguía riendo.

—¿De qué se ríe?

—Del malentendido. Nunca le pediría que hiciera nada parecido. A no ser que... —Hizo una pausa en la que me miró con un gesto divertido, algo pícaro—. A no ser que usted quiera, claro.

Esa sensación me asaltó de nuevo y casi me empujó a pronunciar una respuesta del todo inapropiada. Había sobrepasado aquellos límites con Julián y la caída había sido terrible. Lo que me habían enseñado sobre las

relaciones chocaba una vez más con lo que mi corazón quería decir; con lo que mi cuerpo quería hacer. Sin embargo, no solo me frenaban las convicciones, también lo hacía el miedo. El miedo a ser herida una vez más. A dar más de lo que iba a recibir. A pagar en oro lo que otros pagaban con falsa moneda.

Él, atento, pareció percibir mi desazón.

—Disculpe si la he incomodado. No volverá a suceder.

—No... —dije, poniendo una mano en su brazo, con apremio. Lo había hecho sin pensar. Mi cuerpo había cedido a sus deseos obviando mi razón. La retiré al instante, sabiendo por la mirada de Elías que habría querido que no lo hiciera—. No es que usted me incomode. Es que...

Me tragué el nudo que se formaba en mi garganta. No sabía cómo explicarme ni por dónde empezar. Miré al fuego que, hipnotizador, parecía que tuviera a veces el poder de arrojar respuestas a todas nuestras preguntas. Supe que seguía mirándome, esperando que hablase, pero a mis intenciones y mis ganas se las tragaba el miedo, y no sabía qué decir. Él, con su habitual cortesía, respetó mi silencio y, amparados en el sonido de la lluvia, que caía en el suelo arrancando gotas de barro, y en el crepitar de los troncos de la hoguera, que chisporroteaban como si se quejasen, estuvimos callados durante un rato. Finalmente, nuestras miradas se cruzaron, hasta encontrarse.

—Sé que no quiere hablar de ello, pero... ¿por qué quiere quedarse aquí teniendo un hogar en Málaga? Vi a su hermano en la Casa Cuartel. Parecía buen hombre y estaba muy preocupado por usted.

Suspiré, recordando a mi hermano. Me enjuagué las lágrimas y dudé de si hablar de lo que me había pasado. No solo por lo que él pudiera pensar de mí, sino también porque hacerlo avivaba el dolor de aquellos días.

—Él y mi madre tienen pretensiones para mí que no quiero aceptar —me atreví a decir.

Él frunció el ceño.

—Discúlpeme, pero no la entiendo.

—Temo que si se lo digo, no vuelva a mirarme de la misma forma.

—Y yo dudo que exista nada que pueda hacer que deje de mirarla así. —
En su voz había devoción y anhelo. En sus ojos, un sentimiento profundo de admiración.

Mi corazón se aceleró al percibir aquellos detalles, empujándome a acercarme más a él y a decirle que sus palabras me calaban muy hondo, mas mi cabeza, llena de miedos, me frenó.

—No sabe lo que dice. —Agaché la vista al suelo.

Él giró el cuerpo hacia mí y sentí sus ojos clavados en mí de nuevo. Venciendo a mis demonios, correspondí a su mirada y me entregué a ella por completo.

—Victoria, por favor. —Me sentí tan reconfortada al oírlo de sus labios que no lo corregí—. Soy su amigo, ¿recuerda? Cuando la conocí le dije que estaría cerca de usted por si me necesitaba. Y creo que ahora me necesita más que nunca. Aunque sé que es fuerte y puede enfrentarse a todo sola, no lo haga. No tiene por qué. Déjeme ayudarla.

Hablaba con dulzura, y yo no podía evitar mirar sus labios de vez en cuando, preguntándome cómo sería besarlos. Hube de concentrarme en no pensar más en ello, pues noté que de nuevo me ruborizaba. Él me sonrió, quizá distinguiéndome ansiosa, y su calidez me alentó a contarle la verdad.

—Querían obligarme a un casamiento que me arrojaría a una vida de soledad y hastío con un hombre al que apenas conozco y al que ni mucho menos amo.

La preocupación de su rostro se tornó en tristeza.

—Siento que sea así —dijo—. Si estuviera en su lugar, tampoco querría vivir una vida sin amor. La gente suele decir que el matrimonio y el amor son cosas distintas, pero ¿y la dicha de tener ambas? ¿Por qué negárnosla?

Sentí deseos de abrazarlo en aquel instante. Lo habría estrechado entre mis brazos a causa de un impulso que surgía desde lo más profundo de mi

ser. Mas la razón me detuvo de nuevo y me limité a asentir, sonriendo. Él sonrió también, pero al punto su rostro se tornó meditabundo. Supe que planeaba hacerme alguna apreciación algo más delicada. No me equivoqué.

—El hombre con el que la vi... —Tomó aire—. ¿No era su esposo entonces?

—Siento haberle mentido —dije, negando con la cabeza.

Agaché la mirada avergonzada pensando que se enfadaría, mas, cuando lo miré de nuevo, había en su rostro una sonrisa.

—No sabe cuánto me alegro —dijo, con gran felicidad, mas de inmediato su expresión se tornó preocupada—. ¿Se propasó con usted? ¿La hirió?

—No del modo en que usted piensa.

—Si le hizo algo por lo que pueda ser juzgado, pondré sobre aviso al cuartel. Aunque no sé si podré contenerme de ir a buscarlo yo mismo para arrancarle las entrañas por haberle hecho mal.

Yo solo quería olvidarme de él. Que fuera Dios quien lo juzgase y lo enviase al Infierno si era preciso.

—No. No es necesario.

—Pero no me negará que es el culpable de que se halle en su situación.

—Ya le he dicho que he sido responsable de mis actos. Él me engañó, sí, mas yo me dejé engañar. Con no volver a saber nada de ese demonio me doy por contenta.

Un relámpago restalló entonces en las cercanías y el viento sopló con más fuerza, amenazando incluso con apagar la hoguera. Lucero se agitó inquieto y Elías se levantó al punto y fue con él, para apaciguarlo.

Lo escuché hablar con el caballo mientras tomaba aire. El estómago se me había encogido. La intensidad de mis emociones me había desbordado. También me levanté y me separé un poco de la hoguera. Contemplé la inmensidad del paisaje en aquel día gris y deseé poder volar a algún lugar donde mis sentimientos no fueran un nudo; volar, quizá, al principio de todo, antes de conocer a Julián; pero entonces miré a Elías de reojo y lo vi

acariciando la tez de Lucero, hablándole como hablaría un padre a su hijo, y supe que, a pesar de cuanto había sucedido, no daría marcha atrás en el tiempo pues entonces no lo habría conocido a él. Y prefería tener que luchar conmigo misma y pelear contra los malos recuerdos que no recordarlo a él en absoluto.

—Vamos a tener que rezar a Santa Bárbara para que nos dé un respiro —dijo, dejando solo a Lucero y yendo junto la hoguera. Se agachó para coger su chaqueta, que ya debía estar seca, y vino hacia mí con ella en la mano. La puso sobre mis hombros y noté el calor que desprendía al haber estado cerca del fuego. Se situó a mi lado, y oteó también el paisaje. La lluvia, aunque menor, seguía siendo constante.

—¿Siempre es así de cortés con todo el mundo? —pregunté con curiosidad.

—Me gusta ayudar a las personas. Ya lo sabe. Por eso ingresé en el Cuerpo, para poder ayudar a quien me necesite.

—Y lo felicito. Sé que salvaron de la riada a un niño del pueblo.

—No tiene por qué agradecerlo. Es mi deber.

—Yo diría que es más bien su pasión —observé.

—Cuando algo me inspira, me gusta darlo todo de mí —dijo.

Por la forma en la que me miró, quise pensar que había algo de nosotros en esas palabras. Me arriesgué a ir más allá y preguntárselo de forma indirecta.

—¿Y hay algo más que lo inspire, aparte de su trabajo?

—Usted —dijo entonces.

Y aunque lo había anhelado y esperado, no por ello mi corazón latió con menos fuerza.

—Solo deseo tener el tiempo y la oportunidad suficientes como para probárselo —confesó—. Dígame que piensa quedarse una larga temporada.

—Hasta que reúna lo necesario como para seguir mi viaje —contesté. Sentí que mi respuesta lo entristecía y me apresuré a añadir algo más—.

Aunque... quizá cambie de planes.

Él sonrió entonces, y yo resistí el impulso de alzar mi mano hacia su rostro y acariciarlo, mas lo que no soporté fueron las ganas de ofrecerle una disculpa, pues sentí que se la debía.

—Siento haber mentido en casa de la señorita Wizner. Siento haber dicho que no nos conocíamos.

—No se preocupe por eso —dijo con gesto sincero.

Me sentí agradecida por haberme quitado tal peso de encima.

La tormenta amainó entonces, aunque tanto él como yo habríamos deseado que fuera eterna y tener por siempre una excusa para estar a solas en aquel lugar. Si bien me costó dejar aquel sitio, mereció la pena, pues el camino de vuelta fue también una experiencia agradable. Elías hablaba de cada detalle con el que nos cruzábamos; conocía muy bien la flora y la fauna del lugar, y la describía con precisión. Al parecer le gustaban mucho las aves nocturnas, y me contó que una vez salvó a un mochuelo de un incendio, y que lo crio con sus propias manos hasta que fue un búho «más grande casi que Lucero». Aquella exageración me arrancó una risa. Paró a cogerme madroños y los comimos a dos carrillos.

Ya en la venta, vi a Luna rondar la casa cuando llegamos, y me quedé tranquila al saber que había regresado bien. Me había sentido tan a gusto con Elías que deseé que pudiera quedarse un poco más, pero tenía obligaciones que cumplir y se marchó, no sin antes saludar a Manuela. Nicolás, que ya andaba por allí, apenas si lo saludó con la cabeza, mirándolo con desconfianza.

Aquella noche, el ambiente entre nosotros parecía enrarecido. Nicolás estaba nervioso y apenas se concentraba. No sabía qué le pasaba, e intenté dar lo mejor de mí a pesar de todo; sin embargo, en un punto, soltó la pluma con desdén sobre la mesa y se cruzó de brazos, mirándome ceñudo.

—¿Has estado con Marín a solas? —inquirió con voz hosca.

Alcé la vista del libro, a la par que una ceja.

—¿Perdona? —repliqué, desconcertada.

—Que si has estado con él a solas —insistió—. No entiendo por qué lo has hecho, sé que lo conoces, pero ¿de qué?

Me sentí algo abrumada por sus demandas, acorralada casi. Si eran a causa de su orgullo, de sus celos o de su preocupación, no estaban justificadas, así que no dudé en reclamar el espacio que él había sobrepasado.

—No tengo por qué darte explicaciones. Y menos si me las pides de esa manera.

—No deberías andar por ahí con nadie a solas. La gente va a murmurar.

—¿Y a ti que más te da lo que yo haga?

—¿A mí? Un tanto de esto —dijo, haciendo un gesto con los dedos que dejaba entrever que le importaba apenas nada—. Pero vives en esta casa y no puedes exponernos a las malas lenguas.

Aquello me molestó tanto que me levanté de golpe de la mesa. Él hizo lo mismo. Nos observamos, frente a frente. Nuestras miradas se clavaron la una en la otra, y eran como flechas de fuego amenazando con quemar cualquier sentimiento que hubiera entre nosotros.

—No he hecho nada que pueda exponeros a las habladurías. Elías Marín es un caballero y un miembro de la Guardia Civil. Me ha acompañado para protegerme.

—No te dejes cegar por el uniforme, Rosita, o acabarás peor que si hubieras mirado directamente al sol.

Apreté el mentón, furiosa.

—¿Me puedes decir de una vez qué te ha hecho?

Ignoró mi pregunta. Yo suspiré, agotada.

—Mira, Nicolás, sea lo que sea, me queda claro que hablas desde el odio. Y odiar a alguien solo hará que te carcomas por dentro. —No pensaba seguir con aquella conversación y se lo hice saber—. Elías es un buen hombre y punto. No pienso continuar hablando más de este asunto.

—Desde luego, decir nada más sería perder el tiempo —dijo, y apretó los puños. Tuve la impresión de que se iría sin más; sin embargo, habló de nuevo—: Solo te digo esto porque me importas y porque no quiero que te hieran.

Entendía sus sentimientos y calaban hondo en mí, mas no me gustaba la forma en la que los había expresado.

—Tienes una forma muy extraña de demostrarlo, hiriéndome tú primero con tus palabras —le dije—. Haciéndome quedar como poco más que una mujer vulgar que se pierde en los montes. Y de haber sido así, no es en absoluto asunto tuyo.

Él suspiró y agachó la cabeza a la par que la mirada.

—Tiene razón. He sido descortés. Perdóname.

Aunque me sentí profundamente ofendida, su disculpa parecía más que sincera y asentí. Hubo una mirada que, aunque breve, estaba colmada de sentimientos. Que significaba mucho para él no era ya ningún secreto. Que él significaba mucho para mí, tampoco. Mas en ese punto, mi corazón empezaba a hablar por mí, y pronunciaba cada vez con más fuerza el nombre de Elías.

—Será mejor que me vaya a dormir.

Asentí y, una vez más, me quedé sola un rato mirando al fuego, pensando en cuanto había sucedido. Con la cabeza a punto de estallarme, subí a mi dormitorio e intenté dormir. Como cada noche, lo escuché marcharse. Salté de la cama y me asomé a la ventana. Su figura se percibió más clara que nunca mientras abandonaba la venta a lomos de Canela, con Luna siguiendo sus pasos. Era él, sin duda alguna.

Esa fue la peor noche de cuantas había pasado. No logré dormir ni un segundo. El gallo cantaba cuando Nicolás regresó a casa. Lo observé desmontar de Canela, apartando lo más mínimo el visillo para evitar ser descubierta. Me fijé en si venía borracho, tambaleándose... mas no había signos de embriaguez en él. Sin embargo, algo sí llamó mi atención. Sus

manos y su camisa estaban llenas de sangre. Tragué saliva, preocupada. Todo mi cuerpo se puso en alerta y sentí incluso que las piernas me temblaban. Resolví firmemente que, en cuanto tuviera ocasión, hablaría con Manuela sobre aquello. Si andaba metido en algo, lo sacaríamos juntas.

Capítulo 15

Cuando bajé a la cocina tenía tanto sueño que apenas era capaz de mantener los ojos abiertos. Desayuné algo de pan sopado en leche caliente que Manuela sirvió, no sin perder la ocasión de hablar de la «cara de acelga» con la que me había levantado y de preguntarme qué me había mantenido en vela toda la noche. Miré de reojo a Nicolás y este apartó la vista, pero en cuanto miré hacia otro lado, sentí que me observaba de nuevo. Y así, durante todo el desayuno; como si nuestros ojos fueran dos chiquillos jugando al escondite. Había habido muchas cosas en la conversación que tuvimos la noche anterior; las que dijimos y las que no. Los sentimientos de Nicolás habían alcanzado un grado de intensidad abrumador. No sabía qué decirle siquiera. Ni yo misma entendía los míos como para intentar comprender los suyos. Empeorando la tormenta, Manuela, que ya se había levantado de la mesa y andaba trasteando entre pucheros para preparar el almuerzo, dijo algo que nos hizo a ambos fruncir el ceño. A Nicolás, de seguro por el enfado; a mí, por extrañeza.

—El cabo Marín ha pasado por aquí y ha dejado una cosa para ti.

—¿El cabo Marín? —dije sorprendida—. ¿Ha estado aquí?

—Hace rato ya. Esa gente madruga mucho, o no duerme. Lo que se tercie para protegernos de los males del mundo.

—¿Y qué es lo que ha dejado? —pregunté, impaciente.

Ella dirigió la vista hacia la encimera de la cocina, donde reposaba un paquete envuelto en papel de seda y anudado con un lazo azul. Me levanté de un salto y, nada más cogerlo, supe que era un libro. Nerviosa, y bajo las atentas miradas de Nicolás y su madre, le quité el envoltorio y hallé un ejemplar de las *Poesías*[6] de doña Carolina Coronado. Una sonrisa se instaló en mis labios y parecía que fuera a quedarse allí para siempre.

—¿Qué es? —inquirió Manuela.

—Un libro de poesía.

—Ay, Rosita. Que el cabo se ha prendado de ti. —Manuela suspiró. Había cierta tristeza en ese gesto, aunque en aquel entonces no supe discernir por qué.

—¿Qué? —La miré estupefacta—. No. No. No diga tonterías.

—Sabré yo de hombres más que tú. Cuando hay poesía de por medio, flores o guantes, es que algo quieren.

Escuché a Nicolás resoplar. Se levantó de la silla con gesto abrupto y, tras dejar su tazón en la pila, gruñó entre dientes un: «Me largo. Tengo muchas cosas que hacer».

—Nicolás —su madre lo llamó en vano, pues él salió de allí como si dentro fuéramos a contagiarse alguna enfermedad. Manuela me miró ceñuda—. ¿Qué le pasa a mi hijo?

—Pues... —Esquivé su mirada inquisitiva, fijándola en el libro. Sabía de sobra por qué se había marchado así: no soportaba la idea de que entre Elías y yo hubiera acercamiento alguno, pero no iba a decírselo a su madre. Lo que sí quería referirle era acerca de esas salidas nocturnas de su hijo—. ¿Sabe usted dónde va Nicolás por las noches?

La mujer, que en ese momento se hallaba removiendo el puchero con una cuchara de madera, se detuvo en seco, frunció el ceño y apoyó una mano en su cadera mirándome de soslayo.

—¿Mi Nicolás?

Asentí.

—¿Por las noches? —Cuando vio que respondía afirmativamente de nuevo, suspiró cansada y volvió a sus cosas, murmurando—. Sí que has dormido mal, sí.

—Doña Manuela, que se lo estoy diciendo en serio.

Ella se acercó hasta mí y se cruzó de brazos.

—¿Dónde iba a ir mi Nicolás de madrugada, a ver?

—Pues no lo sé, por eso le pregunto.

—Igual fue una ensoñación, Rosita. Las noches en el monte son muy traicioneras y en estas fechas... bueno, ya sabes, andan revueltos los espíritus.

—No era ningún fantasma. Era Nicolás.

—Faenas demasiado últimamente. Estoy contenta contigo, pero vas a tener que descansar un poco. —Sonrió de forma amable.

—Le digo que lo vi de verdad, que no estaba dormida —insistí—. Salió en su caballo.

Manuela suspiró, mesándose la barbilla. Me fijé en sus manos. Me gustaban, pues eran grandes y, aunque ajadas por los años de trabajo, bonitas. Daba la sensación de que pudiera recogerte en ellas y llevarte a algún lugar cálido donde no existieran las preocupaciones. Ella tenía el don de transmitir esa sensación. Era como una casa en sí misma; como el fuego que avivaba sus ricos pucheros.

—¿Dices que iba con Canela? —repuso.

—Y con Luna.

—Pues no sé, hija. Le preguntaré, pero me dejas muy preocupada. Mi Nicolás no ha sido nunca de salir de noche como otros hombres, ¿sabes? —Me pareció percibir cierto tono orgulloso en sus palabras—. No le gusta el vino, ni el juego, ni... andar con mujeres de mala vida. Aunque a lo mejor se ha echado una novia y va a verla a la reja, quién sabe. Mi hijo no cuenta mucho de sus cosas.

«¿Sabría Manuela que él y Lily fueron novios?», me pregunté. Ella se levantó, quejándose del dolor de espalda, y palmeó mi hombro de forma afectuosa.

—No te preocupes por él y duerme, anda. Que los días sin descanso se hacen muy largos.

Asentí, aunque pretendía averiguar a toda costa si esa salida nocturna había sido puntual. Puede que Manuela se fiara de su hijo y que él pareciera ser un dechado de virtudes, pero yo había conocido, por desgracia, la forma en la que los bajos instintos dominaban a los hombres y las caras que podían esconder. Julián también parecía amable y bueno, y había resultado un ser mezquino.

—Hoy hace buen tiempo, así que había pensado sacudir las alfombras — le dije.

Ella se cruzó de brazos.

—Te acabo de decir que faenas mucho y mira con lo que me saltas.

—No quiero estar mano sobre mano.

—Eso es que algo te ronda en la cabeza. O alguien. —Sus ojos se posaron en el libro—. Anda, vete a guardar eso, que aquí se va a estropear. Y haz lo que quieras, pero no te esfuerces mucho.

Se lo prometí, y poco después ya me estaba arrepintiéndome de tal idea. Tras dejar a doña Carolina bajo la almohada, me costó horrores arrastrar las alfombras hasta el exterior, y atizarlas con el cansancio fue todo un logro. Sin embargo, tareas como aquella, a las que al principio me había arrojado con apatía, se convertían ya en una costumbre de la que sacaba incluso una forma de encontrarme a mí misma; de pensar en lo que había pasado, de reflexionar y darme cuenta de las cosas que en aquellos días empezaban a cobrar importancia en aquella nueva vida que se estaba constituyendo a mi alrededor. Me sentía como una niña que estuviera dando sus primeros pasos, lejos de todo lo conocido; lejos incluso de mí misma, de la persona que había sido. Había algo dentro de mí que nunca volvería a ser igual. Y

aunque yo no sabía si eso era bueno o malo, habría de aceptarlo.

Entre pensamiento y pensamiento, entre cada sacudida que le daba a las alfombras, me entretenía observando el ir y venir de algunos de los viajeros que se detenían en la venta aprovechando aquel día soleado. Algunos comían algo y después daban un paseo por los alrededores, para ver la flora o vislumbrar algún lince o una de las muchas especies de aves que poblaban la sierra. Comprendía su fascinación; el entorno me seguía sorprendiendo a pesar de los días. Al principio me había parecido mucho más hostil que el de la ciudad y había echado de menos sus calles bulliciosas. No obstante, me había dado cuenta de que esos peligros que al principio sentía que nos acechaban por la noche no eran muy distintos a los que podrían acechar en cualquier callejón de la ciudad. Y aunque echaba de menos el mar y me entristecía saber que lo tenía tan lejos, a veces pasear por el monte me ayudaba a sobrellevar la falta.

Cerca del mediodía, vi a Nicolás salir de la venta y llegar hasta la zona donde solía cortar troncos. Lo observé durante unos segundos subir y bajar el hacha con un movimiento rítmico, hipnotizada por la fuerza de sus brazos como aquella otra vez. Terminé por desembarazarme de la necesidad de mirarlo y sacudí la cabeza, a la par que un pensamiento cruzó por ella: la firme intención de interrogarlo acerca de sus salidas nocturnas. Tras los hechos acontecidos la noche anterior, era menester que lo hiciera cuanto antes. Llegué a toda prisa junto a él, con el atizador en mano. Nicolás me miró de reojo con gesto divertido.

—¿Es que vienes a quitarme el polvo?

Intenté mantenerme seria y carraspeé. Él alzó el hacha para descargarla después, partiendo un tronco en dos. Me sobresalté y le pedí que parase un momento. Clavó el hacha en el tocón y cruzó los brazos, esperando que hablase. Tomé aire y conté hasta diez, dispuesta a preguntárselo.

—¿Por qué sales cada noche?

—¿A qué viene esa pregunta? —inquirió, ceñudo.

—Contéstame. Y no te atrevas a negarlo, porque te veo salir cada noche. Silbó, asombrado.

—Creí que a la Inquisición la habían desmantelado.

—Pues ya ves que no. Dime de una vez dónde vas —exigí.

—Tranquila, Torquemada. ¿Es que no puedo tener mis propios asuntos?

—No sé qué clase de asuntos son esos que te ocupan toda la noche. De madrugada solo salen los búhos y la gente de mala vida.

—Te robo el sueño, por lo que parece. —Sonrió.

—No sonrías como si fuera un logro. Estoy preocupada por ti.

Nicolás dio unos pasos hacia mí, hasta estar muy cerca.

—¿Y a ti qué más te da?

—A mí... —titubeé, algo nerviosa por su proximidad—. Bueno, es que no se trata solo de mí. También es por tu madre. ¿Has pensado en ella cuando sales de pendencias?

—Mi madre duerme como un lirón. Eres tú la que anda espiándome, no ella. No se lo habrás dicho...

—Sí. Se lo he dicho.

Él chasqueó la lengua y apretó el mentón.

—¿Y qué te ha dicho ella?

—Cree que te has echado novia.

—¿Y si fuera así?

Agaché la mirada.

—No sé qué clase de mujer sería, dejando que la vieras a esas horas.

—¿Estás celosa?

—¿Yo? ¿Celosa? —repliqué ofendida—. En tus sueños.

Me di media vuelta y él me detuvo, cogiéndome del brazo. Me giré y tiró de mí con suavidad, para que me acercase, y con su otra mano rodeó mi cintura. Incluyó su rostro hasta que estuvo a apenas a un palmo de distancia del mío.

—¿Qué haces? —le pregunté, mas no rehusé su contacto. Para ese

entonces, un calor repentino había invadido mi cuerpo.

—Quiero decirte esto así de cerca para que no puedas fingir que no me has oído. —Su voz sonaba dulce y evocaba sensaciones intensas en mí—. La única mujer para la que tengo ojos eres tú. Así que corre y dile a mi madre que tendré novia el día en el que tú me digas que serás mía.

—Nicolás... —murmurar su nombre fue lo único de lo que fui capaz. Sus sentimientos por mí restallaban en sus ojos que, clavados en los míos, buscaban una respuesta como busca agua el sediento. Y aunque por un instante algo vibró dentro de mí, una vez más fue incapaz de salir. Agaché la mirada y me separé de él, abrumada—. No puedo darte lo que me pides.

—¿Es que no te gusto?

—No es eso.

Tomó aire y se apartó de mí, cogió de nuevo el hacha y partió en dos un tronco. Después se detuvo y volvió a hablarme.

—Es por Elías, ¿no?

—¿Elías? ¿Qué tiene que ver él aquí? —pregunté, aunque sabía la respuesta de sobra.

—Bueno, te ha regalado un libro de poesía. Y yo... yo solo soy capaz de traerte cuatro papeles que se deja la gente en la venta. Además, he visto cómo lo miras, Rosita. No soy tonto. Pero a ratos también me miras así y... no sé qué pensar. Si hay algo en tus ojos es porque está dentro de tu alma, pero no lo dejas salir. Y solo tú sabes por qué —suspiró, derrotado—. ¿A qué le tienes miedo?

«Al dolor», quise contestar. «A la pérdida. A caminar de nuevo sobre el fuego y la nieve en pos de los brazos de alguien para no hallar más que el vacío. A derramar lágrimas hasta que se me seque la garganta». Me habían herido de gravedad, y me dolía tanto que las lágrimas a veces me salían a borbotones. Aunque una parte de mí quería salir a la luz, vivir, volver a amar, volver a sentir como había sentido minutos antes al ver su cuerpo; otra presionaba para dejarme en las sombras, amenazando con ahogarme.

Me sentía como si estuviera caminando sobre arenas movedizas. En cualquier momento me tragarían para siempre. Podía intentar salir sola o hacerlo con ayuda, tal y como había dicho Elías. Podría hacerlo de su mano o de la de Nicolás. Podría caminar por mí misma, sin más. Sin embargo, todavía no sabía ver cuál era el camino que quería escoger.

No dije nada pues don Carlos se aproximaba a caballo y estaba ya muy cerca de nosotros. Nicolás lo saludó con un gesto y, mientras este desmontaba, se pusieron a hablar. Volví dentro y me encontré con que don Beltrán y don Jacinto ya estaban allí. Pensé que estarían hablando de política, mas su conversación era distinta y captó mi atención al instante. Tanto que no pasé siquiera de la puerta, pues, al oírla, me quedé paralizada.

—Anoche vieron al Lobo —dijo don Beltrán.

—¿Dónde? —preguntó Manuela.

—Por la Cimbarra —explicó este, y supe que hablaba de una famosa cascada de la zona, que ya había oído mencionar—. Se llevó a otro de los del Sainete por delante. Le clavó un puñal en el costado.

En ese momento giré la cabeza y miré a Nicolás. Don Carlos le estaba dando algo envuelto en tela. No sabía qué era, y no me importaba, solo había algo en ese momento que me preocupaba. Una idea que restalló y que, aunque se me antojaba del todo absurda, cobró tanta fuerza que se volvió abrumadora.

Yo había visto a Nicolás regresar lleno de sangre.

El Lobo había matado a un hombre aquella misma noche.

¿Y si era él? Y si... ¿Y si Nicolás salía cada noche con la intención de acabar con la banda del Sainete?

Tragué saliva y sacudí la cabeza, intentando alejar esa idea de mi mente. Los parroquianos siguieron hablando del asunto, pero no quise saber más. Volví a salir fuera y seguí golpeando las alfombras hasta que saqué todos los pensamientos que llevaba dentro. Aquella noche caí en la cama rendida. Me dolían los brazos como nunca antes. Me tapé la cabeza con la almohada,

porque si Nicolás volvía a salir, no quería oírlo.

¿De verdad sería capaz de matar a un hombre?

Capítulo 16

A pesar de las nubes negras que rondaban mi mente por todo ese asunto de Nicolás, el viernes prometía ser un día espléndido. El sol lucía hermoso y vivificante, y cerca del mediodía llegó una nota de Lily diciendo que Bernardo le había pedido matrimonio y que iban a casarse. Me hizo muy feliz saber aquello. Dijo también que pronto me visitaría para darme más detalles. Y esperé que lo hiciera cuanto antes, su compañía siempre me hacía bien.

Después de comer y de ayudar a Manuela a dejar la cocina brillante, me dio la tarde libre y, tras dedicarle un rato a las poesías de Coronado, decidí salir a pasear. Había estado mucho tiempo agachada limpiando los azulejos y mi espalda necesitaba estirarse. No pensaba alejarme mucho de la venta, así que tomé uno de los senderos que circundaban la casa y que bajaban hacia el río. Tras un repecho, el terreno describía una zona llana, que se alzaba a varios metros sobre el lecho del río. Desde esta podía contemplarse un paisaje hermoso, poblado de vegetación. El arrullo del agua llegaba hasta allí haciendo la atmósfera aún más reconfortante y me quedé embelesada por unos instantes, de pie en el lugar.

—Victoria. —La voz más hermosa de cuantas había escuchado sonó a mis espaldas.

Antes de girarme siquiera, ya sabía de quién se trataba.

—Elías —dije, mirándolo.

Caminamos el uno hacia el otro hasta estar frente a frente, y sonrió. Suspiré al ver su hermoso rostro y, recordando lo que Manuela había dicho sobre que estaba prendado de mí, me sonrojé.

—¿Qué hace aquí? —preguntó, más por curiosidad que por recelo.

—Estaba dando un paseo.

—Ya sabe lo que opino de sus paseos a solas —regañó, sin perder la sonrisa.

—Bueno, si algo pasa ya está usted para rescatarme —solté, divertida.

—No creo que necesite que nadie la rescate, pero me halaga saber que piensa en mí como su protector.

—Va armado. Si no pensase en usted como mi protector, tendría que hacerlo como un peligroso asaltante —bromeé, y él me miró fingiendo que se ponía muy serio, mas seguía advirtiéndose cierto gesto jovial en su rostro.

—¿Cree que sería capaz de algo así?

Negué con la cabeza.

—En absoluto —dije, y lo miré, sin poder evitarlo, de arriba abajo.

Puede que no fuera un peligroso asaltante, mas no me habría importado que me llevara al límite del peligro con él. Cuanto más lo miraba, más atractivo me parecía, y mi deseo era tan fuerte que debió colarse en mi mirada. Elías pareció percibirlo, y dibujó una sonrisa tierna y curiosa, que acentuó sus hoyuelos. Mi corazón se aceleró aún más.

—¿En qué piensa? —preguntó, zalamero, y dio un paso más hacia mí.

—En... —Tragué saliva, sin saber qué decir. Miré entonces al cielo para esquivar su mirada—. En lo mucho que me gusta cuando el sol pinta nubes sobre la montañas. Hace un día hermoso, ¿no cree?

—Desde luego. Usted está en él.

Las comisuras de mis labios formaron una sonrisa dulce ante sus

palabras. Él miró al suelo un instante, sonriendo también, y me dirigió una mirada de reojo muy tierna. Después carraspeó y retomó la conversación, intentando concentrarse.

—No obstante, y como anotación al asunto de las armas, debe saber que nuestra primera arma ha de ser la persuasión y la fuerza moral, y que estas otras solo deben ser utilizadas en casos de extrema necesidad.

La perspectiva de que se hallase en tal situación me hizo preocuparme.

—Espero que no se haya encontrado en ninguno de esos casos.

—Más veces de las que me gustaría —reconoció—. Pero no se preocupe. Mientras que usted piense en mí nada malo podrá pasarme.

—Sepa que no dejaré de hacerlo nunca.

—Será mi ángel custodio, entonces —dijo, haciéndome sonreír de nuevo, y me ofreció su brazo—. ¿Quiere caminar un poco junto a mí?

Asentí, agarrándome a él. Recorrimos un rato en silencio la vera del río y entonces vi a Lucero cerca, pastando. Me alegró saber que el animal andaba por allí y se hallaba bien.

—¿Sabe algo ya de ese cargamento de pólvora que han robado? —pregunté, buscando conversar con él.

Negó con la cabeza.

—Y aunque lo supiera, sabe de sobra que no podría decirle nada.

—Cierto. El uniforme lo obliga.

—Implica muchos deberes, sí.

—¿Y algún derecho?

—Bueno, quizá el de pasear con una dama como usted a solas. —Guiñó un ojo, jugueteón.

—¿Cree que estoy con usted porque me ha deslumbrado el brillo de sus botones? —dije haciéndome la interesante y tocando su pecho, con gesto burlón. Al hacerlo noté que se dibujaba cierto gesto mohíno en su rostro—. ¿Qué le sucede? —pregunté, preocupada.

—No es nada. Ayer me caí de Lucero. Descendíamos por un barranco y

había una piedra suelta —explicó, algo atropellado—. Perdió pie y, al escurrirse, me tambaleé en la montura y di con el suelo.

Aquello me extrañó, el animal era muy dócil; y él, un gran jinete. No esperaba que algo así pudiera pasarles.

—¿Está herido?

—Solo es una magulladura. No se preocupe —aseveró con gesto calmado—. Y en cuanto a lo del uniforme, sí. Creo que es lo único que le gusta de mí.

—Para qué vamos a engañarnos —dije siguiéndole el juego—. Nunca lo he visto sin él, pero seguro que desluzce.

—¿Qué quiere decir exactamente con eso de «sin él»? —preguntó con voz pícaro.

De seguro se me pintó el fuego en las mejillas. Lo miré de reojo, con un suspiro atrapado en los labios. Pensar en él sin ese uniforme era demasiado como para hacerlo estando de pie. Temí que me desmayaría solo con intentarlo. Por suerte Elías terció la conversación, quizá temiéndola demasiado osada, o quizá sabiendo que, si seguíamos hablando en aquel tono más íntimo, ninguno de los dos podría resistirse a echarse en brazos del otro. Preguntó entonces algo que no me esperaba:

—¿Es feliz aquí?

—Yo... bueno... —balbuceé, sin saber muy bien qué decir.

Nunca me había hecho esa pregunta a mí misma. ¿Qué debería contestar? ¿Lo era? Quizá sí, cuando mis fantasmas no me acuciaban, me sentía bien. Sucedió en ratos como aquellos, donde me olvidaba de todo y no existían peros ni condiciones. Pensándolo detenidamente, era feliz la mayor parte del tiempo desde que estaba allí; aun teniendo en cuenta que la vida en aquel lugar, aunque pudiera parecer sencilla, tenía muchas cargas.

—Creo que sí —le dije, mirándolo con gesto sincero—. Soy feliz.

—¿Entonces no se irá? —preguntó con la voz cargada de anhelos—. Cuando estuvimos juntos el otro día dijo que solo estaba aquí hasta que

podiera guardar unos cuartos para proseguir su camino.

—Ya le dije que mis planes podrían cambiar.

Y lo estaban haciendo. Pues, aunque pensé en marcharme al principio, deseando huir de todo y de todos, mientras me sentía desarraigada y sola, abandonada, ahora había encontrado una familia y un hogar que, aunque muy distinto al mío, tenía su misma calidez. Y después de haberles confesado a Manuela y a Lily la verdad, me sentía más tranquila y confiada. No obstante, que mi hermano me estuviera buscando me daba mucho en lo que pensar. Quizá no hallaría tantos reproches como pensaba si decidía volver. Pero me sentía tan mal por cuanto había hecho que la vergüenza retenía mis pasos y me impedía pensar siquiera en poner un pie en Málaga.

—Quizá me quede un tiempo más de lo que esperaba —confesé.

—Un tiempo no es suficiente si se trata de usted. —Hizo una pausa y se detuvo, para después situarse frente a mí, mientras nos hallábamos bajo un excelso roble. Elías tomó mis manos y me miró de forma directa. Fue a hablar, mas calló sin llegar a hacerlo y agachó la mirada. Cuando volvió a alzarla, sus ojos y su voz se tornaron aún más dulces—. Me gustaría que se quedara para siempre.

Sus ojos recorrieron mis mejillas hasta detenerse en mis labios. Los míos descendieron hasta los suyos. Se me antojó que serían dulces; como miel sobre hojuelas. Me pregunté qué me sucedía, por qué todas mis reticencias parecían estar a punto de ser sopladas por el viento. Me sentía atraída a Elías de forma irrevocable. Y sabía que si osaba siquiera acercarme un poco, si osaba posar mis labios sobre los suyos, por más fuertes que fueran mis pensamientos, sabía que mi corazón fallaría y que caería a sus pies. Hubo un instante en el que ese beso sucedió, aunque fuera solo en mi cabeza y en la suya. Lo vi en sus ojos, y él en los míos. Alzó la mano para acariciarme la mejilla con el dorso. Lo hizo de forma tan suave que su piel me pareció que estuviera hecha de plumas, como si sus manos fueran alas de ángel. Me giré también, hasta estar frente a frente, y cerré los ojos,

sintiendo su tacto.

—Sus mejillas arden —observó—. Temo que haya cogido un enfriamiento.

Acercó sus labios a mi frente, posándolos sobre ella unos segundos. Estaban más suaves incluso que sus manos; como rocío de la mañana.

—No parece que tenga fiebre —dijo, apartándose un poco, aunque no lo suficiente como para que dejase de sentir su cercanía.

De no haber tenido tanto miedo, le habría dicho que el calor de mis mejillas no era otra cosa que el deseo de besarlo que se había convertido en fuego y amenazaba con quemarme. Aproveché la oportunidad para agradecerle el detalle que había tenido conmigo regalándome el libro.

—Dijo que le gustaba leer y pensé que alguien como usted de seguro apreciaba la poesía.

—Y no se equivocaba.

Sonrió agrado por mi respuesta.

—Dudé entre regalarle este o el de *Poesías* de Espronceda.

—Habría acertado también. Me gusta mucho Espronceda —dije ilusionada—. Mi padre me leía la *Canción del pirata* y yo soñaba con ser uno.

—Ya la imagino en su velero bergantín surcando los mares.

—«¡Con diez cañones por banda, viento en popa a toda vela!»^[7] — declamé.

—¿Solo diez? Pensé que eran cien.

—¿Cien? —Reí—. En absoluto. Aunque podrían serlo, desde luego.

—Es su barco. Usted decide el número de cañones, y también la tripulación.

—¿Sabe hacer nudos?

—Puedo aprender —respondió, con gesto divertido.

—Entonces contratado.

—¿Cree que podré llevar a Lucero conmigo?

—Por supuesto que sí —dije decidida—. Lo nombraremos contramaestre.

Los dos nos reímos con ganas y hubo un breve silencio, en el que cruzamos una mirada cómplice.

—Y, dígame, ¿tiene ya algún poema favorito de doña Carolina? —pregunto él.

—Aún no. ¿Usted lo ha leído?

Asintió y le pregunté cuál era.

—No es de su libro. Se lo escuché a la autora en una reunión que mantuvo con otras literatas y a la que tuve el honor de poder asistir.

—No lo hacía en tales círculos —comenté, sorprendida.

—El uniforme no es incompatible con la poesía —dijo, con una sonrisa divertida y, después, sin que lo esperase, comenzó a recitar. Sus ojos se clavaron en los míos mientras lo hacía, y sentí que el mundo a nuestro alrededor dejaba de existir.

—«¡Oh, cuál te adoro! Con la luz del día tu nombre invoco, apasionada y triste, y cuando el cielo en sombras se reviste aun te llama exaltada el alma mía. Tú eres el tiempo que mis horas guía, tú eres la idea que a mi mente asiste, porque en ti se encuentra cuanto existe, mi pasión, mi esperanza, mi poesía. No hay canto que igualar pueda a tu acento cuando mi amor me cuentas y deliras revelando la fe de tu contento; tiemblo a tu voz y tiemblo si me miras, y quisiera exhalar mi último aliento abrasada en el aire que respiras»^[8] —recitó.

Arrullada por su voz y su mirada, por los anhelos que de su corazón se entreveían entre las palabras del poema, fui consciente más que nunca de lo que él me hacía sentir. Eran tantas cosas que no sabía por dónde empezar. Elías comenzaba ya a ser parte de un sueño del que temía despertar. Quería tanto de él que me sentía como una chiquilla esperando ver pasar una estrella fugaz para pedirle que me lo concediera. Anhelaba sus besos. Anhelaba cada parte de su cuerpo. Anhelaba conocer todos sus secretos, sus

penas y sus alegrías.

—Elías... —Busqué la forma de armarme de valor, hallándola en su mirada—. Hay algo que quiero decirle, mas no me atrevo a hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque los deseos, si se dicen en voz alta, no se cumplen.

La sonrisa de Elías se intensificó. Sus ojos brillaron y vi en ellos una fuerza poderosa, más aún que la gravedad de la Tierra; una fuerza que me atraía a él de forma inevitable. No sabía cómo, ni por qué; tampoco cuándo; si había sido así desde la primera vez, o si había surgido en aquel instante, pero lo amaba. Lo que sentía entonces en nada se parecía a lo que pude sentir tiempo atrás. Mirarlo era descubrir un hogar que creía perdido; un refugio en cualquier tormenta; el principio y el fin de la Tierra. Acercó su rostro al mío y se detuvo un instante antes de rozar mis labios. Cada parte de mí deseó tener cada parte de él. Lo miré, y mis ojos hablaron de nuevo. Elías posó entonces sus labios sobre los míos y los acarició como la primavera acaricia al invierno y le arrebató el gris llenándolo de color. Su aliento, sol de mediodía, alejó el frío de mi corazón y este, ya de por sí agitado, latió con más fuerza. Correspondí a su beso con las ganas que guardaba de él y lo apreté contra mí sin pudor ni reservas. Él me besó entonces con más ímpetu y sus manos recorrieron mi espalda. Quemaban como hierro candente y me entregué a ellas, porque no me importaba arder si era con él.

—¿Qué es lo que me pasa cuando estoy contigo? —musité, aunque más que preguntárselo a él, me lo estaba preguntando a mí misma.

Él se separó de mí unos instantes.

—Amor, Victoria —dijo—. Eso es lo que nos pasa.

Sonreí, y lo besé de nuevo, pintando sobre sus labios el deseo. Elías me estrechó contra su pecho, cálido y fuerte. Podía oír el latido de su corazón, sentir el ritmo de su respiración... Nunca había estado tan cerca de algo tan hermoso.

—Por cierto, ¿cuándo hemos acordado que nos hablaríamos de «tú»? — preguntó entonces, cayendo en algo que ni yo misma había percibido.

—No lo sé —dije, algo atribulada.

—Creo que ha sido antes, cuando tus ojos y los míos se han encontrado en un mundo más allá de este. —Sus palabras salieron de sus labios de forma delicada—. Al menos eso es lo que yo he sentido.

Tomé aire antes de decir nada.

—Y yo —confesé.

Y aquella tarde caminamos de la mano y nos besamos hasta que la noche, furtiva, cayó sobre nosotros sin darnos cuenta. La oscuridad nos obligó a separarnos, mas lo hicimos con la promesa de que volveríamos a vernos cuanto antes.

De vuelta en la venta, cuando bajé de lomos de Lucero y me despedí de Elías con otro beso, sentí que volaba. Manuela me regañó por haber llegado tan tarde, que la noche del treinta y uno no era noche para andar por los caminos porque los poblaban las ánimas. Era muy supersticiosa y puso velas para todos sus difuntos. Cubrió con telas los espejos y preparó también gachas para tapar las cerraduras por la noche, pues decía que por ellas podían colarse las malas ánimas, ya que, aquella noche, la frontera entre el mundo de los vivos y de los muertos se desdibujaba. Y por el mismo motivo tampoco había mucho trajín en la venta, pues decían que daba mala suerte viajar en vísperas del día de difuntos. Según las gentes, los malos espectros se subían a las diligencias y te los llevabas a tu casa. No es que yo fuera miedosa, pero solo de imaginarlo se me ponían los pelos de punta.

Para tranquilizarla, y que dejase de imaginarme rodeada de espectros, me excusé en la compañía del cabo, lo que la tranquilizó. A Nicolás, como era de esperar, no le gustó, y aquella noche estuvo mohíno. Apenas si habló en nuestra lectura diaria. En cualquier caso, no habría podido decirle mucho, mi cabeza estaba en los besos de Elías; y mi corazón, en sus manos.

Capítulo 17

El día 1 de noviembre era un día extraño para estar feliz. Y yo lo estaba, y mucho. Casi tanto como para sentir que, si cerraba los ojos y agitaba los brazos, llegaría a ser capaz de volar. Mas tuve que guardarme esas ganas de gritar a los cuatro vientos que Elías Marín me había besado y que no importaba nada más. Y con ese pellizco en el estómago que acompaña a quien tiene la suerte de haberse enamorado, intenté llevar en silencio mi felicidad en un día tan señalado y callarme los suspiros que me sobrevenían a cada poco. Yo no sabía si los fantasmas habían visitado la venta o no, ya que, por primera vez en mucho tiempo, logré descansar plácidamente.

Con las fuerzas renovadas, acompañé a Manuela al pequeño cementerio del pueblo para que pudiera visitar la tumba de Gabriela. Me sorprendió que me pidiera que fuera con ella a algo tan familiar, tanto como el hecho de que Nicolás no nos acompañase. Su madre me contó que no le gustaban aquellas cosas, que para él Gabriela no estaba allí y que era un sinsentido dejarle flores. Mas a Manuela parecía consolarla. La acompañé en silencio y la tomé de la mano, porque a veces basta ese gesto para mitigar el dolor. Después de una mañana tan lúgubre, costaría arrancarle una sonrisa al día, mas la ventera frío unos buñuelos que al menos endulzaron en algo nuestro espíritu.

El clima tampoco acompañaba. El sol que la jornada anterior brillara sobremanera andaba algo pálido. A pesar del día y de sus particularidades, recibimos la visita de don Jacinto y don Carlos. El uno, porque no perdonaba el vino; el otro, porque las enfermedades de sus pacientes no perdonaban las fiestas de guardar. Don Beltrán andaba más ocupado, preparando misas de difuntos, así que no asomó por allí.

Como de costumbre, don Carlos vino poniéndonos al día de las noticias que había recabado en una casa y otra. Nos habló de cierta preocupación con los cultivos de la patata, porque al parecer en Irlanda habían perdido todas las cosechas a causa de un hongo y se avecinaban terribles consecuencias en toda Europa que temían pudieran afectar al país. También nos contó sobre el descontento de las industrias fabriles que decían que en España se hacía todo como el papel continuo, que se rompía y casi ni se doblaba, y que era la representación más leal del país, donde no quedaba ya nada sólido. Don Jacinto, como era de esperar, se mostró de acuerdo. Y es que él se hallaba muy concienciado con las quejas de los manufactureros y las fábricas, y preveía que eran barros removidos que no cesarían de traernos lodos. Dejó atrás los problemas ajenos a la comarca y contó que la noche anterior había habido otro enfrentamiento de la banda del Tronera con el Lobo, y que se había llevado por delante otra vida.

—Los sorprendió intentando robar una diligencia que emprendía camino al amanecer cerca de Aldea Quemada.

—Malditos rufianes —se quejó Manuela, sirviéndoles unos buñuelos y unos chatos de vino dulce.

—Pues suerte para los viajeros.

—Y suerte para nosotros también —aseveró la mujer—. Cuanto más se corra la voz de que tenemos un justiciero en Despeñaperros, menos bandidos habrá para molestarnos. Entre eso y la Guardia Civil, igual podremos dormir tranquilos algún día.

Suspiré, pensando en Elías. Manuela me miró de reojo y alzó una ceja,

mas no me dijo nada.

—Lo que pasa con el Lobo es que, aunque actúe bien, lo hace al margen de la ley, y como lo cacen los guardias va derecho al garrote, por más bandoleros que haya matado.

—En este país no hay justicia —dijo don Jacinto—. Al Lobo habría que ponerle un monumento.

—¿Por qué lo llaman el Lobo? —pregunté con curiosidad.

—Porque dicen que tiene sangre íbera. —Nicolás irrumpió en la estancia, interviniendo en la conversación. Venía con una cesta de mimbre en la mano y un saco a la espalda, que dejó detrás de la barra. Luna entró tras él, olisqueó a los presentes y se dejó acariciar por Manuela. Después se sentó frente al fuego, como de costumbre.

—¿Qué traes ahí? —preguntó su madre.

—Níscalos que he cogido por el campo y unas castañas que me ha dado el señor Wizner para usted.

—Ay, don Carlos, *cuidao* que le sale competencia —comentó Jacinto, entre risas.

El médico se puso colorado como un tomate.

—Sabe que yo solo tengo ojos para usted —le dijo Manuela, zalamera.

Don Carlos alzó la copa de vino y brindó por ella.

—¿Qué tiene que ver la sangre íbera con los lobos? —pregunté, sin quitarme el asunto de la cabeza.

—¿Sabes quienes eran los íberos, no?

—Claro que lo sé —repliqué, algo ofendida por la duda—. Pobladores de la península, de antes de los romanos.

—Pues por aquí había muchos y los lobos eran muy importantes para ellos. Los cazaban para demostrar su valía.

—Poco importantes serían entonces si los mataban —observé.

—Es un asunto de esos espirituales, supongo —dijo el muchacho, encogiéndose de hombros—. Los lobos son seres muy especiales. Temidos

y admirados por igual.

—Hay una cueva en el monte que estaba llena de pequeñas figuras que dejaron ahí, como si fueran ofrendas. Había un montón, pero la gente se las ha ido llevando —explicó don Carlos—. El caso es que ese hombre es fuerte, valiente y rápido, y se mueve por estos bosques como si fuera un lobo. Hasta ve en la oscuridad.

—Eso no me lo creo —dije.

Don Jacinto se encogió de hombros y echó un trago de vino.

—A mí, mientras siga quitándonos las pulgas, como si es un gorrión.

Hubo algunas risas y los parroquianos continuaron con su charla. Yo me fui a ayudar a Manuela en la cocina, para apañar las castañas y que las pusiera a asar. Nicolás nos ayudó y no desaprovechó la oportunidad de hablarme cuando, en un momento dado, Manuela salió a despachar a la barra y nos quedamos a solas.

—¿Estás bien? —me preguntó—. Te noto rara hoy.

—No me pasa nada. —Me apresuré a negar con la cabeza.

Sus ojos buscaron en los míos una respuesta distinta, y debió de ser que la halló porque se cruzó de brazos.

—No me engañes. Ayer te viste con él.

Me hice la despistada.

—¿Con quién?

—Pues con Elías, con quién va a ser.

Dejé de atender las castañas y puse los brazos en jarra, mirándolo ofendida.

—¿Es que acaso me vigilas?

—Salí a dar un paseo con Luna y os vi. Esperaba que me lo dijeras tú, pero ya veo que no vas a hacerlo.

—Solo hablábamos.

Él suspiró.

—Y tus labios se cayeron en los suyos accidentalmente —soltó—. ¿Sería

mucha molestia para ti decirme qué papel ocupó yo en todo esto?

—¿Papel?

—No hace ni dos días te tuve en mis brazos y sequé tus lágrimas con mis labios. Y ahora te veo besándolo a él.

Esquivé su mirada antes de hablar.

—Yo... No sé lo que me pasa. Estoy contigo y... me gusta estar contigo, y cuando estoy con él... —Intenté excusarme, mas las palabras se me atropellaban.

—Cuando estás con él, ¿qué?

—Ay, no lo sé, Nicolás —suspiré, abrumada, llevándome las manos a la frente.

Él vino hacia mí y las tomó, bajándolas. Su cercanía seguía despertando una tormenta de emociones.

—Si me dices que no quieres estar conmigo me tendré que conformar. Prefiero que seas feliz con él a que no lo seas. —Me pareció sincero cuando lo dijo y eso me conmovió—. Sin embargo... —Hizo una pausa en la que agachó la mirada, y cuando volvió sus ojos a mí, estos estaban llenos de temores—. Me echo a temblar al pensar que te veré llorar de nuevo como la otra noche. No quiero que te hieran, y créeme que si vuelven a hacerlo no te bastará con refugiarte en mí o con leer hasta dejarte los ojos para sobrellevar el dolor. Porque sé que lees para que esas historias te alejen de la tuya.

Sus palabras fueron como un torrente que me arrolló por completo.

—Lo siento, Nicolás... —dije, compungida, sintiendo su dolor como mío—. No es mi intención hacerte sufrir.

Nicolás siguió hablando, y su tono de voz ya no fue tan pasional y arrollador, ahora se tornó algo más tierno y cálido.

—Lo sé, y sé que nunca nos hemos prometido nada. No se me olvida que un día me dijiste que no crees en las promesas.

Rebusqué en mi memoria hasta encontrarme en sus palabras. Me

sorprendió que se acordase tan bien del día en el que nos conocimos. Tenía razón. Le había dicho que no creía en las promesas.

—Pero, por favor, pregúntale a tu corazón qué quiere de verdad —pidió—. Porque no sé a Elías, pero a mí me estás volviendo loco y no hay día en el que no me levante pensando en ti, ni momento en el que no te vea pasar y sienta deseos de besarte. Me duele la cabeza de tanto darle vueltas y el pecho de tanto anhelarte.

Mi cuerpo se vio empujado hacia el suyo por una fuerza que no comprendía y a punto estaban sus labios y los míos de encontrarse una vez más, cuando su madre lo llamó desde fuera. Nos separamos al instante, ruborizados. Y él se marchó, tras dedicarme una mirada que echaba fuego.

Abrumada por lo que había sucedido, me enfrasqué en mis tareas hasta la noche y, cuando me senté junto a Nicolás para seguir con las clases, intenté concentrarme en ellas y no dar pie a ningún tipo de encuentro entre nosotros. Aunque nos echábamos miradas furtivas que amenazaban con prender la estancia. Aquella noche lo vi salir como de costumbre. Mientras lo observaba alejarse, hice lo que me había pedido y le pregunté a mi corazón qué quería. Nicolás me gustaba, no podía negarlo. Mas sus sentimientos estaban en un punto al que los míos aún no habían llegado. Y aunque me atraía y estar cerca de él suponía un torrente de emociones, mi corazón no terminaba de entregarse por completo. Sin embargo, con Elías... Al pensar en el cabo... Ni una montaña habría podido detenerme si mi propósito hubiera sido llegar hasta él. Evoqué nuestros besos y los momentos de aquel día y me estremecí en cuerpo, mente y alma.

¿Había comprometido mi corazón, sin darme cuenta, con sus labios y sus ojos? ¿Había sido desde aquel día... o ya estaba prendada de él desde el primer momento en que lo vi?

Andaba dando vueltas en la cama intentando conciliar el sueño, cuando noté cierto repiqueteo en mi ventana. Extrañada, abandoné el lecho y me asomé por ella. Casi di un salto de alegría al ver que allí abajo estaba Elías,

junto a Lucero. Me eché la toquilla sobre los hombros y, sin preocuparme de nada más, bajé a toda prisa las escaleras para abrirle. Aunque esa sensación de felicidad duró poco, pues temí que hubiera venido por trabajo y eso no significa buenas noticias.

Abrí la puerta de la venta a toda prisa, aunque intentando hacer el menor ruido posible. Elías ya había guardado a Lucero en el establlillo y regresaba hacia la puerta. Aquello me hizo pensar que pretendía quedarse un rato, pues de otra manera lo habría atado en una de las argollas que pendían de la fachada y que servían a tal propósito.

En cuanto me vio, una sonrisa iluminó su rostro.

—¿Qué haces aquí a estas horas? ¿Ha ocurrido algo? —pregunté, cruzándome la toquilla para abrigarme más el pecho.

La noche estaba desapacible y húmeda. Aunque la presencia de Elías la revistió de cierta calidez. Caminó hacia mí y cogió mi rostro por el mentón, posando un suave beso sobre mis labios, que recibí gustosa.

—Necesitaba verte.

Sonreí, agradada, y lo invité a pasar.

Con el comedor en penumbra y la luz rojiza de la lumbre reflejada en su rostro, me pareció todavía más hermoso. Elías se acercó hacia la chimenea y se quitó los guantes, dejándolos sobre la mesa para calentarse las manos.

—Hace frío esta noche.

«Lo hacía», pensé, «antes de que llegases tú».

—¿Has visto fantasmas por los caminos? —le pregunté, siendo la noche que era.

—He visto un búho real, que ha ululado como si fuera un espectro. ¿Te sirve? —bromeó.

Me eché a reír y fui junto a él. Me miró atentamente, y por un instante me sentí algo azorada, sabiendo que estaba sin peinar y en camisón. Él acarició mi rostro con cariño y me quitó todos los temores.

—Estás muy hermosa así. Más que nunca.

Mi cuerpo entero se acaloró.

—Estaba durmiendo ya y he sentido el impulso de venir hasta aquí, solo para decirte una cosa —expresó él, sin dejar de acariciarme la mejilla.

Sus dedos recorrieron la curva de mi mentón con suavidad y descendieron hasta posarse en mi hombro.

—¿Qué cosa? —pregunté, con cierto nerviosismo.

Elías me estaba mirando como si mis ojos fueran el mar y los suyos el cielo; fundidos para siempre en la línea del horizonte. Destinados a no separarse jamás.

—Que te quiero —susurró, acercando aún más su rostro a mí.

Me estremecí. Rodeé con mis manos su cuello y lo besé acariciando su nuca y entrelazando su cabello con mis dedos mientras lo hacía. Aquel gesto hizo que la toquilla se me escurriera y cayese al suelo, a nuestros pies. Tras aquel beso, Elías agachó la mirada y la clavó en mis senos, que se dejaban entrever tras el camisón. Mis pezones se hallaban erguidos, tan anhelantes de sus labios como yo. Podría haberme sonrojado, haber hecho algún gesto con el afán de taparme, pero lo dejé que mirase.

Elías carraspeó, abrumado, y exhaló un suspiro ronco.

—Victoria —dijo mi nombre como si fuera el único que existiese en el mundo—. Yo... lo siento... creo que debería marcharme.

—No —le pedí—. Quédate, por favor.

—Es que... —Tragó saliva—. Es que si me quedo no sé si podré contener lo que siento.

—Entonces, quédate, y no lo hagas.

Con las mejillas encendidas y los ojos llenos de deseo, Elías deslizó el cuello del camisón hasta dejar uno de mis hombros al descubierto. Lo apretó y se inclinó para besarlo. Poco a poco, ascendió con sus labios hasta mi oreja. En ella se detuvo y contuvo el aliento. Mordió el lóbulo con delicadeza; y cuando me arrancó un gemido, su boca fue hasta la mía y me besó con suavidad. Sus labios ardían; ardían como ascuas encendidas. Tras

aquel beso, me miró. La intensidad de su mirada era abrumadora. Mis manos tomaron su espalda y lo atraje contra mí, con vehemencia. Nos besamos de nuevo y descubrí, al apretarme más contra él, una curva incipiente que marcaba sus pantalones a la altura de la entrepierna. En sus ojos centelleó el deseo, acentuado por el dorado del fuego. Deseé que me estuvieran imaginando desnuda, porque los míos lo estaban haciendo. Quiso decir algo más, pero puse mis dedos sobre sus labios y le pedí silencio. Tomé su mano y lo llevé hasta el dormitorio. Sabía que estar allí era como estar a solas, pues Manuela tenía el sueño muy profundo y Nicolás no estaba.

Necesitaba sentir a Elías como nunca antes había necesitado nada. Lo necesitaba con cada parte de mi ser. Mi cabeza, mi corazón y mi cuerpo aunaban sus voces con un único deseo. Quería ser suya; entregarme a él. Quería sentir sus caricias recorriéndome y olvidarme de cuanto había conocido. Quería encontrarme a mí misma en él. Descubrir que nos habíamos pertenecido desde la primera vez que nos vimos.

Una vez en el dormitorio, cerré la puerta, y Elías, parado frente a mí, se acercó despacio.

Desabotoné su chaqueta, mientras lo miraba. A veces se colaba una sonrisa cómplice entre nosotros; a veces un beso, pero pronto le faltó aquella prenda, y unos segundos más tarde le sobró la camisa. Nunca antes había visto su torso desnudo y me pareció tan perfecto que no pude reprimir el deseo de besarlo, de estrecharlo contra mí y sentir su calidez. Elías me arrancó la ropa lo mismo que los besos; con un ritmo pausado al principio y unas caricias contenidas que, en algún momento, se desbordaban, arrastrándome con sus olas a una tormenta en alta mar. Y estuvimos desnudos el uno frente al otro, sin reservas, ni miedos. Sin pudor, ni arrepentimiento.

Elías me miró de arriba abajo y noté que la respiración se le agitaba.

A mí me sucedió lo mismo. Y mis ojos se detuvieron en su miembro que,

erguido, esperaba mis caricias. Llevé mi mano, tímida, hacia él. No sabía qué hacer, pero confiaba en que el deseo y mis instintos me guiaran. Lo acaricié, mientras él me miraba, y el deseo se hacía cada vez mayor en sus ojos. Tomó mi rostro entre sus manos y me besó con ganas, y entre beso y beso exhaló un suspiro y susurró mi nombre. Sus manos encontraron por primera vez mis senos. Los acarició y, acercando su dulce boca a ellos, lamió el pezón con ganas y lo mordió suavemente. Aquello me arrancó un gemido que resonó en la habitación.

En aquel momento ya ni siquiera me importaba que alguien pudiera escucharnos.

Sus manos agarraron mi trasero y me alzó. Aferré las piernas a sus caderas; y mi sexo, húmedo y vibrante, se encontró con el suyo, duro y ansioso. Anhelaba aquel momento tanto como lo temía, pero si dejaba de lado el miedo, la expectativa de entregarme a él se convertía en necesidad. Me invadían unas ganas que comenzaron siendo un leve cosquilleo en mi estómago para cruzar mi vientre hasta alojarse entre mis piernas, como el relámpago que centellea. Así las imaginé yo. Poderosas; incontenibles. Entre besos fuimos a la cama y nos tumbamos el uno junto al otro. Elías se inclinó sobre mí y me miró a los ojos con gesto entregado.

—No haremos nada que tú no quieras, Victoria.

—¿Y si lo quiero todo?

Sus labios se posaron en mi cuello. Su mano, en mi pecho. Tomé aire y lo dejé salir lentamente, a medida que su palma descendía, rozando mis senos hasta hallar la curva de mi vientre.

—Entonces seamos todo —susurró a mi oído—. Porque te deseo como nunca antes deseé nada.

Sus palabras se diluyeron en mi boca, pues lo besé con ímpetu, atrayéndolo hacia mí. Tras el beso, soltó un quedo gemido y se mordió el labio. Noté que mi sexo se humedecía y apreté las piernas, abrumada por lo que sentía. Mi cuerpo, más sabio que yo misma, me pidió que me dejara

llevar y las separé de nuevo, al tiempo que él se posaba sobre mí y con delicadeza penetraba en mi interior. Mientras lo hacía, en sus ojos vi el reflejo de los míos, pues los dos ansiábamos lo mismo. Yo cedí a su impulso, ya que lo anhelaba tanto o más que él; y mis manos y mi lengua eran llamas sobre su piel de hoguera. Porque Elías ardía, y yo ardía con él. Me amó con dulzura y entrega, preocupándose de cómo me sentía, sin dejar de acariciarme y besarme en todo momento. La cama era pequeña, pero pronto sobró espacio. Hicimos el amor por primera vez como si fuera la última. Lo hicimos en silencio, ahogando los gemidos entre besos, los susurros entre mordiscos. Y el amanecer nos encontró desnudos y entregados a nuevas caricias, porque todas no eran suficientes.

Tumbada sobre su pecho, entrelacé mis dedos con los suyos y cerré los ojos.

—¿Por qué cierras los ojos?

—Quiero comprobar que no estoy soñando. Aunque ahora tengo miedo de que cuando los abra hayas desaparecido.

—Eso nunca pasará —me dijo, y volví a mirarlo—. Te quiero tanto que si me separase de ti dejaría de respirar.

—Tendrás que escribirlo para que lo crea.

—Lo haré, si así lo deseas.

Acomodé la cabeza en su pecho y cerré los ojos. Hacía tiempo que no me sentía tan bien. Tan segura. Tan en calma. Mecida por el ritmo reposado de su corazón, mientras él acariciaba mi mejilla y besaba mi frente, lo escuché susurrar: «Te amo, Victoria».

Abrí los ojos levemente y susurré: «Y yo a ti, Elías». Y me dormí, con la sonrisa más hermosa que mis labios habían mostrado jamás.

Capítulo 18

E

lías abandonó el lecho muy temprano, pues tenía que regresar al trabajo, mas lo hizo con la promesa de volver a vernos. Y aunque se fue, el perfume de su cuerpo y el recuerdo de lo que había sucedido en aquel lecho aún perduraban. Salí de la cama sintiéndome más feliz que nunca, pero al abandonar la habitación y bajar al comedor encontré la atmósfera algo enrarecida a causa de Nicolás, que estaba redundantemente serio. Me esquivó durante toda la mañana, y yo, cansada de sus desaires, decidí buscarlo para hablar con él una vez más. No entendía por qué se enfadaba tanto conmigo, cuando él mismo se marchaba en mitad de la noche a meterse a saber en qué líos.

Lo busqué y lo hallé en el establlillo, ensillando a Canela muy concentrado. O tal vez fingía que lo estaba con tal de evitarme. Me acerqué hasta estar junto a la yegua y acaricié su testuz. Ella recibió mi gesto con agrado y olisqueó mi mano con interés. Había estado en la cocina con Manuela y todavía debía oler a comida. Nicolás me miró por un breve instante y rodeó a Canela para ir al otro costado.

—¿Qué quieres, Rosita?

—Solo venía a hablar contigo.

—Pues habla.

—¿Vas a explicarme de una vez por qué sales de noche?

—Tengo mis propios asuntos, al igual que tú. —Supe bien a qué se refería. Volvió a rodear la yegua para esquivarme y se puso a asegurar las cinchas—. ¿O es que tú vas a decirme qué hacía el cabo Marín anoche en la venta? Lo vi salir de amanecida —diciendo esto, sacó de su bolsillo los guantes de Elías, que debió de haberse dejado la noche anterior, sin que ninguno de los dos nos diéramos cuenta—. Dáselos cuando lo veas.

Ahora entendía el porqué de su comportamiento. Había visto marcharse a Elías, por lo que supongo que le fue fácil sacar sus propias conclusiones.

—Ve con él y déjame tranquilo de una vez. Me haces daño, ¿es que no lo entiendes?

—No es mi intención herirte. Nunca lo ha sido.

—Olvidemos lo que pasó y asunto zanjado —añadió, encaminándose hacia la salida.

Quizá aquello era lo mejor. Yo había traspasado un límite con Elías sobre el que no había vuelta atrás. Me había entregado a él de forma irrevocable.

—¿No ibas a montar? —pregunté.

—He olvidado una cosa.

Apoyé la cabeza en Canela y cerré los ojos, suspirando abrumada. Pensé que con Julián me había complicado la existencia, pero Nicolás y Elías me estaban demostrando que nunca era tarde para complicarla más. Al abrir los ojos advertí un pliego de papel que sobresalía de una de las alforjas. Me llamó la atención porque era muy grande, no como un documento corriente. Lo cogí y lo abrí, hallando un mapa de la zona con algunos puntos marcados. Reconocí el lugar en el que Nicolás y yo nos vimos por primera vez en el Barranco de la Niebla, y también las inmediaciones del puente viejo. Había dos lugares que yo no conocía, pero de los que había oído hablar: el Cerro del Castillo, una zona muy alta, y la Cueva de los Muñecos, esa a la que se habían referido cuando hablamos de los íberos. Me pregunté qué hacía Nicolás con aquel mapa entre sus cosas y por qué todos los

nombres habían sido tachados excepto el de la cueva. ¿Tenía algo que ver con sus idas y venidas nocturnas? Si él no quería contarme la verdad, tendría que averiguarla por mí misma.

Esperé impaciente la llegada de Lily, pues era el día que venía cargada de cosas para la venta. No pensaba subir sola hasta allí arriba y confié en que ella conocería el camino; así que nada más llegó, después de que hablara entusiasmada sobre Bernardo y sus planes de boda, la asalté con mi petición.

—¿Me acompañas a ver la Cueva de los Muñecos? —pedí, en un susurro, pues había gente en el comedor.

Ella soltó la canasta de huevos sobre la barra y alzó una ceja.

—¿Y qué se te ha perdido allí?

La cogí del brazo y la pasé a la cocina para hablar a solas. Manuela andaba ocupada en la barra y Nicolás se había marchado ya, así que nadie iba a molestarnos.

—He encontrado una cosa en las alforjas de Canela —le expliqué, cuchicheando—. Un mapa con un montón de sitios marcados. Todos estaban tachados menos la Cueva.

—¿Qué sitios? —contestó ella en el mismo tono, intrigada.

Al enumerárselos, Lily abrió los ojos de forma desmesurada.

—Son refugios de bandoleros, Rosita. Puntos de encuentro. A algunos ya no van porque la Guardia Civil los ha calado, o ese Lobo, que los ha echado de allí con viento fresco; pero otros... no me acercaría por nada del mundo.

—¿Y por qué crees que tendría Nicolás ese mapa?

Ella se calló y esquivó mi mirada interrogante. Sospeché que algo había pasado por su cabeza que no quería decirme. Lo supe porque también pasó por la mía. Las salidas nocturnas, las manchas de sangre en algunas de sus ropas...

—No creerás que... —murmuré.

Alzó la vista y me miró con gesto serio.

—Sea lo que sea no es nada bueno.

—Pues con más razón tengo que saber qué hay allí, porque si anda metido en algún lío, no puedo consentirlo. He de frenarlo antes de que sea demasiado tarde.

—¿Dónde está tu uniforme de Guardia Civil? No lo veo por ninguna parte. Déjame pensar... ¡Igual es porque no tienes uno! —dijo ella, con suspicacia, dándome a entender que estaba excediéndome en mis intenciones.

Chasqueé la lengua.

—Ay, Lily, no seas así.

—¿Por qué no le preguntas directamente?

La que esquivó su mirada aquella vez fui yo.

—Ya lo has hecho —dijo ella.

Asentí.

—¿Y qué te ha dicho?

—Bueno, no le he preguntado por el mapa, pero sí por qué entra y sale cada noche.

—¿Eso hace?

—Y otras cosas peores, Lily. El otro día trajo sangre en la camisa.

—Como sea lo que yo pienso, su madre lo mata.

—O igual la mata él antes, de un infarto o algo parecido.

—¿Y por qué no hablas con Marín de esto?

La miré como si se hubiera vuelto loca.

—No puedo. Ya sabes lo mal que se llevan Nicolás y él. Y además...
Estuve con él.

—¿Qué quieres decir con que estuviste con él?

—Ya sabes.

—¡Victoria! —dijo, y soltó una carcajada, echando la cabeza hacia atrás.

La mandé callar con gesto severo.

—Shhhhh. Que te van a oír.

—Pues que me oigan, así se les quitan las penas. ¿Y qué tal funciona la autoridad en los asuntos privados?

—Eres una descarada —repliqué, pegándole un pellizco.

Ella se quejó y me sacó la lengua.

—Y tú, una remilgada. ¿No me vas a contar nada?

Negué con la cabeza.

—¿Ni de su fusil?

Mi rostro se enrojeció aún más.

—Lily, por favor.

—Una pena. Me gusta hablar de fusiles. Y más si se trata de los de la Guardia Civil.

—Pues no vamos a hablar de fusiles.

—¿Y de su sable? —dijo, y se echó a reír. Supe que lo decía para hacerme rabiar.

—Nada de armas en general —zanjé, impidiendo que se fuera más por las ramas y yo acabase desmayándome de la vergüenza—. ¿Vas a venir conmigo a la Cueva, sí o no?

—No —contestó, rotunda.

—Por favor. —La cogí de las manos con un gesto de súplica—. Sabes que no sé montar a caballo y tú sí. Acércame, aunque sea. Te lo compensaré.

Solo me faltó hacer pucheros para intentar convencerla. Ella puso los ojos en blanco y suspiró. Aunque pensé que volvería a decirme que no, al final accedió.

—Igual si la próxima vez te estiras un poco con los detalles de tus encuentros amorosos, te llevo. Porque, mira, Bernardo anda con mucho trabajo y estoy más sola que la una. Me conformo con ver el fuego, aunque no pueda arrimarme.

Me eché a reír.

—Vale, de acuerdo. Hablaremos del fusil. Pero otro día. Hoy tengo

mucha faena.

—Toma y yo. ¿Cuándo quieres ir a la Cueva?

—Esta tarde, después de las comidas.

—Yo voy... pero no me meto ahí, eh. Que no me gusta la oscuridad.

La abracé, dándole las gracias.

—Además, si voy contigo a dar un paseo, Manuela no se extrañará tanto —le dije.

—¿Qué os traéis entre manos, zascandilas? —La voz de Manuela irrumpió en la cocina. Lily y yo nos sobresaltamos.

—Señora, parece que la hubieran invocado —dijo mi amiga, llevándose una mano al pecho.

—¿Invocado? —gruñó Manuela—. Ni que yo fuera un demonio.

Lily la miró con gesto divertido.

—Bueno... Solo cuando se enfada.

Manuela puso los brazos en jarra y alzó una ceja.

—Te voy a dar palos como si fueras una alfombra —dijo, muy seria.

Lily se rio burlona y la abrazó.

—Que es broma, señora Manuela.

Pero eso era algo que ella ya sabía, así que su rostro serio se tornó jovial y la abrazó también.

—Te paso a buscar después de comer —me dijo, y se marchó.

—¿Dónde vais? —preguntó Manuela.

—A dar un paseo nada más —mentí—. ¿Me deja? Lo tendré todo hecho, se lo prometo.

—Uy... nada más —dijo mostrándose desconfiada—. Vosotras dos nunca hacéis «nada más».

Le sonreí cariñosamente.

—Anda, vete a terminar el pan, que si vas a salir esta tarde no quiero tener que hacerlo yo. Tengo la espalda molida.

Le di un abrazo efusivo, así como las gracias, y me dispuse a hacer mis

quehaceres. Manuela volvió a la barra y se enfrascó en una animada conversación con algunos parroquianos, que me entretuve en escuchar para que se me pasase el tiempo más rápido. Don Beltrán, como era habitual, discutía con Jacinto sobre ese asunto de la venta de los bienes de la iglesia.

—Usted no ha hecho nada para tener todo lo que tiene —decía Jacinto—, más que llenar la barriga y dar sermones, y la tierra pudriéndose. Ya podría yo aprovecharla, aunque fuera para cagarme en ella. Estaría mejor servida que ahora.

—Ya se está usted excediendo como de costumbre. Se le olvida todo lo que he hecho por el pueblo.

—¿Qué ha hecho, eh? ¿Qué ha hecho que no haya hecho yo?

—Pues dar de comer a los pobres.

—Que no serían pobres si pudieran trabajar la tierra que usted acapara.

—Hago eso y muchas otras cosas que quedan entre mis fieles, Dios y yo.

—Como ocultar a enemigos de la nación en su iglesia, eso ha hecho. — Habían pasado casi cuarenta años, pero al parecer a don Jacinto no se le olvidaba cierto asunto que habían vivido de jóvenes, relacionado con soldados franceses que, siendo perseguidos y estando en menor número, fueron a refugiarse en la parroquia—. ¡Y a delincuentes!

—La casa de Dios tiene las puertas abiertas para todos sus hijos — respondió don Beltrán con voz paciente—. Nuestro Padre no entiende de guerras.

—¡Uy! —exclamó el otro—. No me tire de la lengua que tengo las Cruzadas en la punta, mire.

Algún gesto debió de hacer que yo me perdí.

—Es usted un descreído.

El tono del cura empezaba a cambiar y a tornarse más incómodo.

—Y a mucha honra —dijo el otro.

—La Constitución dice que la religión de la Nación española es la católica, apostólica, romana y que el Estado se obliga a mantener el culto y

sus ministros —expuso el cura.

—La Constitución dice, la Constitución dice —rezongó Jacinto—. Churros. Yo tendría que haberla hecho.

—¿Ah, sí? Pues ilústreme.

—Pues sí. Artículo primero: pan y vino para todo el mundo. A razón de una arroba diaria, sin excepción. Un trozo de tierra *pa* labrar y una casa con una higuera en la puerta —declamó como si estuviera en las Cortes—. Y una vara de lana de la buena, *pa* pasar los inviernos.

—Mañana cuando pase la diligencia te vas *pa* Madrid, y se lo cuentas a los ministros. Que de arreglar este país por lo visto sabes más que nadie.

—¿Y qué es eso de votar solo los señoritos? A votar todo el mundo.

—¿Todo el mundo? —escuché decir a Manuela.

—Bueno, las mujeres no —dijo Jacinto—. Habrase visto.

—¿Ah, no? —replicó ella—. Pues a partir de ahora llamas a Narváez para que te sirva el vino.

—Mujer, no te enfades —se excusó el otro—. Que yo lo digo porque vosotras no entendéis nada de política.

Escuché entonces la voz de Elías colarse entre las suyas y sentí un pellizco en el estómago.

—Pues yo las he conocido bien entendidas, don Jacinto —dijo.

—¿Las vería usted en las Cortes? —le preguntó don Beltrán.

—Y con sombrero de copa —apuntó, y casi podía imaginármelo sonreír de forma divertida.

No lo esperaba, así que me sentí ilusionada. Me limpié las manos a conciencia y me quité el mandil, para salir a verlo. Llevaba su uniforme y tenía el sombrero sujeto con una mano, mientras que con la otra apretaba la de Beltrán de forma cordial.

—Buenas nos dé Dios —saludaba de forma animada.

—Qué ocurrencia. —Reía el otro, por lo bajo, alzando su chato para dar un trago después—. Pues tendrá usted razón. Todo sea porque Manuela me

eche más vino. —Extendió su vaso vacío a la ventera y esta cogió la frasca y se lo llenó.

—Interesado —dijo riéndose. Tras devolvérselo, miró a Elías—. ¿Vienes a hacer inspección?

—No. Venía a ver a... —Se percató de que yo estaba de pie delante de la cortinilla, y sus labios se estiraron hasta formar una sonrisa hermosa. Podría haber iluminado la estancia con ella.

—A la niña, sí —dijo Manuela—. Para qué pregunto.

De repente todos me miraron con cierta sorna. Vi que alguno se aguantaba la risa.

—¿Qué...? ¿Qué pasa? —pregunté nerviosa, agachando la cabeza y buscando algo raro entre mis ropas.

Elías se acercó y pasó sus dedos con delicadeza por mis mejillas. Aquel roce despertó en mí, una vez más, las ganas de tenerlo cerca estando a solas. Quería volver a disfrutar de su cuerpo y de su delicadeza al acariciarme. Quería sentir que no había mundo más allá de nosotros dos.

—Tenías harina en la cara —dijo, y después me guiñó un ojo.

Estaba tan guapo cuando hacía aquello que las piernas me flaquearon tras su gesto. Me miró sin perder la sonrisa y vi que sus ojos se posaban en mis labios. Supe que no era la única que anhelaba un instante a solas.

—¿Quieres dar un paseo? —preguntó—. Hace un día de los que te gustan a ti. De esos en los que el sol pinta nubes en las montañas.

Emocionada, miré a Manuela para pedirle permiso. Ella señaló la puerta con la cabeza.

—Anda, disfruta, que la juventud se pasa más rápido de lo que se consume una vela.

Elías me ofreció su brazo y me agarré a él, abandonando la venta bajo la mirada de todos y con la sensación de que, a su lado, más que caminar, volaba.

—Me parece que para mayo voy a estar oficiando una boda. —Oí decir a

don Beltrán, con voz alegre.

—A lo mejor no se quieren casar —replicó Jacinto para exasperarlo.

—Manuela, no le des más vino a este —contestó el cura.

Y algo le debió de contestar, pero yo ya no los oí más.

Nos alejamos de la casa hasta enfilar uno de los senderos que discurrían hacia el río. Caminamos en silencio durante un rato, sumidos en la tranquilidad del bosque que cada vez se hacía más cerrado, arropándonos. Me gustaba aquel lugar porque se llenaba de jara, romero y lavanda, y su perfume hacía el paseo aún más agradable. Recordé que llevaba conmigo sus guantes y se los di. Él, por fortuna, tenía otros de repuesto y se pudo apañar.

—Anoche los olvidé en la venta —dijo, y noté que se ruborizaba.

«Anoche dejamos los dos en la venta algo más que unos guantes», pensé. «Nos dejamos los miedos y la piel entre mis sábanas». Al recordarlo, también me sonrojé.

—Espero que nadie más los haya visto y hayas tenido que responder preguntas incómodas.

—Los encontró Nicolás —le conté.

—Poca gracia le habrá hecho entonces, que no quiere verme ni en pintura.

—¿Por qué?

Él miró al cielo y suspiró.

—Cosas del pasado, Victoria. Hablemos de asuntos menos peliagudos. Veo que te adaptas bien en la venta. Ya sabes hasta hacer pan.

Miré mis manos. Su capacidad de crear me resultaba grandiosa. Me fascinaba tenerlas ocupadas en cosas útiles que iban más allá de sujetar un abanico o de bordar tapetes. Mis manos habían dejado de estar ociosas y de alguna manera mi alma se estaba transformando, al igual que estas transformaban la harina y el agua en pan.

—He descubierto que me gusta más de lo que pensaría —comenté.

—Me alegra que seas feliz, pero no has nacido para eso.

—¿Qué tiene de malo que quiera pasarme la vida aquí? Me gustan las cosas sencillas.

—Que no es la vida que te mereces. Tu posición es otra.

—Mi posición... Mi posición la perdí a la par que el juicio.

—No creo que sea nada que no pueda arreglarse. Deberías escribir a tu madre.

—¿Y después qué?

—Te perdonarán. Estoy seguro. ¿Quién podría negarte a ti el perdón?

—He deshonrado a mi familia y jamás estaré ya a la altura de lo que se esperaba de mí.

Él se adelantó y se paró frente a mí, tomándome de las manos.

—Me duele escucharte hablar así, Victoria —dijo, con gesto compungido—. Me duele ver cómo te culpas de algo que hiciste por amor; porque tu alma era demasiado pura y preciosa como para pensar que alguien sería tan ruin... Tus faltas solo le son achacables a él porque te engañó. Te hizo ver que andaba erguido sobre las piernas, como los hombres, y en realidad se arrastraba por el suelo, como las serpientes. Tú fuiste una víctima, no te culpes más. No lo soporto. Me muero cuando te haces daño a ti misma.

—Elías... —comencé a decir, pero me quedé sin palabras.

Tenía sus ojos clavados en los míos y eran como un torrente penetrando en mi alma y llenando cualquier resquicio. Oírlo hablar de lo que sentía me agitaba desde los cimientos y me hacía creer que, a pesar de todo, el amor existía y moraba en sus ojos.

—Para mí eres perfecta.

—No digas eso. Pones en mí virtudes que no existen.

—No me importa lo que pasase con ese hombre. Las cosas que hicieras antes de conocerme. No me importa nada. Solo tú —declaró con gesto sincero. Apretó mi mano y la llevó hasta sus labios para besarla—. Nunca pensé que esto me sucedería. Que te encontraría un día en mitad del camino

y querría que compartieras conmigo el resto, pero me iría contigo a al fin del mundo si tú me lo pidieras.

—Al fin del mundo... —susurré, convenciéndome de que era él quien pronunciaba sus palabras y no mi mente en un sueño.

—Al fin del mundo —dijo con decisión—. Porque cada vez que te miro siento que pertenezco a algo que va más allá de mi cuerpo y mi alma; algo que ni yo mismo puedo explicar. Nunca había sido tan feliz, Victoria. Ojalá pudiera acostarme cada noche a tu lado y verte amanecer. Esta mañana, cuando me he marchado, estabas tan hermosa... He tenido que vencer el impulso de tomarte en brazos y amarte de nuevo.

Sus palabras, una vez más, me hicieron estremecer, y anhelé que mis deseos más ocultos cobraran vida a su lado.

—Ojalá lo hubieras hecho —dije, y él se mordió el labio inferior, quizá imaginando las cosas que habrían pasado de haber sido así.

Al verlo hacer aquel gesto, mi interior vibró y deseé su boca junto a la mía. Me acerqué cuanto pude a él y cogí su rostro con mis manos, uniendo nuestros labios con entrega. Él me abrazó y nuestras lenguas se buscaron ansiosas, hallándose incandescentes. Sus manos recorrieron mi espalda hasta descender por la curva de mis nalgas y las apretó con fuerza, atrayéndome aún más hacia él. Así fue como sentí, una vez más, lo que su deseo y mi cercanía provocaban en él. Deslicé mi mano hasta poder tocarlo y sentí que me quemaban los dedos y las ganas. Elías se apartó un segundo de mí, azorado, y miró a un lado y a otro del camino.

—Victoria... Podrían vernos.

—Que nos vean.

—Vas a conseguir que me echen del Cuerpo.

—¿Ah, sí? —Lo miré con gesto pícaro y me acerqué de nuevo un poco.

—Sí. Me estoy entregando a diversiones impropias... —comenzó a decir, y yo besé su cuello despacio, trazando con mis labios el camino a sus mejillas.

—Así que diversiones impropias.

Él asintió. La voz se le tornó más ronca por el deseo.

—Y a conversaciones indecorosas.

Besé sus labios despacio, mirándolo. Sus ojos hablaban de sus ganas de tomarme. De llevarme de nuevo a ese lugar donde solo estuviéramos él y yo, presos de un deseo incontrolable, y de un amor que nos desbordaba.

—¿Muy indecorosas? —pregunté, volviendo a su cuello y paseando mi lengua por él.

—Ajenas a la decencia pública... —susurró, y sus manos volvieron a mis nalgas. Las tomó con firmeza y me apretó contra él. Entre su cuerpo y el mío no había espacio para nada más.

—Vaya, cuánto lo siento, cabo Marín. Supongo que está perdido del todo —dije, derramando suaves mordiscos en su cuello. Noté que su piel se erizaba. Mis manos se deslizaron por su pecho, hasta hallar de nuevo aquella curva excelsa de su pantalón.

—Irrevocablemente —dijo, y a aquello le siguió un gemido. Un gemido que era una rendición.

Me tomó de la mano con urgencia, sacándome del camino. Fui tras él con una sensación palpitando en mi vientre; con el vivo anhelo de sentirlo dentro una vez más, ser suya como lo había sido esa noche. Y buscando un lugar donde amarnos, nos deteníamos para besarnos impacientes, hasta alcanzar un sitio abrigado por altos arbustos de lavanda y mejorana, cuyo perfume se confundía con el de nuestras pieles. Jamás pensé que me atrevería a hacer algo tan osado, a entregarme a alguien en un lugar como aquel; expuestos. Mas todo mi ser lo anhelaba. Sus manos y las mías recorrían nuestros cuerpos, buscando rincones secretos bajo la ropa. Mi cuerpo pronto estuvo sobre el suyo y lo sentí dentro de mí. Y en cada movimiento de mis caderas, Elías penetraba más, y yo me inclinaba para besarlo y escuchar sus jadeos, que se derramaban en mis oídos y los hacían vibrar. Nunca pensé que pudiera sentir tantas cosas en tan poco tiempo; en

un solo acto. Nunca pensé que algo que todos callaban pudiera ser tan hermoso, pues tras experimentarlo de nuevo solo tenía deseos de gritar que había sucedido: mi cuerpo y mi alma eran suyos y me entregaría a él cada día de mi vida mientras me quedase aliento.

Exhaustos, y habiéndonos recompuesto las ropas, nos tumbamos con las manos entrelazadas y los ojos puestos en el cielo. Elías jugó conmigo a adivinar formas entre las nubes, y para él todas éramos nosotros. En una estaban sus labios y los míos; en otras, nuestra mirada; y en la más grande de todas, la casa en la que viviríamos juntos. Yo sonreí feliz ante aquella perspectiva. No me imaginaba nada mejor que estar a su lado.

Se colocó entonces de costado, medio erguido, apoyando la cabeza en la palma de su mano, y deslizó sus dedos por mi rostro con suavidad.

—Tu rostro luce aún más hermoso cuando hacemos el amor.

Sonreí, ruborizada, y lo observé de reojo. Su mirada se clavaba en mí, con devoción y dulzura, mas vi que de un instante a otro se ponía algo serio, como si lo que fuese a decir a continuación lo fuera. De repente se incorporó y me tomó de las manos para que lo hiciera también. Y cuando estuvimos de pie, se arrodilló ante mí. En aquel momento, el tiempo se detuvo una vez más.

—Victoria —invocó mi nombre y miró al suelo, nervioso. Tomó aire y alzó sus ojos de nuevo. Había una mezcla de temor y esperanza en ellos—. Quiero pedirte que... —se interrumpió, y yo apenas era ya capaz de contener la emoción. Esperé, impaciente, hasta que fue capaz de hablar de nuevo—. Me harías muy feliz si...

—Rosita. —Una voz que me llamaba y que procedía de los arbustos cercanos interrumpió a Elías. Giré la cabeza y vi a Nicolás montado sobre Canela.

Elías, azorado, se puso de pie y, soltando mis manos, carraspeó nervioso. Yo también lo hice, poniendo más distancia entre nosotros de la que habría deseado.

—Buenas tardes, Nico —saludó—. ¿Has salido a cabalgar? Hace un buen día hoy.

—Lo hacía —contestó este con su habitual tono desdeñoso cuando se trataba de hablarle a Elías. Entonces lo miró de arriba abajo y alzó una ceja. El cabo llevaba la chaqueta del uniforme desabrochada y la camisa algo deslavazada.

—Deberías arreglarte —le dijo con desdén—. Si mal no recuerdo me dijiste una vez que la Guardia Civil considera que el desaliño en el vestir causa desprecio.

Elías carraspeó y miró hacia otro lado, nervioso. Nicolás dirigió la vista hacia mí. Mi aspecto no debía ser mejor que el del cabo, con el cabello más que revuelto y el vestido arrugado. Por el gesto del ventero, me quedó claro que lo reprobaba de igual modo. Sin embargo no hizo observación alguna al respecto.

—Mi madre me manda a buscarte. Han parado dos diligencias y no puede con la faena.

Miré a Nicolás y después a Elías, y por un instante habría deseado que la tierra me tragase. Estar entre ambos en aquel momento era como estar entre dos vientos que soplasen en direcciones opuestas.

—Gracias por el paseo, cabo Marín —dije, despidiéndome.

Él dio un paso y tomó mi mano para besarla. Sus ojos me miraron con ternura mientras lo hacía.

—Ha sido un placer.

Escuché a Nicolás carraspear incómodo, y cuando dirigí la vista a él, había fuego en su mirada. Caminé hacia él y me tendió la mano para ayudarme a subir a la grupa de Canela. Ni tiempo me dio a decirle adiós a Elías, pues la instó a salir al galope. Solo pude mirarlo, mientras nos alejábamos. Cuando llegamos a la venta, bajó de la montura y después me tomó por la cintura para dejarme en el suelo como si nada.

—¿Por qué te has marchado de forma tan brusca? —lo reprendí—. No

son las formas de un caballero.

Nicolás me miró airado.

—Supongo que un hombre que se ve contigo a solas en medio de la nada sí lo es.

Me crucé de brazos, molesta.

—Estás siendo descortés. Y haciendo daño a la gente que te aprecia.

Me miró irritado.

—¿Yo? —Rio con gesto amargo, después cogió las riendas de Canela y echó a andar de camino al establlillo—. Anda, vete con mi madre, que te necesita.

Lo observé alejarse con la sensación de que sus palabras me habían aplastado como una piedra. Sabía de sus sentimientos por mí, y aunque despertaba cierta chispa en mi interior nunca le había dado esperanzas de que fueran recíprocos. Entonces había llegado Elías. Y aunque había navegado sobre aguas tormentosas, ya me sentía a salvo en su puerto. Tomé aire y cogí fuerzas para lo que me esperaba aquella tarde, pues había quedado con Lily para averiguar qué escondía Nicolás. Podía aparentar que iba de frente, pero guardaba más mentiras que nadie.

Entré en la venta y realmente estaba atestada de gente, así que no tuve tiempo de pensar en nada. Quizá esa era una de las pocas ventajas de tener tanta faena, que las horas pasan más rápido y a la mente no le da tiempo de irse por las ramas.

Cerca de las cuatro, andaba recogiendo una de las últimas mesas cuando hallé sobre ella el folleto de una obra de teatro que había sido representada en Madrid, en el Teatro del Príncipe. Alguien debía de habérselo olvidado allí, cosa que sucedía frecuentemente dado el trasiego de viajeros. Al mirarlo, recordé los días en los que iba a esos espectáculos con mi madre y sonreí, perdiéndome durante unos segundos en mi mundo.

Nicolás llegó a mi lado y me regañó.

—Apura, que no son horas de leer.

Le dediqué una mirada furibunda y se lo tendí de forma algo brusca.

—Toma, uno de los que te gustan.

Él lo cogió y se alejó de allí mientras lo leía. Suspiré para mis adentros y seguí recogiendo la mesa. Media hora más tarde, sin que hubiera tenido tiempo ni de comer, llegó Lily a buscarme, subida a lomos de su caballo tordo, al que había llamado «Schatten». Aunque estaba agotada, la emoción por la aventura podía más que cualquier otra cosa.

Capítulo 19

Lily guio con gran presteza a Schatten por aquellos caminos que, aunque parecía conocer bien, no dejaban de ser tortuosos y a menudo empinados. Durante el trayecto habló de nuevo sobre sus planes de boda con Bernardo y sobre lo feliz que estaba porque su padre se hubiera tomado de buena gana el compromiso. A mí no me parecía en nada extraño: el señor Wizner habría hecho cualquier cosa porque su hija fuera feliz. Me interrogó de nuevo sobre Elías. No quise decirle que a punto había estado de pedirme que me casara con él, pues de seguro cambiaría el rumbo y en vez de a la cueva me llevaría a Madrid a buscar telas para el vestido de novia.

Cuando alcanzamos la zona más alta, casi llegando ya al sitio, columbré el paisaje y me sentí del todo abrumada. Las montañas y los valles se extendían hasta que se perdía la vista y el cielo se confundía con la tierra. Era sin duda una visión hermosa; de las que te hacían darte cuenta de lo bello que es el mundo y de lo pequeños que somos en él. Y aunque me habría gustado quedarme a contemplarlo, no quería permanecer allí más de la cuenta. Sobre todo por Lily, que ya miraba a un lado y a otro nerviosa, temiéndose la llegada de algún bandido. La dejé esperando cerca del sendero y le prometí que regresaría cuanto antes. Ya me había dicho que ella le tenía mucho miedo a las cuevas y no quise insistir en que me

acompañase.

Avancé a solas entre la vegetación hasta que al fin vi ante mí una abrupta pared de roca a la que parecía que le hubieran hecho un tajo horizontal; era como si fueran las fauces de la montaña. Tal visión impresionaba, y comprendí por qué los antiguos la habrían tomado como sagrada. Ascendí por una pendiente escarpada y hube de inclinar el cuerpo y emplear de vez en cuando las manos para ayudarme a subir. Llegué hasta el lugar donde esas fauces de roca se abrían y oteé de nuevo el horizonte que me devolvió, una vez más, un espectáculo de belleza sin igual. Miré en derredor, buscando alguna entrada o algo similar, pues esperaba una oquedad en la roca, una cueva como la del cuento de «Alí Babá y los cuarenta ladrones», mas no la vi por ningún lugar. Sí que había signos del paso del hombre; viejas hogueras de pastores cuyo humo manchaba, además, los techos abruptos del abrigo rocoso. Estaba ya casi desesperada cuando advertí entre un montón de vegetación lo que me pareció que podría ser la entrada y me encaminé hacia ella. Se trataba de una abertura estrecha, que daba paso a una oquedad algo más grande. Allá donde la luz no llegaba, se advertía una negrura insondable. Cierta miedo ancestral a la oscuridad me embargó, pero a la par sentí que la cavidad me llamaba a entrar, como si algo poderoso se guardase en sus entrañas. Un pie y luego otro, y estos tiraron de mí hasta verme dentro. Avancé por ella, con la tierra bajo mis pies que formaba una pendiente. Tuve la sensación de que, si me escurría, terminaría por tragarme. Al fondo advertí entonces una luz titilante. Me acerqué despacio hasta adivinar que se trataba de la entrada a un estrecho pasadizo, en cuyo final se distinguía aquella luminosidad.

Tomé aire y recorrí los pasos que me separaban de ella hasta llegar a otra oquedad de amplias dimensiones. La luz procedente de esta provenía de un farol situado junto a la entrada y gracias a él pude ver lo que su interior guardaba. En la pared frente a mí, a gran distancia, se apilaban un montón de barriles y cajas, y a la derecha de estos, aunque algo alejados, había unos

cuantos fardos. El aire allí dentro estaba enrarecido y olía de forma peculiar. Me acerqué a uno de los barriles, despacio, y empujé la tapa que lo cubría hasta que este me reveló su interior. Mis ojos se abrieron desmesuradamente al ver una sustancia similar al polvo y de color oscuro. Estuve tentada de tocarla, pero algo me dijo que no debía hacerlo. Retiré la tapa de una de las cajas para comprobar qué había en ella y vi que estaba llena de unos paquetes cilíndricos y alargados, hechos de papel de estraza, con un hilo sobresaliendo en uno de sus extremos. Tapé de nuevo la caja, extrañada ante su contenido. Reconocí entonces el sonido de unos pasos que venían hacia la cueva. Por unos instantes me quedé paralizada, hasta que reaccioné y fui capaz de esconderme entre los barriles. Agazapada, vi entrar a un hombre embozado. Solo se le veían los ojos, que refulgieron a la luz del farol en tonos rojizos. Vi que llevaba una pistola en el fajín y me eché a temblar. Si ese hombre me descubría allí, me mataría... o algo peor. Contuve la respiración mientras lo vi trastear entre los barriles, rezando porque no se acercase a mí. Comenzó a abrirlos uno a uno y lo oí maldecir. Hubo un momento en el que ya no estuvo entre la salida y yo. Y pensé dos cosas: una era que, si seguía moviéndose entre los barriles, tarde o temprano me vería; la otra, que salir corriendo cuando contase hasta tres era una buena idea. Y conté mentalmente hasta tres. Emergí de mi escondite y corrí hacia la salida sin mirar atrás, sin preocuparme de si me seguía o no, pero debía de ser bastante rápido porque no tuve oportunidad de salir de la oscuridad, cuando me atrapó. Noté sus dedos que se clavaban en mi hombro y me agarraban con fuerza, haciendo que me frenase en seco. Grité hasta que me giró, obligándome a mirarlo. Entonces vi sus ojos y lo reconocí.

—¿Nicolás?

—¿Qué haces aquí dentro? —Su voz sonó amortiguada por el embozo.

—¿Y tú qué haces así vestido? Pareces un bandolero.

Él me soltó y bajó la banda de tela que cubría su cara. Su rostro estaba perlado de sudor.

—¿Qué haces aquí? —preguntó de nuevo con gesto inquisitivo.

Lo miré de la misma forma.

—¿Y tú?

—Eso da lo mismo.

—¿Qué era todo eso, Nicolás?

—Pólvora, Rosita —contestó.

Aunque por unos instantes me quedé estupefacta, rehusé creerlo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la he visto antes.

—Pero no pude ser, esto es... —Miré a ese montón de cajas, muy asustada—. Esto es demasiado. Ha de ser otra cosa.

Se acercó de nuevo hasta las cajas y abrió una, cogió un poco de aquel polvo negro y lo puso en mi mano.

—Pruébalo, verás.

Arrugué la nariz, extrañada ante su petición, mas él insistió. Apenas puse un poco en mi dedo y me lo llevé a los labios, sentí como si me hubiera metido un puñado de sal.

—Te digo que es pólvora. La pólvora sabe salada.

Noté que el sudor me llenaba la frente a causa del nerviosismo. Tragué saliva y me aparté, preguntándome con qué propósito guardarían allí semejante arsenal.

—¿Crees que es la que robaron?

Nicolás asintió y movió una de las cajas levemente para mostrarme unas letras rojizas estampadas en su costado.

«Fábrica de Santa Bárbara. Granada. Cárdenas y Compañía», leí.

Era la empresa de pólvora de la que habían hablado en la venta días atrás.

—Hay pólvora y cartuchos para hacerlos explotar. No sé cuándo, ni dónde, pero sospecho que el dinero que se piensa mandar a Sevilla tiene mucho que ver. Y esto no es todo —dijo, destapando uno de los fardos—. Aquí hay lo menos doce fusiles y varios rollos de mecha.

—Dios mío —musité.

—Vayámonos de aquí —dijo echando a andar.

Desde luego no pretendía quedarme allí a solas, así que lo seguí a través de los corredores. La luz de la oquedad dejó de proyectarse y el túnel se tornó oscuro. Una vez en la salida nos alejamos hasta llegar tras un conjunto de piedras, rodeadas de arbustos. Él se llevó una mano a la frente y la frotó, preocupado.

—Todo eso es cosa del Sainete, ¿no? —Señalé hacia la cueva con la respiración agitada.

Él asintió con gesto decidido.

—¿Es que pensáis volar medio monte?

Arrugó el entrecejo.

—¿Pensáis?

—Sí, tú y quienes quiera que sean los otros con los que andas compinchado.

Suspiró. Parecía agotado.

—¿Qué dices?

—He visto el mapa en el que tienes marcados otros puntos, además de este, y sé que son guaridas de bandoleros. ¿Estás con esa banda de malhechores? ¿O acaso eres el Lobo? Porque yo ya no sé qué creer. —Le afrenté, preparándome para cualquier respuesta que pudiera darme, por dolorosa que fuera—. Suponía que querías estudiar Medicina algún día y salvar personas. No matarlas.

—¿Cómo puedes pensar eso de mí? —Por la forma en la que me miró supe que lo había herido.

—Sales cada noche y vuelves a la amanecida. Si no estabas cometiendo tropelías, ¿por qué irías a ocultarme nada? Y, por Dios, ¿cómo se te ocurre ir por ahí con una pistola?

—Era de mi padre. En la venta hay que andarse con ojo, que un día están las cosas tranquilas y al otro no.

—Pues como te vean con ella te van a multar. Un mes de prisión y cien ducados.

—Sí que lo sabes bien. ¿Te lo ha dicho tu amigo el cabo?

No iba a decirle que sí, porque eso sería sacarlo de sus casillas de nuevo.

—Si en vez de a mí lo hubieras encontrado a él en esa cueva no pensarías que estaba ahí para matar a nadie —soltó de repente, molesto—. Habrías pensado que lo hacía para salvar a las personas de lo que ahí dentro se guarda.

Suspiré, cruzándome de brazos.

—Esto no tiene nada que ver con él. Aunque al menos es sincero conmigo.

—Sí, es todo un dechado de virtudes —farfulló—. Yo solo soy un pobre desgraciado que nada puede ofrecerte en comparación con él.

Tomé aire, dispuesta a sincerarme.

—No digas eso, Nicolás. Tú... me gustas. Pero...

—Pero él te gusta más. ¿Por qué? ¿Por qué él?

—No puedo decirte por qué. No se pueden hacer preguntas al corazón, ni al amor ni a los sentimientos. Ocurren y ya está.

—Siempre he sabido que llevaba las de perder contigo. Siempre me juzgas antes de darme la oportunidad de defenderme.

—¿Que no te doy la oportunidad de defenderte? —repliqué ofendida—. Te he preguntado qué hacías dentro y te has ido por peteneras. Pues bien, hazlo ahora, porque o me cuentas a mí la verdad o se la cuentas a Elías. Y yo no tengo potestad para detenerte, así que tú verás.

—Deja de mentarle que me hierva la sangre —masculló.

—Habla —demandé con gesto serio.

Nicolás chasqueó la lengua, se echó el flequillo hacia atrás y me miró de forma directa.

—Está bien. Te lo contaré —anunció, no sin dudar antes. Tomó aire, y lo soltó después, de golpe—. Es por mi hermana.

Me mostré desconcertada.

—¿Tu hermana?

—La estoy buscando.

—No entiendo. Tu hermana... —me interrumpí, pensando la manera de ser suave en lo que iba a decir, sin salir de mi desconcierto. Yo misma había visitado su tumba con Manuela—. Ella falleció.

—¿Qué? —Me miró sorprendido—. No. Mi hermana desapareció.

—Pero vi su tumba...

—Mi madre se empeñó en que tuviera una. Don Beltrán se lo aconsejó, por el bien de su alma y de sus nervios. Estaba sumida en una crisis terrible. Algo comprensible dada la situación, pero yo creí que... —Calló, y a sus ojos acudieron las lágrimas, que él se tragó con entereza para seguir hablando—. Creí que la perdía a ella también.

Sin pensarlo lo más mínimo, lo abracé para hacerle saber que estaba ahí, que lo apoyaría si se sentía desfallecer. Él respondió a mi abrazo apretándome con fuerza contra su pecho. Lo oí suspirar.

—Entonces... ¿qué ocurrió con tu hermana? —pregunté, separándome levemente.

—Una tarde salió y ya no volvió. Había quedado en verse con Elías.

—¿Con Elías?

—Eran... novios.

Sentí un pellizco en el estómago al conocer aquella relación del cabo y al comprender entonces el origen de la enemistad entre ambos: Nicolás no podía evitar culparlo de lo que le había sucedido a su hermana.

—La gente pensó que se había caído en algún barranco y que las alimañas habían hecho el resto. No les creí. Así que rastree cada paso del camino que habría recorrido y encontré su vestido entre unas zarzas, junto al río. Y un cigarro a medio consumir. De los que fuma el Sainete. Tuve la corazonada de que se la había llevado él. Uno de los malnacidos que va con él llevaba echándole el ojo desde que la vio por primera vez. Así que pongo

la oreja en la taberna cuando se oyen rumores sobre dónde los han visto y voy a esos lugares, esperando encontrar su guarida.

—¿Y no le has dicho nada a Elías? Él podría ayudarte.

—Al principio venía conmigo, pero terminó por vencerlo la desesperanza. Ha intentado disuadirme muchas veces de seguir adelante, hablándome de mi madre; de lo sola que se quedaría si algo me sucediese. Parece que mi hermana ya no le importa. —Su rostro pasó de la nostalgia a la crispación—. Y ahora llegas tú y de repente solo tiene ojos para ti, como si la hubiera olvidado por completo.

Suspiré.

—No creo que se pueda olvidar a nadie por completo...

Él me miró con gesto duro y dio un paso atrás, apartándose de mí.

—No lo defiendas.

—No lo estoy defendiendo. Hablo desde mi experiencia —me excusé—. Por mucho que recordar a alguien te duela, nunca se te olvida.

—Se rindió —dijo, tajante—. Es un cobarde.

—Estás siendo demasiado duro con él. Tuvo que sufrir mucho cuando ella desapareció, y más aún si tú lo culpas por ello. No solo perdió a su novia. También perdió a su amigo. Ponte en su lugar.

—De acuerdo. Me pongo en su lugar. ¿Y quién se pone en el mío?

Cogí su mano, intentando tranquilizarlo.

—Yo. Aunque para eso necesito que me cuentes lo que te preocupa. ¿Y si te hubiera pasado algo?

—No podía hablarte de esto. No sabía si irías a contárselo a mi madre. Me lo prohibiría.

—Y con razón. Elías no estaba errado cuando intentó disuadirte. Ya ha perdido a una hija, no querrá perderte a ti también.

—Tengo que encontrar a mi hermana y... —se interrumpió, agachando la mirada; cuando la alzó de nuevo, había en sus ojos un fuerte sentimiento de anhelo—. Y demostrarte que soy mejor que él.

Me sentí apenada porque se sintiera así. Para mí, Elías y él eran incomparables. Cada uno poseía sus virtudes y sus defectos, y si mi corazón había elegido a Elías, no es porque creyese que Nicolás era menos que él en aspecto alguno.

—Por favor, no te compares con él —pedí.

—¿Es que tú no nos comparas?

—No, Nicolás. No lo hago. Y estoy cansada de que tú sí y de estar en medio de los dos siempre. Ojalá pudiéramos volver al principio, a los días en los que leíamos juntos y no te rondaban tantos fantasmas.

—Ojalá, porque fue donde supe que ya estaba enamorado de ti —confesó, clavando sus ojos en los míos—. Y ahí, aún no había aparecido él para llevarte de mi lado.

Lo miré entristecida, sintiendo dolor por sus palabras.

Me habría gustado decirle que sentía lo mismo que él, pero mi corazón pertenecía a Elías. Dio un paso hacia mí y me abrazó con fuerza. De vuelta en sus cálidos brazos me sentí en un lugar a salvo de nuestras cuitas. Con delicadeza se apartó de mí y puso sus manos en mis mejillas. Sus ojos azules, tan expresivos, me ofrecieron toda la ternura que había en su alma, antes incluso de que lo hicieran sus labios.

—Te quiero —dijo de repente, para mi sorpresa—. Siempre te querré, pase lo que pase.

Miró mi boca y supe que me besaría de nuevo. El recuerdo de sus labios y de las caricias que nos proferimos días atrás volvió a mí, y en mi cabeza se mezclaron sus recuerdos con los que tenía de Elías. Antes de que pudiera siquiera pensar en lo que quería, Nicolás posó con delicadeza sus labios sobre los míos y, apenas se hubieron rozado, escuché un sonido atronador y sentí como si me clavasen decenas de agujas a la vez en el rostro.

—¡Cuidado! —gritó Nicolás. Escuché su voz mezclada con un zumbido ensordecedor que se había instalado en mis oídos. Me obligó a agacharnos y me cubrió con su cuerpo. Escuché de nuevo aquel sonido y lo reconocí

entonces como un disparo. La bala impactó en la roca que nos protegía, arrancándole lascas y levantando una nube de polvo.

—¿Estás bien? —me preguntó, mirándome preocupado y limpiándose la cara.

Lo que había sentido como agujas no eran otra cosa que esquirlas que el primer disparo había arrancado. Me habían hecho algunos cortes y escocían un poco, apenas sangraba, así que no quise preocuparme.

—Ponte esto —dijo, sacando de su bolsillo un pañuelo negro, similar al que llevaba en la cara—. Anúdatelo como yo y no te muevas de aquí —me ordenó, y le hice caso.

Él se subió el embozo y tomó la pistola de su fajín. Lo escuché inspirar profundamente y contar hasta tres. Después se alzó a toda prisa y disparó antes de volver a agacharse. El olor a la pólvora nos envolvió. Le correspondieron con otro disparo que impactó esa vez en el suelo, a corta distancia de nosotros.

—Son el Sainete y los suyos —dijo—. Hay más de los que puedo contar. Tendremos que salir corriendo monte abajo. Canela no está muy lejos.

—No podemos irnos —le dije—. Lily está esperándome.

—¿Dónde?

—En el camino de subida.

—Tendríamos que pasar delante de ellos para llegar hasta allí.

—¿Pretendes que la deje abandonada?

Solo de pensar que pudiera sucederle algo me angustiaba, mas un nuevo disparo restalló en la roca y nos recordó que estábamos en peligro.

—No tenemos tiempo de discutir. Volveré a buscarla en cuanto te ponga a salvo —diciendo esto, me tomó la mano y me miró con gesto decidido—. A la de tres, corremos en dirección a aquellos arbustos.

Miré hacia donde señalaba y asentí, siendo consciente de que no tenía alternativa. Nicolás hizo la cuenta atrás, y al llegar a uno, corrimos a toda prisa monte abajo. De repente, mezclándose con el sonido de los disparos

escuché la voz de Lily. Gritaba desesperada mi nombre. La sangre se me heló en las venas y me detuve, dejando de correr al instante para girarme. Más arriba, junto a la entrada de la cueva, Lily luchaba por zafarse de dos hombres que la tenían apresada.

—¡Rosita! —Nicolás me llamó, desesperado, deteniéndose también. Llamé a Lily, al borde del llanto. Quería correr hacia ella, arrancarla de las manos sucias de esos villanos, pero Nicolás tiraba de mí en dirección contraria, mientras los disparos impactaban cada vez más cerca. Al habernos detenido, éramos ya un blanco fácil.

—¡Rosita, muévete! —clamó él.

—¡Vete tú! —le grité—. No voy a dejar sola a Lily.

—¡Nos matarán si no seguimos corriendo! ¡Te juro que volveremos a buscarla, pero no podremos hacerlo si estamos muertos!

Una bala se clavó en el suelo, a mis pies, levantando una nube de polvo, y una segunda impactó en el brazo de Nicolás, arrancándole un grito de dolor. Me giré y vi que sus ropas se humedecían y que por su mano se deslizaban unas gotas de sangre. Se llevó la mano al antebrazo, donde había impactado la bala, y se quejó. Aquello me devolvió a la realidad. Supe que tenía razón. Si no nos movíamos nos matarían allí mismo y nadie podría salvarla. Tal vez nadie, de hecho, sabría siquiera que estaba en manos de esos malnacidos. Mis pies se movieron entonces y eché a correr, agarrándome de la mano de Nicolás, hasta ganar distancia suficiente como para estar lejos de sus disparos. Me detuve y me bajé el embozo, intentando recobrar el aliento.

—No te pares. Nos siguen —dijo él, entre resuellos; se quitó del todo el pañuelo y lo aprovechó para vendar la herida.

Giré la cabeza para mirar atrás y no vi a nadie.

—No los veo.

—¿Crees que nos van a dejar escapar sin más? Nos han visto. Y seguramente sepan ya que hemos estado en la cueva. Ahora no pararán

hasta matarnos.

—Nos hemos cubierto la cara.

—No cuando... —Se detuvo, algo azorado—. No cuando iba a besarte.

Yo también me sonrojé.

—¿Crees que nos han reconocido?

—Estoy seguro. Y más teniendo en cuenta lo que ha pasado con Lily — declaró, y me sentí aún más desazonada.

—Por favor, vamos a continuar. Temo que cuando la encontremos sea demasiado tarde.

—Estate tranquila. No van a matarla. No lo hacen con las chicas que se encuentran... Con las ricas piden rescate y a las más pobres se las llevan al Tronera. Si no las quiere para su despreciable negocio, la vende a otros como él. —Apretó los dientes, muy tenso—. Estuve en el burdel y no vi a mi hermana. Tengo la certeza de que está viva. Tuvieron que venderla y he de averiguar a quién. El día que me eche a ese canalla del Tronera a la cara se lo sacaré con tenazas, al igual que los dientes, uno por uno. Pero es muy escurridizo.

—¿No lo has visto nunca?

—Una vez, de espaldas. Pero lo he oído hablar, y soy muy bueno recordando las voces de la gente, ¿sabes? —asentí. Lily me había dicho aquello mismo—. Sé que tiene una casa en Andújar, con más vigilancia que el Palacio Real, y que va mucho por Madrid. Lo han visto en el Teatro de la Cruz más de una vez, viendo el *Don Juan*.

—Parece que sea la obra favorita de todos los rufianes —mascullé, enfadada, al recordar a Julián.

Nicolás se mostró interesado.

—¿Por qué?

—Por nada.

Y aunque contesté eso, no pude evitar que su recuerdo me devolviera de golpe al día en el que me había abandonado y en el que aquellos villanos

me dijeron que me llevarían con ellos. Un sentimiento terrible de angustia me envolvió y las escenas de lo vivido llegaron de nuevo nítidas a mi cabeza, una a una y, de entre todas ellas, restalló con más fuerza una en concreto que se fijó en mi mente como si alguien la hubiera detenido a propósito. La de esa chica que había salvado mi vida ayudándome a escapar del Sainete y sus hombres. La vi de forma clara en mi cabeza y tragué saliva con un palpito latiendo fuerte en mí.

—Un día tu madre dijo que odiabas los quinqués porque tu hermana se había quemado con el aceite de uno.

—Se quemó las manos... sí —murmuró—. ¿Por qué lo preguntas?

En aquel momento, una sensación intensa y algo dolorosa abordó mi estómago, clavándose en él.

—¿Cómo es tu hermana? —inquirí, impaciente.

—Castaña como mi padre y con los ojos negros de mi madre. Muy alta y bonita. ¿A qué viene esto?

—Nicolás. La he visto.

Él me miró con una mezcla extraña entre estupor y esperanza.

—¿La has visto?

—Sí. La noche en la que me encontraste —afirmé—. Ella me ayudó a escapar.

—No... —balbuceó, incrédulo—. No... no lo dices en serio.

—Te lo juro por Santa Bárbara.

En su rostro se dibujó entonces un gesto de júbilo y sonrió, abrazándome feliz.

—Sabía que la tenían. ¿Dónde está?

—No sabría decirte... Estaba oscuro y yo no conozco esto. Fuimos a parar a una casucha abandonada. Un molino, creo.

—¿Cerca de donde te encontré?

—Podría ser... Corrí tanto que perdí la noción del tiempo.

Su gesto feliz pronto se desvaneció.

—De todas formas, ha pasado tanto tiempo que es posible que ya no estén en el mismo sitio. Aunque... —Su rostro volvió a tornarse algo más feliz—. Ahora que sé que no la vendieron y que la tienen con ellos, tengo esperanzas. No sabes lo agradecido que estoy.

—Siento no haberlo dicho antes. La muchacha hablaba con ellos como si nada, así que pensé que era parte de su banda.

Nicolás volvió a abrazarme con fuerza y después se separó de mí, inquieto.

—No te preocupes más. Iré a buscarla en cuanto resolvamos lo de Lily. Ella es ahora nuestra prioridad.

Nicolás echó a andar y lo seguí hasta estar a su altura. Le pregunté entonces por el brazo.

—Estaré bien. Solo es un disparo.

—¿Solo es un disparo? —repetí, sorprendida.

—Peor sería que me hubiera picado una alicántara.

—¿Qué es una alicántara?

—Una serpiente muy venenosa, aunque ciega. Mi madre siempre ha dicho: «Si la alicántara viera y la víbora oyera no habría hombre que al campo saliera».

—Lo que nos faltaba —rezongué.

Estaba tan preocupada que sentía que la cabeza me iba a estallar. Nicolás estaba herido, había explosivos en esa montaña como para echarla abajo, y encima Lily estaba en manos de esa panda de desalmados.

—Será mejor que vayamos a ver a tu amigo Elías antes de que se haga de noche —anunció, aligerando el paso. El tono con el que dijo «tu amigo» estuvo cargado de celos.

Suspiré y fui tras él.

Por fin llegamos junto a Canela y esta nos recibió agitando las crines. Subí a su lomo con Nicolás y bajamos la montaña a toda prisa. No sabía dónde íbamos hasta que no enfilamos el camino que llevaba al cuartelillo.

Estaba ansiosa por ver a Elías y ponerlo al corriente de lo que estaba pasando. Tenía la certeza de que llegaríamos a tiempo de avisarles y así poder evitar una desgracia, pero el destino, que se había ocupado de torcerlo todo aquel día, lo haría aún más. Apenas a una legua del cuartel, emergieron de entre los pinos cinco hombres embozados, armados todos con una pistola. Reconocí al instante a uno de ellos: el Sainete.

—Vaya, ¿vais de paseo, Nicolás?

Noté que el muchacho se ponía nervioso y llevaba la mano a la pistola. Uno de ellos me apuntó a mí y otro, a Canela.

—Yo que tú no haría eso. A no ser que quieras quedarte sin tus dos yeguas. Así que desmontad —exigió.

Nicolás alzó los brazos y yo me quedé paralizada, sin saber qué hacer. Él giró la cabeza levemente y me habló.

—Haz lo que dicen, Rosita.

Uno de los bandidos vino hacia el caballo y tiró de mí de forma brusca, obligándome a bajar. Apeataba a vino barato, a suciedad y a sangre.

—Hola, preciosa —dijo—. Por fin volvemos a vernos.

Lo miré desafiante, ya en el suelo. Vi que tenía algunas quemaduras por el cuello y las manos, y supe que había sido uno de los que me habían perseguido la noche de mi huida.

—Átalos —dijo el Sainete.

A punta de pistola nos ataron las manos a la espalda. Uno de sus hombres cogió las riendas de Canela y otro le quitó el arma a Nicolás. El Sainete, con un brillo pérfido en sus ojos, apuntó a la yegua. Quería matarla porque sabía que así heriría de gravedad a Nicolás. Lo vi palidecer y, de repente, echar a correr hacia él, con gran determinación. El otro no se lo esperaba y, antes de que soltase el tiro, Nicolás lo embistió en el pecho, como si se tratase de un animal, y logró derribarlo. El disparo salió errado, y Canela, asustada, alzó sus patas delanteras y golpeó al hombre que sujetaba sus riendas, para después salir cabalgando de allí a toda prisa. Aquel tipo se

desplomó, con un río de sangre que le recorría el rostro y los ojos en blanco. La coz sin duda lo había matado.

A Nicolás, que se hallaba en el suelo sobre el Sainete, lo cogieron otros dos hombres y lo alzaron. Él pataleó al aire y se revolvió, intentando zafarse. El bandido se levantó y le descargó con furia un puñetazo en la cara que arrancó sangre de sus labios.

Grité, desesperada, que lo dejasen en paz, y entonces noté en mi sien el frío del metal.

—Si te sigues moviendo, el Perlas le meterá un tiro a la moza en su bonita cabeza. ¿Es eso lo que quieres? —le dijo el Sainete, y supuse que ese era el nombre de aquella bestia que amenazaba con matarme.

Nicolás negó con la cabeza.

—Pues vamos a estarnos quietecitos. ¡Andando!

Tras su orden, nos obligaron a caminar a empujones por un sendero que poco a poco fue haciéndose más amplio, hasta desembocar cerca del camino principal y que podía verse de allí, pues quedaba en una zona inferior a la que nos hallábamos. Advertí a otro grupo de bandidos que habían establecido un trabajo en cadena con otro montón de ellos, cerca de nosotros. Sacaban cartuchos de aquellas cajas que habíamos visto en la cueva. Uno se los entregaba a otro y este iba dándoselos a los del camino, que los colocaban en diferentes puntos. Miré en derredor por si mi amiga se hallaba cerca, mas no fue así. Sentí que el corazón se me paralizaba.

—¿Dónde está Lily? —les pregunté, furiosa.

—En un lugar confortable, no te preocupes por ella.

—Maldito seas. —Apreté los dientes—. Juro por Dios que algún día te veré muerto.

De su garganta emergió una risa macabra, cargada a la par de burla. Se giró para mirarme y tomó mi rostro por el mentón de forma brusca. Las manos le olían a pólvora y mugre.

—No, señorita Vergara. Yo te veré muerta a ti. Si no te hubieras escapado

habrías podido vivir, pero el Tronera ha cambiado de planes —dijo, y soltó mi rostro con desdén, haciéndome daño. Obvié el dolor y fruncí el ceño, extrañada.

«¿Cómo sabía quién era?».

Se adelantó, sin darme margen a decirle nada más, y comenzó a dar órdenes. Colocaron cartuchos a lo largo del camino, así como en sus arcenes, y los conectaron a una mecha. El Sainete le dio órdenes a uno de ellos de que se hiciera cargo de prenderla cuando le diera la señal. A Nicolás y a mí nos obligaron a avanzar hacia el camino y, en medio de este, nos obligaron a sentarnos espalda contra espalda, muy cerca de una de las cargas. No me hizo falta pensar mucho en ello para saber que pretendían volarnos a nosotros también. Nos ataron los tobillos y el uno al otro con una cuerda. Estaba tan pegada a Nicolás que podía sentir los movimientos de su cuerpo cada vez que respiraba. Él debió notar que me había echado a temblar, pues intentó tranquilizarme y buscó mis manos para, al menos, rozarlas. Su cercanía hacía menos duro el momento, pero saber que iba a morir me aterrorizaba de todas formas.

—No quiero morir, Nicolás —le dije con la voz quebrada.

—No vamos a morir, te lo prometo.

El Sainete, que estaba cerca de nosotros, se agachó frente a Nicolás.

—La gente huele de un modo particular cuando tiene cerca a la muerte, ¿sabes? Y yo ya puedo oler tu miedo —dijo para provocarlo—. Una lástima que tu madre vaya a quedarse también sin su otro hijo. Doña Manuela es una mujer ejemplar. Ahora que estará sola puedo pasar a hacerle una visita.

Nicolás se agitó desesperado e intentó levantarse para enfrentarse a él, mas fue en vano.

—Si le haces algo a mi madre te buscaré hasta después de muerto y te encontraré donde quiera que estés. Lo juro por Dios. ¡Te perseguiré y te atormentaré hasta que desees tu propia muerte! —bramó.

El otro se fue, riéndose de forma burlona.

Escuché a Nicolás llorar, desesperado.

—No le harán nada, Nicolás. No llores, por favor.

—Lo siento, Rosita. Si hubiera sido sincero contigo esto no estaría pasando. Solo yo estaría aquí, y no los dos.

—No pienses en eso ahora.

Nicolás tomó aire e intentó calmarse. También era esa mi intención, aunque estaba muy lejos de conseguirla. Pensé en mi propia muerte y en las cosas que habría querido hacer en mi vida. Pensé en Elías y en el amor que nos habíamos profesado. Saber que no volvería a verlo me partió el corazón. Hubo un silencio abrumador y una tensión palpable en la que casi sentí que me desvanecía.

—¿Qué hace ese animal ahí? —Escuché entonces preguntar, y sentí un aliento cálido en la nuca. Me giré levemente y vi a Luna, que mordía la cuerda intentando desatarnos.

—¡Luna! —grité, alegre. Pero entonces temí por ella. Esos hombres estaban armados y podían intentar herirla, para evitar que nos soltase.

—¿Lo mato? —preguntó uno, sacando la pistola.

—¿Eres imbécil? —recriminó el Sainete. No podía verlos, pero ya reconocía su voz—. Si disparas pondrás todo en peligro.

—Tengo buena puntería.

—Te digo que no. Que no me la juego. Además, no irán muy lejos. Ya queda poco para que llegue la diligencia. El lobo morirá también con ellos.

Tragué saliva y recé porque Luna fuera capaz de aflojar la cuerda.

Aún seguíamos atados cuando escuché la cercanía de los cascos de unos caballos y la marcha de unas ruedas por el suelo. Me había acostumbrado ya a ese sonido, de tantas veces como lo había oído, y parecía venir cargada. O era de oro, o era de personas. Esperé que de lo primero, porque al menos así no se perderían tantas vidas. Para mi sorpresa, distinguí otra más siguiendo a esta; y una tercera, incluso.

—Vienen tres —gritó uno de los hombres del Sainete.

—¿Tres?

—Dijeron que una *na* más. La del oro.

—Parece de la Carsí. —Apreció otro, siendo esta una compañía de diligencias que transportaba viajeros.

—Pues que sus ocupantes vayan rezando lo que sepan, porque nos los vamos a llevar a todos por delante. —El Sainete hizo un gesto al que estaba cerca de la mecha y este la prendió.

—Nicolás —murmuré, temblando ya de miedo—. Nicolás.

Noté entonces que la cuerda que nos rodeaba se aflojaba. Él se arrastró hacia delante y me gritó que hiciera lo mismo.

—¡Luna, llévatela!

La loba aulló y mordió las cuerdas que ataban mis pies, de repente advertí que me arrastraba fuera del camino. Di con la espalda en el suelo, sintiendo una fuerte quemazón por el rozamiento, mas lo resistí, pues el animal intentaba ponerme a salvo. Vi que Nicolás seguía allí en medio, forcejeando con sus ligaduras. Con la diligencia ya a una distancia muy corta, pareció comprender que no podría soltarse y se tumbó en el suelo, echando a rodar para alejarse lo más posible del centro de la explosión.

La mecha avanzaba a toda prisa y a punto estaba de llegar a las cargas, cuando escuché de repente la voz de Elías.

—¡Alto!

Casi me pareció que la estaba soñando. El estómago me dio un vuelco, y miré a un lado y otro, buscándolo. Entonces lo vi, agazapado tras un montón de piedras. Había otros cuatro compañeros más en distintas posiciones, preparándose para disparar a los bandidos que se hallaban al otro lado del camino. Mas era ya demasiado tarde para la primera diligencia, pues aunque habían conseguido advertir a tiempo a las otras dos, esta estaba ya casi encima de las cargas cuando la Guardia Civil llegó.

Yo me encontraba tendida en el suelo, hecha un ovillo, cuando la explosión ocurrió. Luna se echó encima de mí cubriéndome con su cuerpo.

Fue tan violenta que sentí que los oídos me estallarían. Un zumbido los llenó hasta convertirse en un pitido molesto e hiriente como si me estuvieran punzando el oído con una aguja. La nube de tierra y humo era espesa; y el aire, irrespirable. Sentí que la garganta me quemaba y tosí, sin apenas poder respirar. Sobre nosotras cayeron trozos de rocas y otros objetos de la diligencia que salieron disparados por los aires. No sabía si había gente dentro, pero vi sangre por todas partes; quizá de los pobres animales que la guiaban, o tal vez del cochero. En medio de aquel molesto pitido escuché disparos y nuevas explosiones; oía a la Guardia Civil gritar, y también a los bandidos. El ruido era ensordecedor. Cerré los ojos y esperé que pasase, rezando por mi vida y por la de los demás.

De un momento a otro, todo cesó. Y el silencio fue casi tan insoportable como el clamor. Luna se incorporó y se alejó de mí, aullando. Sin duda llamaba a Nicolás. Cuando lo oí responder, exhalé un suspiro de alivio y sentí que me liberaba de parte del gran peso con el que cargaba. Y entonces, alguien me alzó y vi a Elías, que me llevaba en brazos y me alejaba todavía más del camino. Dejándome de nuevo en el suelo, desató mis ligaduras y tomó mi rostro entre sus manos.

—Victoria —llamó—. ¿Estás bien?

Asentí con los ojos nublados por las lágrimas al saber que él también lo estaba. Me abrazó estrechándome contra su pecho y me sentí más viva que nunca.

—Creí que nunca te volvería a ver —le dije entre sollozos.

—No pasa nada, ya estás a salvo.

Por encima de su hombro vi a Nicolás, ya de pie y liberado de las ataduras, junto a Luna. Nos miraba con una expresión infinita de tristeza en el rostro. En ese momento deseé poder partirme en dos para poder hacerlos felices a ambos. Pero era imposible. Por más que quisiera evitarlo, haría daño a uno. Agaché la mirada y refugié el rostro en el pecho de Elías. Este me atrajo hacia él y besó mi frente con cariño. Lo único que quería en ese

momento era que sus labios y su calor se llevaran todo el miedo que había pasado.

Capítulo 20

Después de asegurarse de que Nicolás y yo estábamos bien, Manuela se marchó a la casa de otras mujeres del pueblo a hacer una vigilia por los muertos. No me dejó acompañarla, alegando que debía descansar y que, después de todo lo vivido, estaba más que excusada. Y es que había sido lo más cerca de lo que había estado hasta entonces de una pesadilla en la vida real.

Los bandidos habían errado en sus cálculos y aquel convoy no portaba oro; llevaba viajeros. Seis personas perdieron la vida en la explosión, y de no ser por la intervención de la Guardia Civil, habrían muerto muchas más. Buena parte de los perpetradores de tal masacre cayó en los disparos que de un lado y otro se hicieron, y un joven guardia perdió la vida también. Dos hombres del Sainete fueron arrestados con vida, pero él escapó. Lo hizo incluso antes de que se iniciaran las explosiones, porque era un cobarde sin sangre en las venas.

Todavía daba gracias a Dios porque Nicolás y yo no hubiéramos volado allí mismo. Él, aparte de la herida de bala en el brazo, tenía algunas más pues se había hallado cerca del lugar de la detonación, pero nada que revistiera gravedad. Luna nos había salvado a los dos, y por fortuna, aunque tenía algunas magulladuras y se había hecho hasta sangre en la boca de

tanto forcejear con la cuerda, se encontraba bien. En cuanto a mí, ese zumbido de los oídos no se me quitaba y la cabeza me dolía horrores. Cuando la Guardia Civil nos interrogó, contamos la verdad: íbamos de camino al cuartel para denunciar la existencia de los explosivos y el secuestro de Lily, cuando nos interceptaron.

Después de tantos disgustos, intenté dormir, mas me fui imposible. Solo pensaba en las gentes que habían muerto, en que yo misma podría haberlo hecho y en que Lily seguía desaparecida. De lo único que tenía ganas era de correr a los brazos de Elías y quedarme en ellos hasta olvidarlo todo, pero después de lo que había pasado, estaría más ocupado que nunca.

A las puertas del amanecer, vencida ya por el desasosiego, abandoné la cama y fui hasta el comedor, que me recibió silencioso, con el habitual tono rojizo que le daban las brasas de la chimenea. Tenía la garganta seca y eché mano de la cántara, pero la hallé casi vacía. Era raro que Manuela la dejase así, pero teniendo en cuenta el día que habíamos pasado, lo extraño era que le quedase cabeza para algo. Dispuesta a coger agua fresca del pozo, abrí la puerta que daba al exterior y salí. La noche estaba desapacible. Cargada de bruma y, por tanto, como habría dicho Manuela, de malos augurios. Sin embargo, yo no tenía miedo. Atrás quedaban ya esos días en los que todo me asustaba y en los que de solo pensar en salir de la venta a aquellas horas, cuando todavía no había abierto el día, las piernas me temblaban. Las cosas nunca más serían como antes; tampoco yo. Caminé hacia el pozo alzando la cabeza al cielo. Estaba cargado de nubes tras las que se adivinaba un cielo rojizo. Puede que no fuera tan supersticiosa como la ventera, pero siempre se había dicho que cuando el cielo amanecía de ese color, era porque se había derramado sangre. Me estremecí al pensarlo y aligeré el paso. Luna salió de algún lugar cercano, dándome un susto. La regañé de forma cariñosa y ella vino a mí, con actitud feliz, y me acompañó. A unos pasos de mi destino, se detuvo y miró hacia la linde del bosque. Sus orejas se pusieron tiesas. La conocía lo suficiente como para saber que había

detectado algo; aunque, como otras tantas veces, podía ser cualquier alimaña, así que seguí caminando hacia el pozo sin darle mayor importancia. Sin embargo, cuando vi que no me seguía y que soltaba un gruñido de advertencia me preocupé, deteniéndome en seco. Dirigí la vista hacia donde ella miraba y vi emerger de entre los árboles, tambaleándose, a una persona. Apenas era una silueta al principio, una sombra en movimiento; mas cuando se acercó y pude ver de quién se trataba, el corazón me dio un vuelco y la cántara cayó de mis manos rompiéndose en pedazos. Elías estaba allí y no parecía estar bien. Reparó en mi presencia y se detuvo unos segundos. Reconociéndome también, pronunció mi nombre con apenas un hilo de voz y caminó hacia mí, extendiendo su mano como si con ella pudiera alcanzarme, pero, estando todavía lejos, cayó a plomo de bruces.

Luna echó a correr hacia él y yo también lo hice, con todo lo que daban de sí mis piernas. La loba lo rodeó en círculos, nerviosa, y aulló. Supe que estaba llamando a Nicolás. Pero él, como cada noche, había salido. Saber que estaba sola ante aquello me aterrorizaba. Al arrodillarme a su lado y verlo más de cerca me quedé paralizada. Había una herida en su cabeza y la sangre se arremolinaba entre sus cabellos hasta manchar su sien y descender hacia su garganta. Lo giré, despacio, y lo coloqué sobre mis rodillas. Las manos se me llenaron de sangre, pero no me importó. La chaquetilla del uniforme estaba abierta, con algunos botones saltados, y otra herida en su costado que no dejaba de sangrar había convertido su camisa blanca en brillante carmesí. Vi que tenía todavía clavado el puñal causante de tal desgracia. No me atreví a tocarlo.

—¡Ayuda! —La garganta me dolió de lo alto que grité. Quería que me escuchasen hasta en el cielo, por si Santa Bárbara andaba mirando, que supiera que la necesitaba más que nunca—. ¡Ayuda, por favor!

Él emitió un quejido de dolor y vi que luchaba por mantener los ojos abiertos.

—Elías —llamé con la voz quebrada—. Quédate conmigo, por favor.

De sus labios emergió un gemido, y me miró por unos instantes, como queriendo decirme algo.

Quería escucharlo hablar, pero temía que el esfuerzo le costase el poco aliento que pudiera quedarle. No tenía idea de qué había pasado, ni de qué magnitud eran sus heridas, pero su cuerpo estaba cada vez más laxo, y sentí que lo perdía. Mi mundo entero se hizo oscuridad al pensar que podría morir. Desesperada, volví a gritar. Luna, de repente, corrió hacia la oscuridad del bosque y aulló con más fuerza. Para mi sorpresa, Nicolás vino desde allí, corriendo hacia nosotros. La loba lo siguió de cerca.

—¡Rosita! —gritó al verme—. ¿Qué ocurre?

A unos pasos de mí se detuvo en seco, y me miró con los ojos muy abiertos y el gesto desencajado. Al ver lo que sucedía, y sin mediar palabra, lo cogió en volandas y lo llevó al interior de la venta.

—Junta dos mesas —me dijo, apurado.

Obedecí, aparté las cosas que tenían encima y las arrastré con todas mis fuerzas. Luna, que había entrado tras nosotros, empujó con su hocico las patas, intentando ayudarme. Nicolás cargó con él hasta que pudo dejarlo sobre las mesas. Después se quitó la camisa y la colocó sobre la herida, rajándola de un tirón para meter por el hueco el mango del puñal. Yo lo miré, y entonces supe que lo había visto antes, en manos del Sainete, la noche en la que había asaltado mi diligencia.

—Maldito sea —dije.

—¿Qué pasa?

—El puñal. Sé de quién es. Es de ese malnacido del Sainete.

Nicolás no pareció muy sorprendido y me pidió a toda prisa más paños. No insistí en el asunto, pues en ese momento daba igual quién lo hubiera hecho. Solo pensaba en salvar a Elías. Le acerqué los trapos y cuando regresé comprobé estupefacta que él ya había cerrado los ojos.

—¡Elías! —llamé, mas no respondió, y miré a Nicolás desesperada—.

Haz algo, por favor.

Me miró muy serio. Cuando lo vi negar con la cabeza, me asusté. Por unos instantes me pareció que el tiempo se detenía y que yo era poco más que una mota de polvo en un terreno yermo. Todo dejó de tener sentido. La vida, en sí misma, había muerto.

—No, Nicolás. No —balbuceé—. No te creo.

—No puedo hacer nada por él —dijo, compungido.

—¡Sí que puedes! En ese libro que leímos juntos había cientos de formas de salvar una vida.

—Lo sé. Pero no puedo obrar milagros. Ha perdido mucha sangre, ¿no lo ves? —En el suelo, unas gotas dibujaban el camino que habíamos recorrido, y la ropa de Nicolás también estaba manchada.

—¡Entonces ve a buscar a don Carlos! —grité, fuera de mí.

—No llegará a tiempo.

—Iré yo misma —dije, echando a andar hacia la puerta.

Nicolás vino tras de mí.

—Para, por favor —dijo, poniendo una mano en mi hombro. Me giré de forma abrupta.

—¿Por qué me detienes!?

—¿Cómo pretendes llegar a la casa de don Carlos?

—A caballo.

—No sabes montar —me recordó.

En aquel momento necesitaba ser capaz de ello, así que me daba igual saber o no. Lo haría, sin más.

—Sí sé. Te he visto muchas veces, y a él también. Si no puedes curarlo tú, tendrá que hacerlo don Carlos, pero Elías no va a morir, ¿me oyes? Aunque tenga que hacer un pacto con el diablo —declaré con todas mis fuerzas, sintiendo que perdería la voz de un momento a otro, pues tenía los ojos preñados de lágrimas y la garganta atravesada por un nudo de pena y rabia que sentía arder.

—Está bien —concedió, sabiendo que hiciera lo que hiciera no podría persuadirme—. Haré lo que pueda. Pero sé que me odiarás si no lo salvo.

—Te odiaré aún más si te rindes y lo dejas morir sin hacer nada.

Nicolás agachó la mirada y asintió.

—Tienes que llegar hasta el puente viejo... —indicó, mas pronto lo venció la desesperanza—. ¿Cómo vas a hacerlo? No sabes dónde está. Nunca has estado allí.

Pero eso no era verdad. Sí que había estado. Con Elías. El día que volvíamos de refugiarnos de la tormenta. El día en el que había cogido madroños para mí.

—Sí lo sé. Estuve allí una vez.

Frunció el ceño.

—¿Con quién?

—¿Eso importa?

Miró de reojo a Elías y supe que no hacía falta que le diera más explicaciones. Él fue a decir algo al respecto, aunque no lo hizo. Sacudió la cabeza y continuó indicándome el camino.

—Pues tienes que llegar hasta allí. Coge el camino en dirección sur, toma el sendero de los madroños y no te salgas de él hasta que veas el puente viejo. Crúzalo, sigue el camino y en nada estarás en casa de don Carlos —dijo, a toda prisa.

Asentí haciéndole ver que había comprendido sus indicaciones. Él se dirigió a la loba entonces y le pidió que me acompañase. Ella se situó junto a mí al instante. Dispuesta a emprender el camino, miré a Elías sin saber si sería la última vez que lo vería con vida.

—Por favor, espérame —le dije, tras besar sus labios.

Que Nicolás estuviera allí ya me daba igual. Salí por la puerta y corrí después hasta el establo como si huyera de la muerte, seguida por Luna. Noté que Canela se extrañaba al vernos entrar, porque se movió adelante y atrás, algo impaciente. La loba se le acercó y se coló bajo sus patas;

acostumbrada como estaba a ella, la yegua no se quejó. Me paré frente a esta y la miré, colocando mis manos en sus mejillas.

—Canela, tienes que ser más buena que nunca conmigo. Tengo que llegar a la casa de don Carlos cuanto antes o Elías se morirá.

Luna pareció secundar mis palabras con un quedo gemido. La yegua piafó. Tuve la impresión de que se estaban comunicando, pero tenía los sentidos tan embotados que bien podrían ser imaginaciones mías. Sea como fuere, la yegua echó a andar hacia fuera. La seguí y me subí a su montura, pues estaba ya ensillada, a horcajadas, sin preocuparme del decoro. Al punto había empezado a cabalgar por el camino en dirección al sendero. Aunque Canela parecía cómoda conmigo, a mí me costó habituarme a ella. Los latidos de mi corazón estaban desbocados y la cabeza empezaba a dolerme por la tensión.

En mi mente se agolpaban todos los escenarios posibles y, por alguna razón, aquel en el que Elías se salvaba no apareció. Recé cuanto sabía para alejar los malos pensamientos y supliqué por su vida hasta al mismísimo bosque. Manuela decía que tenía vida. Que habitaban en él seres mágicos. Les pedí que, si tenían potestad alguna sobre la vida de los mortales, salvaran la suya y se llevaran la mía si querían. Luna nos seguía, a ratos colándose por el bosque, a ratos emergiendo en el sendero, pero siempre cerca. Me alegré de tenerla allí. La noche se fue del todo y la luz se hizo clara. Sobrepasé los madroños y supe que no me quedaba mucho para llegar. Eso me dio fuerzas para continuar. No obstante, cuando tomé el viejo puente romano, encontré a alguien que lo cruzaba en dirección contraria.

Sainete estaba montado sobre Lucero, el caballo de Elías. En sus manos había sangre y en su rostro una mueca pérfida a la par que divertida. La respiración se me cortó y la saliva se me tornó hiel. La boca me sabía a espanto.

—Anda, si está aquí la ramera del guardia —dijo, jocosamente—. ¿Dónde vas a estas horas, pajarito?

—No te incumbe.

—Te noto agitada. ¿Es que le ha pasado algo a tu amigo el cabo Marín?

—Bien sabes lo que ha pasado. Apártate y déjame pasar —demandé con gesto decidido.

Apreté los puños, nerviosa. Canela se agitó bajo mis pies. No me atrevía a pasar junto a aquel hombre, y miré a un lado y a otro por si podía cruzar por algún lugar, sin éxito. Él, mientras tanto, se movió hasta quedar atravesado en el puente, para cortarme el paso.

—Me temo que no vas a ir a ninguna parte. —El tipo sacó de entre sus ropajes la pistola y me apuntó con ella.

Luna emergió entonces de los árboles y se colocó entre nosotros. Su posición se volvió hostil y mostró los dientes, gruñendo. Al verla, el miedo se hizo palpable en el rostro de Sainete. No era la primera vez que ambos se encontraban, pero la loba era ahora un blanco más fácil que nunca, y temí que fuera la última.

—¡Vete, Luna! —grité, pero ella no hizo caso.

—Quita a este chucho de mi vista o lo mato primero.

—Es una loba, imbécil.

—Entonces tendré el placer de matar a dos mujeres hoy —dijo, y después dirigió la mirada a Canela—. Tres —añadió, con una sonrisa perversa—. La yegua de Castro también me debe un par de agravios. ¿Quién será la primera?

Tragué saliva. Estaba expuesta por completo, y si había algo que pudiera hacer, no sabía qué era. Sainete fue a hablar de nuevo, pero Luna saltó sobre él con fiereza, tirándolo del caballo. Lucero pateó el suelo y se encabritó, cabalgando después en dirección opuesta. El bandido y la loba cayeron a plomo al suelo del puente. Ella estaba sobre él y había clavado los dientes en su cuello, entre gruñidos. La sangre de ese hombre brotó a borbotones y lo escuché maldecir mientras se ahogaba en ella. Pero eso no fue lo único que llegó a mis oídos. Un disparo restalló en el aire. Luna gimió y dejó de

morder a Sainete, desplomándose sobre él. Canela se agitó nerviosa, piafando y amenazando con tirarme. La calmé entre súplicas; y cuando dejó de piafar, hubo un silencio terrible. Miré ambos cuerpos en el suelo y sentí que la cabeza me daba vueltas.

Bajé de un salto de la yegua y corrí hacia ellos. Sainete me importaba menos que nada, pero Luna... Si le había sucedido algo, ni podría perdonármelo yo ni esperaba que Nicolás lo hiciera jamás. Me derrumbé al verla llena de sangre y la llamé, desesperada. Entonces, ella emitió un pequeño gruñido que hizo que mi corazón saltase de júbilo. La aparté de ese villano malnacido, que yacía muerto con el rostro desencajado y la garganta molida a dentelladas. Rogué a San Pedro porque lo mandase directo al Infierno.

Centré mi atención en la loba y me di cuenta entonces de que la bala le había atravesado una de las patas traseras. Rasgué la manga de mi camisa y le vendé la herida, como había visto hacer a Nicolás. Sabía que la casa de don Carlos estaba cerca, y aunque pensé en llevarla hasta allí, cuando fui a levantarla, pesaba demasiado para mí. No sabía qué hacer. Me sentía como si el mundo tuviera paredes y estas se estrechasen cada vez más en torno a mí. No podía cargar con ella, ni tampoco dejarla allí. Y cuanto más tardase en llegar a casa de don Carlos, más cerca estaría Elías de la muerte. No quería derrumbarme, pero la vida me lo estaba poniendo difícil.

A punto estaba de hacerlo cuando escuché un ruido procedente del bosque. Venía de la zona que había frente a mí, al otro lado del puente. Pensé que podrían ser los secuaces de Sainete y me quedé muy quieta, casi paralizada. Mi respiración era tan agitada que se oía casi más que los pasos que se acercaban. Los arbustos más cercanos a la linde del bosque se agitaron y entonces los vi. Dos hombres de uniforme, a pie, caminando a unos metros uno de otro, y tras ellos, dos a caballo, separados también por cierta distancia. Si hubiera visto a los cuatro apóstoles no habría gritado con tanta sorpresa. Me levanté y corrí hacia ellos, llamándolos. Por un instante

me percibieron como una amenaza y adoptaron una posición de alerta. Sin embargo, pronto vieron que, lejos de ser un peligro, era yo quien lo sufría. Eran los compañeros de Elías. Cuando Bernardo me vio, los ojos se le abrieron como platos.

—Por favor, ayúdenme.

—Estese tranquila, señorita —dijo él, desmontando del caballo y situándose frente a mí. Su tono y sus formas educadas y amables me recordaron tanto a Elías que sentí que el corazón se me encogía. Saber que estaba al borde de la muerte me cortaba el aliento.

Los que iban a pie nos sobrepasaron y fueron hacia donde estaba el cadáver del bandido. El cuarto, que parecía de mayor edad, se quedó en la retaguardia, sin perder de vista cualquier movimiento.

—¡Es el Sainete! —gritaron, al reconocerlo. Entonces parecieron percatarse de la presencia de Luna y se sobresaltaron, llevando la mano al fusil.

—¡No, por favor! —grité—. Es... es mía.

Bernardo la reconoció.

—Es la loba de Nicolás, el de la venta.

—Va a morir si no me ayudan. Y el cabo Marín también.

—¿El cabo Marín? —Bernardo me miró extrañado—. ¿Lo ha visto?

Les conté, de forma atropellada, lo que había sucedido, y Bernardo se puso a dar órdenes, a toda prisa. Era como si hubieran girado un reloj de arena delante de él y tuviera que terminar de hablar antes de que el tiempo llegase a su fin. Entre dos cargaron a Luna y la subieron a uno de los caballos.

—Llévela a la Venta los Castaños y espere allí —ordenó—. Vosotros haceos cargo de este. Yo escoltaré a la señorita a la casa del médico.

Y fue decir y hacer. En menos que canta un gallo estaba ya sobre Canela, con el guardia civil a la zaga. No tardamos mucho en llegar a donde vivía don Carlos. Lo pillamos despierto, disfrutando de unos huevos escalfados y

una taza de café. Me alegré de que hubiera desayunado, pues iba a necesitar energías. No hubo que darle muchas explicaciones. En cuanto supo que Elías estaba en peligro se puso su gabán negro, cogió su maletín y estuvo sobre su caballo con toda premura. Después de cuanto había pasado, saber que regresaría con él a la venta me hizo mirar al cielo y dar las gracias. También miré al bosque, por si las hadas habían puesto de su parte.

Cuando llegamos a la venta, vimos al guardia que se había llevado a Luna de pie junto a Elías, con el sombrero en la mano. Lo miraba tan preocupado que tragué saliva. Nicolás estaba sentado en una silla, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza gacha, escondida entre las manos. Mis pies se detuvieron por unos instantes. Lo hicieron solos, negándose a dar un paso más. Sabía que si en algún momento alguien alzaba la mirada y me decía que Elías había muerto, no habría marcha atrás. Creí que si me quedaba anclada en aquel instante en el que todavía tenía esperanza, en el que él todavía estaba vivo en mi memoria; si permanecía aferrada a ese punto del tiempo en el que nadie aún me había dicho: «Elías ha muerto», lo haría vivir para siempre. Él sería eterno, y yo con él. Y nada ni nadie podría separarnos. Ni siquiera la cruel y maldita Parca.

Don Carlos fue hacia él, abrió su maletín y sacó toda clase de utensilios. Fue entonces cuando Nicolás alzó sus ojos hacia mí. Nos miramos en silencio por unos segundos, ni en su rostro ni el mío había expresión alguna. Se levantó de la silla y vino hacia mí. Me dije a mí misma que habría de ser fuerte y aguantar estoica cualesquiera que fueran las noticias que tenía que darme; sin embargo, no fue así.

—Creo que podrá salvarse —dijo, y hube de agarrarme a él para no desplomarme.

Nicolás me sostuvo y me estrechó entre sus brazos. Lo abracé y, entonces, rompí a llorar. Mi alma había cargado con demasiado como para no permitirle un respiro.

Pasaron doce largas horas. Doce horas en las que la venta estuvo cerrada y sus únicos visitantes fueron guardias civiles que andaban preocupados por Elías o que querían hacernos preguntas sobre lo que había pasado. Doce horas en las que don Carlos luchó con todos los medios a su alcance para evitar que, al retirar la daga, sobreviniera una hemorragia imposible de frenar. Dijo que él solo había llegado a tiempo, pero que Nicolás le había salvado la vida, pues estuvo acertado al mantener la daga en una posición tal que hiciera el menor daño posible y en controlar la pérdida de sangre. Hubo entre ellos un gesto cómplice. Supe que el libro que habíamos leído juntos lo había ayudado y me sentí más en deuda que nunca con él, con Lily, y con mi madre por haberse empeñado en que aprendiera latín.

A Luna también la habían ayudado. Don Carlos nos dijo que quedaría coja, pero eso no era problema para un espíritu como el suyo, y nosotros la queríamos aún más si cabe. Ahora solo debíamos esperar a que las heridas sanasen y no sobrevinieran fiebres. Elías estaba dormido, o en una especie de vigilia en la que despertaba de vez en cuando para balbucear algunas palabras inconexas. Una vez dijo mi nombre; otra llamó a Lucero. Al caballo lo habían encontrado cerca del barranco, sano y salvo, y lo habían traído al establo. Tendría que llevarse bien con Canela.

Manuela regresó de la vigilia tan pronto como se enteró de lo que había sucedido, y preparó caldo caliente para templar los estómagos y los ánimos de los presentes y sirvió unos vinos para ayudarlos a mantener la calma. Ya era noche cerrada cuando por fin trasladaron a Elías al dormitorio de Nicolás. Él dijo que dormiría en la cama de su madre mientras tanto, y a ella le pareció bien. La venta fue quedándose sola poco a poco, y los compañeros de Elías que habían acudido se marcharon. Al parecer aquella noche nadie descansaría hasta encontrar a la banda del Sainete. Don Carlos, antes de irse, quiso hablar con nosotros.

—Hay dos cosas que quiero contarles en confianza, porque son ustedes amigos del cabo Marín y porque han salvado su vida.

—¿Qué sucede? —preguntó doña Manuela.

Los tres lo miramos intrigados, esperando que respondiese a la pregunta.

—Lo que quiera que le pasó no fue mientras estaba de servicio. Me lo ha dicho su compañero. Anoche dijo sentirse indispuesto y lo excusaron del turno. —Aquello me extrañó sobremanera, él era un hombre entregado a su posición—. Y hay otra cosa: salvo su camisa interior, sus ropas no están rotas. No tenía puesta la chaquetilla cuando lo hirieron, y cuando llegué para tratarlo, llevaba la chaquetilla abierta. Eso es muy inusual en alguien del Cuerpo. Son fieles en el cumplimiento de las normas de vestimenta que les exigen y él lo era más que nadie.

—¿Insinúa que llevaba otra ropa cuando lo atacaron? Quizá lo hallaron a medio vestir —observé.

—Llegó hasta aquí andando, con una gran pérdida de sangre, por lo que deduzco que se hallaba en las inmediaciones cuando ocurrió. Y a no ser que el cabo Marín tenga por costumbre cambiarse en mitad del bosque...

—Pero eso no tiene sentido —dijo Manuela—. ¿Por qué iban a cambiarle la ropa?

Miré de reojo a Nicolás, por si iba a decir algo, pero la lengua se la había comido el gato, al parecer.

—Quizá quedó alguna prueba en ella de los autores de la fechoría —dije.

—¿Y portaban con ellos su uniforme? —comentó el doctor, chasqueando la lengua—. No sé qué decirles. Solo quiero que lo tengan en cuenta. Voy al cuartelillo a hablar con sus superiores, ellos sabrán qué hacer.

Nicolás se mostró algo más nervioso cuando el doctor dijo aquello y me pareció que hablaría, mas se quedó en un ademán. Don Carlos, que también lo había percibido, lo miró con interés.

—En cualquier caso, tengan su chaqueta —dijo, al ver que el muchacho no pronunciaba palabra alguna—. Quizá la eche en falta si despierta.

La cogí y la colgué de mi brazo.

El médico se fue, y Manuela se excusó diciendo que necesitaba un poco

de descanso. Nicolás se metió tras la barra, a tomarse un trago de vino con tal de templar los nervios, y yo subí a la habitación donde reposaba Elías para dejar su chaqueta allí, colgada al respaldo de una silla. Al hacerlo, una nota cayó de la prenda. Me agaché para recogerla y reconocí en ella la letra de Nicolás. Estirada y pausada. Practicaba muchísimo por si podía cumplir su sueño de ir a la capital a estudiar. Pero no estaba escrita en un trozo de papel corriente. Era el folleto que don Beltrán había traído el día anterior. En la parte de atrás se leía:

«Te espero mañana en el camino, a medianoche.»

Mañana era hoy. Es decir, aquella misma noche. La noche en la que habían herido a Elías de muerte. Miré al cabo, que se hallaba silencioso y durmiente sobre la cama. ¿Por qué tendría esa nota? ¿Acaso se habían citado? Mi cabeza empezó a elucubrar posibles escenarios con mayor velocidad de la que yo habría querido. Y en todos ellos había algo terrible. ¿Había atacado Nicolás a Elías? Pero el puñal era del Sainete, eso no tenía sentido. Además, este había fanfarroneado de su hazaña montado sobre Lucero, así que él era sin duda quien lo había atacado. ¿Y si Nicolás había tendido una trampa a Elías para... asesinarlo? No podía ser. Sus motivos no eran suficientes. Algo sucedía que se escapaba a mi comprensión y no iba a quedarme con las ganas de saberlo. Fui a buscarlo a su dormitorio, pero no estaba allí. Lo hallé por fin en el comedor, delante de la chimenea.

—Explícame esto.

Tenía el rostro perlado de sudor y arrojaba papeles al fuego. Peleé con él para quitárselos de las manos. Había notas de idas y venidas de la banda de Sainete. Horarios. Descripciones de lugares. Una lista de nombres tachados: todos se correspondían con bandidos a los que había matado el Lobo. Recordé entonces el día en el que había aparecido en la cueva con el embozo, sus idas y venidas; y le hice frente con una idea en mi cabeza.

—¿Eres el Lobo?

No contestó y miró al fuego. Tomé su silencio por un «sí».

—Por eso sales cada noche, ¿no?

Una vez más no dijo nada. Miré con rabia aquellos papeles y fui a reprenderlo cuando me di cuenta de algo. Aquella no era su letra. La habría reconocido al instante. Esos papeles... no eran suyos. Pero entonces, ¿de quién eran?

—¿De quién es esto? —inquirí.

Nicolás se enfrentó a mí.

—Haces muchas preguntas, pero tú nunca contestas a ninguna. Dime, ¿por qué Elías te ha llamado Victoria?

Miré pensativa al suelo hasta que una voz en mi interior, que sin duda venía de mi corazón, me dijo que estaba preparada para decirle la verdad.

—Ese es mi nombre.

—Lo sabía. Sabía que ocultabas algo. ¿Eres una fugitiva?

—No. No soy una delincuente, ni nada parecido.

—¿Entonces?

—Me fugué de mi casa.

—¿Por qué?

Agaché la mirada, compungida. Casi me dolía decirlo en voz alta.

—Por culpa de un hombre. Me engañó —solté y alcé la vista de nuevo. Él me miraba circunspecto.

—Te... ¿engañó? ¿Qué hizo? —preguntó, aún más serio.

Tomé aire alentándome a continuar y le detallé lo que había ocurrido. A medida que lo hacía, su rostro se crispaba cada vez más y los músculos de su mentón se tensaban. Mi historia arrancaba la ira y la rabia de él; a mí hacía tiempo que ya no lo hacía, solo me quedaba tristeza cuando pensaba en Julián. Agaché la mirada, abrumada por mis recuerdos y al borde de las lágrimas. Él me abrazó con tanta fuerza que casi me quedé sin aliento. Su cuerpo ardía. Cuando nos separamos, volvió a tomar mi rostro entre sus manos y me miró con dedicación.

—Siento mucho lo que te pasó —dijo, con voz suave—. Ojalá lo hubiera

sabido antes.

—¿Y qué importa? No habrías podido cambiar nada.

—Habría insistido en que volvieras con tu familia —declaró, decidido.

—¿Estás loco? —Me alejé de él, atribulada porque hubiera dicho algo así —. Para mi familia soy una deshonra. Además, quisieron casarme con alguien en contra de mi voluntad.

—No creo que la gente de tu propia sangre pueda ser así de cruel.

—Quizá aquí no. No en este rincón del mundo en el que te has criado, pero de donde yo vengo, la gente puede llegar a ser más mezquina con su propia sangre que con los desconocidos.

—No lo sabes —aseveró él, viniendo hacia mí—. ¿Acaso les has escrito preguntándoles?

—Les escribí cuando aún estaba con Julián, diciéndoles por qué me marchaba. Me fui de manera repentina y no quería que pensasen que me había ocurrido algo. Supongo que creerán que estoy feliz en alguna parte del mundo. A no ser que Julián haya regresado a Málaga sin mí, en cuyo caso... no sé qué pensar. —Llené los pulmones de aire y resoplé, agobiada por hacer cábalas sobre los muchos caminos que él podría haber tomado.

—Debiste escribirles de nuevo cuando ese malnacido te traicionó.

—No me atreví. Ni siquiera cuando mi hermano Rafael llegó a la venta, buscándome.

Él me miró sorprendido.

—¿Vinieron a buscarte? ¿Y cómo es que no lo sabíamos?

Esquivé su mirada, esperando así evitar su pregunta. Manuela sí lo sabía, mas no me atreví a decirle que se lo habíamos ocultado. Desafortunadamente, no le pasó desapercibido el porqué de mi gesto.

—Estupendo. Conspirando contra mí en mi propia casa —se quejó, un tanto dramático—. ¿Desde cuándo lo sabe mi madre?

Me costó contestarle.

—Desde el día en el que casi prendo fuego a la venta.

—No me digas que lo hiciste adrede para ocultar tu identidad.

—¡No! —repliqué, ofendida—. Tropecé al esconderme y el aceite cayó a la lumbre de la cocina.

Por un segundo se rio, pero después su gesto volvió a tornarse amargo.

—Victoria... —susurró, y sentí que se había quedado sin palabras.

—Victoria de Vergara y Teruel —dije en voz alta. Hacía tanto tiempo que no pronunciaba mi nombre real que casi sentí un escalofrío.

—Tienes que volver a tu casa.

—No. No puede ser. Mi familia me odia.

—¿Te lo han dicho ellos?

—No.

—¡Entonces no lo sabes! No presupongas más los pensamientos de los demás. He pasado poco tiempo contigo y ya te quiero con toda mi alma. No puedo imaginar lo que sería que te marchases sin más. Tu madre habrá sufrido, porque seguro que también te quiere muchísimo. Y madre solo hay una, Victoria. No la pierdas para siempre. Yo no podría haber deseado mejor madre que Manuela —dijo, algo nostálgico. Un pensamiento totalmente distinto debió cruzar su mente entonces, pues su tono y su gesto cambiaron, y se volvió ceñudo. Supe que me haría una pregunta incómoda—. Si Marín sabía tu nombre real... ¿conocía también a Julián?

—Coincidió con él en Andújar. No le gustó desde que lo vio, de hecho...

—No estaba segura de si contarle aquello era buena idea o no. No obstante, pensé que poco podía hacer él. Ni siquiera sabía sobre la suerte o el paradero de Julián.

—De hecho, ¿qué? —inquirió.

Le conté el incidente que habíamos vivido cuando me alzó la mano. Nicolás a punto estuvo de golpear la pared con el puño.

—¿Y no hizo nada? —repliqué, enfurecido—. ¿No lo cogió allí mismo y lo arrojó por la ventana?

—¿Crees que todo se soluciona con violencia? —Bufé—. Elías medió,

como un caballero. Y además, se debe a las normas de la Guardia Civil, no puede ir violentando a la gente como si fuera...

Me detuve antes de decir algo que pudiera herirlo, pero ya era demasiado tarde. Nicolás había desenterrado el hacha de guerra una vez más. Desde luego tenía sangre íbera en las venas. Se cruzó de brazos y me miró alzando una ceja.

—¿Como si fuera qué? ¿Alguien como yo?

—No quería decir eso... Me refería más bien a un salvaje.

Se llevó la mano al pecho como si le costase respirar y se inclinó un poco. Lo miré muy preocupada, mas volvió a erguirse y me habló de nuevo.

—Ya sé de sobra que quieres estar con él. —La voz le salía quebrada—. Es lo que siempre has querido. Mas disculpa si lo que voy a decirte a continuación te turba, pero no lo conoces tan bien como crees. Yo no soy el único que tiene secretos.

Me sentí nuevamente arrastrada por dos corrientes.

—Por favor, Nicolás. Otra vez no. No puedo estar entre los dos.

—Elías se llevó a mi hermana y casi se lleva también a Luna —recriminó él—. ¿Y tú quieres que acepte que también te perderé a ti por él sin decir una palabra?

—Él no ha tenido la culpa de lo que les ha pasado a ninguna de las dos.

—Si ella no hubiera salido a verlo aquella tarde, no se la habrían llevado. Y si él no se hubiera empeñado en venir aquí, Luna no habría estado a punto de morir.

Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir con que eso de «si no se hubiera empeñado en venir aquí»?

—Pregúntale a él —respondió con desdén—. Estoy cansado de que sus asuntos me salpiquen.

—¿Acaso habrías querido que Elías muriera en mitad del bosque?

Me dirigió una mirada muy seria.

—Yo no he dicho eso.

—No lo dices, pero lo piensas —rebatí.

—Si me crees capaz de desearle la muerte, entonces no tenemos nada más de lo que hablar —dijo, con amargura en la voz—. Me voy. Cierra con llave.

Se encaminó hacia la puerta y corrí tras él, lo cogí del brazo con todo el brío del que fui capaz y lo obligué a girarse. Aquel movimiento brusco lo acercó mucho a mí, y su cuerpo y el mío quedaron casi pegados. Alcé el rostro y él inclinó el suyo. Hubo un silencio envuelto en tensión. Lo vi apretar el mentón y mirar mis labios, para después tragar saliva. Creí que se estaba tragando las ganas de besarme. Aprecié que su rostro estaba algo pálido. Nicolás nunca había tenido un tono de piel tan claro.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí —contestó, parco—. ¿Vas a dejar que me vaya?

Me di cuenta de que seguía agarrándolo del brazo.

—Depende de dónde vayas.

—Voy a buscar a Lily y a mi hermana.

—Entonces iré contigo —declaré.

—¿Te has vuelto loca? —Cogió mi mano y la retiró de su brazo, girándose de nuevo hacia la puerta—. Es peligroso.

Lo rodeé a toda prisa y me interpuse en su camino. Nos miramos como si estuviéramos midiendo fuerzas. Al final retiró la mirada y negó con la cabeza, al tiempo que murmuraba una maldición.

—Sabes que soy capaz de enfrentarme a cualquier cosa —le dije.

—Sí, pero yo no soy capaz de ponerte en peligro, así que no vendrás. Confía en mí, por favor. Aunque solo sea por una vez. —La voz le tembló, como si estuviera quedándose sin fuerzas—. Arreglaré lo que hemos empezado.

—¿Me pides que confíe en ti después de todas tus mentiras?

—¿Es que tú nunca me has mentado? ¿No recuerdas que hasta hace nada

no he sabido quién eras de verdad? —dijo, y después sacudió la cabeza—. ¿Sabes qué? Tienes razón... soy un mentiroso. Te he mentido a ti y me he mentido a mí mismo. He tenido esa verdad delante de mis ojos y he querido mirar hacia otro lado, pretendiendo que era a mí a quien amabas.

»He creado un castillo de arena con nuestra historia y el viento ha soplado arrastrándolo. No puedo seguir con esto. Me duele el corazón cada vez que estoy contigo y no puedo soportarlo más. Pero con respecto a las culpas que me achacas, has de saber que si te he mentido no ha sido porque no confiara en ti. Te he mentido para proteger a Elías. Yo no soy el único que te está mintiendo aquí.

—¿Protegerlo? ¿De qué?

—Él es... —diciendo esto se llevó la mano a la sien, y noté que parpadeaba mirando a un lado y a otro, intentando enfocar la vista. Se tambaleó de repente y se agarró al respaldo de una silla intentando mantenerse en pie.

—Nicolás —llamé—. Nicolás, ¿qué pasa?

Lo cogí del brazo, mas no pude sujetarlo y acabó por desplomarse en el suelo. Caí de rodillas junto a él y percibí entonces que estaba empapado en sudor. Que no solo recorría su frente, sino también su cuello y su pecho. Incluso sus ropas estaban húmedas. Temblaba e intentaba mantener los ojos abiertos para mirarme. Llamé a gritos a Manuela.

—Rosita... —susurró, a duras penas. Alzó la mano y me agarró del brazo—. Por favor, busca al cabo Bernardo. Dile dónde los viste... Háblale del molino. El mapa... Canela... —Y entonces se desvaneció sin más.

—No —murmuré, cogiéndolo de las manos. Noté que estaban pegajosas y muy calientes—. ¡No!

Mi voz se alzó desesperada y se me quebró entre lágrimas, pues por más que zarandeaba a Nicolás, él no parecía responder. Llamé entonces a su madre a voces y esta no tardó en bajar las escaleras, aún en camión, echándose la toquilla sobre los hombros. Cuando vio a su hijo desplomado

en el suelo y con el cuerpo empapado en sudor, se lanzó junto a él.

—¡Hijo! —llamó.

Nicolás no contestó. Manuela puso la mano sobre su frente sudorosa y me miró con los ojos muy abiertos.

—Está ardiendo —dijo con voz temblorosa.

De la puerta llegó entonces un extraño ruido que por mi confusión me costó ubicar, mas al pronto me di cuenta de que se trataba de Luna, arañándola para que la dejásemos entrar. Fui hacia la puerta y la abrí, la loba entró cojeando y fue donde Nicolás. La oí gemir de forma lastimera y tocarle el rostro con el hocico, intentando despertarlo. Él tampoco reaccionó a la llamada del animal, que se tumbó a su lado y empezó a aullar. Manuela se levantó de golpe y fue hacia la barra, cogió algunos paños y los humedeció, para después volver junto a Nicolás.

—Corre a buscar a don Carlos —dijo, poniéndolos en su frente a toda prisa.

Recordé que Nicolás había dicho que buscara al cabo Bernardo y que le hablase de aquello y, como don Carlos había dicho que iba al cuartelillo con ellos, lancé mis deseos al aire para no equivocarme y que estuvieran allí los dos. Con lo que le había sucedido a Elías había aprendido que el tiempo era muy valioso en esos casos. Pedí a Manuela explicaciones de cómo llegar al cuartel, pues nunca había estado allí, y salí de la venta a toda prisa. Llegué hasta el establillo y encontré a Canela ya ensillada, así que supuse que él la había dejado preparada de antemano. Las palabras de Nicolás acerca del mapa y de Canela vinieron a mi mente, y rebusqué en las alforjas hasta hallar aquello a lo que se refería. Había una sola localización marcada, y escrito de su puño y letra rezaba: «El viejo molino». Sin duda se trataba del lugar que yo le había descrito. Canela ya me era familiar y volvió a portarse bien conmigo. Cabalgué hasta el cuartel y, cuando lo tuve ante mí, casi sentí deseos de llorar de alegría. En la misma puerta, el cabo Álvarez y otros dos compañeros despachaban con don Carlos. Al verme llegar, hubo un silencio

algo oscuro. Tuve la sensación de que pensaban que estaba allí por Elías. Les dije que se hallaba bien y pedí a don Carlos que volviera para ver a Nicolás. El doctor miró a los guardias excusándose por tener que partir y estos asintieron.

—Puede marcharse, don Carlos —le dijo Álvarez—. Seguiremos tratando mañana el asunto.

Cuando llegamos, Manuela había improvisado un camastro en la cocina y entre los tres la ayudamos a trasladar a Nicolás. Después se encerraron con él dentro y la espera se me hizo eterna. Aguardé sentada en el comedor junto a Luna, que se tumbó a mi lado. La acaricié mientras contemplaba el fuego, con todas las sensaciones amargas posibles recorriendo mi cuerpo. En aquel lugar se hallaban dos de las personas que más había querido nunca y las dos estaban en peligro. ¿Qué sería de mí si alguno de los dos moría...? o si... ¿O si lo hacían los dos? La angustia atenazó mi pecho y tuve ganas incluso de vomitar. Luna se puso en pie y gimoteó, dándome pequeños cabezazos en el costado. Era su forma de hacerme saber que estaba ahí, que sufría conmigo. Me incliné para abrazarla, y su calidez me reconfortó en aquellos momentos oscuros. Me tumbé con ella frente al fuego, siendo su cuerpo apoyo para mi cabeza, y, acurrucadas, intentamos hallar la paz que nos faltaba.

Cerca de la medianoche escuché cierto revuelo en la cocina y oí a Manuela llorar. Tanto Luna como yo nos levantamos de un salto. La loba fue nerviosa hacia la cortinilla que separaba el comedor de la cocina y desapareció tras ella. Al momento vi salir a don Carlos. Tragué saliva, sintiéndome paralizada.

—¿Cómo está Nicolás? —pregunté, y me preparé para lo peor. Aunque sabía que, ni aun estándolo, podría aceptar la peor de las noticias. Sin embargo, el rostro del doctor estaba serio aunque no abatido, y eso me dio esperanzas.

—Nicolás vive, mas me temo que no tengo buenas noticias.

—¿Qué sucede? —pregunté, impaciente.

—Solo puedo decirle que se enfrenta al reto más difícil de su vida y esperemos que pueda superarlo.

—Pero ¿qué tiene?

—No quiero darle más detalles, señorita Ulloa. No son propios para los oídos de una joven. Usted rece cuanto sepa y porfie en la voluntad de Dios.

Me sentí tan molesta por aquello que no pude evitar que se notase el agravio en mi tono de voz.

—Don Carlos, deje que sea yo quien decida si puedo escucharlo o no. Asumiré las consecuencias de sus palabras y le aseguro que sabré sobrellevarlas.

Él agachó la cabeza y terminó por ceder.

—Está bien. Tome asiento, por favor.

Ocupamos una de las mesas y, tras un silencio en el que se frotó ambas manos, nervioso, rehusando mirarme a los ojos, habló.

—Nicolás ha sido herido por un arma de filo, de la misma manera que Elías, salvo que la suya no había sido penetrante, sino que ha lacerado la carne de su costado derecho. La herida presenta rubor y tumefacción, y dada la fiebre tan alta, temo que pronto supure o aparezca gangrena. Es posible que la sangre se le haya envenenado. —Sabía lo que esas palabras significaban, pues Nicolás ya las había referido. Me puse blanca como la cal.

—No puede ser.

—De haber sido en las extremidades podría plantearse una amputación, mas... hallándose en el costado no tenemos esa opción. He realizado algunos emplastos, pero poco más puedo hacer. Solo queda esperar y rezar a Dios para que la fiebre no se torne más violenta. Denle a menudo bebidas frescas, tisanas de cerveza y avena.

Asentí, abrumada.

El doctor echó mano de su bolsillo y se secó el sudor de la frente; al hacerlo, por la expresión de su rostro pareció que cayera en la cuenta de algo y, tras guardar su pañuelo, sacó otro del bolsillo y me lo tendió. Lo reconocí al instante, pues se trataba del que creía haber perdido.

—Nicolás se dejó esto en mi casa la otra noche. Déselo, por favor. No se ha despegado de él en días, así que imagino que le tendrá mucho cariño. Lleva unas iniciales bordadas —dijo, poniéndolo en mis manos—. Quizá ese rufián anda enamorado y no nos lo ha querido decir. Ya ajustaré cuentas con él.

Hubo en su voz un deje amargo; tal vez por su profesión era más consciente que nadie del hecho de que Nicolás podría morir. Miré el pañuelo entre mis manos y reparé entonces en algo que había dicho.

—¿Dice que estuvo en su casa la otra noche?

Don Carlos negó con la cabeza.

—No... yo... —balbuceó, intentando sin duda ocultarme algo—. He traicionado la confianza de Nicolás a causa de los nervios, lo siento. No puedo hablarle sobre ello.

—Por favor —insistí—. Necesito saberlo. Lo veo salir cada noche y sospecho que haya cometido alguna fechoría. Es el Lobo, ¿verdad?

Don Carlos me miró terriblemente sorprendido.

—¿Nicolás? —Negó de forma apresurada con la cabeza—. ¿Por qué piensa eso?

Le conté las tribulaciones a las que había estado enfrentándome. Él estiró la mano por encima de la mesa y cogió la mía.

—No debe usted de preocuparse más. Nicolás no es ni un rufián ni un justiciero. Ha faltado a su casa estas noches porque quiere aprender Medicina conmigo, y de día tiene que estar pendiente de la venta.

Me sentí como una estúpida, y a la par que me quemaba el estómago por haberlo juzgado mal, el corazón me ardía de alivio por saber que él no era culpable de ninguna muerte.

—¿Quiere decir que es su alumno?

Asintió.

—Me ayuda con los enfermos que tengo allí en vigilancia, que a veces son más de dos y de tres —informó—. Es un buen muchacho. Ojalá tuviera cuartos para mandarlo a la Facultad de Medicina de Madrid.

—¿Y por qué no nos ha dicho nada?

—Por no preocupar a su madre, Rosita. Y porque sabía que ella insistiría en que tomase clases de día y se echaría más carga a las espaldas.

Sentí deseos de llorar y escondí la cabeza entre las manos. ¿Cómo había podido ser tan tonta? Nicolás tenía razón conmigo. Lo había prejuzgado. En ese momento alguien golpeó la puerta de la venta con los nudillos. Ni don Carlos ni yo nos lo esperábamos, así que dimos un respingo. Apresurada, fui a abrir, preguntándome quién sería a esas horas y, cuando lo hice, vi fuera al cabo Álvarez y a una muchacha, la misma que me había ayudado a escapar del Sainete. Gabriela, la hermana de Nicolás.

A mis espaldas escuché una exhalación ahogada y me giré. Manuela estaba de pie al otro lado de la estancia, ante la cortinilla, con los ojos abiertos como platos y el rostro en un rictus de sorpresa. Echó a correr hacia su hija con los ojos preñados de lágrimas y la abrazó. La joven también se echó a llorar. Y por mi mente cruzó un pensamiento que, aunque triste, no dejaba de ser consolador: si Nicolás se marchaba, al menos Manuela tendría a su hija.

Capítulo 21

Tres días después, Elías andaba aún sumido en un duermevela del que parecía que nunca fuera a despertar y Nicolás seguía debatiéndose entre las fiebres, que eran cada vez más altas y desesperanzadoras. Unos mozos que vinieron con don Carlos lo subieron al que había sido mi dormitorio. Manuela y su hija dormían juntas, y yo me acomodé en un camastro en la cocina. No me importaba. Ellos necesitaban las comodidades mucho más que yo. El médico nos visitaba siempre que podía, no solo por curar a los enfermos; también por consolar a Manuela, pues aunque esta hallaba cierto refugio en su hija, la situación de Nicolás era complicada. Gabriela se comportaba taciturna y desconfiada, aunque nunca de forma desagradable. Era solo que parecía que tuviera una coraza sobre ella de la que no pretendiera salir jamás. No era muy habladora, o al menos su dolor no la dejaba hablar. Tal vez era demasiado pronto como para pretender que la vida seguía después de todo. Los hombres del Tronera la habían secuestrado y, aunque no había querido referir lo que había pasado con ellos, su alma y su cuerpo estaban heridos. De esto no tenía duda. A causa de eso, entre ella y yo no pudo desarrollarse amistad profunda alguna, mas nos tratábamos de forma amable. En cuanto tuve la ocasión le agradecí lo que había hecho por mí. Ella aceptó mi gesto con una sonrisa; una de las pocas que le vi en

aquellos días.

La muchacha pasaba algunos ratos con su hermano y otros con Elías. Se sentaba a su lado y acariciaba sus cabellos, recordándole días atrás, en los que fueron felices, animándolo así a regresar de donde quiera que estuviese. Yo me moría de ganas de estar con él, y aprovechaba siempre que podía para estar a su lado también. Aunque lo que más deseaba era besarlo y abrazarlo, no era una necia. Sabía lo que el regreso de Gabriela significaba: había perdido a Elías antes siquiera de llegar a tenerlo. Conocía su carácter y, en cuanto despertase, volvería con ella. Y por mucho que me doliera, si esa era su decisión, lo admiraría aún más por la clase de hombre que demostraría ser, aunque separarme de él me costase perder una parte de mi alma.

En medio de toda aquella vorágine, al menos me consolaba la idea de saber que Lily también se encontraba a salvo, pues la habían hallado junto a Gabriela en la madriguera de esos rufianes. Su padre no la dejaba salir de casa por miedo a que se la volvieran a llevar, y como yo no quería dejar la venta por si Manuela me necesitaba o por si Elías o Nicolás salían de su trance, estuvimos mandándonos cartas en aquellos días para mantener el contacto. Ella escribía una cada mañana y yo le enviaba una cada tarde. Lily confesaba haber pasado mucho miedo con su captura, pero también me revelaba lo emocionante que había sido cuando la Guardia Civil irrumpió en la guarida y el cabo Álvarez la sacó de allí en brazos «como uno de esos galanes de las novelas». Aquello le bastaría para andar suspirando un par de meses como poco.

El señor Wizner supo que mi testimonio y el mapa de Nicolás habían sido de gran ayuda, por lo que prometió recompensarnos económicamente. Yo no necesitaba los cuartos, pero si Nicolás despertaba, no cejaría en mi empeño de conseguir que fuera a Madrid a estudiar Medicina.

La noche del cuarto día me hallaba sentada junto a la chimenea del comedor, en compañía de Luna, que sobrellevaba también sus heridas y la

ausencia de Nicolás a su manera, cuando Manuela apareció para buscarme.

—Elías acaba de despertar —dijo, y el corazón me dio un vuelco—. Quiere verte.

Me sentí como si de alguna manera me hubiera hecho a la idea de que no volvería a verlo, y entonces apareció de repente, llevándose cualquier duda de mi corazón. Me levanté de la silla a toda prisa y fui hacia el dormitorio. Cuando entré, la habitación estaba tenue, iluminada apenas por un quinqué. Elías giró su rostro hacia mí y sonrió. Ver sus hoyuelos de nuevo me conmovió y me hizo creer que si la felicidad existía residía en ellos. Aunque su aspecto aún no era el adecuado, se le notaba mejoría. Me senté en el filo de la cama y él tomó mis manos entre las suyas.

—Me han contado que montaste a Canela como una amazona para ir en busca de don Carlos.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Doña Manuela. Mientras dormía. Podía oírlos, ¿sabes? Aunque no lograba hablar. Sabía que estabais aquí. Hasta he soñado con... —Calló—. Con gente que ya no está.

Supe que se refería a Gabriela y me di cuenta entonces de dos cosas. Aparte de la ventera, yo era la primera persona con la que hablaba tras despertarse. La otra era que él pensaba que Gabriela no existía y que era producto de su imaginación.

—Hay algo que quiero decirte desde hace tiempo, Victoria. —Sonrió, con gran felicidad en el rostro—. Lo he guardado en mi corazón casi desde el día en que te vi, cuando algo en tu mirada me dijo que eras la mujer de mi vida. Que no había estrella en el firmamento que pudiera igualarte. Quise pedírtelo la última vez que nos vimos y las circunstancias me robaron la ocasión. Al borde de la muerte solo he podido pensar en ti y en la vida que quiero llevar a tu lado. Victoria... Te quiero. Sería muy feliz si me concedieras el honor de compartir tu vida conmigo y ser mi esposa.

Sentí que sería la última vez que lo oiría decir de sus labios.

—Y yo. —No pude evitar que las lágrimas afloraran a mis ojos y que una angustia terrible me invadiera.

—¿Por qué lloras? —me preguntó, preocupado.

¿Qué iba a decirle? ¿Que había asumido que lo perdería antes siquiera de que él lo dijese? ¿Que no podría decir lo mismo cuando supiera que ella estaba allí, que seguía con vida y que podrían retomar su historia donde la habían dejado, aunque eso me doliera?

—¿Es que no quieres casarte conmigo?

—Yo...

Busqué las palabras, pero no las hallé. Y ante las palabras que no se encuentran, es mejor otorgar al tiempo un silencio. Más aún si se sella con un beso de amor, que se piensa será el último. Lo besé con tal ansia que, por un segundo, pensé que me fundiría con él para siempre.

—Me casaría contigo, Elías. En esta y en todas las vidas —dije, después de separar mis labios de los suyos. Creí que sería capaz de expresarle que no podríamos casarnos, pues Gabriela estaba viva y no solo en su imaginación, pero en ese momento no pude hacerlo.

—¿Recuerdas la carta que te dije que te escribiría? —preguntó él. Su dulce voz alejó de nuevo los miedos.

Asentí, sonriendo. Él señaló entonces a una esquina de la habitación y seguí su mirada. Allí, colgada al respaldo de una silla, estaba la chaqueta de su uniforme donde yo la había dejado días atrás.

—Cógela, por favor.

Me levanté y fui hacia la chaqueta. Al hacerlo, vinieron a mí los recuerdos de aquella última vez que la tuve entre mis manos, cuando encontré la nota de Nicolás. Miré a Elías algo extrañada con ganas de preguntarle por aquella cuestión. Mas no quise enturbiar el momento y saqué de donde me indicó un papel doblado sobre sí mismo y anudado con un bonito lazo rojo. Volví a la cama junto a él y me senté, deshaciendo el lazo bajo su atenta mirada. Abrí la carta y me dispuse a leer las primeras

líneas:

Mi amada Victoria:

Luz de mi vida. Aire que respiro...

Y mientras leía, un pensamiento cruzó mi cabeza con fuerza, deteniéndome en mi empeño. Aquella «t» tan alargada; esos trazos tan elegantes y finos en las «a». Yo había visto antes esa forma de escribir... y había sido en los papeles que estaba quemando Nicolás. Miré a Elías desconcertada y él me devolvió el mismo gesto.

—¿Qué sucede? ¿He dicho algo malo?

Ni siquiera sabía lo que decía el resto de su carta, pero tenía clara una cosa. Elías me debía una explicación.

—¿Tienes algo que ver con los papeles que quemaba Nicolás la otra noche en la chimenea?

—No sé a qué papeles te refieres.

Le expliqué lo que había pasado y lo que había visto. Él esquivó mi mirada inquisitiva.

—Por favor, no me engañes, Elías. No enturbemos nuestra amistad con mentiras.

—¿Amistad? —replicó, desconcertado—. No entiendo nada. Ni siquiera has leído la carta. No te ha podido dar tiempo a hacerlo.

Guardé la esquila, colándola por mi escote.

—Olvida la carta y contéstame.

Él tragó saliva, y aunque se notaba que le estaba costando reunir las fuerzas para decirme lo que diría a continuación, fue valiente y habló al fin.

—Ya habrás oído hablar del Lobo, supongo.

—Sí. Y... durante un tiempo llegué a pensar que era Nicolás —dije, sintiéndome algo estúpida aún por ello—. Aunque estoy segura de que no lo es.

—Claro que no lo es, Victoria, porque soy yo.

Su confesión me dejó estupefacta.

—¿Qué? —musité.

—Lo siento —dijo, compungido—. Siento no habértelo dicho antes.

—¿Cómo has podido ocultarme algo así? ¿Cómo has podido decirme que me quieres y no confiar en mí para algo tan importante?

—¡Porque tenía miedo de que te ocurriera algo! Miedo, Victoria —repitió con gesto desesperado—. Miedo de que si alguno de esos malnacidos descubría la verdad, fueras tú quien lo pagase. Si no sabías quién era, no podrían sacártelo a golpes.

—¿Tu excusa es que has mentido para protegerme?

—No es una excusa. Es una realidad.

—Estoy cansada de que todos me mintáis. Tú, Nicolás... Todos. No soy una niña a la que tengáis que proteger. Soy una mujer y tengo derecho a saber que la persona a la que amo se lanza al monte cada noche a buscar la muerte.

—¿Qué diferencia hay a cuando llevo el uniforme?

—La hay, y tú lo sabes.

—No, Victoria. No la hay. A ambas cosas me he entregado con la misma pasión, y en ambas podría haber resultado herido o muerto. No hay diferencia.

—Tu honor, Elías. ¿Y si te hubieran descubierto?

—¿Por qué te importa tanto el honor?

—Porque es lo que nos diferencia de hombres rastreros y ruines como el Sainete.

Agachó la mirada y suspiró.

—Lamento que te hayas enterado así. No sé qué puedo hacer para reparar el agravio.

—Dame una explicación que consiga convencerme de que tu causa ha sido legítima.

—¿Te parece poco legítimo poner fin a las tropelías de esos hombres?

—Podrías haberlo hecho siendo Elías Marín y no el Lobo.

—Siendo Elías Marín los habría llevado como tantas veces al acuartelamiento y, ¿sabes qué?, acabarían volviendo a estos bosques porque, de alguna manera, ese Tronera tiene tratos con gente muy poderosa, y no hay libertad que no pueda comprar el dinero.

—Así que has querido tomarte la justicia por tu cuenta.

—He querido impartir la justicia que se merecen.

—No sé, Elías. —Dudé de sus razones, dudé de todo en ese momento.

—Perdóname, por favor. Te juro que lo hice por protegerte. No quería ponerte en peligro —pidió, mirándome esperanzado—. Olvidemos tanto dolor y... empecemos una vida juntos.

Podría perdonarlo por aquello y vivir esa vida que me pedía. Le habría dicho que sí, a pesar de todo. Sin embargo, sabía que debía hablarle de Gabriela y que eso supondría un antes y un después. Creyendo que, si no se lo decía yo, terminaría por enterarse, saqué valor de mis entrañas y revelé la verdad.

—Gabriela está aquí.

—¿Gabriela?

—La hermana de Nicolás. Tu... tu novia —dije, aunque me costó pronunciarlo en voz alta—. Ayer la encontraron.

Los ojos de Elías se abrieron desmesuradamente e hizo amago de levantarse, mas se vio obligado a tumbarse de nuevo a causa de un tirón que acusó en el costado. Maldijo en voz baja y apretó los dientes. Puse las manos en su pecho y le pedí que reposara.

—Pero... no puede ser.

—Los hombres del Sainete la tenían retenida. —Tras estas palabras le referí cuanto sabía, y le hablé también de que Lily se encontraba bien, así como del estado de Nicolás.

Elías tragó saliva y su rostro palideció.

—¿Lo dices en serio?

Asentí. Me miró, consternado.

—¿Por qué nunca me hablaste de ella y de lo que había ocurrido?

—Intenté dejarlo en el pasado.

—No se puede huir del pasado, Elías, forma parte de nosotros nos guste o no. —En la garganta sentí que tenía zarzales, por lo que iba a decirle—. Por mí no te preocupes. Puedes estar con ella si es lo que deseas.

Vi la duda en sus ojos. Su alma dividida en dos mitades. La del Elías que amó a Gabriela; la del Elías que me amaba a mí.

—Victoria... yo... —balbuceó, confuso—. Ella... Te quiero, pero...

«Pero...».

Aunque me dolía aquella palabra más que si me hubieran clavado cien puñales, entendí que se debiera a Gabriela. Entendí que me olvidara; que yo quedaría en una simple anécdota. Un instante de su juventud que tal vez recordaría con calidez cuando fuese un anciano. Mas no sería mi mano la que sostendría, sería la de ella. Su historia se había cortado de forma abrupta. No porque no la amase. No porque las cosas se torciesen entre ellos. Se la habían arrebatado de forma brusca y dolorosa; y aunque había perdido la esperanza de encontrarla, ella había regresado. De haber estado en su situación, yo habría corrido a su encuentro. Lo comprendía, aunque tal certeza me desgarrase por dentro. Posé un beso sobre su mejilla yforcé una sonrisa que pretendía ocultar que estaba rompiéndome por dentro. No hizo falta que él dijera más, porque sabía lo que aquel «pero» significaba, sin necesidad de añadiduras.

—Lo sé —le dije.

Después me levanté de la cama y caminé despacio hacia la puerta, consciente de que nuestra historia acababa ahí. Cuando salí al pasillo, vi que Manuela estaba apoyada con la espalda en la pared, cruzada de brazos. Miraba al techo con los ojos preñados de lágrimas. Las mías se habían quedado en la garganta. Quería llorar. Quería gritar entre llantos clamando al cielo. Mas no pude hacerlo. Quizá es que ya me había cansado de tanto llanto.

—¿Ha pasado algo? —le pregunté, preocupada.

Ella se enjugó las lágrimas con los puños de la camisa y negó con la cabeza.

—No —dijo, girando el rostro hacia mí.

—¿Por qué lloras entonces?

Manuela tragó saliva y sentí que el mundo se me echaba encima. Un pensamiento oscuro cruzó mi cabeza. Una campana tañó en ella con canto fúnebre. Temí que la muerte se hubiera llevado a su hijo.

—Nicolás... ¿Nicolás está bien?

El tiempo que transcurrió hasta que me dio una respuesta se me hizo eterno.

—No te preocupes, Rosita, que no es por él. Es por ti. Por lo de Elías y por lo de mi hija. Sé que el cabo te quiere, y no sé si la querrá también a ella. O si mi Gabriela siquiera será capaz de volver a amar después del dolor por el que ha pasado.

—Estaremos bien. Piense en que, cuando Nicolás se recupere, podrán estar todos juntos. Piense en la felicidad de su hija. Elías la ayudará a recuperarse, ya verá. Vaya a avisarla. Querrán estar juntos.

La abracé con fuerza y después me marché. Sin preocuparme de nada más me metí en la cama y escondí la cara en la almohada para que nadie pudiera escuchar mis llantos. Todas esas lágrimas que había contenido salieron a borbotones.

A la mañana siguiente se llevaron a Elías al cuartel. Aquello casi supuso un alivio para mí.

Por primera vez los vi juntos estando él consciente, y ella lo despidió con un beso. La envidié. Y a la par pensé en lo mucho que le debía. Ella había salvado mi vida una vez, ayudándome a escapar de esos hombres. A decir verdad, era justo que se quedase con Elías. Se merecía ser feliz después de todo.

Intentando esquivar cualquier conversación o contacto con nadie, me centré en mis tareas diarias, anhelando el día en el que Nicolás se recuperase. Tardó más de lo que todos esperábamos, pero una mañana muy fría, después de pasar la noche a su lado, andaba medio dormida en la silla, cabeceando, cuando lo oí hablar. Fue un susurro apenas perceptible, mas me hizo abrir los ojos sobresaltada.

—Morena —dijo—. Te vas a hacer daño en el cuello. Vete a la cama. ¿O es que quieres que te lleve yo en brazos?

Abandoné mi asiento de un salto, me eché encima de él y lo abracé. Su cuerpo tenía ya una temperatura normal, y toqué su frente para comprobar que no me equivocaba. Estaba incluso algo fría.

—¡Nicolás! —exclamé, entusiasmada.

—Shhh. Vas a despertar a todo el mundo.

—¡Pues eso quiero! Voy a llamar a tu madre.

Me cogió de la mano y me retuvo junto a él.

—Siéntate, por favor. Quiero hablar contigo.

—¿Ahora? Tu madre...

—Estará durmiendo. No la vayas a despertar ahora.

Rezongué y terminé por acceder a su petición, ocupando un lugar en el filo de la cama, con el cuerpo girado para poder verle bien la cara. Aunque los días de dolencia le habían pasado factura, su color había mejorado considerablemente.

—Creí que te morías.

—Y ya estabais Lily y tú preparando un baile, ¿no?

—Mendrugo.

Sonrió con gesto divertido.

—El señor Wizner va a pagarnos una recompensa por haber ayudado a salvar a su hija. Podrás estudiar por fin para ser cirujano. Deberías ir a Madrid, a la Facultad de Medicina.

—No digas tonterías. La universidad es cosa de señoritingos como tú.

Además, no voy a dejar a mi madre sola.

—Si estudias y te labras un porvenir, podrás sacarla de la venta y llevarla a un lugar mejor. Además, tu madre estará bien, ahora que tu hermana ha regresado.

—¿Mi hermana está aquí? —Hizo amago de levantarse y hube de retenerlo.

—¡Estate quieto, o se te abrirá la herida!

—He de verla.

—Déjala descansar un poco antes de despertarla, no se va a ir a ninguna parte.

—En eso tienes razón. Si es que de vez en cuando eres muy lista. —Le di un pellizco en el brazo y él se quejó, echándose a reír, mas de pronto su rostro se tornó algo triste—. Mi pobre Gabriela —murmuró con la voz quebrada—. Lo que le habrán hecho esos malnacidos.

—Le costará superarlo, pero tiene una gran familia. Todo irá bien.

«Y lo tiene a él», pensé. «Seguro que serán muy felices juntos».

—Eso espero —dijo, y entonces se hizo entre nosotros un breve silencio, hasta que yo hablé de nuevo, con ganas de confesarle lo que había averiguado.

—Ya sé por qué salías cada noche —dije, y saqué el pañuelo de mi manga, tendiéndoselo—. Don Carlos dice que te lo dejaste en su casa. Y yo que pensé que lo había perdido.

—Lo siento. Debí devolvértelo.

—No importa. Está bien contigo.

Él lo miró con cariño.

—Estar al borde de la muerte te hace pensar en muchas cosas, Rosita. He pensado en nosotros. Creo que he estado equivocado con respecto a mis sentimientos por ti. Viniste aquí cuando me sentía desolado y de repente me devolviste la esperanza en las cosas. Tu sonrisa me dio ganas de vivir y empecé a quererte. Pero lo hice de una forma egoísta, porque pensé que

podrías llenar todos mis vacíos y no me di cuenta de que, así, lo único que hacía yo era agrandar los tuyos.

—No digas eso. Tu cariño... tu cariño me hizo sentir de nuevo cosas que nunca pensé que sentiría. Tras lo de Julián me veía incapaz de amar de nuevo y... contigo sentí...

—¿Qué sentiste?

—Cosas. —Agaché la mirada, algo avergonzada al recordar todas esas emociones que había despertado en mí—. No preguntes.

Me ruboricé más que nunca y él soltó una carcajada con ganas.

—Shhh —regañé yo aquella vez.

—Vaya, vaya, señorita de Vergara, con que ruborizándose por mí. No es muy propio de una dama de su categoría.

—Calla. Te paseas todo el rato sin camisa. ¿Qué quieres que haga?

Con la risa aún resonando en su garganta, extendió su mano para coger la mía y me miró con cariño.

—Creo que de habernos casado solo habría estropeado las cosas. Habríamos tenido muchos hijos, sí, pues me habrías encontrado irresistible cada día de nuestra vida, pero... ¿luego qué? Estaríamos todo el día peleando, porque tú eres muy entrometida. Así es mejor. Podremos ser amigos pase lo que pase.

A pesar de que dijo aquello con total entereza, tuve la sensación de que, en el fondo, su corazón estaba roto por mi culpa. Lo único que podía hacer era quedarme a su lado, aunque fuera de aquella manera, y ayudarlo en todo lo que pudiera.

—Pase lo que pase —le dije.

—Y como los amigos no tienen secretos, voy a contarte algo que no dejó de rondarme la cabeza mientras estaba entre este mundo y el otro.

—No digas eso... —Ni pensar quería en la posibilidad de que hubiera estado tan cerca de morir.

—Venga, no te pongas mohína —pidió con una sonrisa que me hacía

imposible negárselo.

—De acuerdo. —Sonreí también—. Dime, ¿qué quieres contarme?

No le costó mucho decidirse a hablar, aunque lo que iba a relatar no era sencillo.

—La noche en la que hirieron a Elías, yo estaba con él. Me pidió ayuda para buscar a Lily. Tú sabes que él y yo somos agua y aceite, pero Lily es como una hermana para mí, así que acepté. Entonces nos encontramos con los hombres de Sainete. Hubo fuego y derribamos a dos de los cuatro que iban, pero lo hirieron y a mí también, como ya sabes. A punto estaban de matarnos cuando escucharon patrullas acercándose y se fueron. Elías creyó que iba a morir y me hizo prometer que podría verte una última vez antes de... marcharse. Por eso lo traje aquí. Lo dejé frente a la casa y fingimos que venía del bosque.

Comprendí muchas cosas entonces, que las sumé a las que ya sabía. Aquellos «arreglaré lo que hemos empezado» y «si no se hubiera empeñado en venir aquí» cobraron más sentido que nunca.

—Nicolás... —comencé a decir—. Sé que los papeles que quemabas la otra noche eran suyos. Y que a pesar de todo el rencor que le guardabas por lo de tu hermana, me has mentado para protegerlo. No tendrás que hacerlo más. Sé que él es el Lobo.

Él asintió, y resopló como si se estuviera quitando un gran peso de encima.

—Por eso no llevaba el uniforme cuando lo hirieron. Aquella noche no salió a buscar a Lily como el cabo Marín, salió como el Lobo. El uniforme se lo pusiste tú, ¿verdad? Por eso estabas tan nervioso cuando don Carlos dijo de referírselo a los compañeros.

—Lo guardaba entre unos zarzales de por aquí cerca siempre que salía de noche. Para cambiarse antes de volver al cuartel. Así me enteré de que era el Lobo, porque Luna husmeó y encontró sus ropas negras escondidas. Y yo esperé una noche hasta que lo vi aparecer.

—Hay algo que no comprendo. Él te dijo que había desistido en la búsqueda de tu hermana...

—Sé lo que vas a decir —interrumpió—. ¿Por qué echarse a un lado para después lanzarse al monte solo, no?

Asentí.

—Elías quiso disuadirme de que siguiera con la búsqueda porque tenía miedo de que algo me ocurriese. Mi madre ya había perdido a una hija, no podía dejar que también me perdiera a mí. Además, estaba ese asunto... Él los ha matado. Nos guste o no, es un crimen.

—Lo es. Aunque se perpetre contra hombres desdeñables.

—Los hombres del Sainete que sobrevivieron aquella noche lo vieron, Rosita. Aunque estaba oscuro... Creo que saben quién es en realidad el Lobo.

—¿Y qué podemos hacer?

—Echarnos al monte a buscarlos y cerrarles la boca para siempre.

—Los detuvieron hace dos días —le informé—. Ya no debe quedar nadie de esa panda de rufianes.

—Entonces no podemos hacer nada, me temo, salvo rogar porque nadie les crea si es que abren el pico.

Tomé aire y me sentí derrotada. Me dolía tanto la cabeza que creí que me iba a estallar. Por primera vez en días, todo el cansancio me vino de golpe.

—Creo que necesito dormir.

Nicolás se movió un poco, dejándome más hueco en el colchón.

—Tumbate aquí conmigo —pidió.

—¿Qué? Estás loco.

—Solo vamos a dormir. Como compañeros de aventuras que somos. Venga.

Vencí mis reticencias y asentí. A decir verdad, pensé que encontraría en sus brazos el refugio que necesitaba. Me tumbé a su lado y él me abrazó. Reposé la cabeza en su pecho, cálido y sereno, sintiéndome en calma

después de mucho tiempo en medio de la tormenta. Nos quedamos callados.

—Elías me pidió que me casara con él —solté, en medio del silencio.

Noté que su corazón se aceleraba.

—¿Y qué le has dicho?

—Tu hermana... —murmuré.

Él suspiró y me atrajo con más fuerza hacia sí.

—Lo siento, Rosita. Pero no te preocupes. Si no es Elías, algún día encontrarás a alguien que pueda hacerte muy feliz, porque lo mereces. Ya lo verás.

—Tú también lo harás, estoy segura.

—Se me rifarán cuando sea un médico de prestigio.

—No lo pongo en duda. —Reí—. Y... hablando de eso... Quédate con mi parte de lo del señor Wizner, para que a tu madre nunca le falte de nada y para que no pases penurias en Madrid. Las cosas allí valen más que en ninguna otra parte.

—No sé si puedo aceptarlo.

—No te estoy pidiendo que lo aceptes. Te lo estoy dando —zanjé—. Y ahora durmamos un rato.

—Sí, Su Majestad.

Sonreí, acomodada en su pecho. Él besó mi frente, y pronto me quedé dormida. Estar en sus brazos fue como estar mecida por las olas en un día de calma.

Capítulo 22

Crear que no eres suficiente es una sensación devastadora. A veces nos llega al compararnos con los demás; a veces, cuando son otros los que nos comparan. En cualquier caso, te arroja a un vacío en el que solo quedas tú y ese oscuro menosprecio del «nunca seré, nunca llegaré». Así me sentía yo con respecto a Gabriela. Puede que me hubiera ganado el corazón de Elías en algún momento, pero solo había sido eso: un momento. Un instante en una vida que no compartiría conmigo. Cuando había decidido que era él, que mi cuerpo y alma eran suyas, apareció ella. Yo no sabía si Elías seguía amándola o me amaba a mí; lo que sí sabía es que era un caballero y no iba a dejarla sola en sus circunstancias. De igual modo que habría cargado con la oscuridad de mi pasado, cargaría con el suyo.

En los días siguientes al regreso de Gabriela, intenté mantenerme lo más ocupada posible. Ella ocupó su habitación y yo me instalé en el cuarto de Nicolás. En cuanto se recuperó, tal y como esperaba, se marchó a Madrid a ser lo que estaba destinado a ser. Yo había retomado la idea de marcharme también a la ciudad a buscar un empleo. Los cuartos que había guardado eran ya una suma considerable, y don Beltrán me había prometido escribir una recomendación para poder trabajar en alguna casa de gente de bien. Tendría de sobra para empezar. Manuela se había puesto triste al saber de

mi decisión, pero necesitaba salir de allí. Continuar mi camino.

Me ocupé de Luna, que andaba tan mohína como yo. Paseaba con ella por el bosque, incluso salía a montar en Canela, con la loba tras de mí, jugando a perderse entre los matorrales. Ella también lo echaba de menos. Nicolás había dejado un vacío inmenso con su marcha. Me había acostumbrado a él, a acudir a sus brazos siempre que necesitaba consuelo sin darme cuenta siquiera del daño que le estaba haciendo. Ahora que no los tenía a ninguno de los dos, me había tenido que encontrar a mí misma y me había hecho preguntas cuyas respuestas solo confirmaban una cosa: decir que no lo había querido sería mentir; pretender que solo lo había besado por puro deseo o negar que no había anhelado sus caricias sería engañarme. Lo había querido, sí, pero no tanto como a Elías. Y él lo supo desde el principio. También yo. Ahora tenía que soportar como, cada vez que el cabo pasaba por mi lado, entre nosotros había una mirada que decía tanto como callaba. Su silencio me quemaba tanto como lo habían hecho sus besos. Aquello me mataba por dentro. Y aunque su relación con Gabriela parecía una cuestión de costumbre o de obligación más que de amor, tenía que verlo sentado junto a ella en la misma cama donde habíamos yacido, mientras le leía poemas para sosegar sus días malos. Esos miserables le habían destruido la vida y él pretendía recomponerla. Mientras, la mía se hacía pedazos. Ya había pasado antes. Me había caído y levantado. Volvería a hacerlo otra vez.

Lily venía a verme casi cada día, y dábamos largos paseos en los que ella me hablaba de sus amoríos y de su Bernardo. Me traía *El Tocador* y otras revistas con figurines de moda para verlos juntas e intentaba animarme sacándole defectos a Elías. «No sé si con mejor sable, pero seguro que encuentras otro más guapo todavía que él», decía, arrancándome una carcajada. Manuela también intentaba ayudarme, a su manera, haciendo de comer las cosas que más me gustaban y manteniendo tertulias de política muy airadas con don Jacinto y don Beltrán.

A finales de noviembre recibimos un paquete de Nicolás. Me había mandado un buen montón de números de *Montecristo* que me faltaban; y a su madre y su hermana, unos echarpes de cachemira que debían de haberle costado lo suyo. En la carta que incluía contaba que se encontraba muy a gusto estudiando y que, al parecer, había tenido ocasión de ir al Teatro del Príncipe con un compañero que «gastaba buenos cuartos», al que pensaba presentarme a ver si nos ennoviábamos. Aquello me hizo reír. Nos enviaba un folleto como recuerdo del drama de D. Ángel Saavedra, *Don Álvaro o la fuerza del sino*, que tenía como protagonista al famoso actor don José García Luna, de quien contaba maravillas. Decía, además, que había terminado el espectáculo con baile nacional y prometió llevarnos un día. Dedicó tres párrafos a hablar de las muchachas que había conocido, y señaló que en Madrid lo difícil no era enamorarse, sino enamorarse de una sola. Aquello le hizo mucha gracia a Manuela, que ya se imaginaba a su hijo como a los sultanes de los cuentos orientales, rodeado de mujeres. Añadió una nota para mí, sobre cierta dama que se había posado el abanico en los labios al verlo. Me quedé con la curiosidad de saber si se había decidido a besarla o no. En cualquier caso, saber que era dichoso me hacía feliz a mí también.

Un cuatro de diciembre, día de Santa Bárbara, terminé al fin los preparativos de mi partida. Don Beltrán me había acomodado en una casa de la capital, y Manuela me había prestado un pequeño bolso para llevar mis cosas, que todavía tenía pendiente de llenar. Con la cabeza puesta ya en el viaje, que sería al día siguiente, andaba faenando en la venta. Aunque afuera llovía a mares y el invierno había instalado el frío en la sierra, el ambiente dentro era cálido, con los troncos chisporroteando en la chimenea. Era verlos y acordarme de Nicolás; de los primeros días en los que lo observaba cortarlos y me ruborizaba al hacerlo. Había dejado provisión para todo el invierno antes de irse, y prometió a su madre que cada vez que regresase, cortaría más para ella. Así era él: amable y entregado. Evocar su

imagen me hizo sonreír. Qué distinta sería su vida ahora en Madrid. Qué distintos éramos todos en comparación a cuando nos conocimos. Recordándolo, me puse a limpiar las mesas, con el runrún de la conversación de los parroquianos de fondo.

—A ver, callaos. Que aquí hablan del Sainete y su banda. —La voz de la ventera se alzó sobre el resto y poco a poco se hizo el silencio—. Uno de ellos ha confesado que el cabecilla de todo era el Tronera.

—Nada que no supiéramos —murmuró Jacinto tras dar un trago a su vino y mirar de reojo a don Beltrán, con la discusión aún enquistada.

—¿Por qué lo llaman el Tronera? —pregunté, con curiosidad, dejando de limpiar.

—Porque era un hombre de fortuna que se torció. He oído que viene de una familia muy rica y que ha estado viviendo hasta en Inglaterra —contestó Manuela.

—¿Y... sabe alguien su nombre real?

—Withmore. Julián Withmore. —Una voz resonó desde la puerta, pronunciando aquel nombre con ímpetu y rabia.

Al escucharlo, sentí que el cuerpo se me paralizaba. El trapo que tenía en las manos se me cayó. Miré hacia allí y vi a Elías, de pie bajo el marco, mirándome de forma directa.

—¿Cómo has dicho?

—Que ese malnacido del Tronera no es otro que Julián Withmore.

Los presentes nos miraron a uno y a otro, confusos.

—No entiendo nada —dijo don Jacinto—. ¿Quién es Julián Withmore?

—El Diablo —lo dije en voz alta y de forma decidida.

Don Beltrán me miró como si todo lo supiera ya. Imaginé que Manuela le había revelado algo en sus confesiones. No me importó. Si aquella era la forma en la que ella compartía sus cargas, la respetaba. Don Jacinto y otro hombre cuchichearon algo en voz baja, sin quitarnos ojo.

Elías vino a mí y me tendió una carta, pidiéndome que la leyese.

—¿Es de Nicolás? —dije, al desplegarla y reconocer su letra.

—¿De Nicolás? —exclamó Manuela—. ¿Y qué tiene que ver mi hijo con ese malnacido?

—Léela, por favor.

Asentí, y la leí tan rápido como pude, controlando mis manos que ya comenzaban a temblar por el nerviosismo.

—Dice que lo ha visto en el Teatro de la Cruz. —Ese dato me hizo rechinar los dientes, furiosa—. Que escuchó su voz y que la sangre se le heló en las venas, pues lo reconoció. Asevera que es él.

Recordé lo que Lily había dicho, que Nicolás era muy bueno con las voces. Y también que dijo haberlo escuchado antes. Comprendí entonces muchas cosas, que fueron hilándose como si de un tapiz se tratasen, hasta conformar una figura que lo representaba todo en su conjunto: su ausencia aquella mañana en Andújar, cuando casi perdimos la diligencia. No vendió mis joyas. Las dejó en la casa que allí tenía. El hecho de que cuando nos asaltaron, él no sufriera perjuicio alguno y lo dejaran marchar sin más. Estaban compinchados. Las palabras de los bandidos cuando hablaron de ese trabajo en Vélez. La muerte de la viuda de Herrera no había sido un accidente, había estado orquestada por él. Era un demonio con todas las letras. Mas, ¿qué lugar ocupaba yo en sus planes? ¿Me había llevado al infierno solo para robarme un puñado de joyas? ¿Era una víctima más elegida al azar? Las piernas me fallaron y hube de sentarme. Miré a Elías, desesperada. Quería decirle muchas cosas y preguntarle otras cuantas. Mi cuerpo se quedó quieto, pero mi corazón quería correr hasta él. Quería tenerlo cerca. Sentir la fuerza de sus brazos salvándome de caer al vacío. Necesitaba su calor y su dulzura en aquel momento. Necesitaba sus besos para recordarme que había algo bueno en la vida lejos de aquella pesadilla que parecía perseguirme donde quiera que fuese.

—Debí de haberlo tirado por la ventana el día en el que te levantó la mano —masculló—. Ese malnacido. Aunque lo denuncie no habrá manera

de demostrar que es él.

Sentí deseos de llorar. De romper cosas. De clamar al cielo. Creí que teniéndolo lejos no me haría sufrir más, pero me equivocaba. No solo estaba detrás de mi desgracia, también detrás de la de todas las personas a las que quería. Y lo que no sabía era que su ponzoña se extendería mucho más hasta corromper cada uno de los rincones de mi existencia. Tenía los ojos clavados en Elías cuando vi aparecer por la puerta a dos guardias civiles. A uno nunca lo había visto, pero aparentaba mayor edad y rango. El otro era Bernardo. Se acercó hasta él y puso la mano en su hombro. Cuando Elías se giró, lo miró muy serio y tragó saliva. El otro se adelantó con el mismo gesto. Lo que fuera que tenía que decirle, me pareció que no era fácil. Y cuando lo comunicó, me sentí morir.

—Cabo Elías Marín, queda usted detenido.

La carta se me cayó de las manos y el mundo entero con ella.

Se armó un tumulto sin igual en la venta. Todos clamaban preguntando por qué y gritando, disconformes. Gabriela, alertada por el ruido, salió de la cocina y echó a correr tras ellos, exigiendo explicaciones, mas ninguno dijo nada. A Elías se lo llevaron como si fuera un criminal. Y es que, de alguna manera, lo era. Pronto todo el mundo supo que él era el Lobo. Los hombres del Sainete, que habían sido capturados, hablaron de lo que había pasado aquella noche y lo habían señalado. Y como apoyo a sus palabras habían encontrado las ropas del Lobo tiradas en unos zarzales, rajadas por donde Elías había sido herido. Don Carlos así lo había tenido que afirmar, interrogado por los guardias. No sabía lo que iba a suceder con él. Lo que sí tenía claro era que desde que se lo habían llevado, me costaba incluso respirar. Desesperada, comprendí pronto que nada podía hacer por él y me hundí en la negrura.

Capítulo 23

Aunque Elías ya no estaba conmigo, yo no dejaba de buscarlo hasta en sueños. Lo buscaba en las poesías de doña Carolina, y también entre mis propias caricias aunque fuera pecado; aunque terminase en el Infierno. Había roto tantas barreras con él que una más no me mataría. Lo buscaba en los lugares en los que habíamos estado juntos, como aquel abrigo de la sierra donde nos refugiamos de la tormenta. Debí de haberlo colmado de besos aquel mismo día. Paseé a la vera del río, donde a lomos de Lucero, me aferré con fuerza a su cintura. De haber sabido que se lo llevarían, le habría desnudado el alma y el cuerpo desde ese preciso instante, sin esperar un segundo más, y el murmullo del río habría acompañado nuestros gemidos. Me senté bajo el roble donde me había dado aquel primer beso que, como todos los de Elías, pronto me había abrasado y, tumbada entre la lavanda, rememoré aquel día en el que nuestra pasión nos desbordó. Si cerraba los ojos aún podía sentir las yemas de sus dedos, cálidas y deliciosas; aún podía sentir sus manos que se hicieron versadas en los caminos de mi piel.

Con Elías no solo había aprendido a amar el alma a través del cuerpo, también a darme cuenta de que la vida pasa en un parpadeo y que, si amas, has de hacerlo hasta el final y con todas las consecuencias, porque la

persona a la que quieres puede desvanecerse de un día para otro como arena entre los dedos. Y aunque ya no estuviera conmigo, yo aún lo sentía.

Por razones que desconocíamos, no nos dejaban verlo donde lo tenían retenido; sin embargo, Gabriela y yo nos alternábamos para acercarnos cada mañana hasta la casa-cuartel por si había noticias de su estado. Otras veces venía el cabo Álvarez a informarnos en persona. Sabíamos que lo iban a expulsar del Cuerpo, y había rumores sobre una posible ejecución; aunque yo nunca perdía la esperanza de que la pena fuera otra, porque pensar en su muerte me destrozaba el alma. Cada día le escribía una carta recordándole que estaría a su lado pasase lo que pasase. No sabía si le llegaban o no, pero dedicarle unas palabras me ayudaba a continuar la vida sin él.

Y así, con la oscura remembranza de la ausencia de Elías y las noticias que de su destino traían, llegó el día de mi partida. Llené la maleta con las pocas cosas que tenía y dejé mi vestido en el armario para que Gabriela se lo quedase. Ni iba a necesitarlo allá donde iba, ni me traía buenos recuerdos.

Andaba vaciando un cajón cuando encontré en él la carta que Elías me había dado el día que despertó. A causa de su relación con Gabriela yo había pretendido fingir que ya no existía, y habían pasado tantas cosas que se me había olvidado que un día había vertido su amor en palabras. La cogí y me senté al filo de la cama a leerla. Aunque sabía que probablemente me destrozaría, necesitaba aferrarme a algo más que a su recuerdo. Algo con lo que mitigar el dolor y el miedo que me provocaba no saber qué sería de él, pues la perspectiva de su terrible destino me quebraba el alma y me helaba el corazón. Si ya era consciente de lo mucho que me costaba respirar sin él, con aquella carta entre mis manos casi sentía que me ahogaba. Mas tenía que leerla. Encontrar la forma de estar cerca de él, aunque fuera así. De modo que, recordando que había visto sus primeras líneas aún estando a su lado, comencé a leerla.

Mi amada Victoria,

Luz de mi vida. Aire que respiro.

Miro atrás y me resulta imposible pensar que he vivido una existencia sin ti. ¿Y yo llamaba a eso vida? ¡Cuán errado estaba! Ahora sé que mi vida ha empezado contigo; que todo aquello por lo que merece la pena vivir está en ti. Siempre has sido tú. Desde incluso antes de conocernos. Te amo, irrevocablemente. Has llegado a mi corazón para no abandonarlo jamás. Eres parte de mi alma y nada ni nadie podrá separarnos. ¡Cuánto te adoro! Apenas si puedo escribir estas letras sin que el corazón se me acelere y las lágrimas de alegría inunden mis ojos. Hoy tengo la fortuna de sonreír dichoso, pues sé que tú también me amas. Tengo el privilegio de pronunciar tu nombre estando más cerca de ti de lo que nadie lo estará jamás; tengo el honor de que tus labios, dulce hogar donde reposan mis besos, pronuncien el mío. Mi amada Victoria, sé que somos llamas de un fuego que nunca se apagará. Te amaré eternamente.

Tuyo, por siempre.

Elías

—Mío, por siempre... —murmuré, apretando la carta contra mi pecho como si de él se tratase, y lloré hasta quedarme sin lágrimas. No sé cuántas veces la leí, pero me aferré a aquellas palabras como si fueran el aliento que me daba la vida. Cuando logré reponerme, la metí en el libro de poesía que me regaló, y lo puse en la maleta. Antes de abandonar la habitación, la miré despidiéndome de ella. En aquella estancia había estado con Elías por primera vez. Aunque fue una sola noche, lo llevaría conmigo toda la vida. Las lágrimas se me agolparon de nuevo en la garganta y me las tragué, pues allí había vivido muchas cosas felices y no quería despedirme llorando. Recordé la noche en la que llegué, cuando Nicolás me dijo que parecía una morcilla.

—Una morcilla... Será tonto —dije con cariño, riéndome.

Aunque amase a Elías, él también se había ganado mi corazón en cierta forma.

Cogí la maleta y bajé al comedor. Hallé en él a Manuela y a Lily y, junto a ellas, a alguien a quien jamás habría esperado ver. Rafael se hallaba sentado a una de las mesas cercanas a la chimenea.

—Victoria —dijo al verme. Se levantó de golpe y vino hacia mí corriendo.

Casi no recordaba ya cómo sonaba mi nombre en sus labios. Fue hermoso oírlo una vez más. Rompí a llorar, desconsolada, mientras me estrechaba entre sus brazos con toda la fuerza de sus sentimientos. Se separó un poco de mí y cogió mi rostro entre sus manos, besando mis mejillas llenas de lágrimas.

—Mi querida hermana, ¿por qué te fuiste?

Intenté tragar el nudo de mi garganta, mas me quemaba impidiéndome hablar.

—Pensé que os había deshonrado y que jamás querríais volver a verme —dije con la voz rota, al fin.

—¿Cómo podías llegar a pensar que no íbamos a perdonarte? ¿Cómo pudiste llegar a pensar que nuestra casa no sería nunca más la tuya? —Con sus palabras comprendí que tanto Lily como Manuela habían hablado con él sobre mis tribulaciones acerca de lo que mi comportamiento habría supuesto para mi familia—. Eso nunca pasará. Tú siempre serás una Vergara. Siempre. Da igual lo que hagas. Somos una familia, y si tropiezas estaremos ahí para cogerte la mano.

—Lo siento —me disculpé—. Siento lo que hice. Estaba... estaba ciega. Perdí la perspectiva de las cosas. Y vosotros fuisteis muy duros conmigo.

Él asintió, compungido.

—Acepto mi culpa, sí, y te pido perdón, mas no quiero que nos hagamos reproches, Victoria. No he venido para eso. Llevo buscándote desde que te fuiste, con el único propósito de asegurarme de tu bienestar. —Sonrió, y tras la calidez de aquel gesto en su rostro se dibujó una nube negra. Una sensación amarga atenazó mi pecho, pues presentí que diría algo terrible—. Debemos partir cuanto antes. Madre necesita verte. No está bien. Aquella necesidad de dormir que sentía últimamente... Has de saber que algo la estaba enfermando.

Mi mundo entero se derrumbó. No quise ni imaginar lo que mi partida habría supuesto para ella. De seguro que habría empeorado cualquier

dolencia que tuviera. Referí a mi hermano la carta que le envié y él me dijo que jamás había llegado. Eso lo hacía todavía más terrible, pues de seguro mi madre habría pensado el peor de los destinos para mí, agravándose así cualquier dolencia en ella. Me sentí tan culpable que rompí de nuevo a llorar.

—No llores más, por favor. Nos marcharemos de inmediato y podrás verla.

Dispuesta a ello, fui a buscar mi maleta, y Manuela y Lily me acompañaron a la puerta. Mi hermano ya esperaba junto al transporte que había alquilado y que lo había llevado hasta allí. Quedaba un trago amargo por tomar aquel día, y eran las despedidas. Abracé a Manuela, con lágrimas en los ojos.

—Ha sido como una madre para mí. Sepa que en cuanto esté asentada en Málaga, me encargaré de usted. No tendrá que volver a trabajar nunca más.

—Te lo agradezco, querida niña. Pero a mí me gusta mi venta. Aquí nací y aquí me quiero morir. Aunque puedes mandarme mejores mantas para pasar el invierno, si es lo que quieres. Y unos cuantos corsés finos, para darle una alegría a don Carlos —dijo, con un guiño, arrancándonos una risa a Lily a mí.

—Como usted quiera. Pero venga a verme alguna vez.

Ella asintió y me besó las mejillas con cariño. Miré a Lily y vi que de la risa había pasado al llanto. La estreché entre mis brazos con fuerza e intenté consolarla.

—Nos veremos pronto. Vendré para tu boda. Lo prometo.

—Más te vale —dijo haciendo pucheros.

—Y tú, ¿irás a visitarme?

—Mañana mismo —prometió, y me abrazó con fuerza.

Sonreí y le dediqué un gesto cariñoso.

—*Bis bald, Seelenfreundin.*^[9]

—*Bis bald, meine werte Freundin*^[10] —dijo ella, se separó de mí y entró

de nuevo en la venta para no ver cómo me marchaba. Tomé aire aguantando las lágrimas y abracé una vez más a Manuela, antes de que se fuese tras Lily. Luna también me dijo «adiós», acercándose para que la acariciara. Me agaché hasta estar de cuclillas frente a ella y le rasqué alrededor de las orejas.

—Pórtate bien y cuida de Manuela. Seguro que Nicolás viene pronto a verte.

Ella puso el hocico sobre mi hombro y la estreché en mis brazos.

Me puse en pie y, a punto estaba ya de subir a la diligencia, cuando Gabriela apareció subida a lomos de Canela. La mitad de mí se alegró de verla antes de marcharme. De saber alguna noticia más sobre él. La otra mitad temía tanto que las nuevas fueran de muerte, que sentí un repentino mareo que me hizo perder por unos segundos la sensación de la realidad. Para empeorarlo, el rostro de Gabriela estaba marcado por la tristeza.

—¿Te marchas ya? —preguntó, descendiendo de Canela y llegando junto a nosotros.

Asentí, y después le presenté a mi hermano a toda prisa, pues quería que nos diera las noticias que traía.

—¿Cómo está Elías?

Gabriela suspiró, compungida.

—No voy a mentirte. El cabo Álvarez habló con él y lo encontró desmejorado.

—¿Quién es ese caballero? ¿Y qué culpa se le achaca? —preguntó Rafael.

—Te lo contaré luego —indiqué.

—Bernardo dice que cada día pregunta por ti. —Hubo tristeza en la voz de Gabriela. Quise excusarme, hablarle de una simple relación de amistad entre nosotros, para no herirla, pero ella negó con la cabeza y posó su mano sobre la mía—. No hace falta que digas nada. Ya sé que eráis buenos amigos.

Entendí por sus palabras que sabía la verdad.

—Gracias, Gabriela. Si hablas alguna vez con él dile... —«Dile que lo quiero», pensé tragando saliva, angustiada. No podía pronunciar aquello en voz alta, y guardarlo dentro me rompía el corazón más de lo que ya estaba —. Dile que lo aprecio y que deseo que pronto todo se solucione.

—Lo haré. —Sonrió levemente.

—Escribiré, y también a Elías, por si alguna vez le hacen llegar nuestras cartas.

—Te mantendré al tanto. Espero que tengas un buen viaje —diciendo esto tomó a Canela por las riendas y se dispuso a llevarla al establo. Antes de que lo hiciera, me abracé al cuello de la yegua y le pedí que cuidara de todos. Esta cabeceó como si pudiera entenderme. Después subí a la diligencia y tomé asiento junto a mi hermano. Miré hacia la venta conforme esta se hacía cada vez más y más pequeña. Sentí que una parte de mi alma se quedaba allí.

—Podrás volver cuando quieras —me dijo Rafael—. Siempre y cuando avises de que te vas.

—Lo siento —repetí—. Siento lo que ha pasado. Julián Withmore...

Él no me dejó terminar la frase.

—Sé muy bien quién es y lo que te ha hecho. Lo buscan en muchos sitios; en todas las ventas de Málaga a Granada ha dejado a alguna muchacha llorando como te dejó a ti. —Sospeché entonces que ese había sido el motivo por el que había escogido el camino por Córdoba—. Es un malnacido y no volverá a acercarse a ti. Haré que pague por lo que te ha hecho y después olvidaremos siquiera que existió.

Aunque me sentí esperanzada al pensar que Rafael pondría en su sitio a Julián, preferí pedirle que centrara sus esfuerzos en Elías. Él conocía a gente influyente, y quizá podría ayudarlo. Le hablé del cabo y de su situación. Prometió que me ayudaría, mas me hizo una pregunta a la que no pude evitar responder con la verdad.

—¿Qué relación tienes con él?

—No voy a mentirte, hermano. Ese hombre es el amor de mi vida. Así que espero que el matrimonio acordado con los Arango no siga en pie, porque de ser así no iré contigo a Málaga. Si no puedo casarme con Elías, no me casaré con nadie. Mi corazón le pertenece para siempre, de forma irrevocable.

Rafael tomó aire y me dirigió una mirada comprensiva.

—Hay algunas cosas que han cambiado, Victoria. He comprendido que no puedo obligarte a sacrificar así tu vida. Ni tampoco la mía.

—¿La tuya?

—Le he pedido a Mina que se case conmigo.

Jamás pensé que lo vería tomar tal determinación. Que mi hermano desaprovechara la oportunidad de prosperar a través de un casamiento significaba que no era ya el mismo. Lo abracé, haciéndole saber que tenía mi respeto por ello.

—¿Cómo supiste que estaba aquí? —le pregunté.

—Me enteré de que habías tomado camino a Madrid porque me crucé con un matrimonio argentino, los señores Moralejo. Pude encontrarte al fin en esta venta pues recibimos misiva de un joven llamado Nicolás, en la que nos pedía que nos pusiéramos en contacto con la señorita Wizner. Hoy he sabido que era el hijo de doña Manuela.

—Nicolás... —murmuré. No podía enfadarme con él. De hecho, me sentía agradecida.

Apoyé la cabeza en el hombro de mi hermano y esperé que el viaje no se me hiciera largo. Quería ver a mi madre cuanto antes.

Capítulo 24

Enero de 1846

Málaga

Regresar al hogar fue casi tan difícil como acostumbrarme a no estar en él. La venta y mi casa eran dos mundos tan distintos entre sí que durante días me sentí extrañamente desubicada y dividida. Guiada por la costumbre, madrugaba con la necesidad de hacer tareas, y pronto me encontraba con que nada tenía que hacer. Mis manos habían perdido esa capacidad de crear y en cierto modo me sentí vacía.

Encontré a mi madre postrada en la cama y la mayor parte del tiempo lo hacía entre delirios por los dolores que la maldita enfermedad que la había tomado como huésped le arrancaba. Quizá había sido la pena por la muerte de don Agustín la que se lo había provocado, quizá mi marcha o quizá estaba escrito en su destino desde el día en que nació... Dios hace trampas cuando juega a las cartas con nosotros y su mano siempre lleva las de ganar. Nos guste o no, hemos de aceptar nuestra derrota. Una de las veces que fui a verla, ella me miró con los ojos algo velados sin terminar de reconocer si era yo quien estaba allí o un espectro de mí misma que había ido a atormentarla. Cada día la visitaba y me sentaba a su lado, pudiera o no hablar con ella, me daba igual. Agarraba su mano y con eso me bastaba.

Me gustó ver a Mina de nuevo y ya no en calidad de sirvienta. Ahora éramos hermanas. Y quise más que nunca a Rafael, sabiendo que había comprendido que el amor no entiende de posición o bienes; que llega y te arrastra con la fuerza del más bravo de los oleajes y que por más que quieras aferrarte a tus ideales o tus creencias, el amor pasa por encima de todo y de todos. A veces incluso por encima de uno mismo. Yo también lo había aprendido, y aunque no pudiera estar con el amor de mi vida, y la incertidumbre sobre su destino pesase sobre mí como una losa, lo amaría por siempre.

Imaginé que el compromiso de Mina y mi hermano habría levantado unas cuantas ampollas, mas él era un hombre influyente y la sociedad lo respetaba, y aunque era posible que lo criticasen, nunca lo harían públicamente. Quizá sus negocios se resintieran, pero seguro que podríamos salir de todo. Habíamos lidiado ya con tiempos de sangre y fuego en las calles. Aquello no nos mataría.

Me alegré mucho por ellos y deseé que todo en su vida fuera felicidad.

Con respecto a Elías, mi hermano movió sus hilos, mas nada había dado sus frutos hasta entonces. «El cabo ha de tener enemigos más poderosos que mis amigos», decía. Rafael libraba una batalla indirecta contra Julián Withmore. Ahora solo cabía esperar a ver quién era más fuerte de los dos.

Mi ausencia de meses y sobre todo los motivos que me llevaron a ella pasaron del todo desapercibidos. O, al menos, los rumores fueron acallados pronto, pues, por algún motivo, nadie llegó a saber la verdad y mi hermano encontró formas de excusarme. Habló de viajes al extranjero, de visitas familiares... Y me pregunté cómo era que Julián no había dicho la verdad. Quizá porque a él mismo lo habría perjudicado. Y aunque esa pregunta no tuvo respuesta, sí que hallé explicación a lo que había pasado. Entendí, por fin, por qué me había dejado abandonada en mitad de Despeñaperros. La respuesta estaba en la herencia de don Agustín de Herrera y en el hecho de que me había legado buena parte de ella por circunstancias que yo aún

desconocía. El gentil hombre había dejado dispuesto que solo pasase a mí siendo administrada por mi madre, y eso debía de ser algo de lo que Julián no se enteró hasta más tarde. Quizá en esa carta que tanto lo alteró y que llegó a medio camino, cambiando su actitud hacia mí de forma radical. Casi me dolía el alma al recordar aquel día y el dolor por el que me había hecho pasar. En lo terrible que habría sido mi destino si Gabriela no hubiera estado allí para ayudarme a escapar.

En cualquier caso, ya estaba a salvo en mi casa y no podría hacerme daño nunca más. Lo único que me irritaba era saber que no pagaría por sus crímenes y que otras sufrirían, sin duda, lo que yo. Supe también que una de sus víctimas había sido Carlota, y que, como sospechaba, se había encamado con ella tantas veces como quiso, algunas en aquella casa. Maldito fuera por siempre. Mas la carga de Carlota fue mucho mayor, pues a ella la había dejado preñada y luego abandonado. Y ahora, según me contó Mina, andaba metida en un convento de Arrecogidas y, en cuanto diese a luz, llevarían su niño a los Expósitos.

En aquellos días recibí algunas visitas de amigas e invitaciones a fiestas, mas era pronto aún para volver a la sociedad; sobre todo teniendo en cuenta el estado de mi madre. Supe que Esteban Arango ya había sido prometido con otra, y que pensaban casarse en mayo. Lo sentí enormemente por ella, mas eso me quitó un gran peso de encima. Para librarme del compromiso, mi hermano refirió a sus padres que me encontraba aún demasiado joven para el matrimonio y que en cualquier caso podrían aguardar unos años. Sabiendo lo mucho que les urgía casar a su hijo para medrar cuanto antes, era de esperar que rehusaran la demora. No podía estarles más agradecida.

Una mañana, repentinamente, hubo en mi madre cierta mejoría que me inspiró a pensar que podría recuperarse y que celebraríamos un baile en su honor y podríamos vestir nuestras mejores galas. Y pensé tales cosas pues, teniendo su mano entre las mías, las apretó y pronunció mi nombre con cariño.

—Mi niña Victoria. Has vuelto a casa —dijo.

Me eché a llorar sobre su pecho y la abracé con fuerza.

—No llores —dijo, acariciando mis cabellos—. Ya estás aquí.

Me incorporé y la miré apesadumbrada.

—Lo siento mucho, madre. Siento haberla herido. Siento no haber creído en usted.

—Y yo siento lo que te hice. —Extendió la mano y con una sonrisa dulce acarició mi rostro—. Mas entre madres e hijas está todo perdonado. Aunque errados, espero que comprendas mis motivos. Yo comprendo los tuyos. Sé que lo hiciste por amor, aunque te equivocaras al juzgar el amor como algo tan ligero y fatuo. Pero es normal, así es la juventud. Así lo fue la mía también. No llores más —repitió al ver que mis lágrimas no cesaban—. Acurrúcate conmigo. Al fin y al cabo, tú tuviste el valor que yo no.

Me tumbé en la cama a su lado y puse la cabeza sobre su pecho. Mi madre me rodeó con uno de sus brazos y sentí que su respiración se hacía más calmada.

—Yo amé mucho a tu padre, ¿sabes? Pero a él lo amé más. —Entendí que se refería a Agustín. Me pareció que miraba a una esquina de la habitación y sonreía—. Puedes querer poco, querer mucho o querer hasta morir, y en todos los casos se llama amor. Mas ahora que has aprendido lo que no es, te será más fácil distinguir la paja del trigo. Y podrás discernir dónde se halla el amor de verdad —me dijo, en un susurro, mientras jugaba con uno de los mechones de mi cabello entre sus dedos—. Me iré pronto, Victoria. Y aunque sé que has sufrido, me voy con la seguridad de que has aprendido la lección más importante de todas. Yo la aprendí tarde... pero de haberla sabido antes habría vivido toda mi vida con Agustín, y tú te apellidarías Herrera y no Vergara.

Alcé el rostro hacia ella y la miré con interés, preguntándome el sentido de aquellas palabras.

—¿Qué quiere decir, madre?

—Lo sabes bien. No hace falta que lo diga en voz alta.

Comprendí entonces por qué don Agustín me había dejado parte de su legado. Mi madre y él habían excedido también las barreras que les habían impuesto. Y aunque la vida los obligó a casarse con otras personas, se habían amado desde mucho antes de nacer yo.

—¿Eras feliz cuando estabas con él? —le pregunté.

—He sido feliz siempre. —Hizo una pausa y me miró entonces de reojo, sonriendo—. Pero sobre todo cuando estaba con él.

Sus ojos volvieron a fijarse en la esquina. Yo le devolví la sonrisa y me acomodé de nuevo en su pecho.

—Ahora tienes que prometerme que serás feliz tú.

—No creo que pueda, madre.

—Encontrarás el amor de nuevo. Uno de verdad. Verás cómo colma tu vida de bienes.

Me atreví a decirle que ya lo había hecho.

—Sí que cabalga rápido tu corazón —apreció ella con voz divertida.

—Más que Canela —le dije, de igual modo.

—¿Canela?

—Una yegua muy bonita a la que conocí, madre.

—¿Es la yegua de tu nuevo galán?

—No. Él monta a lomos de Lucero, un alazán de crines que brillan más que el sol.

—Pues si es el amor de tu vida, no pierdas el tiempo, hija mía. Y lucha por él.

No quise decirle que al amor de mi vida, probablemente, lo iban a ejecutar.

—Lo haré, madre.

Ella cerró los ojos con gesto feliz.

—Y cuida de tu hermano. Vigila que no vaya a jugar a las cartas.

Asentí, y la abracé con fuerza.

—Ya lo regañará usted por eso, no se preocupe.

Suspiró. Aunque sabíamos que no sería así. Dios podía tener las cartas en sus manos, pero nosotras podíamos consolarnos creyendo que eran nuestras.

—Te quiero, hija mía.

—Y yo a ti, madre.

Y acurrucada en su pecho, me dormí, sin saber que aquella sería la última vez que sentiría su respiración y oiría el dulce latido de su corazón.

Capítulo 25

En la mañana más fría que había visto Málaga aquel invierno, enterramos a mi madre en el cementerio de San Miguel. En ese mismo camposanto donde había estado con ella unos meses antes y donde, por desgracia, había conocido a Julián. Al menos, aquel día lucía el sol. Había querido que su tumba estuviera cerca de la de Agustín, y deseé que por algún lugar surgiera la hiedra y fueran a encontrarse el uno al otro, más allá de la muerte, como en esa historia que el rufián me había contado.

Apenas dos horas después del entierro, me hallaba en mi dormitorio reposando cuando escuché a mi hermano gritar airado. Nunca, en toda mi vida, lo había oído hablar en aquel tono. Era como si estuviese espantando a la mismísima muerte. Abandoné el lecho y descendí las escaleras a toda prisa. No había terminado aún de bajarlas cuando vi en el recibidor a mi hermano, encarándose con otro hombre. Al reconocer de quién se trataba sentí deseos de vomitar y hube de apoyarme en la pared para no caer.

Julián estaba allí de pie, con su levita azul oscura, sus ojos profundos y aquel porte que me había hecho caer rendida a sus pies. Pero aquella vez se me antojó que en vez de pies tuviera pezuñas y casi me dio la impresión de que olía a azufre y a fuego de los mismísimos infiernos. Si me hubiera encontrado de frente al mismísimo diablo no me habría sentido tan

horripilada. Mas entre tal ser y quien vino no existían muchas diferencias. Aunque siendo justos a la verdad, el diablo era un dechado de virtudes en comparación. El pulso se me aceleró y noté que me costaba respirar. Mina llegó al punto, también alertada por el escándalo, y otros criados se asomaron por diversas puertas con gesto curioso.

—¿Qué sucede, señorita Vergara? —preguntó.

Al ver de quién se trataba palideció, agarrando mi mano al instante.

—¿Cómo se atreve a venir a esta casa y aún menos en estas circunstancias? —le gritaba Rafael a Julián—. ¿Es que no sabe que estamos de luto? Márchese ahora mismo.

—Siento la pérdida de su madre, mas necesito ver a su hermana.

—Usted no siente nada porque no tiene corazón —lo reprendió mi hermano, airado—. Y ya no tiene nada que ver con Victoria, ni lo tendrá jamás. Ha sido el artífice de su desgracia y aquí no queremos saber nada de usted.

—Por favor —suplicó—. Necesito hablar con ella.

—Váyase. Ahora mismo. —Mi hermano señaló hacia la entrada—. Y antes de marcharse escuche esto: en todo Málaga ya lo conocen y no habrá negocio que pueda hacer aquí sin que fracase. No le abrirán puerta alguna jamás.

—Puede que usted tenga amigos, pero no es el único, señor Vergara. Vigile que no se las cierren a usted.

—¿Me amenaza en mi propia casa? —espetó mi hermano—. No se sobrepase conmigo, señor Withmore. No me amedrentaré ante usted, así que márchese si no quiere que olvide cualquier norma del decoro y lo saque yo mismo a patadas.

—En esta familia no creo que estén en posición de hablar de norma alguna del decoro, ¿no cree? —dijo Julián, desafiante.

Sus miradas se clavaron la una en la otra con fiereza y pensé que acabarían por matarse. O por retarse a duelo, incluso. Rafael entonces dio

un paso hacia él y lo tomó por la pechera con fuerza, arrastrándolo hasta ponerlo contra la pared. Lo hizo de forma tan brusca que pudimos oír el golpe. Aquello pilló por sorpresa a Julián, que se quedó quieto mirando a mi hermano, desconcertado. Mina y yo dimos un respingo, y bajamos las escaleras a toda prisa.

—Rafael —dije, llegando hasta él. La muchacha se quedó unos pasos atrás—. Rafael, escúchame. No dejes que te arrastre a su miseria. Suéltalo. Por favor.

Mi hermano apretó el mentón, iracundo. Julián me miró de reojo y noté cierto temor en su mirada. Rafael era un hombre fuerte y valiente, y muy capaz de darle un escarmiento. Mas no queríamos eso ni tampoco merecía la pena, y por suerte, entró en razón y lo soltó con desdén.

—Váyase —dijo, señalando de nuevo hacia la puerta.

Julián se alisó las ropas y recobró la compostura. Sus ojos se clavaron entonces en los míos.

—No me marcharé sin hablar con Victoria. Hay algo importante que quiero decirle.

—Mi hermana no tiene nada que hablar con usted —dijo Rafael, entre dientes.

La presión que sentí en el pecho en esos momentos era ya insoportable. Miré a Julián con el mismo odio con el que lo estaba mirando mi hermano. Recordé cuanto me había hecho y deseé poder decirle, a la cara, cuanto pensaba de él. Quizá las palabras que expresaría no fueran propias de una dama, pero me importaba bien poco. Iba a decirle a la cara a ese ser inmundo lo mucho que lo detestaba y las ganas que tenía de que se pudriera en el Infierno.

—¿Quieres hablar conmigo? —Di un paso más y me enfrenté a él—. De acuerdo. Pero no sé si podré contestarte, porque tú hablas el idioma de las cucarachas.

Julián mostró media sonrisa, complacido.

—Estoy seguro de que esto querrás entenderlo. Hablemos a solas, por favor.

Mi hermano negó con la cabeza.

—No.

Fui hacia él y apreté su antebrazo.

—Por favor, Rafael. Sabré resolver esto yo sola.

Aunque le costó, terminó por asentir y me dirigí hacia el salón con Julián a la zaga. En medio de la estancia me detuve y le pedí que hablara. No iba, ni mucho menos, a ofrecerle asiento. Se acercó a mí hasta quedar más cerca de lo que me habría gustado.

—Te he echado de menos —dijo con esa voz que un día me pareció dulce y que ahora se me antojaba estiércol.

—Abrevia, Julián. No tengo tiempo para tus mentiras.

—Me duele que me digas eso, cuando sabes que te amo con todo mi corazón.

Casi me dieron ganas de reír. No es que tuviera la cara dura, es que la tenía hecha de la misma piedra que los sillares de la catedral.

—No digas sandeces. Tú no tienes corazón. Llevas un reloj en el pecho que cuenta tus latidos, nada más. Si tuvieras corazón no habrías hecho lo que hiciste.

Al decir aquellas palabras, me fijé en que tenía con él el reloj que le habían «robado» esos rufianes aquella noche. Aquello solo confirmó, una vez más, que todo había sido un teatro.

—Lo hice porque me pudo la avaricia. Estaba ciego. Necesito que me perdones, Victoria.

—¿Perdonarte? —Reí con gesto amargo—. Si te perdonase jamás podría perdonarme a mí misma. Así que, si eso es lo que has venido a buscar, no lo tendrás.

—No. He venido para pedirte que te cases conmigo.

Entonces sí que me reí. Me sobrevino una carcajada que emergió desde

lo más profundo de mi ser.

—¿Te burlas?

—Me burlo —afirmé.

—Antes no eras así conmigo, Victoria. Te recuerdo entregada, cariñosa...

—Ya no soy esa Victoria que conociste. Tú la rompiste en pedazos y la arrojaste a la oscuridad del bosque, ¿no lo recuerdas? Me dejaste en manos de bribones sin importarte un ápice lo que pudiera ocurrirme. Como la bestia que eres. Conozco todos tus crímenes, Julián, ¿o debería referirme a ti como el infame Tronera?

—Infame. —Rio burlón—. Tú puedes llamarme como quieras, Victoria. Al fin y al cabo, vamos a ser marido y mujer.

—No insistas. Eso nunca pasará.

—No estés tan segura —dijo, con gesto pérfido—. Vamos, Victoria, no soy tan malo como piensas. ¿Gracias a quién crees, si no, que has tenido tu vida idílica en esa venta mientras te encamabas con el guardia civil y el ventero? ¿Eh, Rosita? Mis hombres habrían podido entrar en cualquier momento y llevarte de nuevo con ellos, pero te dejé disfrutar de tu libertad. ¿No me vas a dar las gracias?

Lo único que tenía ganas de darle era un puñetazo.

—Vete de aquí. —Señalé a la puerta, iracunda—. No me has traído más que sufrimiento.

—No hasta que digas que te casarás conmigo.

—¿Piensas obligarme? No tienes potestad alguna sobre mí. Incluso si, siendo el criminal que eres, se te ocurre amenazarme. Adelante. No me importa en absoluto mi vida.

Soltó una risa sardónica.

—Supongo que tampoco te importa la vida de Elías Marín.

El simple hecho de oírlo pronunciar su nombre ya me daba escalofríos. Cualquier cosa que él tocaba, la convertía en desgracia.

—No te atrevas siquiera a mencionarlo. No eres digno ni de poner su

nombre en tus labios.

—Pobre cabo Marín. Tantos logros y tantos esfuerzos, para acabar ajusticiado como un vil criminal. —Fingió preocupación y después se encogió de hombros—. Pensé que te interesaría saber que existe una forma de salvarle la vida. Pero... ya veo que no.

Ajustándose los guantes, echó a andar hacia la puerta. Adiviné, al instante, lo que quería decir con aquellas palabras. La rabia convertía mis venas en lava, y sentí deseos de ir hacia él y poner mis manos en torno a su cuello hasta hacer que dejase de respirar. Apreté el mentón hasta hacerme daño, y a punto estaba ya de cerrar la puerta tras de sí, cuando llamé su atención.

—Julián.

Él se detuvo en seco y giró la cabeza, mirándome por encima del hombro con una sonrisa victoriosa.

—¿Sí?

—Te escucho.

Volvió a entrar y caminó hacia mí, despacio.

—Sabes bien lo que quiero. Cásate conmigo y haré que lo liberen —dijo mientras se aproximaba—. Conozco gente en todas partes, ya estarás enterada.

—Sí. Las ratas os movéis juntas por las mismas alcantarillas. Y tú eres como esas grandes que andan por el puerto devorando todo, poco a poco, hasta perforarlo y destruirlo.

Negó con la cabeza y vino hacia mí.

—No me hables así. Vamos a ser marido y mujer. ¿No era eso lo que querías?

—Sí. Eso quise una vez. Cuando tenía la razón y el juicio nublados, porque solo alguien que está loco puede querer tener algo que ver contigo.

—Entonces estarás loca, pero serás mi esposa. Lo serás si quieres que él viva.

—Podré ser tu esposa, pero nunca seré tuya. Me mataré en cuanto nos casemos.

Inclinó el rostro y susurró a mi oído.

—No lo harás, porque lo mismo que tengo poder para salvarle la vida, se la puedo arrebatarse en cuanto quiera.

—Sucio y miserable rastrero. Traición y tú tenéis el mismo nombre —mascullé, alzando la mano.

Mi ira me llevó incluso a desear estampar mi mano en su mejilla. Aunque solo fuera por el placer de verlo sufrir una sola vez. Él me desafió con la mirada y yo saqué arrestos y decidí que no sería como él, que no me pondría a su altura, y bajé la mano.

—Si no quieres estar conmigo, no me importa. Solo deseo que me des un hijo y luego... luego puedes encerrarte en un convento si quieres. —Sonrió, pérfido—. Sería muy poético que acabases así después de todo, ¿no crees?

Le dediqué una mirada furibunda.

—No, Julián. Poético sería que te ahogases mientras duermes. Así que ten cuidado cuando compartamos el lecho.

Soltó una carcajada, pues al parecer mis palabras le parecían divertidas, y después me besó sin que lo esperase. Sus labios, más que labios, me parecían puñales. Lo empujé con fuerzas hasta alejarlo de mí y él volvió a reírse, malicioso.

—Esperaré tu respuesta hasta mañana. Si no sé nada de ti, pediré al verdugo que prolongue su agonía —me advirtió.

Cuando se marchó de la habitación, sentí que todo me daba vueltas y, sin poder evitarlo, me desplomé.

Al abrir los ojos de nuevo, Mina estaba sentada a mi lado en la cama.

—Señorita Vergara, ¿se encuentra mejor?

—No me llames así. Ahora somos hermanas. Y estate tranquila, solo ha sido un desvanecimiento por toda la tensión.

—Debería de comer algo.

—He perdido el apetito. Tal vez sea un enfriamiento.

—No. No es eso lo que le pasa.

Miré a Mina extrañada.

—En el servicio murmuran que hace dos lunas que no hay paños suyos para lavar.

—¿Cómo dices?

—Que... sospecho que está encinta.

Me llevé la mano al vientre al instante, preguntándome si eso era posible. Una sensación cálida me embargó, casi como si ese ser que crecía en mí me diese una respuesta. Estaba embarazada. Iba a tener un hijo de Elías. La pena y la emoción me albergaron a partes iguales. Ojalá hubiera podido correr hasta él y decírselo. Ver su cara de felicidad. Mas, aunque nunca pudiera volver a verlo, aunque tuviera que estar lejos, una parte de él estaría por siempre conmigo. Tuve una sensación apremiante que me hizo ser consciente de mi realidad más que nunca. Tenía que casarme con Julián cuanto antes. No solo para salvar la vida de Elías, también para garantizar la seguridad de mi hijo. Debía hacerle pensar a Julián que era suyo y por eso era menester que la boda se celebrase cuanto antes. Cerré los ojos y tomé aire. Las palabras que iba a decir a continuación marcarían el resto de mi vida. Cuando los abrí, Mina me observaba extrañada.

—¿Está bien?

—Sí, Mina —contesté, y después la miré muy seria—. Pide por favor que envíen recado a Julián Withmore. Ha de saber que me casaré con él. Lo haremos en la capilla de la fundición. En quince días.

—Pero, señorita... Victoria —rectificó—, su hermano...

—Yo le daré a mi hermano las razones convenientes. Haz lo que te pido, por favor. Prolongar este asunto solo hará que suframos más. Lo que ha de hacerse, se hará. Y por favor, no digas ni una palabra de esto. —Miré mi vientre y ella asintió al punto.

—No se preocupe —dijo—. Sabe que su secreto está a salvo conmigo.

Confiaba en ella y no tenía la menor duda de que así sería. Mina se marchó, y yo me acerqué hasta la ventana, la abrí de par en par para tomar un poco de aire. El olor a mar embriagó mis sentidos. Habría deseado poder caminar con Elías junto a las olas. Ver su dulce rostro bajo aquel sol. Enseñarle los sitios que más me gustaban de Málaga. Sus plazas, sus calles, su catedral... Nada de eso podríamos vivirlo ya, pero ahora tenía algo con lo que consolarme. Un regalo de la vida a cambio de todo lo malo que me esperaba de ella. Me pregunté cómo sería la primera vez que nuestro hijo viera el mar. Vibrante, hermoso, luciendo a veces de un azul verdoso como el de los ojos de su padre. Quizá, cuando fuese mayor, podría decirle la verdad de quién era. Podría contarle que su padre era el guardia civil más guapo y portentoso de todo el Cuerpo, pero que también era el célebre Lobo, el justiciero más famoso de toda Sierra Morena. Podría contarle que le habría querido con toda su alma. Ahora no me quedaba más que esperar que la muerte se llevase pronto a Julián, para que pudiéramos ir a buscarlo juntos.

Capítulo 26

Cuando abrí los ojos sabiendo que era ya el día de mi boda, me sentí como un condenado a muerte que fuera directo al cadalso. Estaba dolida y enfadada con la vida, que cruel me arrojaba a un destino que no quería vivir. Un mundo que había decidido que Elías y yo no fuéramos uno. Al menos ya sabía que estaba bien. Que Julián había cumplido su promesa y lo habían liberado de todos sus cargos, achacándolo a un malentendido. La noticia había aparecido en los periódicos el día anterior. No sabía qué sería de su vida. Si podría volver a la Guardia Civil, qué oficio podría desempeñar, ni dónde iría. Mas esperaba que hallase la felicidad en algún lugar. Que tuviera una vida plena en brazos de Gabriela.

Había acordado con Julián que celebraríamos la boda de forma íntima en la capilla de la fundición, destinada generalmente a los trabajadores, y que solo estaríamos los testigos y nosotros. Mi hermano y Mina acudieron por mi parte. Y dos amigos de Julián a los que nunca había visto, pero que serían dos rufianes como él, por la suya. Mina me ayudó con el vestido, y aunque era muy hermoso, lo llevé como si fuera mi mortaja. El día, gris como mis pensamientos, presagiaba tormenta. Pensé que era un mensaje de Santa Bárbara que me recordaba una vez más lo enfadada que estaba. Un aire espantoso arrancaba al mar olas altas y hacía que las ramas de los

árboles se combasen como juncos. Olía a lluvia, mas las nubes aún no habían descargado sobre la ciudad.

De camino a la capilla, la sensación de salir corriendo se hizo cada vez más y más acuciante, aunque pensar en Elías y en nuestro hijo me hizo resistirla. Apreté los dientes, alcé el mentón y bajé del carruaje con la mayor entereza que fui capaz de mostrar. Cuando entré al templo, aunque lo recordaba luminoso y cálido, aquel día se me antojó frío y oscuro. Muy apropiado para nuestra ceremonia. Caminé hacia el altar, obligando a mis piernas a hacerlo, recordándome constantemente por qué y, sobre todo, por quién lo hacía.

Julián me esperaba allí de pie, frente al sacerdote. De haber sido la Victoria del pasado habría caído rendida a sus pies de nuevo, pues se había puesto sus mejores galas y estaba apuesto como nunca. Sus amigos ya estaban sentados en los bancos, y Mina y mi hermano ocuparon su lugar también. Cerré los ojos e imaginé que se trataba de Elías y no de él. Que mis pasos me llevaban al cielo y no al Infierno. Mas cuando los abrí, la dura realidad seguía allí, azotándome con su indiferencia. Me coloqué a su lado y, nada más hacerlo, sin sentir reparo alguno ante los ojos de Dios, dijo algo que me conmocionó.

—Si haces alguna estupidez o te niegas a casarte, en cuanto salgamos de aquí le pegaré un tiro a tu hermano.

—¿Qué? —Parpadeé, confusa ante aquella amenaza.

Él tomó mi mano de forma brusca y la guio bajo su levita. Sentir el frío metal de una pistola me hizo tragar saliva.

—No haré nada inconveniente —dije, con la voz entrecortada.

—Más te vale.

Julián dio la orden y el sacerdote inició la ceremonia. Conocía a mi familia de toda la vida y fue fácil convencerlo de que celebrase la unión en tales circunstancias. Yo no lo escuchaba. Solo me oía a mí misma repitiéndome el nombre de Elías como si de una letanía se tratase. Entre mis

pensamientos se coló el sonido que anunciaba un rayo, lejano, pero rotundo. Cuando me preguntó si quería a Julián como esposo, sentí que me costaba respirar. No podía articular palabra aunque lo pretendiera, pues un nudo me cerraba la garganta. Julián me miró de reojo, furibundo.

—Victoria, contesta.

Y dije «sí, quiero» con un hilo de voz, aunque me habría gustado decirle al párroco que aquel hombre era un demonio y que no podía ser casado bajo las leyes de Dios. Antes de darme cuenta, nos había declarado marido y mujer. Ya no había marcha atrás.

La ceremonia terminó, y mi hermano me besó en la mejilla. A Julián lo miró como si tuviera la peste. Tomó después la mano de Mina y subió a nuestro transporte; los amigos de Julián tomaron el suyo. Un tercer carruaje nos esperaba para llevarnos a su casa. Un palacete que había comprado muy cerca del mío y que sería mi hogar desde entonces y a saber hasta cuándo, porque de seguro pronto lo perdería en otra partida de cartas. Julián fue a tomar mi mano y yo la aparté.

—Mírame —demandó. Lo ignoré, y clavé la vista en el suelo.

Él me cogió por las muñecas por la fuerza y me obligó a mirarlo, girándome hacia él.

—Harás lo que yo te diga de ahora en adelante. Y si quiero que me des la mano, me darás la mano —masculló.

Pretendí que mis ojos le mostrasen el odio infinito que sentía por él.

—Algún día pagarás por todo esto, Julián.

—No digas tonterías, Victoria. Tú y yo sabemos que siempre consigo lo que quiero.

Diciendo esto tiró de mí y me obligó a caminar junto a él hacia el carruaje. Entonces, de detrás de este, emergió una figura que levantó su pistola ante él y apuntó con ella a Julián. El cochero, al ver la escena y sentir la amenaza, instó a los caballos a moverse y salió de allí a toda prisa. Yo sentí que me costaba seguir en pie al ver que el hombre que allí se

hallaba era Elías. A pesar de que el sol se había escondido, fue como verlo en todo su esplendor. Mi amor. Mi vida. Estaba allí frente a mí. Aunque no tenía el mismo aspecto que siempre, pues en su rostro había ojeras y su cuerpo estaba más delgado a causa de las privaciones a las que habría sido sometido en presidio, me parecía el ser más hermoso de la Tierra. No me lo pensé un instante y de un tirón me deshice de la mano de Julián y eché a correr hacia él. El diablo no se lo esperaba, y aunque intentó cogermelo de nuevo, falló. Llegué hasta Elías y me eché en sus brazos. Mis lágrimas de felicidad se mezclaron con las suyas, entre nuestros besos. Él me rodeó con su brazo izquierdo, y me atrajo hacia sí, sin dejar de apuntar a Julián. Por desgracia no era el único que portaba un arma pues, cuando volví a mirar a ese maldito, él había sacado la suya y nos amenazaba con ella.

—¿Vas a matarme, Lobo? —le dijo este, desafiante.

—No vas a hacerle daño a nadie más, Tronera. Y mucho menos a Victoria.

—Victoria se ha casado conmigo. ¿O es que te crees que hemos venido aquí a oír misa?

—La has obligado. Lo supe desde que me sacaron de la cárcel.

—¿Y no vas a darme las gracias?

—Habría preferido morir a que ella se casase contigo.

—No iba a dejarte morir —le dije, acariciando su mejilla y besándola, para después volver a refugiarme en su pecho.

—Estúpida —masculló Julián—. Podrías haberlo tenido todo conmigo.

—¿Todo? ¡Me robaste! ¡Me dejaste abandonada! ¡Pagaste a esos villanos para que me matasen! Nunca te he importado. Solo quieres mi dinero.

—Al menos no te deshonré. ¿No crees que me debes un agradecimiento?

Elías entrecerró los ojos y apretó el mentón con gesto iracundo.

—Maldito seas.

El sonido de un rayo restalló en el cielo, y pude ver que descargaba cerca, en pleno mar. Las olas se iluminaron como si alguien hubiera metido en

ellas el sol por unos segundos.

—Vamos, Lobo. Cumple tu última hazaña —dijo Julián, y abrió los brazos de par en par, como si no temiera a la muerte—. Nadie te libraré de morir esta vez.

Se hizo un silencio muy tenso en el que sus miradas se clavaron la una en la otra. Elías tragó saliva y aferró con más fuerza el arma. Yo era la primera que anhelaba la muerte de ese hombre, pero no a costa de la suya.

—Por favor, no lo hagas.

—Tiene que morir, Victoria. No puedes sacrificar tu vida por mí.

Acerqué mis labios a su oído.

—¿Y por nuestro hijo? —susurré—. Ha de conocer a su padre cuando crezca.

Miré entonces a Elías y vi que sus ojos brillaban como dos estrellas.

—Un hijo... —murmuró, y una sonrisa embargó su rostro y pareció olvidársele el mundo entero porque bajó la pistola y me abrazó con fuerza, besándome también con pasión.

Escuché a Julián reírse, burlón. Estaba segura de que no había podido oír lo que le había dicho a Elías, pero aun así no perdió ocasión de insultarme por aquel beso.

—Victoria Vergara, eres peor que las fulanas de la calle Camas.

—¡No vuelvas a hablarle así! —espetó Elías.

—No lo escuches —le dije—. Es el veneno de su sangre que ha de salirle por algún lado.

—Te recuerdo que eres mi esposa. Así que apártate ya de él y vámonos —dijo, y volvió a apuntarnos—. Si no vienes ahora mismo, te juro que lo mataré o lo enviaré de vuelta a presidio. Tú eliges.

Elías y yo nos dedicamos una mirada llena de anhelos y sentimientos. No podíamos separarnos, aunque quisiéramos. Por más que lo intentábamos, era como si nuestros cuerpos se hubieran fundido para siempre en uno solo. Un trueno restalló, más cerca que el anterior. El gris del día se tornó plata

con su reflejo. El viento venía frío, clamando su pena y arrastrando el olor a lluvia, que debía haber empezado a descargar en algún lugar cercano. Julián volvió a increpar y yo temí que cumpliera sus amenazas. Sabía que tenía que separarme de Elías, pero quería mirar a sus ojos y decirle, una vez más, lo mucho que significaba para mí.

—Todo irá bien. —Tomé el rostro de Elías entre mis manos. Él hizo lo mismo con el mío y nuestros labios se fundieron en otro cálido beso—. Algún día volveremos a estar juntos.

Él asintió. Había lágrimas en sus ojos.

—Te amo —susurré, y mis palabras se colaron entre el restallido de otro trueno cercano. Incapaz de separarme de él, tomé su mano una última vez.

—Y yo a ti. Siempre te amaré.

—¡Victoria! —bramó Julián—. Estás agotando mi paciencia.

Elías miró a Julián, dirigiéndole una advertencia.

—Si le haces daño, te mataré.

—Haré con ella lo que quiera. —Rio con desdén—. Dará igual lo mucho que grite o suplique. La tendré para mí mientras tú te pudres. Esta noche, cuando la haya tenido entre mis brazos y haya gozado de su cuerpo, me tomaré un vino a tu salud, Lobo.

—No, Julián Withmore. No lo harás, porque estarás muerto.

Vi cómo apretaba de nuevo el puño en torno a la pistola y, con la otra mano, se resistía a dejarme ir.

—¿De verdad vas a dispararme? —Julián me apuntó a mí entonces—. Inténtalo y verás quién muere antes. Si Victoria o yo.

Miré al cielo e imploré por nosotros. Pedí a Dios que nos ayudase a sobrellevar las circunstancias que nos obligaban a separarnos y que hallase pronto la forma de volvernos a juntar. Mas no fue de Dios de quien obtuve respuesta. Fue Santa Bárbara la que habló, pues el cielo retumbó como si el martillo de Hefestos golpeará con más ímpetu que nunca su fragua, y un rayo que era como una lengua blanca descargó sobre la cruz de hierro que

presidía el tejado de la capilla.

Aquello hizo que Julián girara la cabeza por un segundo, sobresaltado. Elías aprovechó aquel despiste para disparar. No se lo pensó dos veces. El destello de su arma fue breve, pero cegador. Un intenso olor a pólvora lo embargó todo y Julián cayó al suelo, al instante. El disparo había dado en su estómago. Las ropas se le tornaron pronto del carmesí de la sangre. Cerré los ojos y escondí el rostro en el pecho de Elías. Él me rodeó con fuerza, cubriéndome la cabeza con sus brazos.

—¿Ha muerto?

Noté cómo asentía. Por muy mal que estuviera me sentí aliviada al saber que así era. Santa Bárbara había ayudado a Elías a otorgarle el castigo que otros no habían podido darle por todos sus oprobios y mentiras; lo había castigado por jurar en vano ante ella. Así debió de sentirse el conde de Montecristo cuando se cobró su venganza. Mas incluso sabiéndolo muerto, temí que se levantase. Quería salir de allí cuanto antes, alejarme hasta donde no pudiera alcanzarnos. Miré a un lado y a otro, sabiéndonos solos y sintiéndome afortunada por ello. Aunque pensé que, de habernos visto alguien, bien habría gastado toda mi fortuna en comprar su silencio. Nada volvería a separarme de Elías. Cogí su mano y eché a andar con él. Aferró la mía como si pensase que iba a desvanecerme de un momento a otro. Ninguno de los dos miró atrás.

Pronto se hizo la calma. La tormenta quedó en nada y apenas cayeron unas tímidas gotas. Los rayos de sol encontraron un hueco entre las nubes y dibujaron en el horizonte un arco iris. Llevé a Elías hasta una playa cercana, como si mi corazón quisiera estar allí y hubiera guiado mis pasos. A la orilla del mar nos detuvimos, contemplando por un instante el firmamento. Él se giró hacia mí y acarició mi mejilla. Yo también me moví, hasta estar frente a él.

Quería decirle tantas cosas que no sabía por dónde empezar.

—Desde que nos separamos he soñado cada día con este momento.

—Y yo. No quiero volver a separarme de ti —dijo.

—Pero... ¿Y Gabriela?

—No queda nada de lo que hubo entre nosotros, Victoria. El tiempo y las circunstancias se llevaron nuestra historia. Gabriela sabe que mi corazón ahora te pertenece y, aunque ella no me lo ha dicho, creo que el suyo está también en alguna parte. Fuimos un amor de juventud, de esos que con los años rememoras con cariño, nada más.

Recordé aquel joven bandido al que había besado y me pregunté si era él ahora el dueño de sus sentimientos. De ser así, lo sentía por ella, pues hasta donde sabía no quedaba con vida nadie de la banda del Sainete. Lamenté cuántas cosas había tenido que sufrir la muchacha. Yo le debía mucho y ahora también le debía mi futuro con Elías, pues sabía que él habría estado a su lado como un caballero, pasase lo que pasase.

Le dirigí una mirada suspicaz.

—¿Un amor de juventud? ¿Y qué es lo nuestro entonces?

Él sonrió, y en sus mejillas se marcaron aquellos hoyuelos que pensé que el dolor y las penurias se habrían llevado.

—Un amor eterno.

Aquello me arrancó una sonrisa y volví a besarlo con pasión. Cuando fui capaz de separar mis labios de los suyos, encontré que me miraba meditabundo.

—¿Qué sucede?

—Perdóname por no haberte dicho lo de Gabriela cuando tuve ocasión. Yo... Pensé que me juzgarías.

—¿Por qué?

—Porque hubiera amado a otra antes que a ti.

—No podría juzgarte por eso. Yo también tengo un pasado —suspiré amargamente—. Al menos tu antiguo amor no era un ser despreciable.

—Ya está muerto. No podrá hacer más daño. Ahora pensemos en el futuro. En todo lo que podremos hacer juntos. Los tres. —Bajó la mirada

hasta mi vientre y clavó una rodilla en la tierra. Lo besó, con mimo, y me rodeó con sus brazos, como si quisiera abrazarnos a los dos—. Un hijo, Victoria, vamos a tener un hijo. Siempre he querido tener una niña... ¿Crees que será niña?

—No lo sé, Elías. —Sonreí feliz por verlo mirarme con los ojos llenos de alegría—. Pero si lo es, me gustaría llamarla Bárbara.

—¿Bárbara? ¿Por qué? —Alzó los ojos hacia mí.

Miré al cielo. Aquel era un secreto entre nosotras y no dije nada.

—Porque me gusta.

—Lo que tú quieras, mi amor —dijo.

Entonces se separó un poco y tomó mi mano, aún de rodillas.

—Victoria, no imagino mayor dicha que la de ser tu esposo. Prometo hacerte feliz y cuidarte cada segundo de mi vida. Di que te casarás conmigo. Di que caminarás de mi mano hasta el final de mis días.

Me arrodillé frente a él para poder mirar directamente a sus ojos mientras le daba mi respuesta.

—Me casaría contigo ahora mismo, Elías. Lo haría una y mil veces. Me casaría contigo en esta vida y en cien vidas más, y en todas ellas te amaría tanto como te amo ahora. O quizá más, porque el amor que siento por ti no deja de crecer —dije, emocionada—. No existe para mí mayor dicha que ser tu esposa.

Él, con el rostro exultante de felicidad, se lanzó a besarme con premura, y mis labios, anhelantes, lo recibieron con más ganas que nunca. Caímos sobre la arena abrazados, sin importarnos si alguien pasaba y nos veía; y él, inclinado sobre mí, siguió cubriéndome de besos. Sentí la calidez de su aliento en mis mejillas, en mi frente y en mi cuello. Me besaba allá por donde se le antojaba y yo reía feliz. Entonces se detuvo y buscó mi mirada, hallándola entregada a él.

—Victoria —susurró, muy concentrado.

—¿Qué?

—¿Recuerdas que te dije que iría contigo al fin del mundo?

Asentí.

—Pues allí nos vamos a casar —dijo decidido.

Sonreí feliz y busqué de nuevo sus labios. A mí me daba igual dónde nos casásemos con tal de que lo hiciéramos. Nada, ni nadie, volvería a separarme de él.

Epílogo

Marzo de 1846

Iglesia de Nuestra Señora de las Arenas, Finisterre, Galicia.

A veces suceden cosas inesperadas. Y que Nicolás Castro, un joven estudiante, asistiera a un importante Ministro de Guerra en plena calle cuando este sufrió un repentino desvanecimiento, salvándole así la vida, no era algo que entrase en los planes de ninguno de los dos aquel día. Mas cada cual había sacado beneficio de la vivencia, a su manera. A uno le había servido para darse cuenta de la fragilidad de su existencia y arreglar así algunos asuntos pendientes; al otro, para hacer contactos. Como dijo en su carta cuando me escribió: «Con el único propósito de hacerte feliz, he movido cielo y tierra para que los actos que de Elías se consideraron bárbaros sean tomados por heroicos, y vuelva a la posición que le corresponde». Y así, Elías fue readmitido en el Cuerpo después de todo, y yo pude verlo vestido con el uniforme de gala. No es que todos los días se viera algo así de hermoso. Porque si Elías ya era guapo de por sí, con aquel atuendo lograba que mi corazón se acelerase aún más y que a mis piernas les costase incluso caminar. Pero lo hice, porque él me esperaba en el altar con una sonrisa que habría alejado al más crudo invierno y con esos hoyuelos en sus mejillas que tanto adoraba besar. Como dije una vez, habría

atravesado montañas si de llegar hasta él se tratase.

Me situé a su lado y sus ojos brillaron como dos estrellas.

—Estás preciosa —susurró, admirando mi vestido blanco.

Sus ojos se quedaron prendados por un instante de la curva de mis hombros y mi cuello. Estaba segura de que, de ser por él, me habría desnudado en ese momento y me habría hecho el amor. Y lo haría, más tarde, pero primero nos proclamaron marido y mujer ante los ojos de Dios y de nuestros seres más queridos.

Y en aquel lugar del fin del mundo, Elías y yo nos juramos amor eterno.

Un amor que iría más allá del tiempo y el destino.

Un amor bello como pétalos de rosa y fuerte como el aullido de un lobo.

Fin

Agradecimientos

A todas aquellas personas que le han dado una oportunidad a esta historia y a las que, día a día, apoyan mi trabajo. Gracias, de corazón.

Aitor Polo, el amor de mi vida. Dijiste que me llevarías al fin del mundo, y así fue. Gracias por tu amor y tu infinita paciencia.

A mi madre, Rosa Castaño Teruel, a quien le brindo este sueño hecho realidad pues sé que desde algún lugar me mira y me manda sus fuerzas. Ella está en muchas partes de esta historia. Ella es mi Manuela. Con ella paseé por primera vez por Málaga, Despeñaperros y Sierra Morena. Por ella existo. Gracias, mamá. Te querré siempre.

A Lola Gude, mi editora, por darme esta oportunidad. Por creer en mí y en mis historias. A la correctora por su inestimable trabajo, así como a todo el equipo de Selecta, una vez más, muchísimas gracias por todo lo que hacéis. Un abrazo enorme.

A mis lectoras cero: Lourdes Adán de «Libros que Leo», María Cristina Cano, Carmen de «Sobre Libros y Más», Miriam Mosquera, Elena Tejedor, Lucía Gardéz, Jesica Rostoll, Alba M. Castro, Marta Madrid, Laura Magó, Isabel Sebastián de Japón, Yaiza, Verónica Domènech García, Lorena Grande, Alys Marín, Laura Mars y Lenin Rodríguez. Me habéis acompañado en esta historia y dado grandes consejos. Gracias por todo vuestro apoyo. PD: #TeamElías

A Marta I. Rodríguez y a María Fernández de Voluntarios de León, por su inestimable ayuda con el asunto de la pólvora. Os debo una.

Al Museo del Romanticismo y al Museo del Traje, pues gracias a sus páginas y colecciones pude transportarme al siglo XIX y vivirlo de primera mano.

A la plataforma de divulgación: ¿Dónde estabas, Málaga?, y en especial a Antón I. Ozomek.

A la ciudad de Málaga y el Parque Natural de Despeñaperros, por ser el escenario de esta novela. Es fácil perderse e idear historias en lugares tan cautivadores.

A Daniel Aquillué por su labor de divulgación sobre el siglo XIX y su relato de los hechos ocurridos en Málaga en los años previos a la época en la que se ambienta la novela, vitales para perfilar al personaje de Rafael. Cabe reseñar su libro *Armas y votos. Politización y conflictividad política en España, 1833-1843*, incluido en estas fuentes, pues también me ha sido de gran utilidad.

A la actriz Macarena García y a los actores Martiño Rivas, Maxi Iglesias, Rubén Cortada, a quienes admiro por su trabajo y que fueron también inspiración para los personajes que conforman esta novela. No los imagino en otra piel que no sea la vuestra. Ojalá el sueño de que los encarnéis se haga realidad. Bueno, y también a Henry Cavill, que mis lectoras cero se lo imaginan como Nicolás, cortando troncos.

A Pablo Alborán, Skillet, Within Temptation, Seal, Lana del Rey y los muchos artistas que incluyo en mi lista de música para este proyecto, porque sus canciones y su voz han inspirado grandes momentos de amor en estas páginas.

Nota de la autora

Gracias por haber sido partícipe de esta aventura. Espero que haya disfrutado mucho con ella. Soy una enamorada del siglo XIX y disfruto muchísimo leyendo cosas sobre él. Por ello, tratándose de un romance histórico, he llevado a cabo un proceso de documentación para tratar de adaptarla lo más posible a la época y ser leal a esta en la medida de lo posible. No obstante, algunos hechos han podido ser cambiados o adaptados en pos de la narración. Si quiere saber más sobre la novela y encontrar algunas curiosidades puede visitar:

<https://zaharacordautora.dbook.es/novela/el-lobo-y-la-rosa>

Entre otras cosas encontrará las ilustraciones de algunos de los personajes de *El Lobo y la Rosa*, realizados por la artista Yllia de Xiloscient.

Tanto en Spotify como en YouTube, está disponible la lista de música que me inspiró durante el proyecto.

Spotify:

<https://open.spotify.com/playlist/6aMI1PGl2NonQY3xKMGT1i?si=593b239d2ff347e9>

YouTube:

https://youtube.com/playlist?list=PLmRjQc8N7c9GCyzE_0V-61JCnP7t5vr8l

Fuentes consultadas

García Montoro, Cristóbal (1998). *Sociedad y negocios en Málaga (Siglos XVIII-XIX)*. Studia Malacitana, Servicio de Publicaciones de la UMA.

Fernández de Alarcón, Belén (2015). *Vida cotidiana de la mujer en la burguesía en tiempos de Isabel II y finales del XIX*. Editorial Dykinson S.L.

Museo Nacional del Romanticismo y Museo del Traje. *La moda masculina durante el siglo XIX; La Moda Romántica, una muestra sobre los usos sociales de la moda en el siglo XIX*. CIPE. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte: Dirección General de Bellas Artes y Bienes Culturales y de Archivos y Bibliotecas. Subdirección General de Museos Estatales. Gobierno de España.

Aquillué Domínguez, Daniel (2020) *Armas y votos. Politización y conflictividad política en España, 1833-1843*. IFC.

Textos consultados en la Hemeroteca Digital. Biblioteca Nacional de España a diciembre de 2020:

El Defensor del bello sexo (1845-1846). Periódico de literatura, moral, ciencias y modas, dedicado exclusivamente a las mujeres, Madrid, Sociedad tipográfica de Hortelano y Compañía.

El rubí, periódico triste-alegre de literatura, ciencias, artes y teatro, (1846)

El Boletín del Ejército (1845). Las leyes, reales decretos, órdenes y reglamentos expedidos por el Ministerio de la Guerra y de las circulares de las inspecciones y direcciones generales de todas armas e intendencia general militar, Madrid–Imprenta del Boletín del Ejército a cargo de Tomás Alonso.

Carolina Coronado, un universo romántico. Museo de la Biblioteca Nacional, Sala de las Musas, 2011.

Recopilación de reales órdenes y circulares de interés general para la Guardia Civil, Tomo Segundo (1847). Imprenta de D. Victoriano Hernando. Biblioteca del Ministerio de Fomento.

Gaceta de Madrid, miércoles 16 de octubre de 1844.

Gaceta de Madrid, 29 de febrero de 1845.

Textos consultados en Dialnet.unirioja.es a diciembre de 2020:

Ruiz Mas, José (1998). *La Guardia Civil en los libros de viajes en lengua inglesa*. (Tesis doctoral). Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Málaga.

Córcoles de la Vega, Juan Vicente (2014). *Andújar en los viajeros del siglo XIX*. Letras del XIX Encuentro de Investigadores de Literatura Española en homenaje a Manuel Urbano/Francisco Toro Ceballos.

Carmona González, Nieves. *Liberalismo y desamortización (1814-1844)*. *Especial referencia al caso malagueño*. Universidad Francisco de Vitoria.

Textos consultados en Cervantes Virtual a diciembre de 2020:

La imagen de España en los viajeros extranjeros. La colección de libros de viaje del Instituto Cervantes de Londres.

Cruz Casado, Antonio (2000). *El mito romántico del bandolero andaluz*.

Los viajeros románticos y José María el Tempranillo. Estudios de literatura romántica española.

Espronceda, José de. *La canción del Pirata*.

Zorrilla, José de. *Don Juan Tenorio*, basada en la edición de Madrid, Est. Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1892, cotejada con la edición de Aniano Peña, Madrid, Cátedra 1991, 13.^a edición, y con la de Luis Fernández Cifuentes, Barcelona, Crítica, 1993.

Zorrilla, José de, *Poema a Larra*.

Textos consultados en Scielo.org a diciembre de 2020:

Hernández Botero, Johan Sebastián (2010). *Sepsis, armas de fuego y microscopios: implicaciones de la sepsis en las revoluciones de la medicina de los siglos XVI y XIX*. Biosalud,9(2), 96-111.

Textos consultados en Google Books a diciembre de 2020:

Poesías, Carolina Coronado, 1843. Prólogo de Juan Eugenio Harztenbusch. Madrid: Alegría y Charlain. Harvard College Library, 1906.

Poesías de la Señorita Doña Carolina Coronado, 1852. Fondo de la Universidad Complutense de Madrid.

Heister, Lorenz (1750). *Instituciones Quirúrgicas y cirugía completa universal*, por don Miguel Francisco Rodríguez.

Textos consultados en Institución Fernando el Católico, Diputación Provincial de Zaragoza:

De la Figuera Von Wichmann, Enrique. *Las enfermedades más frecuentes a principios del siglo XIX y sus tratamientos*.

Arcazao García, Luis Alfonso (2008). *Las heridas de guerra y las infecciones durante los sitios de Zaragoza*. (Teniente Coronel Médico. Cuerpo Militar de Sanidad).

Textos consultados en la página de la Guardia Civil a diciembre de 2020:

Historia de la Guardia Civil; Cartilla de la Guardia Civil de 1845; Uniformidad de la Guardia Civil.

Otras fuentes web. Consultadas a diciembre de 2020:

Constitución de 1845. Congreso de los Diputados.

Web Benemérita al día.

Gérvas, Juan - Pérez-Pascual, María (2009). *El cabás del médico rural.*

Un estudio empírico. Vol. 106, Núm. 2. Gaceta Médica de Bilbao.

Sendero señalizado La Cueva de los Muñecos en Despeñaperros, Junta de Andalucía.

Caminos en el siglo XVIII, Atlas de la Historia del Territorio de Andalucía. Junta de Andalucía.

Web Metidosencarretera: *Las calzadas abandonadas de la autovía del Sur en Despeñaperros (Ciudad Real y Jaén).*

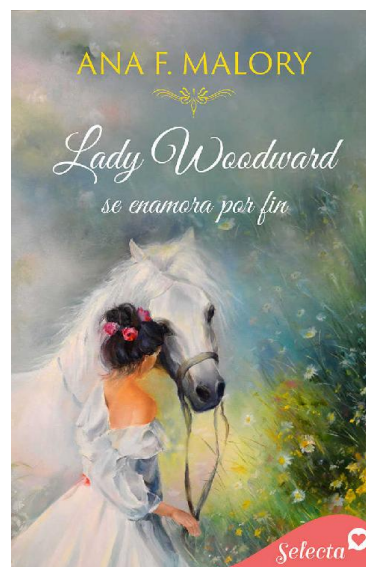
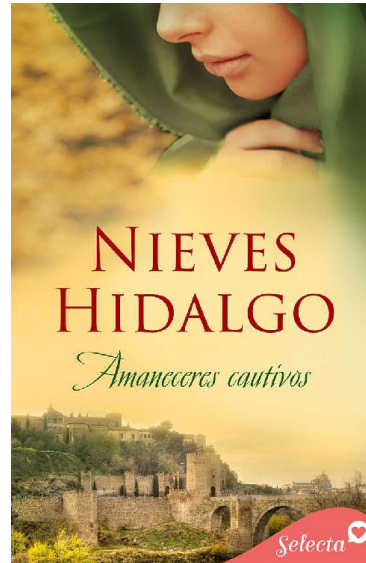
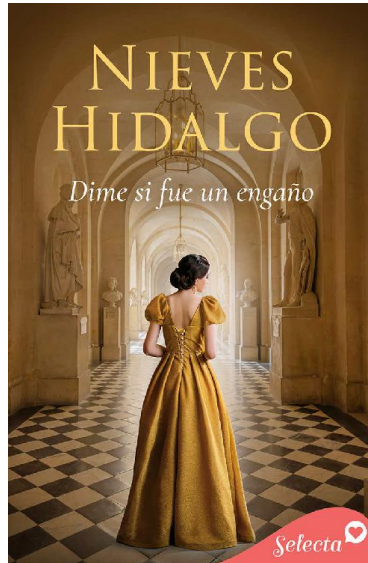
El Covento de Santa Clara. Gaudin (Málaga, 1857), (sic), Blog: cfrivero. Por Teresa García Ballesteros y Juan A. Fernández Rivero.

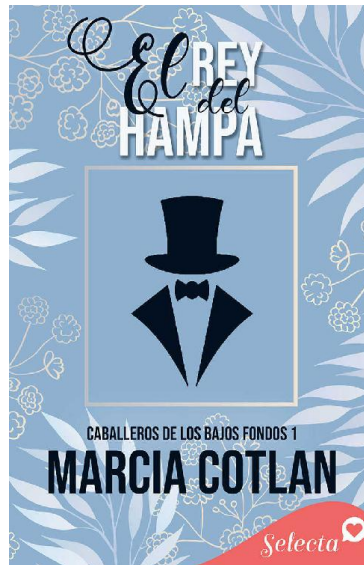
Los orígenes de la Alameda Principal y el Plano de Jospeh Carrión de Mula. Web del Archivo Municipal Málaga.

Si te ha gustado

El lobo y la rosa

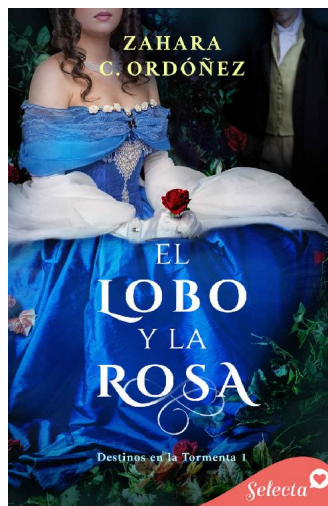
puedes disfrutar de estas





«En medio de la tormenta descubrí que el refugio más seguro no era una mano humana, sino la boca del lobo».

Una maravillosa historia romántica, con una trama tan atrapante que serás incapaz de dejar de leer.



Victoria de Vergara es una joven de la burguesía malagueña que lleva una vida monótona y llena de lujos, bajo el ala de su madre y su hermano mayor, dueños de una de las grandes ferrerías del paisaje industrial de la ciudad. Tiene diecinueve años y, como toda muchacha de su condición, está destinada a unirse en matrimonio con alguien de su entorno y clase social. Consciente de que ese momento está por llegar y de que no es ella quien ha de elegir a la persona con la que habrá de pasar el resto de su vida, asume el papel que le ha tocado desempeñar en la sociedad.

No obstante, Victoria sueña con descubrir el amor y con el día en el que pueda tener voz para decir todo lo que piensa; aquello que los libros que tanto adora le han enseñado. Un día descubre que hay alguien dispuesto a

escucharla. Alguien que pone patas arriba todo su mundo y que hace tambalearse los cimientos de su existencia: Julián Withmore, un joven terriblemente apuesto y de mirada irresistible, sobrino de Agustín de Herrera, íntimo amigo de su familia.

Victoria y Julián se conocen en el entierro de don Agustín, en un día gris y tormentoso. Ella se enamorará perdidamente de él; de sus ojos azules y profundos como el océano, de su forma de tratarla; y él verá en Victoria cuánto desea. Pero las cosas no serán como ninguno de los dos esperan, y el camino que emprenden juntos les arrojará a una tempestad donde el amor y la amistad cobran un nuevo sentido. Sus destinos, a merced de la tormenta, cambiarán para siempre.

Zahara C. Ordóñez (Jaén,1983) es una amante de la literatura romántica desde que descubrió a Danielle Steel y a Jane Austen siendo muy joven. Cree en los finales felices, en el amor capaz de superar los obstáculos y en que todo el mundo tiene un Mr. Darcy esperando en algún lugar. Malagueña de adopción, compagina su pasión por la escritura con los paseos junto al mar y los estudios de Historia. No concibe la vida sin música.

Redes sociales:

Twitter: @azaordom

Instagram: zahara.c.o

Facebook: <https://www.facebook.com/zaharac.ordonez.autora>

Email: zahara.c.or@gmail.com



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: octubre de 2021

© 2021, Zahara C. Ordóñez

© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño: Bárbara Sansó Genovart

Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18497-37-7

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En Penguinlibros.club encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

NOTAS

Capítulo 1

- [1] «A la memoria desgraciada del joven literato Don Mariano José de Larra», poema de José Zorrilla.

Capítulo 4

- [2] *Don Juan Tenorio*, José Zorrilla, 1844.

Capítulo 6

- [3] *El perro del hortelano*, Lope de Vega.

Capítulo 11

- [4] Adiós, querida.

Capítulo 13

[5] Literalmente: ‘trasero con orejas’.

Capítulo 15

[6] *Poesías*, Carolina Coronado, 1843. Alegría y Charlain, Madrid.

Capítulo 16

[7] *Canción del pirata*, Espronceda.

[8] «¡Oh, cuál te adoro!», Carolina Coronado, 1845.

Capítulo 23

[9] Hasta pronto, amiga del alma.

[10] Hasta pronto, mi mejor amiga.

Índice

El lobo y la rosa

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Epílogo

Agradecimientos

Nota de la autora

Fuentes consultadas

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Zahara C. Ordóñez

Créditos

Notas